



ES **NO** ES?



CRISTO

¿Es o no es?

Cristo

Dedicado con mucho cariño, a Cristina Sayavedra y su
hija Ariana Stefania Alvarez.

ADVERTENCIA: Esta novela aunque tiene un sexi, caliente y rudo chico malo con tatuajes como protagonista, con un sentido del humor bastante singular que te hará reír. Posee lenguaje adulto, escenas de desnudez y mucho contenido tanto sensual como sexual. Advertidas.

Obras inéditas, protegidas por la ley vigente de la constitución nacional artículo 17, por derecho de autor bajo escribano público y patentamiento. Totalmente registrada la saga Mon por su salida en físico como digital y el registro de 18 frases, sea expresiones del protagonista masculino o mi forma narrativa que, son absolutamente mías y se notará, a medida del transcurso de la lectura. Prohibiendo su reproducción total o parcial, adaptación y distribución de ellas sin mi consentimiento.

Licencias: 1907231505863

Primera edición: Julio 2019.

Diseño de portada: Sareli García.

Maquetación: Sareli García.

Capítulo 1

Beatriz

<<Lo lamento, señorita...>>

Jodida palabra, formando una oración.

Jodida queja.

Muestra de diferentes aflicciones y en sus diferentes formas.

Sea, con gritos.

Llantos.

O un lamento acompañado tal vez, por una expresión de dolor.

Angustia.

O disconformidad.

¿Y por qué, no?

Seguido, de un suspiro.

Como el que recibo del otro lado del escritorio y que me encuentro sentada frente a un hombre.

El encargado de recursos humanos de la empresa que me presenté, postulándome por una entrevista de trabajo.

Donde por tal, llevo puesto un por demás traje de saco y pantalón estilo ejecutivo en un azul discreto.

Muy bonito y delicado.

Pero, casi una talla más chica que yo.

Donde el serio riesgo existe, que con un movimiento en falso que haga sobre la silla en que me encuentro en posición rígida como erguida escuchándolo.

Y con la leve posibilidad si consumo demás, el maravilloso oxígeno que da vida a mi cuerpo.

No lo hagas Beti me repito, con series cortitas de respiración.

Concentración, me dije.

El botón de este, salga disparado y dé como blanco, en el tupido bigote del hombre entrecano.

Trajecito ejecutivo, que por no tener uno como la gente y decente para tal evento.

Pedí prestado a una de mis mejores amigas.

A Mariana.

Porque le sobra este estilo de guardarropas, por la carrera que ejerce y juro, que hasta ahora mentalmente me pregunto, por llevar estos pantalones tan apretados prestados.

Y sorprendiéndome.

Que pudiera caber cualquier cosa en su bolsillo como mis caramelos mentolados, además de mi trasero.

Como también, a altas horas de la noche obligar a Sar.

Otra, mejor amiga.

Que me socorra con el pelo y maquillaje.

Mala en esto último, si no me auxilia alguna amiga.

Muy ondulado he inmanejable con su largo, pero que me gusta mucho y soy fuente de admiración por lo primero.

Seguido, de traer de su colección y sin dudar en prestarme, unos lindos zapatos que combinen con lo que llevo puesto.

Para luego, al día siguiente y de camino a la parada del bus por la entrevista, escuchar por una llamada a otra de mis amigas, que por vivir a la distancia desde que se casó hace un par de años en otro país.

Yaritza.

Pero, con su dulce forma de ser, nos alienta.

Siempre.

Y me alentó sin olvidar, días atrás y vía chat.

Que hoy, era el gran día.

El de la entrevista laboral.

Y desearme, mucha suerte.

Me desinflo.

Una que, no tengo hoy tampoco.

Y ahora un suspiro interno se me escapa a mí, mientras acomodo mejor mi largo pelo rubio detrás de un hombro; sobre las palabras finales del hombre haciendo a un lado su silla para ponerse de pie y extendiendo una de sus manos frente mío.

Reacción y seña que últimamente vi media docenas de veces, en estos frustrantes tres últimos meses.

Mierda...

—Lo lamento de verdad, señorita York...

Y ahí vuelve a repetir, la condenada palabra.

Niega pasando una mano sobre ese mostacho y volviendo a echar una

mirada a mi currículum, como dibujos visibles a través de la carpeta abierta depositada en su escritorio.

—Sus diseños son excelentes... —Resopla, descontento volteando una de las hoja para observar la que sigue. —...error de la empresa, en la portada de aviso en los clasificados... —Se disculpa. —...específicamente, pedíamos hombres... —Camina, rodeando su escritorio.

Lo siento.

Olvidé otro detalle, mencionar.

Después de ese lamento.

Ruedo mis ojos.

Con disimulo.

Pero, los ruedo en fin.

Sigue esa otra palabra convirtiéndose en el Caín y Abel de mi jodida vida, en estos mencionados y últimos tres meses, maldita sea.

Las palabras.

Lo lamento.

Seguido de.

Hombres.

¿Resumiendo?

Y segundo suspiro que hago en menos de dos minutos poniéndome de pie y recogiendo mi legajo de la mesa, mientras estrecho su mano a modo despedida resignada.

Otra, fallida entrevista...

Casi trastabillando, abro la puerta de mi departamento dejando el saco de Clara en la primer silla que encuentro, por no dar más de los pies y me deshago del causante de ellos de dos movimientos.

Los casi 10cm de tacones de Sar, estaban asesinando mis adorados pies mientras en el trayecto, desabrocho mi pantalón y tomando una gran bocanada de aire, necesaria al sentir libre mi vientre querido respirando en libertad y encendiendo una luz como corriendo las cortinas, del único ventanal de mi pequeña sala que da directo a la calle.

Mi vista se pierde en el ir y venir tanto de coches como peatones, pero sin su música del ajetreo diario.

Bocinazos y uno que otro, eventual sonido de la sirena, sea policial o ambulancia.

Por escuchar, desde mi móvil a otra gran amiga.

Gabriela, consolándome ante mi séptimo rechazo laboral en estos noventa

días.

Disciplinaria y ferviente trabajadora.

Jefa de piso en el área de Marketing, en la empresa que trabaja.

Contados sus minutos, para estar con nosotras muchas de las veces, por su responsabilidad y vida.

Pero, siempre.

Siempre.

Estando presente.

Como en este caso, vía teléfono y al tanto de todo, por más ausencia física.

—No te preocupes, amiguita... —Me anima. —...averiguaremos la situación, de tu mercado laboral... —Pego más mi oído al celular y sonrío dentro de mi tristeza, al escuchar el sonido de que ella pone el altavoz para luego el teclear constante, de su computadora desde su oficina libremente. —...y a los consumidores demandantes de trabajadores, analizando su gestión ... —Siento que gira una hoja.

Es su agenda.

—...tengo libre... — También, siento que sonrío. —...el sábado por la tarde...

—En este mundo globalizado... —La interrumpo, caminando por el pequeño trayecto a mi cocina para abrir al refri y sacar una botella de agua.

Bebo al abrirlo, un enorme y poco femenino trago, limpiando luego mis labios con el dorso de mi mano por la sequedad de mi boca por amargura, de mis rebotes constantes de trabajo.

—...donde se jactan, de los derechos laborales de las mujeres con la igualdad de género y justicia... —Hago un puchero, como si mi amiga la tuviera en frente tristonada. —...casi, no existe Gaby... —Cierro el refri y voy directo a mi viejo sillón, dejando sobre la encimera la bebida mientras intento que una jodida lágrima, rueda por mis mejillas.

Por desahogo.

Pero, no.

Lo ser hasta para llorar, por más que lo intento.

Ni una, puta lágrima.

Que rabia.

—Siempre, la delantera la tienen... —Gruño. Mucho. —...los hombres...

Su risita del otro lado, me contagia.

—Mal necesario, cariño... —Deja de teclear. —...putos y hermosos, hombres...

Y sobre esa risa de ambas mientras me saco el pantalón, quedando solo en bragas y haciendo malabarismo para sujetar en el proceso el celular con mi hombro y oreja, desabotono la camisa mientras paso una desteñida pero amada camiseta, por mi cabeza dejada en este y haciendo, una especie de artimaña mágica que solo nosotras sabemos de deshacernos de nuestro sujetador, por las mangas cortas de una maniobra y sin quitarnos esta.

Elevo una ceja con satisfacción, al sentir mis chicas libres y sacando con mi mano libre mi tupido, largo y ondulado pelo hacia atrás.

Porque, es algo que jamás los hombres podrán hacer y si lo ven, por ser testigo de ello.

Lo admiran.

Obvio, papis.

—Oye...hablamos luego? – Continúo, al escuchar y por su altavoz, que una puerta se abre y la requieren en un área.

Tampoco puedo exigir pese a que sé, que todas este finde siguiente estarán presentes para consolarme y sin dudar, en mi departamento con pack de cervezas y kilos de helados en mano.

Que dejen, de hacer su vida por mí.

—Mandaré, un mensaje grupal a las chicas... —Ruido de silla deslizándose, como papelerío en sus manos se siente. —...reunión de mujeres de inmediato, para darte mucho amor con exceso de calorías dulces y alcohol, mientras escuchamos a James Blunt haciendo de las suyas a nuestros sensibles corazones. —Otra vez, su risita.

Y yo también mientras cuelgo, estirándome sobre el largo del sillón y cruzando mis pies uno sobre otro relajada.

Cada una, con su vida hecha o en el proceso de ellas.

Cada una, con sus cosas.

Y sin hacer falta, vernos constantemente para indicar.

Que ahí están, siempre presentes.

Pongo ambos brazos, detrás de mi cabeza mirando el blanco techo.

Y sonrío.

Como adoro a mis amigas...

CAEL

—¿Quieres dejar, esa mierda en paz? —La voz de mi mejor amigo, se hace eco por la soledad de su galería de arte con solo nosotros en ella y a tal hora de la noche.

Un gran recinto a un lado de la metrópolis de nuestra ciudad, situado a su vez en una de las mejores zonas en su categoría.

El Cerro de las Rosas.

Lugar estratégico y de alter target social como consumista, para este tipo de comercio.

Transacción de mediano y alto nivel adquisitivo.

Compra.

Subastas.

Ventas.

Y de estas, muchas.

Por las grandes obras de arte de mi mejor amigo y artista.

Demian Bic.

O conocido internacionalmente.

Y para los amigos.

Como Fresita a secas.

Golpea mi mano que ataca mi corbata sin compasión, para acomodar él mismo tal y de forma muy femenina como el cuello de la fina camisa negra que llevo.

Para luego, alisar con sus delicados dedos estilo pianista que tiene como distinguidas y a su vez esculpidas uñas en negro, el largo del saco de vestir en gris claro que visto.

Retrocede un paso para observarme como si fuera una de sus propias obras de arte, con postura jovial y una de sus manos, reposando en su barbilla deliberando.

Y sus ojos de ese azul intenso y que los hace, más profundo por llevarlos delineados de negros.

Al fin sonrén por darme el okey, seguido de un gesto de sus dedos en el aire.

—Perfecto, cariño. —Aprueba.

Hace, una mueca teatral.

—¿Y si dejamos de ser mejores amigos, casi hermanos y probamos? —
Propone, entrelazando ambas manos tipo suplica. —Tu madre, me adora y prometo serte fiel...

Mi turno de pegarle, pero a un hombro mientras paso por su lado riendo, pero sigo mi caminata hacia la mesa para dos, donde con cada paso que doy y por los sofisticados zapatos que llevo, se sienten sobre el piso.

Una, que se puso por orden de Fresita a sus empleados, en el centro del

salón.

Una, muy romántica.

Decorada, con unas tenues velas.

Un excelente champagne y dos, finas copas en sus extremos.

Delicados platos en su porcelana con cubiertos gourmet.

Y al lado, de uno.

Una pequeña cajita gamuzada en rojo.

La tomo y la acaricio con cuidado entre mis dedos, sonriendo más y sin dejar de mirarla.

- ¿Te olvidas, que solo me gustan las mujeres? —Su rostro, viene a mi mente. —Solo una... —Me corrijo, sintiendo un exagerado y dramaturgo suspiro, de Fresita al escucharme sincero.

Y enamorado.

Mucho.

Vuelvo a dejar la caja en el mismo lugar, para voltear y mirar a mi amigo como todo lo que rodea el gran momento que se viene, mientras chequeo la hora de mi reloj algo nervioso por casi ser la hora y que esté todo en su lugar.

Nombrada mesa, en su alfombra roja pasión bajo ella con las sillas y rodeada, por los cuadros pintados de mi mejor amigo con la suave música romántica, llenando la galería.

Pongo ambas manos en los bolsillos, de mi elegante pantalón de vestir satisfecho.

Y los varios centenares de globos en su rojo y plata, donde con su helio la mitad copan el elegante techo y la otra, la totalidad del piso en su blanco pulcro de porcelanato Italiano.

BEATRIZ

—Ay, carajo... —Blasfemo, al abrir los ojos de golpe y notando, la oscuridad de parte de la ciudad por la ventana.

Porque, me quedé dormida, maldita sea.

Busco entre los almohadones de mi sillón, mi jodido celular.

Inclusive bajo este donde yace, porque lo tiré adormilada.

Y otro grito sale de mí, al notar la hora y ya de noche.

Me maldigo, buscando mis indigentes pantalones de gimnasia corriendo por ellos a mi habitación, mientras a medio recoger mi pelo, lo sostengo con una hebilla que encuentro en uno de sus bolsillos y camino apurada a la puerta, sin olvidar algo de dinero de mi bolsa.

Muerdo mi labio con desaprobación, mientras llamo al ascensor.

—Por favor, que no se hayan vendido todos... —Suplico, una vez que sus puertas se abren y aprieto la botonera para que descienda ya dentro.

El espejo que se compone una pared de su interior, me devuelve mi imagen al observarme.

Mi querido pelo, largo y ondulado.

A medio peinar.

Marca lateral tipo mapa, de un lado de mi mejilla por desmayarme del sueño en mi sillón, de su bonito tejido en gran parte de mi rostro con algo de maquillaje corrido.

Camiseta extra grande y vieja como la misma América, llegando casi a mis rodillas.

Y mi mendigo pantalón de gimnasia holgado oscuro, que en sus mejores época fue de un negro intenso.

Sin mencionar, mis zapatillas blancas.

Lindas.

Pero sin acordonar, porque sería pérdida de tiempo.

Ok.

Estoy insufrible.

Y se me escapa, una risita sobre el aviso del ascensor, que llegamos a planta baja.

Porque, sea poco femenina o no.

No hay mayor placer.

Y palmeo mi vientre, al sentir que ronronea por hambre.

Que llegar a casa y vestirse, ropa indigente.

Me encojo de hombros.

Tampoco, es que voy a ver a un guapo muchacho.

Una cita, con el orgásmico y mismísimo Charlie Hunnam, dueño de mis sueños húmedos.

Y tapo mi boca, por otra risa con una mano ante esa ocurrencia.

Dios...

Salgo, algo rápido para conseguir el último periódico de hoy, para revisar mi maratónica búsqueda de clasificados de trabajo, de lo que estudié o siendo similar.

Y comprar algo de comida, ya que el liviano y lavado desayuno de café con galletas, no fue suficiente para mi día frustrado como prolongada siesta que me di.

—Solo tengo el de la sucursal y para clientes, de uso exclusivo señorita...
—Me dice, el empleado del mercado una vez dentro y tras su mostrador de venta, señalando con una de sus manos y sobre un lado de las góndolas de compra, media docenas de mesitas de café.

Como otro tanto, que hay fuera y sobre la acera.

Apoyo un dedito sobre los periódicos que están prolijamente uno sobre otro, a un lado del largo mostrador y contra unos atriles de dulces.

—¿Si consumo algo, puedo ojearlos? —Pregunto, entre bostezos mientras asiente conforme, atiende y cobra dando su cambio a otro cliente.

—La reglas del lugar, señorita. —Me confirma, el muchacho.

Y con una sonrisa, busco de una de las góndolas con otro bostezo.

El las comidas cerradas y listas.

Un sándwich de ternera, para luego una lata de gaseosa.

Seguido, por agradecerle el bolígrafo prestado y prometiendo, devolver todo a la brevedad mientras le pago por mi cena e irme a una de las mesas de afuera.

Aire libre, por favor.

Así ataco, este segundo sueño que me amenaza y me despabilo, ya que será una larga noche de búsqueda y no flaquear en ella, ante mi meta querida.

Y por eso, antes de abrir el primer periódico en la parte de sus clasificados una vez sentada, doy un ruego al Dios de los cielos, uniendo con fervor mis manos entre sí, al sentarme y antes de comenzar.

Cierro mis ojos.

A tiempo parcial, trabajo en una cafetería.

Donde con ello pude y gracias a una que otra vez con ayuda ocasional de mis padres, costearme mis estudios en diseño como alquiler de mi departamento.

Pero a tres meses de recibida, después de largos.

Duros.

Y sacrificados cuatro años de estudios, enfrascada en ello.

Y solo, a eso.

Porque, es mi pasión y quiero que se cumpla, mi sueño y mis metas.

—Te ruego, querido Dios... —Mi voz se levanta con un susurro, ante mi rezo sin abrir mis ojos frente a mi mesa y comida como periódicos. ... —que me lleves por el camino como persona correcta, por el trabajo de mi vida a partir de ahora y por lo que me sacrificué y amo tanto...solo una señal... — Pido, abriendo mis ojos.

Y con ello.

Miro el cielo nocturno.

Cálido.

Uno estrellado, mientras abro el empaque de mi sándwich como bebida.

No, porque el mismo Todopoderoso, me respondiera ante mi ruego.

Sino.

Porque, una.

Luego otra, casi a la par.

Seguidas, por más con sus brillos y formas globales y tipo lluvia dorada de colores después.

En sus destellos hermosos mientras se abren, armoniosos como embriagadores en el oscuro y despejado cielo.

Unos fuegos artificiales, en su exquisito diseño.

Cubren, este.

—Guau... —Solo sale de mí, asombrada como maravillada y con la primer mordida a mi cena, desde mi lugar afuera en una de las mesitas y testigo de algo tan lindo, mientras elevo mis piernas flexionando mis rodillas contra mi pecho y silla.

Mastico.

No es, día festivo.

Y sonrío, abriendo el primer clasificado para leer y dando otro mordisco a mi comida.

Debe ser, un evento.

Algo personal y privado.

Como algo importante de festejo, para una persona siendo tal hora de la noche y a mitad de una semana normal.

Supongo...

CAEL

Sonríó ante el sonido de mi celular y por oír, desde uno de los bolsillos de mi pantalón.

Señal, que viene en camino.

Mientras, Demian por ello y a minutos, de la llegada de Vanesa por su trabajo algo retrasada, pero con el tiempo suficiente para mi propuesta de matrimonio que tanto organicé en detalle con él en estos últimos meses de forma secreta.

Aunque, es de suponer que mi chica y futura mujer haya sospechado algo

en este tiempo, porque capturé de ella momentos silenciosos.

Rubor en su mejilla, al mirarme.

Y luego, una timidez nerviosa.

Mediante una seña de sus pulgares elevados y tan sonriente como yo, deseándome las mejores de la suerte en esto que es tan importante.

Y amado, como especial por mí.

Corre, hacia un lateral de su galería y en dirección, al gran jardín externo y trasero que posee su condominio, para las tardes de cóctel que suele hacer a colegas y amigos o mismas presentación de nuevas obras.

Para la largada organizada como sincronizada, de los fuegos artificiales que contraté y que se lancen en breve y sobre el sí, acepto a modo festejo y sellando nuestra unión definitiva.

De la mujer, que amo.

BEATRIZ

Las letras del tercer periódico que abro, empiezan a jugarme en contra por el cansancio y a mi vista, viendo algo borroso por más que pestañeo con fuerza luchando contra eso sobre mi cena.

Más bostezos.

Dos tazas de café negro, comprados como bebidos después y la linda como cálida noche.

Que, por más que lucho contra mi cansancio, mezcla de nervios y tristeza resultado, por otro nuevo intento con ese fracaso rotundo y ante otra nueva negativa de trabajo por ser mujer en un mundo, en su mayoría dominado y regido por los sexis genes XY.

O, sea.

Gruño, dando vuelta la hoja del periódico recostada sobre un brazo por sueño con otro bostezo.

Y solo, marcando con el bolígrafo lo que me interesa.

Sigo batallando, contra mis ojos que quieren cerrarse.

Por hombres...

CAEL

Mi sonrisa como felicidad.

Queda estática ante la voz de Vanesa, cuando atiendo su llamado formulando que se apure en mi reajo por el gran ventanal, que se compone la

pared trasera con vista al hermoso como gótico jardín cuidado y tan parecido en su diseño vergel, a mi amigo y dueño.

Mientras verifico, que solo en breve y pidiendo que no haya más retraso del tráfico, por venir en su coche.

Que llegue.

Y que en sincronía, con los fuegos artificiales lanzados por los operarios de tal y en compañía de Fresita verificando, estos sean lanzados al cielo despejado y nocturno.

Cuando ella, me de el sí.

—No lo hagas, Cael... —Su voz apenas escucho, por un temblor en ello ante esa orden suplicante. —...por favor...

¿Qué?

¿Me está rogando?

¿Qué no haga, qué?

—Vanesa... —No entiendo nada.

Pero, algo me alarma y aprieta mi pecho sin dejar de observar sobre el ventanal, porque condenadamente no me puedo mover.

Mis pies, no obedecen.

Ya que, algo de su tono heló mi sangre como sistema nervioso, casi estando listos los primeros fuegos artificiales para ser lanzados en contados minutos.

Maldición.

—Cael... —Un bocinazo se escucha, seguido de lo que parece coches en movimiento y que alguien le habla.

¿Su representante?

¿Eso, es una carretera?

¿Todavía, no llega?

—¿Vanesa, dónde estás? —Apoyo mi frente, sobre el vidrio como mi mano libre en ella, captando la atención de Fresita por mi extraña actitud desde su distancia y mirarme como preguntarme con señas que ocurre, preocupado.

Titubea.

—Cael, fue maravilloso estos tres años juntos...amor... —Su voz se entrecorta, por lágrimas. —...pero, no puedo... —Niega. —...no puedo... —Repite. —...darte lo que quieres...

Y el primer fuego artificial, se siente en el aire lanzado de forma perfecta al horario programado, junto a su respuesta.

Una negativa, jamás pensada.

Siguiendo, otro a la par.

Los miro.

Y otro.

Para luego, todos.

La humedad de mis ojos, hacen borrosa la maravillosa vista de ellos surcando el cielo nocturno y despejado, formando esa lluvia de colores con sus miles de destellos que siempre son dignos de admiración y deleite con su forma hipnótica, cuando se los ve.

Y te llenan, de felicidad.

Como, lo iba ser hoy.

Esta noche.

Y sobre ellos.

Escuchar el dulce si, de Vanesa.

La mujer que amo, a mi propuesta de matrimonio.

Pero, sobre mi nublada vista por lágrimas y lejos de esa felicidad, que creí que ambos teníamos mientras solo escucho sus excusas y que todo, se acabó entre nosotros.

Dejándome.

Mientras, huye por viaje laboral a otro país.

Porque, jamás su intención era venir para acá, sospechando que se va por cobarde.

Dolor.

Y que sabía de verdad, de esto.

Mi declaración y de ya, no quererme confirmando mis sospechas mientras la escucho en silencio, entre sus pretextos y consigo caminar.

Y deslizo una de las sillas de la mesa, mientras destapo el champagne y bebo desde la misma botella, un prolongado trago de su efervescente alcohol.

Raspa mi garganta, con su frío y seco sabor.

El sonido de los fuegos artificiales aún, lanzándose al cielo, se mezclan con la canción mientras bebo más.

Y más.

Mucho más, hasta el punto de vaciarla.

Sobre los pasos corriendo hacia mí, de Demian alarmado.

Notando que cuelgo la llamada y con la cajita entre mis dedos libres y abriendo esta, para admirar el pequeño brillante en el.

Y al mismo tiempo.

Diciendo.

Repitiéndose, en mi cabeza una y otra vez.

El adiós, para siempre.

De la mujer que amo, del otro lado del teléfono momentos antes.

BEATRIZ

—Señorita...es su cuarto café puro... —Murmura preocupado, el chico del mercado al notar supongo, mi cara de muerta y mis fachas por la madrugada noche aún, luchando contra mi sueño y por ver el último clasificado de periódico.

Elevo apenas mi barbilla apoyada sobre la mesita con anotaciones en una servilleta de papel, de los posibles puestos laborales que me interesan mientras tomo la taza de café negro que le pedí.

Bebo un trago y lo miro desde mi posición baja y haciendo, un gran esfuerzo para focalizar en él por cansancio.

Lo apunto con un dedo, que sostiene la mismo vaso de mi cafeína líquida y caliente.

—¿Es 24h, verdad? —Murmuro y tragando un bostezo, por el servicio del mercado tipo barcito.

Asiente, sin mucho entender.

Pero, mi mano indicando que prosiga con sus labores, logra captar mi indirecta.

Y así lo hace, con una mueca.

Lo siento, chico.

Y bostezo otra vez, rascando con flojera y con el mismo bolígrafo, a mi por demás a esta altura de la noche, algo despeinado pelo.

No me importa.

Apoyo el bolígrafo en la sección trabajo y comienzo de nuevo, con una nueva lectura de rastreo de posibles trabajos para mí.

Pestaño y me golpeo ambas mejillas con mis manos, para despejarme seguido de un gran trago a mi café puro ante una nueva amenaza de dormirme.

Ganándome, una mirada extraña del muchachito que me observa, desde el mostrador.

Quiero reír.

Pero, no puedo perder tiempo.

Y otra vez, apoyada contra mi brazo sobre la mesa.

Voy leyendo.

Anotando.
Y descartando.
Que sueño, tengo y mis ojos, se cierran.
Las opciones...

CAEL

Jodida y puta ebriedad.
Blasfemo, intentando caminar derecho sobre la millones de vueltas que da mi cabeza.

A la mierda.

—A la recontra mierda, todos... —Exclamo, ganándome la atención de una pareja caminando por la acera y lado contrario al mío abrazados.

Putos enamorados.

No me interesa lo que piensen de mí, me digo sobre la arcada amenazante de un vómito por semejante borrachera, mientras me apoyo mareado en un árbol que hay y aflojo como puedo, mi corbata de mala gana y los primeros botones de mi camisa.

Pero no tengo éxito en ello y por eso, me giro y sostengo la totalidad de mi espalda contra el, para no caer y procurando copar mis pulmones de oxígeno, deslizando con ambas manos mi algo, largo pelo claro hacia atrás intentando saber, dónde rayos estoy.

Miro, para ambos lados.

Ya que, no sé cómo llegué y a donde, jodidamente estoy.

Solo sé, que sobre las excusas de Fresita de querer quedarse conmigo luego de echar a toda la maldita gente de los fuegos artificiales como chef que contraté, para que sirviera nuestra cena de compromiso.

Romántica.

Y se me escapa, una irónica y amarga risa, apoyándome más contra el árbol.

Que imbécil, fui...

Tras beber, todo el champagne y de una de sus gavetas de su oficina, robar su Bourbon y sin punto fijo y que me dejara en paz mi amigo.

Hui.

—Carajo... —Sale de mí, al tantear mis lados y ver que no lo llevo puesto mi saco, para buscar mi celular y llamar un taxi.

¿En qué, momento me lo saqué?

Miro, mis manos vacías.

¿Y la botella de whisky?

Gruño por ello, mientras me obligo a caminar impulsando mi hombro contra el árbol, al notar que en la siguiente cuadra parecer haber, un tipo de mercado con mesitas fuera.

Y al llegar, sobre una de ellas.

Arrugo mi ceño, intentando pararme derecho y sosteniéndome, por la silla a su lado vacía.

Pobre...

Porque, una niña indigente dormida sobre periódicos y papeles, en la única mesa ocupada fuera.

Estoy apurado.

Y muy borracho.

Solo quiero, llegar a mi departamento.

Ducha.

Y en las pocas horas, que quedan antes de mi entrada al trabajo, intentar localizar a Vanesa.

Sacudo mi cabeza.

Diablos, no sé si quiero eso.

Mi pecho duele y aprieta más ahora, por la acidez que me embarga del tamaño de África al recordar, su adiós a la relación de forma abrupta y sin anestesia.

Un puñal a la espalda.

Y porque, no.

Por el corazón, también.

Derecho y bien profundo.

Y otra vez.

Las putas lágrimas, colmando mis ojos y por eso, necesito llamar por teléfono.

Necesito, jodidamente irme.

Y algo, llama mi atención sobre la mesa de la niña indigente y profundamente dormida, entre el papelerío y bolígrafo en una de sus manos.

Me inclino algo y sosteniéndome más, en la silla que me sirve de apoyo mientras de reojo observo al muchacho del mercado, que atiende como si nada a otros clientes y no me confunda con un perverso.

Porque, tal vez tiene un celular que me preste, para hacer un llamado.

Pero, no.

Solo periódicos y servilletas con anotaciones en ellas.
Intento focalizar, cerrando un ojo para leer.

¿Búsqueda laboral?

Ahora entiendo, su estado y ropa fea que lleva.

Y me detengo en otra cosa, que me llama la atención.

Su dorado pelo, ondulado natural.

Caramba, que bonito es.

Por su color y largo, ya que como cascada cae sobre ella cubriendo sus hombros y gran parte de su estrecha espalda y siguiendo esta y recorriendo como puedo, con mi mirada.

Llego a su rostro a medio cubrir, por mechones sueltos y por sus brazos cruzados bajo el.

Es muy joven.

Y no es, tan fierita.

Creo.

- Hora de volver a casa, mi sexi amigo ebrio... —La voz de Fresita llega a mi espalda como su presencia acercándose, pero midiendo mi reacción al darme cuenta que jamás me dejó solo.

Sonríó con un hipo borracho y él también, mirando a la niña pobre y sin trabajo, dormida al llegar hasta donde estoy.

—¿Conoces, a la bella durmiente de la silla? - Me pregunta, bajito para no despertarla.

Niego y sacudir la cabeza, golpea feroz mi cerebro pidiéndome a gritos una ducha de agua fría con una tonelada de analgésicos.

Siempre, fui muy malo bebiendo.

—Por favor...solo llévame a casa... —Ruego, tomando ambos lados de mi cabeza con mis manos para que se detenga el vomitivo mareo y que las putas cosas, se muevan a mi alrededor por el exceso de alcohol y noche de mierda.

—...a dormir, pendejo... —Advierte, sacando su pintoresca billetera de vivos colores y de uno de sus bolsillos, dejando un billete de alta nominación bajo el brazo de la muchacha.

Lo miro, raro.

—¿Qué carajo, haces?

Ríe silencioso y la señala.

¿Con cierto, cariño?

—Está muy flaquita, mira su cuerpito desmedrado... —La señala, para luego sus prendas. —...y sus viejas ropas estilo infantil, me recuerdan a mi

mejor amiga de la U...

—¿Junot? —Digo, observando con curiosidad y sobre otro rabioso hipo borracho, a la muchachita dormida.

No tuve el placer de conocerla, ya que fue durante la época de estudio y hace años, cuando él y su familia se mudaron a otro estado por el trabajo de su padre.

Pocos años.

Pero suficientes para que mi mejor amigo de la infancia, entrelazara un lazo muy fuerte de amistad con ella y tras, una despedida por ir a vivir a África por un título de su marido al casarse, según me contó una vez.

Y con viajes, visitándola.

Pero ya sin ella en definitiva, para luego un tiempo después una tal Amely con el mismo paradero y segunda mejor amiga marchándose.

Se volcó de lleno a su carrera de Artes, más un posgrado en el exterior.

Para luego, volver a sus raíces definitivamente y abrir con su fama en auge en ese tiempo.

Su propia galería de arte.

Acá.

Palmea mi espalda para que reaccione de mi vista fija en ella, cuando veo que se saca por motus propio su chaqueta de vestir, quedando solo en camisa y la reposa con cuidado, sobre sus pequeños hombros dormidos que bajan y suben de forma pausada, para contrarrestar el frío.

Repito.

¿Con cierto, cariño protector?

Voltea a mí y se sonríe.

Supongo, que por mi cara ebria y asombrada.

—A una mujer, siempre se la cuida. —Suspira, nostálgico. —No se la toca, ni con un pétalo de una rosa. Sabias palabras, que mencionó más de una vez el caliente y partible padre, de mi amada amiga Juno... —Sonríe más, ante el recuerdo mientras me rodea sobre un hombro para ayudarme a caminar hasta su coche, que diviso estacionado a pocos metros.

—Pero sí, para cuidarla... —Me guiña un ojo seductor, justificando el abandono para siempre de su caro abrigo a una desconocida, empujando a que lo siga. —...en cortas horas, debes ir al trabajar. —Me advierte. —...apestas a mi whisky y a dinosaurio mal bebedor...ducha. —Demanda.

Pero, me detengo y obligando a ello, también a Fresita.

Por la noche, de mierda.

Por Vanesa, rechazándome y su adiós definitivo, por teléfono.

Y miro, sobre mi hombro libre de mi amigo reteniéndome a la muchachita que sigue dormida y nunca, sintió mi presencia.

Que bajo la costosa chaqueta de Demian, sus prendas dan angustia y acusando, las pequeñas servilletas de papel escritas.

La búsqueda, de un trabajo.

Uno, que no puedo facilitárselo.

Juego con algo entre mis dedos y llevo, en uno de mis bolsillos de mi pantalón de vestir.

Y sobre, un par de segundo ya decidido.

Me vuelvo hacia ella, dejando atónito a mi amigo sin saber qué rayos voy hacer.

Deposito el anillo de compromiso que era para Vanesa y que tenía en mi bolsillo, bajo su mano algo cerrada y a un lado del billete dejado por Demian.

Ya que, le servirá más a ella que a mí, sobre mi fantasía importándome una mierda lo que me costó, en lanzarlo a la distancia y con rabia sobre un descampado o lo primero que se me cruce.

Que, si era al fuego o un profundo mar, mejor.

Como va suceder con esta chica, cuando ella despierte y yo vuelva, al infierno de vida que me toque sin Vanesa.

Cada uno, por su lado.

—Tiene, algo de valor... —Le murmuro bajo y chequeando otra vez, al muchacho de la tienda.

Y prosigo, al ver que jamás me vio ni lo alarmé mientras dormita frente a un pequeño televisor encendido, colgado de una silla alta.

—...te servirá más que a mí, con su venta... —Finalizo, frenando el impulso de acariciar su dorado y ondulado pelo largo.

¿Mierda y eso?

Sacudo mi cabeza a modo reproche, por más que reviente mi cerebro por ello y sentir que flota en alcohol, retomando mis pasos a mi amigo y su coche.

Putas, borrachera...

Capítulo 2

Beatriz

—¿Tú, me propusiste matrimonio y me abrigaste mientras dormía anoche?
—Digo.

Y silencio, de la otra parte.

Ok.

Silencio, seguido de mirarme raro el chico del mercadito bar, que solo me observa con un trapeador en mano, limpiando los pisos de las góndolas por cerrar su turno.

Para luego, remojarlo en la cubeta nuevamente, provocando que un aroma alimonado cubra ese sector.

Se detiene en su ida tras mi pregunta, para mirar la cajita gamuzada roja en una de mis manos y luego, la bonita chaqueta masculina estilo gótica que cubre mis hombros.

Que por su género, diseño y confección, buenos billetes debe salir y jugaría, que hasta tres de mis sueldos como mesera de la cafetería, si tuviera jornada completa.

Niega.

—¿Y no viste, a nadie? —Insisto.

Abro la cajita.

Una alianza.

No ostentosa, con su oro y piedra.

Pero si, exquisitamente delicada y del mejor gusto.

La observo mejor, porque de algo estoy segura.

Que fue algo pedido, con mucho.

Pero, mucho amor.

—No, señorita. —Responde, sin darle mucha importancia a ello como mi curiosidad.

Pero, no me doy por vencida ya que me cuesta creer todo esto y lo sigo cuando finaliza, mientras deja todo los bártulos de limpieza a un costado de unos refri de gaseosas, para alistar la caja de cambio como mostrador de atención al público ante la llegada de su compañero de turno.

Me sitúo, del otro lado.

—Por favor...intenta hacer memoria . —Le pido. —Era un hombre... —Por la chaqueta dejada.

Si no, la opción también podría haber sido una futura novia arrepentida.

—...rubio? ¿Pelo oscuro? ¿Alto? ¿Bajo? —Prosigo.

Sus ojos, se elevan del paño que pasa por el largo de la mesa.

Y vuelve a sacudir su cabeza.

—No vi nada, señorita. —Sincero y algo avergonzado, ya que acusa que se durmió en pleno horario laboral.

Frunzo mi ceño y miro al chico, que sigue como si nada limpiando afanosamente la superficie vidriada.

¿Pero, por qué, lo tengo yo?

¿Cómo llegó a mí?

Y porque, el dueño de este anillo de compromiso.

Toco el lindo género confeccionando, de la chaqueta que me abriga y muerdo mi labio, sin saber que pensar o hacer.

Me dejó, también su abrigo?



—¿Por qué, la magia existe?

Bueno.

No es precisamente, la respuesta que buscaba de otra y última de mis amigas.

La más joven, de nosotras.

Caro.

Que con ella y de forma muy convencida afirmando de su existencia, me extiende un conito de crema helada del comercio que trabaja, para costear sus estudios de Mangaka.

Crema del cielo.

Coincidencia rara en sabor helado que charlando por ello una tarde, yo aburrida y ella también, como clienta y empleada por estar cerca de mi departamento el local.

Que con el correr de ese verano, como ardua consumista.

Pasamos, hacer amigas.

Y de ahí sobre estos cortos, pero grandes años mediante presentación a

Sar, Mariana, Gabriela y Yaritza, antes de mudarse fuera.

Sobre más cremas heladas por medio, disfrutando todas juntas.

Salidas de fin de semana.

Pijamadas, siendo más jóvenes.

Escapadas.

Y paseos compartidos.

Pasamos todas, a ser grandes y mejores amigas.

Ríe ante mi cara de no ayuda, por su respuesta mientras saboreo mi frío y dulce regalo.

Se inclina sobre el mostrador de pedidos hacia mí, haciendo a un lado su corto pelo castaño, bajo la gorrita de su uniforme y pone ambas manos, frente nuestro.

- Por un lado, el ser humano Beti... —Me eleva su mano derecha, a modo demostración. —...y por otro, la vida. —Turno de la izquierda. —...la capacidad de administrar, los recursos internos de un ser... —Se toca el pecho, con esa misma mano. —...donde a partir de los deseos y anhelos, esta se nos presenta con conocimientos o prácticas, con los que se pretende conseguir cosas extraordinarias, con ayuda de seres o fuerzas sobrenaturales... —Junta ambas manos, tipo *sinergy*. —...cuando, menos lo pensamos... —Concluye.

Elevo solo una ceja a esa seria explicación, con mi crema helada a un lado y a medio lamer por escuchar eso.

¿Me está, jodiendo?

—¿Estás diciendo, que por un acto de magia, apareció la alianza y el abrigo?

Asiente.

Muy convencida.

Y se me escapa, una risita.

- Algo así, como que vino un unicornio volador... —Deduzco. —...me vio desde el aire y por una fuerza cósmica de atracción del universo, en su conjunto y órdenes de los mismos *Thundercats Galácticos* vaya a saber por qué, decidió dejar en la mesa que dormía la alianza y la chaqueta que le robó a alguien? —Finalizo, reflexiva.

Seriedad divertida que con el folleto de sabores helados del mostrador, Caro me dé con el en un hombro a modo reproche y contra mi risa.

—A lo que me refiero tontita, es que hay una cierta magia en la famosa frase, que por algo son las cosas...

Me acompaña afuera, porque ya pronta mi entrada de horario al bar donde

trabajo.

—Las razones explican, que todo pasa por algo en la vida Beti... —Me abraza sobre un hombro, ya en la salida. —...cuando solo recibes, duros golpes en algo y parte de tu vida, hasta el punto de considerar tu enemigo a esta, preguntándote el por qué, de siempre a mí? —Me mira, con sus lindos ojos verdes. —...y te encuentras en el punto medio, donde crees que te pasan cosas injustas. Antes, de pasarte al lado oscuro en ti misma y la tristeza... —Piensa. —...la respuesta viene con el tiempo que se toma esta, en responderte mediante lo que gira y aparece a tu alrededor. Sean personas o sucesos. —Eleva su índice. —Pero... —Me aclara a medio escalón exterior y más abajo deirme. —...se pueden ver, cuando estamos atentos y uno cambia su actitud y se pone a modo aprendizaje, notando muchos detalles directos a esas respuestas, que antes no veías con su frecuencia y mensaje...

La mierda, con tanta profundidad.

—¿Hablas así y crees en los unicornios? —Increíble.

Porque, sip.

Realmente, mi amiga cree en ellos.

Y su carcajada poco discreta, resuena en nuestra despedida y abrazo, sobre mi última lamida a mi conito helado y limpiando mis dedos con una servilleta de papel y una mueca reflexiva hago, camino a mi departamento para alistarme a mi trabajo de medio tiempo.

Sacando los unicornios y mi burla atea, sobre ellos.

En el fondo, la explicación sencilla y algo loca de Caro, tiene una gran lógica.

Y guardo la cajita con la alianza, en uno de los bolsillos de mi indigente pantalón de gimnasia, para sacar las llaves de mi departamento, una vez que salgo del ascensor a mi piso.

Pero, me detengo a medio abrir en mi puerta con mi mirada fija y perdida, en el pequeño cartel del departamento vecino que aún, sigue para alquiler desde hace meses.

¿Será, cuestión de que uno crea y esté dispuesto a prestar atención?

¿Para qué, eso te lleve a la respuesta a esa duda y tipo señales?

Yo lo pedí, una anoche y no recibí nada.

Y viene a mi mente, los fuegos artificiales.

—Nahhh... Murmuro, sin ilusión.

Eso fue por el hermoso festejo de algo, que hasta ahora el agasajado debe estar celebrando muy feliz.

Pero, mi vista baja a la chaqueta que me cubre, mientras mis dedos tantean desde el interior de uno de los bolsillos de mi pantalón la cajita.

¿Acaso?

Sacudo mi cabeza.

—Tampoco... —Exclamo, sin un atisbo de duda y entre risas por mi ocurrencia.

Me encojo de hombros, entrando.

- Ya vendrá esa señal, de los *ThunderCats* y universo... —Susurro, burlona.

Pero, indecisa.

Porque, no tengo la más jodida idea.

Todavía...

CAEL

Unos golpecitos discretos de la pared frontal en vidrio, que separa mi oficina como jefe de editor de los demás, me saca de la vista de mis papeles que leo sobre mi escritorio.

Poco más, de un mes pasó de esa noche de mierda.

De la propuesta.

Donde, nunca hubo una charla o llamada telefónica, cuando las mías llenaron su casillero.

Ni siquiera, un mensaje de texto por parte de Vanesa justificando, no solo su rechazo a mi propuesta.

Sino.

Lo que con su huida al exterior y enterado por tabloides y magazine, por su trabajo de modelo de alta costura y fama lo afirma.

Que se terminó, nuestra relación de años.

Hago a un lado, las carpetas para atender a Megan, mi asistente.

Una de las pocas mujeres, que trabaja en este imperio editorial de la moda.

Arte.

Y glamour.

De la revista para la mujer, *Féminan*.

—¿La reunión, es en '5. —Me recuerda asomada sobre esta, a medio abrir y con su bolígrafo de siempre, puesto en una de sus orejas.

Pequeños lentes caladitos en la punta de su nariz, de su siempre color favorito y a juego con sus prendas.

La gama, de los violetas y su mar de papeles, de la agencia entre sus manos.

—Solo, dame '2... —Murmuro, acomodando los míos de un golpe en mi mesa para llevarlos, mientras me pongo de pie.

—Okis. —Es toda su respuesta, retomando sus pasos.

Pero, se detiene de golpe con índice alzado.

La miro.

Porque, olvidó algo.

—Conseguí un departamento, de acuerdo a tu expectativas Cael... —Saca una hoja, entre medio de todas las que lleva. —...no muy lejos de aquí... —Me lo extiende y lo leo en detalle.

En realidad.

A la par de Megan.

Que recita con exactitud y en voz alta, cada palabra que interpreto silencioso mientras leo y caminamos, en dirección a la sala de debate y puesta de trabajos de cada mes.

Un departamento de tres ambientes.

Estos, amplios.

Cierta, vista panorámica.

Y lo que me interesa.

Céntrico y pocas cuerdas de la editorial.

—Llama a Bienes Raíces Meg, por favor... —Devuelvo conforme, la hoja ya llegando a la sala y abriendo la puerta de cristal con el logo de la empresa, dándole paso primero abotonando mi saco de vestir.

Donde todos ya ubicados en sus sillas con carpetas y labores en mano, se ponen de pie al verme entrar.

—...pide una cita para verlo y cerrar negocio, de ser posible hoy mismo. —Finalizo, tomando asiento en la cabecera.

Porque, necesito salir urgente de mi infierno de departamento.

Uno que año y medio atrás, compramos con Vanesa.

Muchos recuerdos.

Momentos.

Cosas compartidas.

Ilusiones.

Risas.

Tengo que cambiar el ambiente y mientras esté, con las condiciones necesarias y con una jodida cama.

Suficiente, para mí.

Abro mi carpeta y con una seña de mi mano mientras me reacomodo en mi silla por una mejor postura, comienza la primer propuesta del lanzamiento del mes por un empleado sin pérdida de tiempo, posicionándose delante de todos y del otro lado de la mesa.

Ya que, estamos a fecha límite de la temporada.

Su voz, inunda el recinto exponiendo sobre comentarios del resto opinando.

Todos debaten.

De lo que debe y no, aparecer en la siguiente portada de edición de la revista mostrando sus carpetas de data como información.

Que yo, solo escucho pensativo y frotando mi mandíbula a cada uno atento.

Cinco hombres, en sus respectivas áreas.

Donde la realidad, serían seis.

Pero, uno de estos puesto.

El área de montaje y producción, quedó vacante desde hace una semana por la renuncia de ese compañero y no encontrar el adecuado.

Y tal postulación, será para ese nuevo cargo.

La gran entrevista laboral.

Mañana y en carácter de urgencia.

Los observo a todos, mientras siguen deliberando.

Oficio y rareza, desde que se fundó la revista.

Por las órdenes directas de arriba y el mismo superior a cargo de esta compañía.

Nuestra presidente, Ángela Carpio.

Donde en un mundo gremial que tendría que ser regentado, bajo la vara como mirada del reino femenino.

Es, por nosotros.

La del hombre.

¿Por qué?

Fácil y totalmente de acuerdo, mirando de la perspectiva de la presidente.

Magazine, dedicado pura y exclusivamente a la mujer, en todos sus ámbitos.

Forma.

Estructura y selección de contenido, tanto publicitario como periodístico, con secciones dedicado a ellas.

Belleza, eventos, tips., tendencias, entrevista a personalidades o ídolos de

turno.

Ocio.

Compras.

Y la indiscutible y reina madre, de todo este mundo.

La moda.

Curiosidad grande y en una sociedad moderna, donde la mujer es independiente y su papel cobra más y más fuerza.

Muchas revistas femeninas, se dedican a tratar temas más bien, concernientes a mujeres de décadas pasadas y lo que están logrando en esta nueva era a su vez.

¿Y lo que, es más sorprendente?

Que éstas, no dejan de crecer por ello en su venta, lectura, como demanda.

Temas que coincide, con lo que culturalmente se considera el universo femenino.

Y un objetivo que paradójicamente, muestra la igualdad y diferencias de ellas.

Por un lado.

Revistas femeninas con contenido exclusivo, para las mujeres distintas de todos los demás géneros.

Y por el otro.

Se centran en la importancia que tiene para las mujeres, el mostrarse siempre bellas y en contraposición con estar siempre informadas sobre temas de la actualidad.

Sin olvidar, la consonancia con la preocupación occidental por la juventud, la belleza, ese jodido estereotipo de la delgadez y a su vez la vida saludable.

Un mundo aparte.

Uno, que vive a la par nuestra, pero a la vez paralelo.

Porque, es un universo diferente.

El de la mujer.

Donde afirmativamente y de forma creciente en su mayoría, cada vez son menos frecuentes a su vez, tipos de publicaciones secciones dedicadas a la vida en familia, hijos y cocina.

Aunque, existen todavía.

Y en contraposición, una mayor cantidad de secciones en su mayoría destinadas a vender en un contexto social, que la mujer tiene total independencia económica tanto laboral, vida como social.

Como Féminan.

Una revista de moda, con el objeto de llevar a conocer las tendencias de este lindo universo paralelo, siendo para esta industria el medio más recurrido.

Un medio, que yo dirijo.

Para y solo.

La mujer y su reino.

Pero, regentado sobre mi mirada y dominio de ayudantes.

Compañeros de trabajo.

Por hombres.

Porque, lejos de lo incongruente que parece ello y bajo, un staff detrás nuestros para su desarrollo.

Solo nosotros, sabemos mediante sinceridad masculina y un teclado frente nuestro.

Deseos.

El afán.

La apetencia.

Placer.

¿Y hasta capricho, por qué no?

De lo que tanto ellas, reniegan, pero sedientas de esa información en cada páginas.

Sea, agrupadas en un centro comercial y café de por medio.

Reunidas bajo la sombra de un árbol, de algún parque compartiendo la lectura del magazine o por qué no, solas comprándolo en algún puesto de revistas para leerlo en la soledad de su habitación como también, en la pausa o breakde su trabajo.

Las opciones de esto.

Miles.

Pero abocadas a ello en silencio, dando la razón o no y risas entre ellas, con el mismo fin.

Data, como la saben llamar.

O los famosos tips, de su mal necesario.

Nosotros.

Los hombres.

¿Y qué, mejor que nosotros, para dar esa franca y veraz información, aunque ellas no lo sepan?

Acompañando ese cosmos femenino, de un magazine en todos su ámbitos

con pretensiones y voluntades.

Totalmente y a su disposición.

Siempre.

BEATRIZ

Las cuatro tazas de café con sus respectivos gustos diferentes, deposito a cada una de mis amigas, sentadas en su lugar de siempre.

Una mesita contra el gran ventanal frontal de la cafetería donde trabajo, pero sobre un rincón y el panorama de este, nos regala la vista plena de afuera con su calle.

Como la de otros comercios de compras, con personas en ellos o solo, caminando por ser zona peatonal.

Algunos solitarios y otro tanto acompañados y llevando sus bolsas de compras entre sus manos, mediante charla o simplemente disfrutando del paseo.

En su mayoría estos fervientes consumidores, mujeres pese al porcentaje masculino que hay.

Sean madres, hijas, amigas o esposas.

Pero, mujeres al fin.

La cálida noche, cubre de a poco esta fracción de la ciudad.

La céntrica.

Pero, pese a estar en plena zona comercial, donde se sabe llenar en horas picos laborales por la demanda de este preciado elixir adictivo color oscuro, fuente de energía y pasión.

La cafetería donde trabajo, tiene un encanto personal.

Pintoresca y de temática casera, con su decoración y mobiliario.

A hogar con sus maderas, cuadros y fondo musical, lejos de esas monumentales franquicias multinacionales que ahogan comercialmente este sector.

Tales, que hay una y compite donde trabajo, por estar casi en frente y donde, pese a nuestra insipiente clientela, de todos los días y dos años que estoy trabajando aquí.

No se compara con la acaudala aglomeración de gente, que entra en la competencia a pocos pasos y casi frente nuestro, con sus famosos vasos blancos de logo verde llevan cada cliente entre sus manos a la salida.

—Esa mierda, va a explotar de tanta gente. —Sar formula, degustando su café sobre la afirmación de Mariana, agregándole azúcar al suyo y removerlo

con su cucharita.

—Un gran reto para los pequeños comercios, con semejante red de competencia. —Dice ésta, acomodando su lindo traje de dos piezas que lleva puesto.

Muy parecido al que me prestó, pero en otro color.

Uno, que perfecto bajo su castaño pelo que lleva por lo general, siempre recogido con una cola baja y sobre un hombro.

Le queda impecable.

—Siempre su posicionamiento, va en aumento. Son franquicias exitosas que no la determina, solo el número de unidades... —Prosigue Gabriela, intentando muy concentrada sobre el servilletero de la mesa, acomodar su celular de gran tamaño y última generación. —...sino, sus modelos de negocios pues van más allá de las cifras estas, donde tienen una capacidad de adaptación y entendimientos del mercado... —Continúa, tecleando el aparato y totalmente inclinada sobre él hasta el punto de olvidar, la humeante taza de su adicción favorita después de los dulces. —...porque son democráticos, escuchan a sus franquiciados y diseñan soluciones específicas a sus necesidades...sin dejar de mencionar que, cuentan con una infraestructura y tecnología... —Intenta localizar el wifi precario, de esta cafetería para conectarse. —...que permite soportar su red y bla bla bla... - Simplifica sus inteligencia en el tema, rodando sus bonitos ojos maquillados, que a veces parecen de un verde oscuros y otras, en tono pardos.

Depende con la intensidad, que mire a la persona.

Porque, Gaby es eso.

Intensa.

- Por eso hay que procurar, mayores servicios a los pequeños y medianos comercios... —Dice, con determinación Mariana. —...para mejorar la calidad de vida del vecino, con nuevos proyectos y propuestas y estas, se cumplan una vez hechas y aprobadas. —Determina ferviente y como si estuviera frente a un gran público.

Ya que su alma defensora y protectora nace.

Porque, Mariana es concejal.

La primer y única mujer, en el municipio de la zona.

Nuestro orgullo.

Donde su pasión benefactora, se rige siempre en el desarrollo en las diversas áreas que la demandan y fiscalizar que estas, se cumplan.

—Jodida humanidad y jodido poder... —Interrumpe Sar, ojeando una revista de moda que compró con la vista totalmente en el, porque siempre está a la vanguardia de la moda.

—Que lo tomen, por el culo... —Finaliza con su frase favorita, provocando que sonría y oculte esta, con la bandeja de servicio entre mis manos.

Porque, así como la entusiasma todo lo que es ropa, zapatos y sus tendencias como accesorios y donde el corte de su pelo negro, maquillaje y prendas que lleva, lo dicen.

Dándole una apariencia snob y frívola al exterior, que va de la mano de su carácter algo arrebatado y sin preámbulos.

En realidad, es.

La más sensible, de todas.

Como justiciera.

Inclusive, de mí misma.

Que me emociono por cualquier cosa y me saltan las lágrimas, cuándo y por lo general todo me conmueve, porque siempre me entrego a todo y de corazón.

—¡Lo conseguiste! —Nos interrumpe Caro de nuestra interesante cumbre, que hasta ahora se mantenía en silencio escuchando atenta, pero dibujando en una de las servilletas con un bolígrafo, perfectos personajes mangas al notar que Gabriela al fin venció al inestable internet y se conectó, mediante su sofisticado móvil.

Y todas gritamos de júbilo mientras posiciona este, para que miremos y nos agrupemos frente a la pantalla.

Por algo, muy importante.

Y sonrío feliz, abrazando más contra mí mientras me arrimo a mis amigas, mi redonda bandeja de mesera y nos vea, vía video chat llamada.

Yaritza, desde su país y residencia, desde que se casó.

Y no podemos evitar gritar de alegría, causando que el par de mesas ocupados por clientes, llamemos su atención mientras nos saludamos y donde es imposible que la emoción no nos embargue, cada vez que la vemos y por más que esto sea algo seguido.

—¿De qué, hablaban? —Al fin puede decir Yari, tras superar nuestras miles de exclamaciones y de hablar todas de golpe.

—De tomar por el culo, a las grandes franquicias multinacionales... — Responde sincera Sar, dando vuelta una página de su revista de moda como si

nada y lo más natural.

Sobre nuestras risas, Yaritza niega e intenta focalizar detrás nuestro.

La cafetería donde trabajo y Gaby ayuda, acomodando mejor su móvil apoyado en el servilletero para que vea.

—¿Mal día? —Me dice, notando solo ese par de mesas ocupadas aparte de la nuestra por la docena que hay vacías.

Me encojo de hombros, pero sonrío tratando de no dar importancia a la situación.

—Lo de siempre... —Me inclino al celular. —...por suerte los pocos clientes que nos son fieles, son vitalicios y ayuda, la mañana laborales donde se agolpa la gente por su taza de café... —Mi barbilla señala, el Starbucks en frente. —...que sobre la hora pico de entrada laboral, su segunda opción somos nosotros... —Le guiño un ojo sonriente y elevando un índice. —...no te preocupes Yari, la señora Gong y yo... —Nombro a la dueña del lugar. —...todavía, sobrevivimos ante la fauces de este colosal dragón comercial...

Yaritza nos mira a todas desde el otro lado de la pantalla, para luego a mí, desde su lindo silloncito azul de dos cuerpo que se ve.

Y su rostro aunque sonrío, denota preocupación.

Mierda y re mierda.

Porque, fallé en disimular en lo que últimamente inquieta a mis amigas como a mí.

Y pese a que en este mes que casi pasó, de la última entrevista laboral en lo que amo.

Volví a fracasar maldita sea, sin encontrar estos días pasados, algo ni siquiera parecido a lo que estudié.

Jodida y perra mala suerte, la mía.

Y mi mano libre, va a la fina cadena plateada que bajo la camisa a cuadros que llevo puesta, cuelga de mi cuello desde hace un mes.

Y uso, como un dije.

El anillo de compromiso.

Como chaqueta gótica, que descansa en un perchero de mi armario.

Y mis dedos que rodean este, se aprietan más a su alrededor sobre el mordisqueo a mi labio con fuerza.

Pero, de determinación.

Porque tras ese finde, donde desahugué mis penas de mala suerte en lo laboral.

Llanto.

Packs de cervezas.

Muchos.

Más llanto.

Y risas, porque así somos cuando nos juntamos.

Cortesía, de nuestros cromosomas XX.

Y tres kilos de helados con mis amigas, en desmedidos cucharazos mientras escuchábamos melancólicas canciones pero románticas de los '90, sentadas sobre el suelo alfombrado de mi sala.

No me voy a dar por vencida.

Aprieto más el dije, contra mí.

Y cierro mis ojos, con fuerza.

No señor me repito ferviente para mí, negándome a escuchar mis mierdas mentales, por la situación y dejarme abatir por ellas.

Una suave presión, cubre uno de mis hombros a modo consuelo.

La mano de Mariana, tras su último sorbo a su taza de café.

La miro y me sonrío.

Como todas e inclusive, Yari desde la pantalla y de forma dulce.

Como siempre, es ella.

—Aunque, no has conseguido nada en este mes... —Augura esta. —...verás que pronto, saldrá algo... —Me alienta, como todas con cariño.

Sonrío afirmativamente y soltando la alianza, volviendo a guardarla bajo el cuello de mi camisa.

Uno que es mía ahora, desde que me lo dejó quien sea que haya sido y daría lo que sea, por saber quién es.

Y así, de pasar directamente de esta tipo confrontación de debate comercial y una baja demanda laboral en mi campo.

A la felicidad, de que coincidiendo todas y nos juntemos.

Seguido, de mi callado deseo de conocer en este momento, al dueño de mi ahora.

Anillo.

El sonido de la puerta de entrada, se siente al ser abierto por clientes llegando.

Todas, que sobre nuestro parloteo de siempre, quedamos en absoluto silencio gradual.

Y casi estáticas, sobre nuestros lugares.

Sip.

Repito, todas.

Menos Yari que ante nuestras actitud tipo estatuas vivientes y de boca como mandíbula desencajada.

Porque así, estamos.

Inclusive Sar, quedando a mitad de voltear y en el aire la siguiente página.

Caro, de lamer su cuchara casi colgando de sus labios.

Mariana a medio hablar, de una receta de una tarta dulce.

Y una Gaby boquiabierta, donde esta quedó detenida y a morder como masticar, una masa dulce que pidió.

Desde el otro lado de la pantalla e inquieta en su sillón, solo escuchamos y sobre nuestro silencio grupal, a Yari con su.

—¿Qué? ‘Qué pasa? ¿Qué hay? —Nos pregunta, acercándose a la pantalla curiosa y como si eso, ayudara a ver mejor.

Porque todas quedamos congeladas, ante uno de los hombres del par que ingresan.

Y digo hombre, quedándome corta y como si fuera que esa simple palabra, pudiera describir semejante espécimen masculino y le hiciera justicia.

Alto.

Fornido.

Cerca de sus treinta.

Recordándome su pelo de un rubio arena natural, algo largo y tirado para atrás, acusando un tic de sus manos de jugar con el, por hacer eso de forma constante.

Facciones perfectas.

Duras.

Viriles.

Sobre rasgos definidos y marcados, con mirada de un verde agua muy intensa.

Mandíbula masculina y fuerte, denotando una sobria y linda barba de tres días ultra lamible y acariciable.

A un sexi gladiador.

Preguntándome y apostarí que mis amigas también.

Que hay debajo de esa camisa de vestir, como pantalón en la gama de los grises que viste y calza, revelando un cuerpo trabajado por la contención de las telas que a duras penas pueden sostener, esos brazos tonificados como esa estrecha y pecadora cintura.

Porque, todo este hombre mientras camina y cada uno de sus movimientos

a juego de su fuertes hombros como aire que irradia y mientras conversa con su acompañante, tomando asiento uno en una de las mesas vacías y contraria a la nuestra como lejana.

Dice.

Varón de verbo, mucho.

Emanando sin saber y mientras prosigue su conversación, muy atento e interesado a las palabras de su acompañante que abre una carpeta y tras ella, la desliza para que vea como lea el contenido de sus hojas y totalmente ajeno a nuestras miradas lobunas y babosas con su interlocutor.

La palabra, procrear.

Sacudo mi cabeza.

Corrijo.

Ya que, en realidad.

El lindo ejercicio de ella.

Acoplarse.

La unión.

Aparearse en un bonito sexo desenfrenado y decirle, a este hermoso hombre que nos había robado el aliento.

Que estábamos listas, para tener sus lindos bebés.

—Joder... —Exclama al fin, una de nosotras.

Sar, escaneando sin preámbulos al sexi gladiador e inclinada, para una mayor vista desde su silla.

—...el cielo no va ser lo mismo para mí, después de este hombre... —
Murmura.

—¿Hombre? ¿Qué hombre? —Pregunta ansiosa Yaritza, del otro lado del móvil.

Y Gaby, ríe.

—Este hombre, cariño... —Al fin reacciona, girando su móvil con disimulo y para que también, se deleite nuestra amiga como todas nosotras.

- Santa.Mierda... - Solo sale de ella, mientras nosotras afirmamos al mismo tiempo lentamente.

Porque, tiene razón.

Ya que tipos como este, son excepciones y demuestra que un Miguel Ángel existió y fue a los cielos para ayudar al Todopoderoso, en esculpir como cincelar a determinados hombres y que fueron marcados, con su pincel prodigioso.

Aclaro mi garganta, para llamar su atención.

—A veces mi trabajo, me da ciertas satisfacciones... —Digo por lo bajo, elevando una ceja y afirmando más, la bandeja contra mí. —...si me disculpan, el caliente cliente me espera... —Finalizo, recogiendo mi largo y ondulado pelo rubio sobre mis hombros y bajo la gorra de mi uniforme, porque siento calor mientras las dejo bajo sus gemidos y risitas por algo de suerte a mi favor ahora y atender al apuesto chico.

CAEL

Mi firma, cruza la línea punteada al final de la última hoja.

Muy conforme y muy rápido.

Y aunque, ciertas palpitaciones dentro de mí, agolpan mi pecho con mi consentimiento por escrito, cerrando el preliminar contrato de mi nuevo departamento que me entrega el agente de Bienes Raíces.

Siendo por un lado, una visible alegría de dejar el otro atrás.

Con ello, Vanesa.

Por otro lado, estas jodidas pulsaciones que no cesan tampoco por el definitivo fin de ello y lo último, que me arraigaba a ella.

El sonido de unas llaves que saca de uno de los bolsillos de su saco de vestir y su parloteo satisfecho por el negocio cerrado, se confunde con la ansiedad que me embarga.

Una, que reseca mi garganta como labios y remojo esta, con mi lengua mientras busco con la mirada a alguien, que atienda mi condenado pedido mientras recibo estas y observo del ventanal que la noche avanza.

La de mi nuevo hogar.

Solo percibo, un par de mesas ocupadas en mi búsqueda por el mesero y otra, algo más alejada y contra la vidriera de esta cafetería, rodeadas por una mujeres.

Que al notar mi vista en ellas, algunas descubro que me miran e intercambian risas.

No tengo idea, el por qué.

Tampoco, me molesto en investigar.

No tengo tiempo como ganas para ello.

Y aprieto las llaves entre mis dedos, sobre la conversación insipiente del agente.

Lo poco entero que quedó en mí, después de ese nefasto pedido de casamiento no consumado.

Seguido, de la posterior huida de Vanesa.
Se congeló, en mí.
Duro y glacialmente, ya nunca más, compromiso ni una relación seria.
Sigo buscando con la mirada, la jodida persona que atiende esta cafetería.
Nunca más me repito y me juro, cuando diviso sobre la barra de atención al cliente y un extremo.
Miro dudoso.
La pequeña espalda de la persona junto al mostrador, con lo que parece llevar el uniforme y gorrita del lugar, limpiando su bandeja como lo que parece la carta de pedido del bar.
Y vacilo, ante mi mano en alto para llamar su atención y ser atendido.
Porque...
Ladeo mi rostro, intentando descifrar estrechando mis ojos.
¿Es o no es?
Hasta que, suelto indeciso.
Pero digo, al fin.
Entre abriendo mis labios, para llamarlo.
Y para decirle...

BEATRIZ

—Concentración, Beti. —Me susurro bajito y a mí, misma intentando focalizar mi vista como mi respiración y confianza, con un poco de aire para atender al caliente gladiador y su acompañante, mientras limpio mi bandeja y deposito sobre esta, la carta de pedidos de espalda a ellos sobre el mostrador de pedidos.

Un poco de sexi alegría, merezco después de tanta tristeza por fracaso laboral, prosigo con una mirada de reojo a mis amigas, que me devuelven de forma disimulada sus pulgares arriba como también obscenas.

Y sonrío por ello, feliz y a dos segundos de voltearme, para dirigirme a él.

Pero esta, cae y mi pasos se detienen.

Cuando, tres palabras.

Tres simples palabras hacia mi persona, dichas por el atractivo y caliente muchacho.

Me impiden proseguir y quedo, a mitad de esa simple acción con la seria posibilidad de que trastabille, por la falta de coordinación de mis pies y por eso me mantengo en dicho mostrador a espalda.

Como la de mis labios, que lejos de esa sonrisa que mordía mis orejas por lo grande.

Ahora, solo es una fina línea por escucharlo.

Llamarme.

Y mis manos como puños, oprimen los bordes de mi bandeja que descansa sobre el mostrador y otra profunda respiración, me obligo a dar al escuchar que me dice.

—¿Muchachito, puedes atenderme?

¿Eh?

Capítulo 3

Cael

—Muchacho, solo quiero un café... —Reitero, mientras el agente de Bienes Raíces me estrecha la mano a modo despedida y se pone de pie, por otra cita de negocios. —...y un vaso de agua, bien helada... —Agrego algo sediento, porque mi jodida boca sigue reseca, mientras aflojo algo mi corbata de mi cuello, como el primer par de botones de mi camisa y abro una segunda carpeta.

Una que traje del trabajo y en carácter de urgencia, que necesito chequear.

Pero algo llama mi atención, sobre la marcha del hombre mientras se retira mencionando siempre, el buen negocio que hice alquilando mi nuevo hogar y ante la primer hoja leyendo.

Y es el subir y bajar de forma irregular de los hombros y aún espalda a mí, del chico que atiende la cafetería.

Rasco, mi mandíbula.

¿Acaso, sufrirá el muchachito algún tipo de problemas respiratorios?

¿Asma, tal vez?

BEATRIZ

Ok.

Mi cuerpo no será muy curvilíneo como se ven en las modelos de revista y televisión.

Y menos, bajo el holgado uniforme de trabajo que llevo puesto.

Miro mis pechos.

Y la talla de mis chicas, no serán cien.

Tampoco noventa.

Ruedo mis ojos.

Son aún, más pequeñas.

Pero, totalmente me defiendo con ellas con su pequeño tamaño, llevándolas bien puestas y con mucho orgullo en un buen escote, si requiere la situación.

Ningún hombre, se ha quejado.

Más de una vez, mis tiernos pechitos han sido elogiados, como la dueña quien los lleva puestos.

Y por eso mi respiración anormal, aumenta intentando calmar la oxigenación de mis pulmones, ante la humillación que recibo del sexi gladiador.

Y por las ganas locas de llorar como cría que tengo, por dirigirse a mi así.

Sintiendo que mis hormonas se están revolucionando, pidiendo justicia y que agrupadas entre ellas tipo batallón desde lo más profundo de mi interior, piden que lo haga en nombre del gremio femenino.

Sip.

Donde la seria posibilidad existe, irrigando más sangre a mi cerebro esta.

Para ser específica, una parte frontal y que se active a toda potencia, esa porción del cerebro.

Y que entre en ebullición por ello, la adrenalina vengadora.

Donde un cartel tipo neón, siento que aparece y con la palabra reto en mi frente, onda tatuaje y sin medir las consecuencias.

En una palabra.

Lo que muchos humanos más de una vez, hemos hecho y trae tantas consecuencias.

El actuar, sin pensar antes.

Y que da, tanta.

Pero, tanta.

Satisfacción.

Ese bendito y desmesurado momento, que da placer.

Por lo arriesgado y sin pensado, pero que a veces trae arrepentimiento después.

Arrebatado y primer pensamiento, frente a un acto de callar a la persona que nos ofendió.

Mi caso en este momento, si preguntan.

Como ir hasta el sexi gladiador, con bandeja en mano.

Cachetearlo con esta, a su cabeza con su lindo y jodido pelo arena entre prolijo y con aire desordenado, que tiene por culpa de sus dedos y que lo hace tan caliente.

Acotación aparte, después de depositar su jodido pedido.

Obvio.

No sería una, buena mesera, si no.

Para luego, después en su nariz y desabrochando todos los botones de la camisa de mi uniforme que llevo puesto.

Refregarle en ese hermoso rostro por demás perfecto, que el señor de los cielos le dio.

Mis dos pares de razones que tengo y que dicen, que no soy ningún muchacho.

Mis pequeños pero bonitos pechos, redondeados en sujetador.

¿Y por qué, no?

Sin él, también.

Pero, creo que la señora Gong.

Y mis ojos van al viejo reloj en madera de pared, marcando su pronta llegada.

Me desinflo.

No lo apreciaría tanto como yo y debo por el momento, conservar mi trabajo.

Y por más que mis amigas expectantes esperan mi reacción desde su mesa, por haber sido testigos de ello y escuchar al sensual gladiador llamarme.

Repito para mí, entre dientes.

Muchachito.

Freno mis impulsos con una disimulada mano en alto a todas, ante cualquier salida en mi defensa.

Inclusive, la pacífica Yaritza, que noto que quiere traspasar la pantalla del móvil, para abofetear al chico bonito y que entre risas Gabriela puso en modo silencioso este, para que no se escuche sus juramentos desde el otro lado.

Y con una última respiración en búsqueda de tranquilidad y mi zen interior, ordeno a mis pies rodear el mostrador y caminar decente en dirección a la máquina de café y poder preparar su pedido.

Como también, llenar un gran vaso de agua fría con unos cubos de hielo, reteniendo las ganas de escupir su interior.

Lo miro, apenas del otro lado del mostrador y sobre mi gorrita con disimulo.

Está contestando una llamada de su teléfono, como si nada.

Gruño.

Culo sexi o no, se lo merecería.

Pero no puedo, medito mordiendo un costado de mi labio sobre un mensaje entrante de mi móvil y al verificar que es un saludo de mi madre y hermanito desde mi pueblo.

Mi humilde, bonita y única familia, que dependen una parte de mí.

Contesto rápido con otro saludo cariñoso, mientras deposito la taza bajo la gran máquina y el humeante, caliente y rico aroma del café recién hecho, llena su interior como el lugar.

Y ya sobre las cosas en mi bandeja, cuando me dispongo a caminar a su mesa y sobre el sonido de la puerta del local, siendo abierta otra vez por alguien.

Y con la idea de dejar su pedido y lejos de frotarle mi par de tetitas en su cara, con mucho orgullo de ser mujer.

Pero sí, de decirle al gladiador un par de cosas y ponerlo en su lugar y recomendarle, que visite un oculista por ser un jodido ciego y confundirme.

Encuentro, que está acompañado en su mesa por alguien.

¿Por el que entró, recién?

Ya que el otro hombre con quien ingresó a la cafetería, ya se marchó.

Y ahora.

Por una mujer, que tomó asiento frente a él con un periódico en sus manos.

Muy elegante vestida.

En su casi, tercera edad y donde toda ella, en su distinguida postura en su silla como el recogido pelo que lleva y modales.

Denota, glamour y distinción.

Mujer que no para de hablar y señala una parte del periódico, como la carpeta que tiene el gladiador entre sus manos y trajo con él, aparte de la que le entregó el anterior hombre.

Y por, ende.

Me tengo que tragar, mi mandada a la mierda protocolar.

—Cael querido...

¿El gladiador sexi, se llama Cael?

Y yo ahogo, un gemido.

Porque, hasta nombre extremadamente caliente tiene, maldita sea.

—...necesitamos resolver de la situación con urgencia, cariño... —Sigue pese a mi presencia, mientras dejo con cuidado la taza de café como vaso de agua fría en la mesa.

El tal gladiador Cael ante sus palabras afirma, releyendo una de las hojas, para luego extender esta, a la elegante mujer.

Intento mirar disimulado, ya que no me prestan atención.

Parece una lista, lo de una de las hojas de esa carpeta.

¿Con nombres?

—Posibles y muy buenos postulantes, Ángela. —Al fin habla, dando un buen sorbo a su vaso de agua helada.

Vaya, tenía sed.

Frunzo mi ceño.

Y vaya otra vez, ya que nunca eleva su mirada.

Ni esa mujer, tampoco hacia mí.

Que a una cierta distancia y de pie a ellos, sigo esperando por si la dama distinguida va a necesitar de mis servicios.

—Quiero un hombre, Cael. —Formula esta y con su índice como prolijamente esculpida su uña en rojo pintado y cuidada mano, que señala tres de esos nombres de seis escritos que hay en la hoja.

Logro divisar que los otros tres, son de mujer.

¿Por qué, dice eso?

¿De qué, será esa lista?

El sexi Cael, sonrío ante ese caprichoso tipo morrito de la refinada y tal Ángela.

Y aparece ese tic revelador que percibí, cuando este dios gladiador entró a mi cafetería.

La de su posible y lindas manos pasando por su pelo arena, tirándolo hacia atrás.

Una y otra vez.

Y auch.

Porque, lo hace lindo.

Y re auch.

Porque, es seguido después de una sonrisa acompañada de un trago a su taza de café muy sonriente, mientras rasca su mandíbula divertido ante manía o voluntad de lo que sea de la refinada mujer.

Una atractiva sonrisa, que acompaña su mirada verde y provoca, que las comisuras de estos por ella, nazcan suaves arrugas típicas de esa expresión.

Cuando una persona, es de reír mucho.

Analizo al gladiador.

¿Será que, es de mucho reír?

No tengo idea.

Pero mi pensamientos entre graciosos y pornos sobre un pantallazo a mis amigas, hace que oculte la mía amenazante y bajando más mi cabeza.

Porque, todas.

Absolutamente, todas.

Hasta Yari, desde el otro lado de la pantalla del celular y olvidando sus blasfemias.

Quedaron noqueadas, por ese sexi ademán sonriente y divertido del gladiador.

Incluso Sar, que recurrió a su revista para hacerse aire teatral, sobre la risita de todas.

—Mañana, serán las postulaciones Ángela. —Contesta. —Tranquila y déjalo en mis manos. Voy a encontrar esa persona calificada en moda y recepción de edición.

Pestañeo.

¿Dijo, moda?

¿Planeamiento y edición de ella?

Los miro ansiosa, desde mi lugar.

Porque, es mi trabajo soñado y por lo que tanto estudié y amo hacer.

Una cosmo moda, en mi carrera periodística.

Ser parte, de una gran editorial para y por la mujer.

Pese a nacer como vivir, en una familia clase baja.

Donde a temprana edad, tuve que valerme mediante trabajo de media jornada para ayudar mi familia como costearme los estudios.

Siempre adoré, este mundo por más que no tuve mucho acceso a ello por falta económica.

Amo, todo lo que conlleva ello.

Desde la moda y sus tendencias.

Desde lo social como no, con los anhelos y perspectivas que tenemos, plasmadas e impresas sobre hojas y que llegan a cualquier punto de este planeta.

Para comunicar.

Mostrar.

Publicitar.

¿Y por qué, no?

Ayudar, haciendo a un lado con su movimiento snob y a informar, que pasa en el resto del mundo.

Y una alegría, me inunda embargándome de felicidad y como si fuera en una clase colegial levantar mi mano y decirles.

Que yo quiero.

Que yo, puedo.

Porque estoy capacitada y mis excelentes notas como promedio final en la

universidad, lo avalan.

Y entusiasmada, doy un paso hacia ellos para presentarme.

Pero.

Un.

—Quiero que sea hombre, Cael... —Que vuelve a repetir la mujer diciéndole, detiene mis pasos.

Y mi entusiasmo.

Retrocedo, los que caminé hacia ellos como las ciertas lágrimas, que nublan mis ojos por decepción y ese maldito sentimiento de fracaso.

Otra vez.

Y hago otro paso atrás, mientras ya no escucho abrumada, que le contesta el gladiador.

Pero asiente a su orden y dejando un par de billetes junto a su taza de café vacía, se pone de pie y acompaña a la mujer elegante quien rodeando uno de sus brazos con los suyos, van en dirección a la puerta de salida, como fin a esa charla.

Y como fin, después de treinta condenados días de no conseguir nada referente a lo que estudié y considerándome buena en ello.

Jamás, notando mi presencia esa mujer y el sexi gladiador, que estaba allí y que era una mujer que cumple al pie de la letra, esa demanda que exigen.

Y como la puerta de la cafetería, por salir ellos la abren.

La cierran a su vez, como mi sueño amado.

Cuando se marchan.

—Pero, que hijos de perra... —Gruñe Sar, llegando todas a mí. —...quieres que le dé, su merecido? Le enseñaré a amb... —Amenaza con salir, pero tomo su hombro negando e impidiendo.

Sonrío, triste.

—A los hombres, nunca se los entiende... —Murmura Mariana, abrazándome y mirando la puerta, ya sin ellos. —...pero, la estirada era una mujer! —Exclama, sin entender y recalcar su deseo que sea hombre. —¿Dónde quedó, el movimiento femenino y ayudar a la prójima?

—¿A un costado y sin uso, de esta sociedad que se florea con la boca la igualdad de los sexos, pero solo es esta de los labios para afuera? —Argumenta Gabriela, negando desconforme a mi lado y sobre la imagen y asentimiento de Yari desde su celular pensativa y triste al igual que Caro.

—Chicas, ¿tranquilas, si? —Digo, volteando para recoger la taza como vaso del sexi chico y antigremial mujer elegante, de la mesa sobre mi bandeja.

Cualquier cosa, para ocultar mi tristeza.

Como que se preocupen, más de mí.

Y miro el periódico a medio doblar, que dejó olvidado la mujer y donde la sección de clasificados de trabajo y en una porción de esa página, llama a la postulación de ese cargo.

Lo levanto con cuidado, dejando la bandeja en la mesa.

Y suspiro silenciosa y tocando con mis dedos, este.

Porque, es el soñado para mí.

—Todo, por no tener un jodido pene... —Suelta entre suspirosa como yo y divertida, Caro.

—Si. —Dice una.

—Si. —Contesta otra.

Y. —Si... —Digo yo, con una mueca.

Pensativa.

Muy pensativa.

Hasta que pestaño, por algo que se me ocurre.

Y pestaño, de vuelta.

Y con mi mueca transformándose, en una media sonrisa.

Media sonrisa, no por la broma de Caro y cual todas, dibujamos ante su conclusión gráfica y muy varonil.

Sino.

Por la idea que se me ocurre y por eso, miro a todas ganándome sus miradas raras y sin entender.

—¿Y qué pasaría, si busco uno? —Largo, de golpe.

Silencio, del otro lado.

Hasta creo, que escucho grillitos de sus lados, mientras me miran atónitas y asombradas.

Inclusive de Yari boquiabierta y congelada, desde su sillón azul desde la pantalla, sostenida por Gaby contra su pecho.

—¿Buscarte...un pene? —Al fin, habla una.

Mariana.

No cree.

O no termina, de entender.

Afirmo natural.

—¿Te cambiarás...de sexo, Beti? —Sar balbucea perpleja, mirando a todas y luego a mí.

Niego divertida, sacándome la gorra del uniforme para liberar mi largo y

ondulado pelo rubio, que cae como cascada sobre mis hombros y cubriendo mis pechos.

Tomo un extenso mechón dorado entre mis dedos y juego con el, reflexiva observándolo.

Y muy convencida.

—No... —Le respondo. —...pero, voy a buscar y descubrir... —Miro a cada una. —...mi yo, masculino... —Finalizo, pensando en seguir tras mi sueño y como concretándolo, poder ayudar a mi familia querida de mi pueblito.

Capítulo 4

Beatriz

—Dios, voy a ir presa por esto... —Dice una, muy trágica.

—Y yo, derecho al infierno cuando muera... —Continúa, otra fatal.

—No podré, entrar a mi país nunca más... —Gime, una tercera.

—Chicas, un voto de confianza, ¿sí? —Interrumpe el lamento entre divertido y serio de todas, Caro.

Que a mi lado y frente al gran espejo que cubre una pared de la puerta de mi armario, estoy de pie mirándome a través de él, en ropa interior.

—Solo, será un par de meses... —Miro a cada una, por el reflejo. —...cuando el periodo parcial de prueba pase... —Afirmo convencida, pese a ser una locura. —...donde estas cosas siempre funcionan igual, comenzando como cadete y permitiendo que me involucre de a poco, por no tener experiencia laboral en el mercado... —Me giro, a mis amigas.

Y suspiro, caminando a un cajón de la mesita baja junto a mi cama y saco de su interior, un papel a medio doblar y se los extiendo a ellas.

Una carta.

Sar lo relee y pasa a Gabriela negando triste, para luego a Mariana como Caro.

Y esta, lo mantiene en sus manos para que lo haga desde el móvil, Yaritza.

—...mi abuela me escribió, semana atrás. —Prosigo ante la reacción silenciosa de todas, tras leer la humilde carta de mi abuelita. —...los huesos de mi madre, ya no dan más de tanto trabajar en el puerto. —Sonrío triste. —...cosa que nunca me dijo este último tiempo y la esporádicas veces que viajé, en estos cuatro años o cuando hablamos por teléfono...

Nací con mi hermano dos años menor en un seno familiar, muy sencillo como mencioné anteriormente.

Donde toda la vida y por vivir, al sur del país.

Pueblito de zona pesquera y portuaria.

Base de cadenas montañosas y ambos océanos rodeando este y lejos, de universidades y siendo ellos, hijos de padres pesqueros humildes a su vez.

Lo único que conocieron desde su adolescencia y tras casarse a temprana

edad en lo laboral y vida.

También, fue más puerto y más pesca.

No reniego en absoluto, de mi origen.

Todo lo contrario.

Estoy, muy orgullosa de ello.

Porque, pese a haber nacido en una cuna lejos de ser de oro y el confort.

Y la palabra lujo prácticamente, nunca existió para mi hermano y para mí.

No cambiaría, por nada del mundo eso.

Mi hermoso pueblo del sur del país entre montañas, bosques y océanos.

Donde no tiene nada que envidiarle a la misma Suiza con sus Alpes, nieve y paisajes.

Porque, mi pueblo.

Es un cuento de hadas, viviente y por ello, entre los favoritos del sur para vacacionar.

Especialmente, por viajeros y peregrinos extranjeros.

Donde mi madre viuda y al quedarnos sin un padre, a mitad de nuestra adolescencia con mi hermanito y cobrando un seguro de vida por ello, sin nunca saberlo.

Lo utilizó, para abrir un pequeño restaurant sobre las costas de los océanos y regentearlos con esas habilidosas manos para la comida casera que tiene.

Explotando, el recurso de nuestro pueblo para el público forastero y el no, en platos deliciosos y referentes a la pesca, que con los años y aunque no es sofisticado ni elegante.

Los comensales turistas o no, se abarrotan para probar su famosos guisados de mariscos, como demás menús costeros que ofrece.

Restaurant que ya ella sola pese a tener ayuda, ya no puede mantener y por más que mi hermano, corre a auxiliarla cuando no trabaja en su barco.

El que heredó de mi padre como abuelo.

Restaurant simple, pero pintoresco.

Y tan bonito como una postal misma, con su fondo portuario y montañas nevadas de fondo incipientes y poderosas detrás, como temibles guardianes protegiendo el lugar.

Y con sus costas oceánicas y su música de siempre, del ir y venir de su oleaje, golpeando estas.

Restaurant que me prometí a mí, misma al separarme de mi familia querida, sobre su apoyo incondicional de ir tras mis sueños a la gran capital y

su ciudad.

Y con mi estudio, que a base de esfuerzo y sacrificio.

Horas desveladas, por estudiar.

Y otro tanto, en mis trabajos de medio tiempo.

Poder ayudar, una vez establecida en lo laboral y de lo que amo.

—...no me molesta, volver a mi pueblo y dedicarme a cuidar, el restaurant de mi familia... —Les digo, tomando asiento en el borde de mi cama. —...no lo siento como castigo, ni como un fracaso, porque lo intenté... —Prosigo, mirando mis manos entrelazadas entre mis piernas. —...hasta podría conseguir y hacer algo de lo mío en mis tiempos libres, en el pequeño periódico y revista semanal de mi pueblo... —Miro la carta de mi abuela, que sostiene Caro. —...pero, tan solo por una vez... —Deseo, cerrando mis ojos. —...tan solo una vez y por ese tiempo de caducación... —Lo anhelo. —...quisiera, trabajar en ese magazine.

Mis ojos ahora abiertos, recorren a cada una que me escuchan atentas y silenciosas.

—Saber que se siente y a costa de lo que sea ese sacrificio, en ese periodo de prueba... —Suspiro, recordando la postulación de mañana. —...prometiendo que el tiempo que dure eso, me marcho silenciosa y llena de felicidad a mi pueblo para hacerme cargo del restaurant, así mi madre descansa como se lo merece... —Sonrío, entre triste y feliz y a dos segundos de dejarme caer de rodillas y suplicar con un morrito.

—Nunca, tuviste una oportunidad... —Al fin habla una.

Yari, desde la pantalla.

Asombroso ese celular y su batería, por como dura.

—Nunca, se la dieron. —Corrige Gaby, sobre el asentimiento de todas al mismo tiempo con sus barbillas, frente a mí.

—Jesús... —Murmura Mariana. —...esta locura, va contra las reglas... —Dice pensativa y frente a punto fijo de una de las paredes.

El mediano estante, en madera blanca con un par de libros.

Y varios, portarretratos con fotos mías, de mi hermano y mi madre abrazados, con rostros donde hay señales de cansancio, por el arduo trabajo diario.

Pero, pese a ello.

Sonrientes y felices, frente a mi cámara de foto.

—¡Joder, si! ¡Vamos hacer esto, maldita sea! —Sar, aplaude y se frota las manos entre sí convencida, mirándome y luego a las chicas.

Y yo miro a todas con mi rostro iluminado, porque asienten sonrientes y siendo cómplices de mi locura de amor.

Porque, lo es.

Por amor a mi trabajo y aunque, sea por corto tiempo su límite se va a concretar.

Y por amor, luego a mi familia que sea cual sea el resultado final.

Voy a cumplir, mi promesa de ayudarlos.

Solo Mariana sobre su sonrisa, duda y por ello todas esperamos su veredicto.

Sus ojos van a todas, para luego a mí y otra vez a todas.

Camina sobre mi habitación, reflexiva.

—Les daría un sermón, que les haría sangrar los oídos a cada una... —
Niega, luchando contra sus principios.

Me señala, con su índice.

—...prometes, que solo será ese par de meses de prueba y feliz y satisfecha Beti, no seguirás con esta locura? —Me pregunta.

Me pongo de pie.

—Lo prometo... —Junto mis manos. —...prometo mucho...

Su mueca pensativa, sigue.

Pero tras segundos desgarradores, transformarse en una sonrisa.

Niega divertida.

—Jesús querido... —Murmura al fin alisando su lindo traje con sus manos, para luego mirarnos con decisión. —...de adolescente, que no hacía pendejadas raras con mi marido... —Ríe. —...ok... —Ella también palmea sus manos, para activar el movimiento. —...comencemos con esta mierda, porque la noche va ser larga y mañana es el gran día para nuestra amiga. —Ordena, movilizándonos chasqueando sus dedos.

Y que comience.

Sonríó feliz y ante el festejo de todas, abrazándome.

Y suspiro, entre sus brazos.

Mi cambio de imagen, por ir aunque sea por un corto periodo.

Tras mi sueño...



Horas con mucho café de por medio, para luchar contra el sueño y cansancio de cada una.

Delivery de pizzas, que gustosa comimos.

Una escapada de Sar, fugaz a la farmacia más cercana por cosas.

Otra Mariana al teléfono y pidiendo a su hijo mayor, que traiga a mi departamento otro de sus trajes.

El de saco y pantalón y entre sus favoritos.

El negro.

Como también, su canastita de costura de hilos y agujas.

Donde siendo muy diestra en ello y con un ángel sus manos para la confección, sin pérdida de tiempo una vez entre sus dedos ambas cosas, se dispuso a cambiar y transformar su diseño femenino, con aire más masculino.

Mientras.

Y la buena música de mi radio, nos acompañaba.

Jesús de los cielos.

Mis otras amigas.

Se encargaban, de mi cambio de imagen.

De mujer a muchachito, como me confundió ese sexi gladiador Cael.

—Tú, puedes. —Alenté a Sar detrás mío, muy convencida y sin un atisbo de arrepentimiento.

—No quiero ver... —Gimió Caro a la distancia y tapando con sus manos sus ojos, pero espiando sobre ellos.

—Me duele, hasta a mí... —Soltó Gabriela, sobre mi risa y Yari riendo también.

—Pero, hay que hacerlo. —Interrumpo a todas y mirando sin dudar a Sar desde abajo y silla que me encuentro, mientras acomodo mejor la pequeña toalla rosa sobre mis hombros y con una afirmación de mi barbilla, le ordeno que lo haga.

Y ella obedece, sobre un movimiento preciso y diestro, tras los gritos de asombro de todas por ello.

La tijera, en una de sus manos y en la otra, un peine.

El primer mechón, de mi largo, ondulado y oro pelo, cae al piso.

Seguido.

Por el resto.

Mi viejo despertador marca las siete de la mañana en punto al día siguiente, sobre los bostezos y miradas de cansancio y falta de sueño de mis amigas.

Una sentada, pero abrazada sobre un almohadón en el piso alfombrado de mi habitación.

Otras, tendidas y recostadas en mi cama, comiendo las últimas porciones de pizzas ya frías y con más café recién hecho.

Y una última, dormitando sobre su sillón azul desde la pantalla del celular.

Pero todas, reaccionan como si fuera que el agotamiento y las ganas locas dormir, no existieran, incorporándose rápidamente desde sus lugares.

Cuando Sar abre la puerta de mi baño donde estamos, sonriente y muy orgullosa como satisfecha, por el arte final sobre mi persona.

Y saliendo ella primero, abre toda esta.

Para darme, paso.

A mí.

Que lo hago, con pequeños pasos y mirando a todas entre rara y feliz, con ganas de reír.

Mucho.

Porque, sus expresiones de ojos fuera de órbita.

Mandíbula desencajada.

Y sus lindas boquitas abiertas, por asombro sin hablar.

Me dicen.

Y que ven y tienen, frente suyo.

Con ya el traje negro puesto de Mariana, lejos de ser femenino y ahora, con corte jovial y masculino, gracias a sus manos y la costura.

Camisa blanca que olvidó mi hermano en su última visita y siendo, casi ambos de la misma textura física.

Y mi adorado y más de una vez elogiado pelo rubio, ya lejos de ese largo.

Para ahora llevarlo muy corto, con estilo y aire desprolijo y un tinte más oscuro, gracias a Sar y mente maestra por la moda.

Y mi cuerpo con postura, casual de manos en los bolsillos y observándolas.

Donde sobre mis prendas, no hay sospechas ni señal de pequeños pechos femeninos bajo este, ya que los cubre y oculta estas, una venda envueltas por Sar que compró entre otras cosas en su visita rápida a la farmacia.

—Dios...eres hermoso... —Aplaude maravillada Caro, dando un salto de la cama para acercarse.

No se la cree.

—...Te daría, sin arrepentimiento y ni necesidad de alcohol... — Argumenta, entre risas y tocando, mi plano pecho con un dedo.

—Hasta das ternurita con tu pelito y todo vestidito así... —Gime Gaby, tomando mis mejillas y me las estira a placer, tipo esas tías que nunca faltan en

la familia.

—Pe...pero...parezco, un hombre? —Pregunto sobre sus adulaciones, preocupada mirándolas. —...parezco un muchacho? —Insisto, haciendo a un lado mi casi castaño pelo, que cae sobre un lado de mi frente con una mano.

Y me gano, un gemido de amor de todas con sus manos en sus pechos, por esa acción.

Las miro, raro.

¿Eso, es un sí o un no?

—Beti gracias a tu cuerpecito con pocas curvas y por ende, ese caliente chico te llamó muchachito... —Me dice, Mariana. —...y con tu aire juvenil... —Mira su traje que llevo puesto, para luego ella volver acomodar mi pelo con corte masculino y algo rebelde, que cae otra vez sobre mi frente a un lado. —...realmente, pareces un guapo hombrecito. —Sonríe, palmeando mi mejilla convencida. —Muy atractivo y listo, para ir a esa entrevista de trabajo y patear traseros...

Y así.

Sobre el apoyo y un último abrazo por todas, tomando tanto el periódico dejado por esa mujer elegante en la cafetería, como mi carpeta con trabajos de mi carrera.

Y un ya y por el momento, lejana cartera mía que siempre llevé conmigo.

Exhalo un aire, súper decidida.

Me encamino a la parada del bus y en dirección a la editorial donde la revista.

El magazine, para y por la mujer

Féminan.

Espera sus nuevos postulantes, para trabajar en ella.

Pero, mi ceño se frunce.

Ya que, noto algo extraño y miro medio rara y confundida.

Porque, desde que subí al colectivo que me llevó hasta la dirección de la editorial y donde, me gané un par de cruces de miradas de estudiantes entre si sobre sus asientos y hasta, cierta risitas entre ellas por lo bajo, señalándome.

Ahora, mientras ingreso por la puerta principal en su vidrio, donde me roba un gran.

—Guau... —De admiración, por el diseño arquitectónico del edificio.

Mobiliario y decoración en su pulcros grises, blancos y la totalidad de su exterior, todo vidriado en tamaño y altura de su docena de pisos.

Me sigo sintiendo observada, con cada paso que doy en dirección a la gran

mesa de entrada y atención al público de la editorial.

Por mujeres.

Sip.

Docenas de estas, entre muchos hombres en este gran vestíbulo caminando.

Muy bonitas en vestimenta y peinados que van y vienen, en este emporio editorial para la mujer.

Y les devuelvo a todas en su susurro y regalándome una sonrisa.

Arrugo mi ceño.

¿Seductora?

Una mirada extraña, hasta que me topo con mi imagen reflejándose en una vitrina tipo decorado.

Y mi boca cae, al verme de cuerpo entero.

Obligando a que me arrime, porque me cuesta creer lo que me devuelve el reflejo del vidrio, mientras me escaneo de arriba abajo y me giro sobre mis pasos.

—Carajo... —Susurro, acomodando mi ahora lacio pelo corto, algo más castaño y que cae sobre mi frente y casi ocultando mis claros ojos. —...soy muy guapo! —Exclamo, tapando mi boca por la risa y entendiendo, las miradas entre lobunas y felinas de las mujeres.

Carezco de un mega físico y cuerpo de muerte, como nos gusta con mis amigas y por eso somos como una especie de mujerzuelas literarias, de tanto leer novel Romance y babearnos, por los sexis y calientes protagonistas masculinos.

Pero, soy tan bonito que hasta yo misma me doy ternura, me digo para mí, satisfecha y echándome un último vistazo, mientras retomo mi camino al distinguido moblaje.

Donde dos chicas en sus pulcros trajecitos en azul y blanco, detrás de este y con sonrisas amplias en sus labios delicadamente maquillados, ayudan y orientan con tu consulta.

Y por, ende.

Me regalan una también, con la ubicación de los ascensores y piso que debo ir para asistir a la entrevista laboral, mientras una compone una credencial de visitante para mí, y la otra llena la carpeta de entrada para que pueda subir.

—¿Nombre? —Me dice esta, muy sonriente desde el mostrador que estoy apoyada y mirando todo lo que me rodea.

—Bet... —Suelto y me trago, mi nombre de mujer.

Porque, casi meto la pata.

Y sobre el pestañeo de no entender de la linda chica dudando, mi turno de sonreír haciendo a un lado mi pelo de un movimiento de mi cabeza.

Muy masculino.

Para fingir.

—Beto... —Corrijo rápido y engrosando como puedo mi voz, más una sonrisa seductora que intento hacer, apoyando un brazo en el mostrador con aire casual.

Creo.

—Alberto. —Corrijo, utilizando el de mi hermano. —...Alberto York... —
Repito.

Y que Dios y mi hermanito, me perdonen por ser tan mentirosa.

Como también, rogando que ambas no sospechen de mi verdadera identidad.

Y cierro mis ojos con miedo, esperando que mi farsa, no llegue a la luz.

Un silencio algo terrorífico, se hace hasta que.

—Awww...tiene nombre de príncipe... —Dice una, de forma dulce de golpe y entrelazando sus manos en su pecho.

Abro mis ojos.

¿Qué?

—...y la de un sexi piercing, genital de hombre... —Formula, la otra.

Arqueo una ceja.

Porque ella, está lejos de una ternura y más bien lasciva.

¿Y eso?

Un momento.

Eso significa...

¿Qué pasé?

¿Y qué, no se dieron cuenta?

Y la respuesta, llega rápido.

Sus últimas recomendaciones repitiéndome siempre sonrientes, donde están los ascensores y entregándome con guiño de ojo, mi credencial de pase como visitante al edificio.

Y hasta el número de celular de una, tras este.

Y quiero reír.

Guau.

Porque eso hacemos, cuando somos osadas y nos atrevemos y porque, significa que parezco en realidad como de verdad, un muchachito.

Sonrío.

Uno muy lindo, por cierto.

Y hasta ganas de hacer un bailecito de alegría me tienta, mientras me dirijo a uno y aprieto su botón de llamado a planta baja.

Pero retengo ese impulso con el temor constante, de ser descubierta y me tranquilizo, buscando con mi mano libre y por abajo de la camisa de mi hermano.

Lo único, que me da calma.

Loco, pero real.

A mi dije, que llevo siempre y cuelga por una cadenita de mi cuello.

Esa alianza de compromiso, de vaya a saber quién y que apareció en mi mesa, esa noche en el mercadito bar, junto a la costosa chaqueta gótica cubriendo mis hombros.

Y vuelvo a sonreír, ante su contacto entre mis dedos y bajo mi ropa.

Sonrisa que se agranda cuando las doble puertas en su acero pulido se abren para mi, e ingreso feliz sola a el dejándome llevar por la buena canción y de moda; que suena en su interior y abrazando más contra mí, mi carpeta de estudio como trabajos y el periódico abandonado por la mujer elegante de la cafetería.

Pero algo me congela, casi en sus puertas cerrándose.

Que ni la música, puede cubrir.

Y como si fuera esos perfumes importados y tan masculinos, que hasta una cierta distancia llega a una por su aroma.

Tal que en contacto con la piel masculina provocan al sentirlo, no solamente que voltees para ver que Dios Helénico lo lleva puesto.

Sino.

Pedir que las autoridades sanitarias lo prohíban, por promulgar la lujuria y que una se lance sobre ese adonis.

Y es.

Al igual que ese elixir, sobre la piel masculina.

El reconocer la voz.

Ese tono grave.

Caliente.

Y palpitante, irradiando masculinidad.

Seguido y por eso, negando que esto me pueda suceder y apretando más la botonera, como si eso lograra cerrar más rápido las jodidas puertas del ascensor con ello.

Escucho.

Reconozco, como un buen perfume de hombre.

Su.

—¡Muchacho, puedes detener el ascensor!

Sip.

Perra suerte, la mía.

Porque es el sexi gladiador en persona, trotando por el vestíbulo hacia mí y mirando su reloj pulsera al mismo tiempo.

Y ni una mierda.

Apuro más, toqueteando el puto botón.

Que jodidamente, suba por las escaleras o espere el otro bendito ascensor.

Pero, fracaso.

Porque una de sus manos extendidas, impide que las puertas se cierren y automáticamente vuelvan abrirse.

CARAJO.CARAJO.CARAJO.

Y no puedo evitar, sentir que mi estómago se retuerza locamente en señal de que un espacio tan pequeño y reducido, estemos tan cerca uno junto al otro.

Y pánico, porque me llegue a reconocer y lo disimulo, intentando cubrir un lado de mi rostro, con la carpeta de mis trabajos como periódico, cuando toma posición con toda tranquilidad una vez que entra.

A mi lado.

Parezco idiota, lo sé.

Pero es lo único que se me ocurre, ya que es un puto milagro cuando me sostiene la mirada mientras se acomoda en el interior, que con mis manos no intente abrir las puertas sin importarme en arrancarme las uñas en el proceso y huya cual cría me siento.

Y lejos de esa tentadora idea, me obligo a tranquilizarme, ya que siento mis mejillas rojas y que mi respiración se acelera, mientras ruego que el jodido ascensor se cierre de una vez y suba con la velocidad de la luz, los pisos hasta el mío para que deje de observarme.

Solo me mira por curiosidad y no por sospechas, me aliento.

Y otra gran y obligada respiración, me calma mientras el ascensor inicia su subida y deteniéndose en varios pisos y en ellos, subiendo personas cosa que agradezco.

Pero que, al notar la presencia de mi acompañante gladiador, las pocas mujeres lo devoraron con la mirada y bajo sus saludos.

Y los hombres, sus respetos.

Mi ceja se vuelve a arquear, escondida por mi carpeta que me niego a bajar.

¿Tan conocido, es este Dios espartano?

Y simpático.

Parece.

Porque solo se limita a sonreírles con ese jodido y caliente tic de sus manos, pasándose por su pelo arena un par de veces, para luego colocarse al final del ascensor como yo y dar espacio, donde se apoya en la pared ahora y con sus manos en los bolsillos de su pantalón de vestir en un gris tiza.

Es, muy alto.

Superando tal vez, el metro ochenta y cinco.

Quizás, más.

Y todo él, emana por más sonrisa simpática y verdadera, que demuestran esos labios lindos.

Mucha masculinidad, con su porte.

Donde sus hombros definidos delatan bajo su camisa clara, un cuerpo con un importante trabajo en él.

Lo miro, con disimulo y tras mi carpeta.

Y esos ojos, entre verdes y cenicientos.

Como de mierda por los lindos, que tiene.

Mi corazón palpita por eso y no me gusta nada, provocan que mis hormonas se disparen.

Pero lejos esta vez y como ayer en la cafetería, de rebelión en su contra.

Sino.

Que ahora, me ordenan que haga cosas muy obscenas e idiotas, como lanzarme sobre él.

Y por eso, ante las puertas del ascensor abriéndose en el piso y sin esperar a que todos salgan.

Pidiendo permiso y abriéndome paso entre el gentío, intento salir de su pecaminoso perímetro invadiendo mi espacio personal.

Porque, siento su mirada en mi nuca.

Pero algo, me lo impide.

¿Eh?

Y es, su mano envolviendo mi brazo deteniendo mi escape mientras todas las personas salen de este.

Intento de un movimiento que me suelte, pero su agarre sin ser bruto o doloroso.

Es fuerte.

Al igual, que su mirada en mí.

—No. —Sale de sus labios, presionando con su mano libre la botonera para que se cierre con nosotros solos y dentro, continuando su ascenso el ascensor.

Oh mierda.

¿El gladiador, acaso me reconoció?

¿Pero si jamás, volteo a mirarme en la cafetería?

Trato de no atragantarme mientras sacudo mi cabeza negando y en mi forcejeo por liberarme de su mano, sobre la otra, obligando a que baje la carpeta que oculta parte de mi rostro.

Porque es imposible, que gesticule una palabra coherente.

Sobre su mirada.

¿Acusatoria?

Trago saliva.

Diablos.

Estoy perdida...

Capítulo 5

Cael

—Jodido tráfico... —Maldigo, abriendo la puerta del taxi llegando a la entrada de la editorial y con una seña al conductor al bajar, que se quede con el cambio para no perder tiempo.

Intento hacer equilibrio con mi hombro sosteniendo mi celular en el que hablo, mientras llevo mi maletín y empujo con el otro, la gran puerta de entrada vidriada acomodando unos papeles en este.

—...que estén, todos listo... —Ordeno a Megan, chequeando la hora e intentando trotar en dirección al ascensor, cruzando el gran vestíbulo de recepción. —...Ángela, llegó? —Le pregunto, esquivando gente como personal, mientras los saludo a medias por mi apuro.

—Está en su oficina, Cael... —Responde. —...a tu espera y estar presente, en la elección del nuevo postulante.

Lo sabía.

Aunque, no tiene mucho trato directo con sus empleados.

Y a solo, poco más de dos meses de la convención anual de la mujer.

8 de marzo.

Etapa y largada, de nuestro comienzo de año y por ende, la gran temporada que se avecina y siendo, totalmente diferente a lo que el calendario indica con su primero de Enero.

Y por eso.

Y mi orgullo.

Nos diferencia del mundo del magazine femenino y el resto.

—Voy subiendo... —Término la llamada, al ver que uno de estos abre sus puertas mientras ingresa alguien y apuro mis pasos, para alcanzarlo guardando mi móvil y extender mi mano para gritar al chico dentro.

—¡Muchacho, puedes detener el ascensor!

Pero, no me escucha y por ello corro más.

Y sonrío sobre un resoplido de cansancio, por la carrera y logrando frenar yo, su cierre con una mano.

Seguido de otro, que no puedo ocultar mientras me acomodo dentro,

porque el muchachito en cuestión algo avergonzado por no detenerlo, cierto rubor cubre sus mejillas y lo disimula, tapando parte de su rostro con una carpeta en sus manos.

Y hasta cierta ternura me da, pese a que no puedo ver bien su rostro.

Porque, parece un chiquillo.

¿Qué edad, tendrá?

Me pregunto, intentando mirarlo con disimulo.

Pero, es imposible.

Más gente ingresa al ascensor, con cada piso que subimos y nos detenemos a su llamado, que por reconocerme como jefe de editor, muchos me saludan cual respondo agradable.

Aunque, inevitable no percibir esa cierta atracción que ejerzo en el campo femenino, cuando captan mi presencia como el evidente respeto de mis otros pares también.

Soy afable y lejos, un jefe tirano.

Aunque si, correctivo.

Responsable.

Y pido lo mismo que demando, al igual que Ángela.

Eficiencia laboral.

Pero, hoy bajo mi saludo cortés mientras obligado me acomodo más al fondo del ascensor, por la capacidad de los empleados entrando.

Y con ello, el muchachito también.

Que forzados por tanta gente, lo tengo junto a mí.

Muy junto, a mí.

Y notando, que este contacto cercano lo incomoda.

Lo siento, chico.

Es obligado.

Y por eso lo observo, ya que nunca en mis años acá lo vi antes.

Y eso capta totalmente mi interés, mientras peino algo mi pelo con mis manos, para luego acomodarme y buscar una mejor postura, contra la pared final del ascensor.

Gesto muy propio, que hago cuando busco respuesta de algo.

Sea, llamándome la atención o algo por resolver y que me preocupa.

Encontrando para mi asombro, que es por lo primero y por el chico.

No solo.

Su complexión pequeña, llevando ese traje con tanta responsabilidad con su corta edad y donde, ese corte de pelo juvenil y algo disparado cubriendo

parte de su frente, lo obliga a siempre con una mano hacerlo a un lado.

Y ese, aire...

¿Tímido?

Que lo delata, por esa mano con carpeta escondiendo parte de su rostro y que provoca, que sonría más.

Sino.

Por una ligera sensación, que lo conozco de algún lado.

Me apoyo más en la pared, pensativo y ya sin sonreír.

¿Nos habremos cruzados, en algún momento?

Y pongo a trabajar, mi cerebro.

¿Tal vez, hijo de un inversionista?

¿O novio, de alguna?

Lo observo mejor, casi espalda a mí y ya, sin disimulo.

Casi agazapado, desde su pequeño espacio obligado por mis compañeros de trabajo agolpando y por eso, yo lo arrincono más que ante mi forzoso acercamiento y mi pecho, tocando sus hombros.

Ese contacto lo estremece, cuando al fin noto que me mira y apenas, elevando sus ojos sobre uno de sus hombros y de esa carpeta en cual se esconde.

Descubriendo, unos ojos claros muy bonitos.

Como agua de manantial.

Un agua acogedora y de un tono entrañable.

Y descubriendo, con esa mirada.

Esos ojos.

Mierda.

Que el color calidez, existe.

¿Qué?

Y sacudo mi cabeza, al escuchar mis pensamientos.

¿Qué rayos, fue eso?

Y quiero, no solo pasar mis manos como lo hago siempre una y otra vez, por cosas inconclusas.

Sino.

Rascarme entero, hasta sangrar mi cuero cabelludo si es necesario.

¡Qué mierdas de pensamientos fueron estos, santo Dios!

Miro al muchachito.

Ya que, otro hombre, provocó.

¿Qué me convierta, en un jodido poeta?

¿Y eso?

Y quiero reír, pero nerviosamente por esa sensación.

Y aunque no lo hago y agradezco por el vip del ascensor, anunciando el próximo piso en detención y que me despeja, de esta rara sensación que me llena.

Repito.

Por otro, hombre.

Gana otra cosa, cuando noto que el muchachito y me culpo por ello, ante la incomodidad de mi mirada sobre él sin preámbulo.

Busca escapatoria y abriéndose camino, sin esperar que los demás salgan y pidiendo permiso de forma atontada, sobre mi mirada fugaz a su carpeta y descubriendo un periódico, entre sus manos.

Donde llego a notar una porción de él, remarcado con bolígrafo la entrevista laboral.

Siendo este piso donde quiere huir, el equivocado y sobre la hora límite de la postulación.

Porque, no va a llegar a tiempo.

Y hasta yo, estoy llegando tarde.

Por mi maldita culpa.

Y hago lo único que se me ocurre y sin pensar, mientras todas las personas salen del ascensor.

Y puta, casualidad.

Quedarnos solos.

Detener su escape, tomando sus brazo con un.

—No. —De mis labios, dando esa orden y en ello presionando la botonera con el número de piso correcto, cerrando sus puertas con solo nosotros dentro.

Seguido.

De obligar, a esa carpeta.

¿Por qué, lo hace?

A que lo baje, porque nuevamente cubre a medias su rostro.

BEATRIZ

Ni siquiera me atrevo a elevar mis ojos como abrirlos y que los presiono con fuerza como vergüenza.

Porque, siento que me descubrió.

¿En qué cabeza, cabe este estúpido plan que imaginé?

Y cuando estoy a tres segundos de caer de rodillas frente al gladiador, por misericordia y mi falta de seriedad en esto.

El agarre de su mano sosteniendo mi brazo, afloja.

—Lo siento mucho, muchacho... —Final y palabra, que desde ayer en la cafetería y mi perra suerte de encontrármelo en el ascensor, se convirtieron.

Y se hizo, para mi asombro.

Ya familiar en mí.

El famoso, de nuevo.

Muchacho a mi persona, saliendo de su boca.

—...no podía permitir, que bajaras en ese piso. —Prosigue, señalando el display arriba nuestro y que indica, el número correcto de piso bajo el sonido nuevamente de este, abriendo sus puerta y donde quedaron abiertas de par en par, a la espera que salgamos.

Porque, yo quedé estática y sin entender bien e intentando, procesar todo esto.

Y el lindo gladiador, de nombre Cael ya sin aprisionar mi mano, aguarda conmigo.

¿Y respetuoso, a que yo reaccione?

—¿ Vienes por la entrevista laboral, no? —Continúa, al ver que sigo silenciosa.

¿Entonces, no me reconoció?

¿Ni de la cafetería o que soy mujer?

Y afirmo dudosa, porque no me la creo todavía.

Ese tic hermoso de su mano acomodando nuevamente, su pelo arena hacia atrás se hace presente, mientras pensativo mira afuera para luego a mí, seguido de su hora en el reloj pulsera que lleva.

—Llegarás tarde. —Dice y yo me descompongo de los nervios, al escucharlo chequeando desde mi celular.

Y Diablos, sí.

Pasaron más de 5 minutos, desde el horario de ingreso.

Y quiero llorar.

Porque, bajo el anuncio pedían.

Exigían.

Y recalcan, por tomarlo mucho en cuenta.

Puntualidad horaria.

—Oh, mierda... —Solo sale de mí, triste importándome nada su cara al escuchar mi blasfemia y que se haya escuchado poco masculina.

Voy a tener que correr, para encontrar en este jodido y enorme piso, la bendita puerta de muchas y que ya con postulantes dentro, debe estar cerrada.

Pero, algo nuevamente detiene mi carrera, una vez fuera.

Y es el gladiador, apoyando de forma pesada su mano en uno de mis hombros.

¿Impidiéndolo?

Y ya no cubro, mi rostro con mi carpeta.

Ni siquiera, con el periódico.

Lo miro, sobre la fuerte presión de su mano que aún, no me suelta.

Y obligo a mi barbilla a elevarla, para poder nivelar su mirada desde su gran altura a comparación de la mía y sin dejar de observarme.

Algo asustada, pero ya sin importarme si nota que su muchacho, es en realidad una mujer.

Porque, poco más de cien días de fracaso sobre fracaso y negativas.

Hoy.

Es mi última oportunidad, de que se cumpla mi sueño.

Por poco tiempo.

Pero, mi sueño cumplido al fin, gracia a la ayuda incondicional de mis amigas queridas acompañándome, en esta linda locura.

—Tengo que llegar. —Le digo, intentando salir de su agarre.

Pero, me niega.

Y cuando creo, que voy a llorar de la bronca y dedicarle millones de improperios a él y hasta cuatro de sus generaciones pasadas, un.

—No te abrirán las puertas... —Me interrumpe. —...con Ángela a la cabeza, las exigencias se potencian...

¿Quién rayos, es Ángela?

¿Acaso, la mujer bonita de ayer?

—Voy a rogar... —Corto su argumento mientras sin soltar mi hombro, me incita a caminar con él y el extenso corredor.

Uno, con sus paredes marfil.

Pulcro y limpio.

Decorados algunas partes, de cuadros contemporáneos como enmarcaciones en grande.

Muy grande.

De portadas de la revista, con su explosión de colores según la temporada y su modelo.

Y en ciertas esquinas, con exquisitas esculturas de figuras femeninas

jugando con lo inexacto y a la imaginación tales imágenes.

Al igual que sus pisos a tono, que parecen pecado pisarlos por su lustre y calidad.

—...pediré disculpas, por no llegar a tiempo... —Prosigo, sin dejar de caminar a la par suya y agravando como puedo, el tono de mi voz. —...por favor... —Digo.

Y se detiene ante mi ruego y frente a una gran puerta de doble hoja y madera tallada.

Cerrada.

Pero, que se escucha desde su interior murmullos.

Mucho.

Y muerdo mi labio, porque es el auditorium de la entrevista.

Y ya comenzó...

Triste.

—Si tocas la puerta, solo te dirán que regreses a tu casa... —Sus palabras poco alentadoras, hacen que me desinflen y mis hombros caigan por eso.

Cual lo siente por aún, seguir su mano en uno.

Ya que, nunca me soltó.

CAEL

Sus ojos brillan, al escuchar mis pocas y favorecedoras palabras, mientras abraza más contra él su carpeta y periódico.

Pero por luchar, contra una lágrima que quieren asomar.

Y condenadamente, no tengo idea por qué eso y que su cuerpito se desmedre al sentirlo, por jamás soltar uno de sus hombros mi mano.

Cosa que me sigo preguntando, por qué lo hago y no lo suelto.

Siento que me apuñala, verlo así de triste.

¿Tal vez, culpa por mi obsesa mirada en el ascensor y eso, que lo haya demorado minutos más a la entrevista?

¿O porque, realmente veo en su mirada manantial y pese a la amenazante lágrimas de tristeza, cierta fuerza también;

Ganas.

Anhelo y deseo.

Y mucho, de esto.

¿De trabajar?

—¿Realmente quieres postularte, no? —Digo, serio.

Y de la misma manera y lejos de esa mirada como postura triste, el muchachito se pone firme ante mí y responde.

—Sí, señor. —Vehemente.

Y sonrío.

Porque me agrada eso.

Y no lo puedo evitar.

En realidad.

Me encuentro haciéndolo, antes que esa información le llegue a mi cerebro y pueda racionalizar como analizar, el gesto que estoy haciendo.

El de palmear, su cabeza.

¿Será, por qué estoy satisfecho?

Sí, eso debe ser.

Y no, porque malditamente, me sigue dando ternura.

¿Un hombre?

Y hago lo impensado y nunca hice.

Reitero.

A un hombre.

Pero lo justifico, como ayuda samaritana del día.

Y acomodando mejor, mi maletín de un lado mientras con la otra libre, empujo la gran puerta para abrirla.

Acto seguido.

Tomo su mano.

Sí.

He importándome nada la expresión del chico, de sorpresa por eso y que trastabillando, ingresa conmigo para seguir mis pasos.

Una vez dentro ambos y sin soltar su mano, con una seña a un empleado en el vestíbulo que nos recibe le pido que me entregue un formulario de presentación y donde escaleras más abajo, el gran auditorio espera bajo la cortina de charla de gente de la editorial, dando ya la bienvenida a todos los candidatos.

—Viene conmigo y es un postulante. —Le digo, sin molestarme por su mirada en nosotros asombrado y detrás del escritorio.

Y a nuestras manos, entrelazadas.

—Pero, la señora Ángela me dio orden que ya cierre los... —Justifica, detrás de este y poniéndose de pie negando.

Lo conozco, muchos años como yo trabajando para la editorial.

Mismo piso, pero diferente áreas.

Pero con la diferencia que yo lo dirijo, pese a su disconformidad.

Nunca, me lo dijo.

Pero, lo sé.

Su aire competitivo y lame culo número uno de Ángela, lo delatan.

Lo miro.

—Yo hablaré en persona, con la presidenta. —Lo interrumpo, tomando uno de los formularios por mi cuenta y con una seña al muchacho, le digo que lo llene con sus datos sacando mi propio bolígrafo, de un bolsillo para que lo complete.

Sintiendo mientras asiente feliz, que me llena el alma al ver por primera vez su sonrisa dibujada en su rostro, algo infantil y dulce.

Y también al mismo tiempo, espacio.

Como un vacío.

Si.

En mi mano.

La que sostenía la suya y tuvo que soltarse de la mía, para poder escribir.

Y miro mi palma abierta, por eso.

Arrugo mi ceño ahora con mis ojos en él, observando como llena rápido el papel.

¿Y eso, qué carajo fue?

—El reglamento de la empresa, dice... —Interpone mi compañero a mis pensamientos, deliberando lo que el jodido muchachito provoca en mí.

¿Dije, provoca?

Niego.

Ayuda samaritana, me repito.

Justifico.

Sobre mi compañero de trabajo que no deja de decir, las reglas del establecimiento.

Pero, no lo escucho.

Solo veo que sus labios se mueven y que se detienen frente a mi mano en alto y cuando veo que el chico termina de escribir.

Por imponer mi cargo.

Ser el jefe.

Le sonrío.

—Tranquilo Mateo, me haré responsable... —Formulo y ya no sonrío más.

Porque doy por terminado y fin a su argumentos, tomando la hoja de las manos del chico para dejarla sobre las otras completas por otros.

Y sin más, le digo al muchacho que me siga sobre la mirada nada contenta y de desagrado de este; que taladra mi espalda como si me tocara físicamente con ella.

Porque me impuse.

Jodida competencia, de este hombre conmigo.

Todos los años, lo mismo.

La misma historia.

Nada nuevo.

Como también, que no me importa.

BEATRIZ

Un chico nada agradable, pero extremadamente lindo nos recibe tras esas grandes puertas.

De traje pulcro, en un azul oscuro.

Cabello como ojos negros y cuerpo no exagerado, pero muy bien trabajado.

En una palabra.

Un hermoso bastardo.

Miro a mi gladiador y a él, cuando termino de completar el formulario con mis datos.

En realidad, de mi hermano.

Y mierda.

Porque parece que acá todos son modelos delibero, pese a mi manojito de nervios mientras soy alentada por el gladiador a que sigamos, tras entregar por mí el papel y en dirección a las escaleras, donde todos como yo aguardan el comienzo de la entrevista.

Y mi boca se desencaja, bajando cada escalón una vez allí.

Escalera que tipo las aguas de Moisés, en un impecable alfombrado en tono rojo.

Divide con sus desniveles y estilo palco, el poco más de centenar de asientos frente a escenario no muy grande, en su alfombra y madera lustrada.

Y donde en este, solo un hombre de traje y de pie con micrófono en mano, habla a todos de forma muy agradable.

De lo que es, la editorial.

Su prestigio.

Y significa, trabajar en ella.

Y pasos detrás de él, sentados en dos de tres sillas cual una está vacía, escuchando atento sus palabras.

Descubro a la mujer bonita, como siempre elegantemente vestida como maquillada en su pulcro peinado y con otro hombre más a su lado.

Pero este último, aunque de traje riguroso y fino también, que denota distinción en su porte y pisando o quizás más, sus sesenta.

Ser un hombre, muy apuesto.

He inclino mi cabeza dudosa, siguiendo al gladiador buscando asientos un paso delante mío, mientras descendemos con cuidado cada escalón y tratando, pasar desapercibidos por ser los únicos.

¿Que dormita?

Por su posición frente a todos nosotros, debe ser algún tipo de inversionista clave en la editorial.

Uno muy importante.

¿Y le aburre, esto?

Veo como rasca su pelo con desgano y que triunfa un bostezo que quiere disimular y por ello, se gana una mirada descontenta de la mujer bonita, pero el hombre le guiña un ojo divertido por eso y sin demostrar, miedo a esa mirada llena de reproche.

—Ángela, la presidenta de la editorial... —Me susurra el gladiador, dando respuesta a mis pensamientos. —...exigente, carismática y mente maestra de este imperio. La última palabra de todo, la tiene ella... —Para luego con su barbilla, al hombre guapo de al lado. —...su marido y el vicepresidente. Alma mater, ya que él levantó los cimientos de todo esto... —Y noto, una leve sonrisa al mirarlos.

Guau.

Porque aparenta, no les tiene miedo.

—...ambos, grandes personas... —Finaliza, mientras me indica que tome asiento en una silla vacía en las primeras filas.

—¿Usted los conoce mucho, no? —Logro decir bajito, muy curiosa sentándome del lado del pasillo.

Voltea y santo Dios, con su mirada de ese verde ceniciento y tan cerca de mí, por unos segundos silencioso.

—Demasiado... —Al fin me dice y como toda respuesta, en el momento que el orador los presenta y tras ponerse de pie la presidenta, que camina para saludar a todos.

Lo justo como necesario, en sus palabras al dirigirse hacia nosotros y

cuando abre sus labios.

Que al descubrir entre el público, vagando su mirada por casi cada uno al gladiador.

Y a mí.

Delatando, nuestras posturas que llegamos tarde.

Una sombra de disgusto, se refleja en su bello rostro exquisitamente maquillado, que disimula muy bien mientras sigue hablando.

Y tras explicar la modalidad, de cómo va ser la entrevista.

Aprovechando ello y bajo un.

—Suerte muchacho...

El lindo y simpático gladiador de nombre Cael, se va.

Para continuar bajando los últimos escalones y como si nada, pese a que se gana la mirada de todos.

Absolutamente todos, por ser el único de pie y que camina, mientras abrocha los dos únicos botones de su saco de vestir del impecable traje de tres piezas que lleva puesto.

Con esa soltura.

Y sobre la mirada seria de la presidenta, pero una sonrisa graciosa del vicepresidente divertido, sube unos escaloncitos laterales del escenario.

Y muy natural, una vez arriba.

Sonriente y encantador como parece su persona.

Y para mi asombro y calculo, que el de todos los presentes.

Toma asiento tranquilo y como nada, en la tercera silla que estaba vacía.

Y mis ojos, se abren.

¿Era, para él?

Pestañeo.

Porque no encuentro, una respuesta lógica y los aplausos de todos cosa que imito también, me interrumpen de mi reflexión ante las palabras finales de la presidenta.

Y mierda.

Porque, no escuché nada lo que dijo.

Elevo mis ojos a ella.

Y re mierda.

Porque.

Y sigue, mi perra suerte.

Dando por fin su parlamento y tras agradecer como desear suerte al mejor, antes de voltear y regresar a su asiento donde la esperan su marido y el

gladiador.

Me regala fugazmente y sobre un hombro.

Creo.

Una mirada desde arriba, de desagrado.

¿Eh?

¿Por qué, llegué tarde?

¿O por qué me culpa que su jefe de editor, lo hiciera?

Y dejo caer mi cabeza a mi regazo, con carpeta y periódico sobre el.

Ya que, ahora sí.

—Estoy perdida... —Balbuceo muy bajito y bajo las palabras nuevamente del orador, dando comienzo a en la habitación contigua a la jodida entrevista de mis sueños.

Una que, mediante una enumeración a cada candidato, no dan para identificarnos.

Poco más, de cincuenta.

Y que sentada aburrída en la escalera alfombrada y sobre los nervios de todos, esperando nuestro turno en el auditorio.

Poco más, de una hora ya que pasó.

Tiempo desgarrador, lento y muy doloroso, en donde varios de mis compañeros.

Hombres, como yo.

Fueron al baño, para evacuar sus miedos.

Y otros observo, como repiten sin cesar y tipo de memoria, las respuestas de supuestas preguntas que le pueden llegar hacer.

Me hago aire con el periódico.

Porque necesito, extremo oxígeno.

Dios...

Yo ni siquiera lo pensé a eso, maldita sea.

El sonido de la puerta lateral de la habitación, donde cada postulante ingresa para ello y donde aguardan.

Terror.

Ellos, con sus preguntas.

La mismísima presidenta con su marido y el gladiador.

Se abre por una mujer, de poco más que mi edad.

Vestida con prendas en la gama de los violetas y pequeños lentes caladitos en la punta de su nariz, nombra al siguiente en su turno de entrevista dentro, con carpetita en mano y bolígrafo en otro.

Y mi respiración, se acelera por eso y en solo pensarlo e intento dominar mis nervios y pánico.

Cuando, me llama con el nombre de mi hermano, porque es mi turno.

Y me busca con la mirada entre todos los que quedamos, repitiendo nuevamente mi nombre, por demorarme en anunciarme al traicionarme mis nervios.

Pero, me obligo a reaccionar.

—¡Yo! —Digo, poniéndome de pie y caminando con toda la confianza del mundo hacia ella.

Confianza que no tengo en absoluto, pero ruego que no me delate por más sonrisa sincera que me regala esta, incitando a que ingrese como siga tras esa puerta abierta.

Puerta, que en el interior.

Me aguarda.

Suspiro fuertemente.

Mi sueño roto, una vez más.

Me doy fuerza a mí, misma y con cada paso que doy.

O hecho y de una vez por toda, realidad.

CAEL

—Tienes que dar el ejemplo, Cael... —Y los reproches de la presidenta sentada al lado mío y tras una mesa, siguen.

—Lo siento, Ángela... —Solo digo, por décima vez. —...fue, por una buena causa... —Me justifico y repito, por esa cantidad nuevamente.

—Querida deja de molestar al muchacho, ya te dijo que lo lamenta mucho... —El vicepresidente sale en mi defensa y sonrío, mientras Megan abre la puerta para que el postulante de turno y tras escuchar su entrevista, sale y llama al que sigue.

Como también, le guiño un ojo agradecido e inclinado hacia atrás en mi silla para que me vea, por tener a Ángela entre nosotros.

Me devuelve otro, comprensivo y río ante el bufido de Ángela por eso, mientras acomodo la hoja del siguiente chico para la entrevista y preparo, mi cuestionario leyendo su formulario con datos personales.

Un tal, Alberto York.

Que nunca sentí cuando ingresó por mi vista en los papeles, pero acusa su presencia Ángela pidiendo que entregue sus trabajos, para luego tomar asiento en la única silla frente nuestro mientras saluda tímidamente sobre la puerta

siendo cerrada por Meg silenciosa.

—Su voz tiene que ser potente, para que todos podamos oír... —Lo corrijo sin dejar de leer su ficha, para luego abrir sus trabajos y chequearlos.

Cual nada malos debo admitir, observando hojas tras hojas que veo.

—Yo... —Logra decir algo más fuerte, pero no me convence mientras sigo calificando sus diseños.

—...necesitamos gente con carisma y carácter en la editorial, señor. — Interrumpe Ángela, en desacuerdo.

Y mala señal para el postulante, por el timbre de voz que utiliza.

No le quiere dar, una oportunidad.

Porque la conozco mucho y por eso, elevo mi vista mientras le paso la carpeta con trabajos para que lo miren también ellos.

Y carajo.

Porque, el tal Alberto sentado a cierta distancia y en esa única silla, con su trajecito responsable.

Mirada de color cálido y manantial.

Y peinado tipo adolescente, es.

El muchacho...

Y mi pecho se infla, al nivelar nuestras miradas y por eso, quiero hundirme en el mar de papeles que tengo frente mío o pedir a Megan que abra la puerta por mí, para no perder tiempo y escapar.

Huir y que sigan ellos, con las restantes entrevistas.

Y paso mis manos, varias veces por mi pelo.

Pensé, que era cosa del momento.

La famosa ayuda samaritana, por sentir culpabilidad y que sigo repitiéndome.

Pero, no.

Lo miro sobre mis pestañas acomodando por demás, una hojas ya perfectas una sobre otras, para disimular la jodida arritmia que tengo, cuando lo sigo observando.

Carajo.

Porque dentro de la ternura que me plasma con su carita, aunque disimula el pánico ante esta entrevista y que siento, desde su postura entre anñada y seria, que tiene sentado muy respetuoso.

Rasco mi mandíbula nervioso y Ángela, me mira rara por ello.

¿Será algún síndrome, post pareja dejada?

Y Dios, porque no puedo creer lo que voy a decir respondiéndome, lejos

de eso.

Y es.

Porque me parece muy bonito, maldita sea...

Capítulo 6

Cael

La puerta vaivén de la pequeña cocina, se abre de golpe por mí al entrar.
Provocando, que una de sus hojas golpee con fuerza con la pared.

Como aún, sigue golpeteando mi corazón.

Y mi conciencia.

Por irme precipitadamente y con una excusa tonta.

A mitad de la entrevista del muchacho Alberto y dejando, no solo al pobre chico estupefacto sentadito y sin habla por mi acción repentina.

Sino.

A Ángela como a Justo, boquiabiertos por ello.

Y rasco mi pelo desordenándomelo más y me importa una mierda, mientras algo ciego camino y busco por las gavetas superiores una jodida taza.

Cual al encontrar una y apoyado a la baja encimera, vierto algo de café negro y recién hecho que Megan hizo para nosotros.

No me preocupo en lo caliente que está, como tampoco en ponerle algo de azúcar.

Ni que su profunda, pureza amarga.

Fuerte.

Y casi al tope de mi taza entre mis dedos por cargarlo mucho, me lo alerte.

Lo bebo de dos tragos, como si fuera un buen vaso de Bourbon y pidiendo que como si lo fuera, que su efecto sea el mismo.

¿Por qué, escapé en plena entrevista?

¿Tengo acaso, 13 años?

Niego con mi cabeza gacha, cerrando mis ojos dejando a un lado el pocillo ya vació, mientras absorbo la última humedad de este, en mis labios mordiéndolos.

Pensativo.

Y con un, mentalmente.

Que jodidamente ocurre contigo Cael, en una profunda exhalación.

—Y ya, van dos... —Una familiar voz conciliadora, suena a espalda de mí.

Para encontrarme y sin darme cuenta, por creer que estaba solo en la habitación a Fresita, sentado contra un rincón de la mesa y pared dibujando.

Bocetando algo y con grandes trazos de su grafito, en su cuaderno a espiral en tamaño A3.

Relajado, pero absorta su mirada en esa superficie blanca que no deja de plasmar su imaginación y usando como base de apoyo, una pierna encima de la otra.

Su típica postura relajada.

Una marca registrada, como su siempre vestimentas negras.

Góticas.

Pero de excelente sastrería, diseño y calidad.

Al igual que la oscuridad, del maquillaje de su ojos, perfilando y acentuando más, el color azul natural de su ojos, bajo ese pelo negro de corte desparejo donde nunca se puede determinar si es largo o corto en realidad.

Mi silencio interrogante, hace que eleve su mirada apenas de su cuaderno con un sombreado final del dibujo en el por su lápiz, antes de depositarlo con tranquilidad en la mesa y mirarme a través de sus pestañas.

Sopla sus dedos de dedos del carboncillo, para luego apoyar un brazo en esta y poder descansar, su barbilla en su puño y observarme a placer.

Y una media sonrisa, me regala al ver que lo miro extrañado.

—Dios...si no fuera que hablé con ella semana atrás por teléfono desde su África querida y que me consta, que vive en esta Era... —Me mira, de arriba abajo. —...y con la diferencia que tú, tienes pene... —¿Eh? —...juraría, que eres la reencarnación de mi amiga Juno... —Me dice.

—¿Qué?

¿De qué, rayos habla?

Suelta una risita, poniéndose de pie y camina hacia donde estoy, acomodando y alisando su saco con su mano.

Para detenerse en frente y apoyando, el índice de esa mano en mi pecho.

—Por los suspiros, cariño... —Me aclara. —...van dos y consecutivos, como los hacía mi ingenua amiguita... —Se abanica con su cuaderno, ante el recuerdo. —...por su caliente, tatuado y sexi, ahora marido que tiene...

Y no dice, más nada.

Me siento jodidamente extraño por esta turbación poco racional, en mi manojito de emociones irracionales.

Incomprensible, lo que dije.

Lo sé.

Pero no encuentro, una condenada explicación o respuesta coherente.

Es lo único, que dicta mi cerebro.

Y me sirvo, otra taza de café.

Pero, solo hasta la mitad.

Como un par de medidas justas y fuera otra vez un buen vaso de whisky, provocando que mi amigo ría al verme y más, cuando lo bebo de un trago.

Le regalo mi dedo del medio elevado, seguido de un.

—Yo no tengo una caliente, tatuada y sexi mujer... —Le respondo al fin.
—...no recuerdas, ¿qué, me dejaron idiota?

Y ante la mención de esa propuesta nefasta y el rechazo de Vanesa viniendo a mi memoria esa noche, el putito café bebido me sabe más amargo.

Palmea mi hombro, dejando el cuaderno y poder mirarme con franqueza.

Frunce sus labios, con un dedo en ellos.

Lo que, no sé.

Si reprimiendo otra risita por darle gracia, mi humillante rechazo de matrimonio.

O porque, reflexiona tal.

—Si no hay una Vanesa ni otra mujer, dueña de esos suspiros... —Cruza sus brazos sin entender. —...entonces ¿qué es dueño de esos soplos y cavilaciones románticas?

Mi pecho se tensa, antes esa pregunta que hace.

Estamos de pie.

Mirándonos.

Mi mejor amigo, curioso.

Y yo, un tanto inseguro.

No es, que no confíe en Fresita.

Lejos, de eso.

Pero jodidamente, no tengo idea realmente la profundidad de eso.

¿O sí?

Tiro mi pelo hacia atrás, desconforme y vuelvo apoyarme sobre la pequeña mesada de la cocina con todo mi peso, buscando las palabras correctas ante la pregunta que ronda en mi mente y aflojando, algo la corbata que llevo.

Lo miro.

Y me quedo por unos segundos en silencio y por tal, Demian me estimula con sus manos a que lo ilumine con mi habla.

Es un idiota gracioso.

Porque, no sé si reír por eso o llorar.

Bufo.

Pero ya decidido, lo contemplo con más intensidad.

Y aflojo, más mi corbata.

A la mierda el filtro y que sea, sin anestesia.

—¿Cómo sabes, cuando te gusta alguien? —Pregunto.

Pestañea curioso con sus masculinos, pero esfumados ojos azules en negro maquillados, que son dueños de muchos suspiros femeninos, pese a su condición sexual.

Porque, mi amigo es atractivo en todos los poros que componen su fisonomía y cualquier mujer, en su sano o no juicio ante su encanto sexi y eróticamente gótico como gay.

Sumado a esa forma única, de tratarlas con delicadeza y sobreprotección con su presencia.

Se convierten sin dudar, pese a su inclinación y bajo su embrujo sexual.

En sus adoradoras.

Y en donde, mi amigo es el templo.

Como un grial del sexo, para ellas.

Apoya, el dorso de su mano en mi frente.

—¿Tienes fiebre? ¿No sabes, cuando alguien te gusta? ¿Y la perra de tu ex, que fue? Yo creí que te gustab... —Niega riendo, sobre mi manotazo sacando su mano. —...amabas. —Corrige carcajeándose más.

Niego, ahora yo.

—No entiendes... — Digo y camino sobre mi lugar.

Maldición, ni yo me entiendo.

—Ilumíname, entonces... —Vuelve a cruzar sus brazos, siguiendo mis pasos.

Me detengo y lo miro.

—Me refería a ti... —Rasco mi pelo. —...y...

Me mira de reojo.

—¿Y? —Me estimula, a que continúe.

Resoplo.

—...con otro hombre? —Largo.

Se detiene de golpe, de su caminata tipo sombra mía en la habitación.

—¿Te da curiosidad, mi vida sexual con otros hombres? —Me pregunta.

Y quiero, arrancarme los pelos.

Pero me conformo mirando el techo, seguido de la hora de mi reloj pulsera.

Solo unos breves minutos, avanzaron desde que comenzó la entrevista

laboral del muchacho Alberto.

Y es, una lucha interna mi interior, porque mi cerebro, mi corazón y mi sistema nervioso, no se ponen de acuerdo por ello.

Por un lado, estos putos minutos que no pasan y que finalice de una vez sin mi presencia, su jodida entrevista porque me cuesta mirarlo.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Y por qué?

Y por otro.

No quiero, que pasen.

Que se detenga, el puto tiempo.

Hasta que se aclare mi mente y corra a su rescate.

Porque Ángela, no se la va hacer fácil, maldita sea.

¿Probabilidades que entre y lo acepte, por más que su currículum artístico lo amerita?

Ninguna.

Nada, de nada.

—¿Estás, raro? —Demian, me mira.

—Soy raro. —Aclaro, volviendo a ajustar mi corbata como se debe y volviendo a chequear la hora preocupado.

No queda mucho tiempo.

Carajo.

—No. —Me responde, siguiendo mis pasos mientras empujo la jodida puerta vaivén para salir conmigo y sin olvidar su cuaderno de diseño. —El raro pero elegante y caliente artista, soy yo... —Se señala, caminando a la par mía y en dirección al salón donde hacen la entrevista. —...tu eres el simpático, lindo y caliente jefe... —Me titula, golpeando su cuaderno en mi espalda, intentando seguir mis apurados pasos.

Él no sabe mi motivo cobarde, de huida de la entrevista.

Como tampoco que ahora y por esa causa, es apremiante mi urgencia para llegar y salvar al muchachito de Ángela.

Pero, me lo hace notar.

—¿Y este apuro?

—Necesito, salvar a alguien... —Solo digo, abriendo la gran puerta que nos lleva al auditorium y donde nos recibe, el resto de chicos a la espera por su turno de la entrevista.

—¿Del entrevistado... —Fresita entiende, al ver que no detengo mi caminata en dirección a la puerta y que Megan al notarnos, la quiere abrir para nosotros. —...de las fauces de Angela? —Me dice.

Asiento, pero me detengo de golpe y a pocos metros de esta y miro a mi amigo, más confuso que en la cocina.

Pero, muy decidido.

—Si yo, te dijera... —Apunto con mi índice la puerta, pronta a abrirse por mi asistente. —...que el muchachito que está ahí, no tiene experiencia alguna...- Me mira interrogante. —...que nunca trabajó en esta área, ni maestrías en el mundo de la moda... —Sigo. —...que pese a sus excelentes trabajos, carece de esa destreza de las prácticas... —Me sigue mirando curioso y con rostro de a donde quiero llegar, con solo decir cosas negativas del chico. Mierda. —...pero... —Prosigo. —...sé que tiene potencial y que merece, una oportunidad?

—¿Una oportunidad? —Me interrumpe, repitiendo.

Afirmo.

—Pero Ángela, no lo sabe. —Murmuro bajo, seguido de negar por buscar otra palabra, para corregirlo. - No quiere. —Digo. —Por mi culpa...

Fresita mira la puerta, como si pudiera ver a través de ella, aún cerrada, pero a nuestra espera para ser abierta, por la mano de Megan.

Para luego, a mí.

—¿Tu culpa? —Pregunta.

Otra vez, vuelvo a afirmar con mi jodida cabeza.

—Por retrasarlo y provocar, que no solo llegue tarde el muchachito...sino, yo también...

—Ohh... —Dice retomando conmigo los pasos y empezando a comprender, porque sabe tan bien como yo, que Ángela no soporta las llegadas tardes.

Como también.

Que algo.

O alguien.

—...y por mi aturdimiento... —Largo de golpe y sin pensar.

Un pensamiento que digo, en voz alta.

Y se queda tan asombrado como yo al escucharlo, pero no puede preguntarme más, aunque se muere por hacerlo.

Porque estamos ingresando, ya a la habitación donde interrumpimos una pregunta de Justo al muchachito, que al vernos el vicepresidente con su siempre sonrisa amable, se expande más al igual que la de mi amigo al saludarlos y es de vuelta por ambos, mientras agradece una cuarta silla alcanzada por Megan, cual acomoda al lado de la mía.

Y.

Carajo.

Saluda y observa de arriba abajo a mi aturdimiento, sentadito de traje responsable y peinado juvenil frente nuestro.

Con pasmo, curioso.

Asombro.

Seguido de una sonrisa, silenciosa.

¿Y divertida?

¿Y eso?

Pero, se recompone enseguida y le habla.

—Soy Demian cariño, pero soy reconocido como Fresita... —Se presenta, tomando asiento. —...artista plástico y mejor amigo... —Me señala. —...del jefe de edición, de esta editorial...

—...y un importante auxiliar, en el área de dirección artística de la revista, como allegado que es a esta familia. —Interrumpe, Ángela.

La boca en forma de O del muchacho de desconcierto, por no conocer para nada el prestigio de Demian, se dibuja.

—...mucho gusto señor... —Y hace, aumentar más, la mueca de disgusto de Angela por el chico con su cero experiencia, en el medio.

—Disculpas, por mi salida abrupta a mitad de su entrevista... — Interrumpo y alego ligero por esa aura agria, contra el descontento fulminante de Ángela hacia el muchacho.

—Baño... —Me interrumpe ahora a mi Fresita, acomodándose tranquilo en su silla y dejando su cuaderno en la mesa, para buscar del interior de su saco y abrir, un elegante abanico de raso negro y se hace aire con el. —...hice una salsa algo picante, en nuestra cena anoche. —Justifica al chico, para luego mirar socarrón a Ángela y Justo cual este último, se le escapa una risita.

Respuesta que hace, que el muchacho mire perplejo a ambos.

Seguido, de sonreír tímidamente.

¿Eh?

Miro a Fresita que oculta su sonrisa, detrás de su abanico y como toda respuesta a mi interrogación.

Para luego, al muchacho.

Pero qué, mierda entendió este chico?

BEATRIZ

A una presteza infrahumana el gladiador, salió de la habitación y escabullándose de esta, con una excusa rápida e intangible de sus lindos

labios.

Por lo menos para mis oídos, a mitad de mi entrevista laboral.

Por minutos que no tengo idea, si fueron mucho o no, pero me parecieron interminables y que pasaban a una velocidad lenta.

Muy lenta y tipo babosa.

Porque si algo me daba calma, pese a que prácticamente no lo conocía nada, al sexi gladiador y jefe Cael.

Era él y no me pregunten, el por qué.

Como un bálsamo en mi manojito de nervios, a las cientos de inquisidoras preguntas que me formulaba.

Bombardeaba, sin parar.

La mujer para nada alegre como su marido.

Cual éste, ante cada respuesta que contestaba con lo mejor de mí, asentaba dándome algo de confianza mientras anotaba, algo por ello en unas hojas frente a él aprobatoriamente.

Cosa que su esposa, no lo hacía.

Estaba jodida.

Muy jodida, mierda.

Y mis manos aunque con disimulo, imposible que no estrujaran nerviosamente una porción de la tela de mi pantalón de vestir prestado y confeccionado por Mariana, cuando somos interrumpidos por la puerta que se abre de golpe por esa chica.

Supongo la asistente principal, de la cabeza de esta editorial.

Muy agradable debo reconocer y que tanto las prenda que lleva puesta, como hasta el armazón de sus rectangulares y pequeños lentes.

Son en la gama de los violetas.

Inclino mi cabeza, curiosa.

Por notar también, ahora.

Darme cuenta.

Que es la única mujer, en este imperio gobernada por hombres además de la presidenta.

Guau.

Y para darle paso a quien sea, cosa que agradezco por esa pausa para respirar tranquila.

Un quien sea que atraganta, ese aire tomado al ver nuevamente, no solo al gladiador, que regresó.

Felicidad.

Sino.

Y otra vez, guau.

Acompañado, paso más atrás.

Por otro hombre.

Y miro, la habitación que me rodea.

Mierda.

¿Acaso este edificio, solo se compone de hombres atractivos y guapos?

Un poco más alto, que el gladiador.

Pero tan impecable como él en su traje de tres piezas que lleva, pero con la diferencia que este sexi chico de pelo oscuro e irregular con un cuaderno de dibujo en mano, lo son también en la totalidad de ese tono negro sus prendas.

Percatando por el maquillaje negro que llevan sus ojos de un azul claro, pero muy intenso y a composé, con el esmalte de sus uñas prolijamente cuidadas y esculpidas de sus manos.

Que su estilo, es muy gótico como elegante.

Siéndome familiar ello y no tengo idea, por qué.

Cosa que descarto, ya que no tengo amigos como conocidos así.

Debe ser por ver tantas revistas de moda, supongo.

Sip.

Y por eso, lo siento conocido.

Se presenta como Demian, alias Fresita.

Un distinguido y famoso artista plástico, que desconozco sinceramente su reputación.

Y por, ende.

Carajo, no atino una.

Me gano otra vez, la mirada de mierda y desaprobatoria de la presidente, por mi ignorancia.

Pero interrumpe eso y yo vuelvo, a respirar agradecida.

La intromisión del gladiador, justificando su salida repentina de mi entrevista.

Y en este punto.

Sé que miro atónita como asombrada a estos dos calientes y sexis hombres, cuando hablan uno seguido del otro.

Porque acusan un compañerismo, siendo tan diferentes.

Uno, como el mismo sol con su pelo arena, traje de corte europeo en gama clara como su mirada y sobre su pulcra y blanca camisa.

Y cual, brilla con su presencia este hombre que delata con su intrusión, que

abre su boca para salvarme.

Y el otro.

La luna.

Sip.

Una de noche con sus oscuridades, como la vestimenta y maquillaje que lleva.

Pero lejos, de darte miedo.

Cautiva.

Atrae, a la protección.

Y porque, me doy cuenta ante la palabra seguida del gótico chico.

Perra suerte la mía y para mi gremio...

Que son, gay.

¡Pareja, ambos!

Y mis hombros caen.

Pero que decepción y picardía, aunque lo disimulo con una sonrisa muy tímido y respetuoso fingiendo mi papel.

Una que me devuelve el simpático artista gótico, sobre una interrogante del gladiador a ambos.

Me parece.

—¿Sabe que es muy inusual, para nuestra editorial... —La voz de la mujer, sobre el sonido de las hojas de una carpeta frente suyo y entre sus dedos releendo, para luego volver a revisar mis trabajos, hace que la mire. —...contratar un nuevo empleado, sin experiencia alguna en el área que pretendemos? —Me mira.

Niego, porque no sabía.

—La práctica se hace con el tiempo, querida... —Acota, su gentil marido.

—Ángela, no tiene experiencia ni maestría... —El turno del gladiador, quien señala mis trabajos al tomar mi carpeta, para mostrarle a su novio artista. —...pero, está claro la competencia del chico, no solo por sus calificaciones. Sino, por sus mismos diseños... —Finaliza y para mi felicidad, con una afirmación de satisfacción del otro y con cada trabajo que observa en detalle hecho por mí.

—Pero ser reconocida, por sus pares... —Formula la mujer bonita, sin un gramo a dar su brazo a torcer. —...es muy diferent...

—Dime cariño... —Interrumpe drásticamente el tal Fresita, sin importarle haber callado a la misma presidente.

La gran jefa.

Cual queda para mi sorpresa, en silencio y nada ofendida.

Pero, sí.

Muy atenta, al igual que su novio y el vicepresidente, cuando se pone de pie el artista gótico y camina pausado.

—...pese a lo que escuchas, por tu falta de experiencia... —Se inclina a mí y me mira de cuerpo entero, provocando que reacomode en mi silla.

Pero no, por sus palabras certeras en este punto de mi entrevista.

Sino.

Porque, puedo notar que un aire divertido juega detrás de ellas.

—...crees, que puedes hacer un buen trabajo? —Cierra su elegante abanico, para señalarme con el.

Y ya, no me importa ese extraño aire divertido jugando en su pregunta final.

Ni que la mujer bonita, la presidente sin disimulo, conspira en mi contra.

No.

Porque yo, solo quiero trabajar en lo que me gusta.

Y si sucede.

Se cumple.

Me miro fugazmente, con mi atuendo como presencia masculina vistiendo.

Tanto sacrificio con ayuda de mis amigas y con un tiempo de caducación por mi felicidad, sin importar las consecuencias después.

Y por eso, me endezco en una posición como tal, también.

Carraspeo mi garganta para que salga lo más gruesa posible y responder, sobre un movimiento de mi cabeza acomodando un lado de mi pelo muy varonil.

—Nunca dije... —Lo miro a él, para luego al resto. —...que no puedo hacerlo. —Decidido.

Y digo bien.

Porque, lo hago con alma de mujer.

Pero, con toda mi convicción del hombre que soy ahora.

—Admito, mi falta de experiencia. —Sigo. —Pero haré mi mayor esfuerzo, con empeño y determinación...solo quiero y me importa esta gran oportunidad, donde demostraré que puedo con ello... —Me pongo de pie, notando que finaliza mi tiempo de entrevista. —...porque ser perseverante, señores... —Les sonrío igual agradecido, por más que no me den la oportunidad. —...es mi virtud... —Finalizo, mientras con un saludo cortés y me

despido de todos que quedaron callados.

Ese siempre vicepresidente aún, sonriéndome.

Su esposa inmutable, pero silenciosa que me sigue con la mirada cuando me retiro al igual, que el gladiador sosteniendo su bolígrafo tieso entre sus dedos.

Y ese famoso, artista Fresita.

El único que muestra vida en esta habitación, por el movimiento de sus manos con abanico incluido, al ponerlos en los bolsillos de su negro como exquisito pantalón de vestir.

Sonrío sin voltearme y sin jamás, dejar de caminar en dirección a la puerta y por sentir, que asiente una y otra vez con su barbilla de forma tranquila por mis dichos y convicciones.

Creo.

Y así, saludo a los que quedan en el auditorium deseándoles suerte, mientras sigo mi viaje a la salida.

La espera va ser larga, si sumamos los que faltan a entrevistar como luego la selección del afortunado.

Podría ir por ese tiempo hasta la cafetería que trabajo que no queda muy lejos, para beber como comer algo caliente; ante la angustiante espera.

Una, donde mis posibilidades de quedar, son casi nulas.

Pero una vez fuera, me detengo ante esa idea.

Conociendo a mis amigas.

Seguro que alguna en un tiempo libre y mi pronta entrada a horario en ella, puede aparecer.

Y esta ansiedad como pesadumbre ante la expectativa.

Una que, no siento a mi favor.

Llegue y se acople a ellas.

Niego aflojando algo, la corbata que llevo puesto cruzando la avenida al dar el semáforo, con la luz verde al peatón.

Y decidiéndome por matar el tiempo, en el parque casi en frente al edificio.

Un poco de verde en esta selva de cemento y un hot dog.

Sonrío.

Suena bien.

CAEL

—¿Y bien? —Digo a todos tras discutir, por el afortunado postulante

ganador y ya terminada con todas las entrevistas.

Y miro impaciente mi reloj, pese a que quiero disimular.

Quiero ir a dar la noticia.

La batalla fue campal, ante la discusión por el seleccionado entre dos más.

Comparando no solo los trabajos de cada uno, donde una y otra vez por no ponernos de acuerdo.

En especial, Ángela.

Evaluamos la voluntad y personalidad de ellos.

Teniendo que ir a votación.

Y sonrío.

Porque, ganamos.

3 a 1.

—Fue objetivo. —Dice Justo, satisfecho y finalizado el debate.

—Fue... —Golpea con el abanico sus labios Fresita, reflexionando sonriente y sentado relajado sobre su silla. Me mira. —...muy interesante.

Y miro a Ángela.

Que ante mi espera por su palabra, se pone de pie colgando su elegante cartera Dior de un hombro.

Me eleva su índice.

—Una oportunidad, Cael... —Bufa, rodeando el brazo de su marido, quien también se pone de pie para marcharse con ella. —...solo una, voy a dar... —Dice, como toda aprobación.

Y vuelvo a sonreír, dando todo por hecho y su voto de confianza.

De mala gana.

Pero, confianza en fin.

Y no pierdo tiempo, mientras los saludo a todos rápidamente.

Inclusive, a mi mejor amigo.

Que acrecienta más, esa estúpida sonrisa que no entiendo y dibujó, desde el momento que entró a la habitación conmigo.

No me importa.

Que piense, lo que quiera.

—¿Dónde está? —Pregunto ya afuera a Megan, mientras entrego la hoja parcial anunciando el seleccionado por la empresa y busco sobre sus hombros y entre los postulantes al muchachito.

—¿Dónde está quién, Cael? —Pregunta leyendo el ganador y tomando la hoja.

¿Pero dónde, se fue el condenado chico?

No lo veo, por ningún lado.

Inclusive, mi mirada va a los palcos.

A la fila, donde él se sentó.

Nada.

Vacío.

—Varios se fueron a tomar aire o esperar, en una cafetería... —Un postulante argumenta al notar mi búsqueda, sobre la voz de Megan que con el papel en mano, anuncia al seleccionado y agradece la presencia como concurrencia de todos.

Murmullos de decepción escucho tras mi espalda, al no ser nombrado ninguno mientras apuro mis pasos escaleras arriba con salida del lugar y en dirección, a los ascensores.

Una vez fuera, me detengo sobre la acera y entrada a la editorial frotando mi nuca.

Y mirando ambos lados de la avenida, como cada transeúnte que camina y local que nos rodea.

Desabotono mi saco, para poder poner de forma cómoda mis manos en la cintura mientras pienso donde puede estar.

¿Se habrá, ido?

—¿Marchado y pensando, que no lo logró? —Me pregunto, mirando todo y deduciendo en cual del centenar de bares y cafetería que hay en la zona, pueda estar.

Pero mi mirada, deteniéndose en el parque.

Uno, casi frente al edificio y solo a metros, cruzando la avenida de cuatro carriles.

Me estimula, a que a lo mejor el muchacho esté allí.

Sería mi opción.

Un espacio verde entre tanto cemento, para digerir una espera tediosa como ansiosa.

Y mi trote no se hace esperar, ante la luz en verde y los automóviles deteniéndose, dándonos paso a mi como a un tumulto de peatones.

Varios minutos transcurre, caminando por el lugar.

Hasta revisar dos veces la fuente central, como la gran extensión del estanque artificial que es corazón del parque y da vida al lugar, con sus garzas y patos nadando, sumergiéndose bajo el.

Hasta que, lo veo.

Sobre mi cansancio y apoyándome contra una farola, para recuperar algo

de aire.

Hablando alegre y con medio hot dog comido, con la chica del puesto de perros calientes.

Y una punzada golpea mi pecho, obligando a que afloje del todo mi corbata notando que la dicha chica, corresponde feliz y con una seductora sonrisa a lo que el muchacho dijo.

Sacudo mi cabeza.

¿Y eso?

¿Esa sensación de angustia, que mierda fue?

Porque, fue eso.

No, ese jodido sentimiento que empieza con la letra C.

No.

Me niego a eso, me repito reanudando mis pasos en su dirección y al puesto de comida, donde empiezo a escuchar que sale de una radio que cuelga y medida que me acerco.

Una vieja canción del rey.

Y que hace, que me detenga de golpe.

Como tragar, mi risa.

Porque, el muchachito.

Sin notar, mí presencia.

Y creo que tampoco le importaría, por su forma de hacerlo.

Despreocupado y sin dejar, de saborear su hot dog.

Al aire libre, con toda la gente que camina y siendo testigo, ríen divertidos.

Y yo también quiero reír a carcajadas, pero me limito solo a observarlo.

En como baila, al ritmo de la canción.

Y me cruzo de brazos sonriendo, casi a metro de él.

Viendo, como imita al rey con sus pasos y posturas.

BEATRIZ

Amo jodidamente, la comida chatarra.

Pero amo, jodidamente más.

Si como esta, acompañada de buena música.

Donde el sol a pleno, con su cielo despejado.

El cálido día, en este parque.

Y el delicioso hot dog con extra mostaza, que me preparó la alegre chica

del puesto.

Con el rey, sonando e inundando el lindo vergel con su estanque desde su radio.

Un combo, que hace que levante mi ánimo.

Uno que, de a ratos olvido por sentirme feliz bailando y simulando, sus pasos mientras como mi aperitivo.

Que al finalizar la canción de los años dorados del rey del rock and roll, me gano hasta algunos aplausos de la gente que transita y disfruta del parque.

Inclusive de la chica, del puesto de comidas.

Río agradecido y limpiando mis dedos, de dejos de salsa con la servilleta de papel, seguido de voltearme para tirarlo a un tacho de basura.

Pero mis pasos se detienen, bajo esos aplausos y tras escuchar.

Lo familiar, en mí.

Sip.

Adivinaron.

El famoso.

—Felicidades, muchacho... - Del gladiador a mi espaldas.

No sé, que hace acá, pero no me inmuta.

—Gracias, señor... —Respondo, sin siquiera voltear. —...me gusta bailar.

—Digo, agravando mi voz.

Aunque no conseguí el trabajo, sigo siendo el muchacho.

Siento que ríe y por eso, lo miro sobre un hombro.

Niega.

—Lo haces bien. —Dice sonriente. —Pero no te felicitaba, por tu baile.

¿Eh?

Y su sonrisa, se expande ante mi rostro ya pleno frente a él.

Porque, no entiendo.

Y maldita sea.

Porque, es lindo con su cuerpo de gladiador espartano.

Ese pelo arena, algo revuelto por culpa de ese tic hermoso de sus manos y corbata prácticamente, colgando de cada lado de su cuello dándole un aire casual.

Y caliente.

Hago una mueca.

¿Por qué, eres gay Cael?

—Lo conseguiste. —Suelta.

Miro para un lado sin entender, para luego a él.

—¿Conseguí, qué cosa?

Y aclara su garganta, desde la pequeña distancia que nos separa y me mira.

—El puesto, muchacho... —Me informa. —...a partir de mañana, perteneces al grupo Féminan.

Y mi boca se desencaja y quedo duro.

O dura.

Dios querido, soy un mar de emociones a punto de ebullición.

Y todas ellas, al mismo tiempo.

—¿Quedé? —Solo pregunto, dando un paso a él.

Afirma.

—Quedaste. —Solo responde.

Y doy otro paso, intentando no llorar, pero emocionado.

—¿En serio, quedé? —No me la creo.

Vuelve a asentir, con toda la paciencia del mundo ante mis estúpidas y reiterativas preguntas por seguir dudando, después de poco más de cien días de fracasos y tristezas.

Y muchas lágrimas, en mi almohada con kilos de helado.

—En serio, quedaste seleccionada Elvis. —Repite, como responde.

Y mi grito de júbilo, no se hace esperar.

Como...

Jesús con mis acciones, sin pensar por pura felicidad.

Cuando, de golpe y de un salto.

Yo me lanzo a sus brazos con fuerza y alegría, tomándolo desprevenido.

Y para sorpresa, de ambos.

No del todo, por sostenerme contra él siendo ambos.

Dos hombres.

Ni siquiera de mi parte, por sentir que me llama como el rey.

Sino.

MIERDA.MIERDA.MIERDA.

Que por culpa, de mi bruta acción.

Provocando, que nuestros labios.

Cristo, querido.

Choquen, con un beso...

Capítulo 7

Cael

Un grito de júbilo, es lo último que escucho.
Como también, veo.
De lo que es el parque, en realidad.
Por el muchacho que viene hasta donde estoy, cuando le confirmo su entrada a Féminan.
Y mis ojos se abren por eso y aunque, lo quiero detener y salir huyendo.
Imposible.
Porque, es tipo avalancha.
Pero, una avalancha con alas y en cámara lenta.
Difícil de creer, pero lo juro.
Porque el muchacho despegaba hasta a mí, con un salto en el aire volando.
Muy atlético, debo recalcar.
Para recibirlo yo, entre mis brazos asombrado.
Muy asombrado.
Santa.Mierda.
Las palabras, serían.
Re contra asombrado, por lo que ocurre después.
Ya que, no hubo pre aviso y así quedé.
Estático y sin movimiento motriz.
Todo, se congeló en mí.
Y lo que me rodea, desde el parque, la gente en el, hasta la muchacha del puesto de salchichas y podría apostar, que se detuvo el eje de rotación del movimiento de la tierra.
Cuando, siento.
Repito.
Siento.
Sus labios, chocando con los míos.
Y aunque, es un beso sin profundidad.
Puedo notar, pese a que no quiero.
No debo.
La sensación de ellos.

La suavidad, de su textura tocándome.
Apoyados y sentir mucho, lo que sería la intensidad o presión de ellos con los míos.
¿Con la palabra dulce, se puede medir eso?
Y sacudo mi cerebro.
¿Qué mierda de pensamiento y pregunta, es esa?
Y mis ojos.
Siempre abiertos.
Porque, me obligo y me amenazo, a no cerrarlos con ese beso.
Se encuentran, con los de él.
Que por fin los abre.
Carajo, por eso.
Y que al notar la fijeza de mi mirada, se abren más al notar la burrada que hizo.

BEATRIZ

Felicidad.
Si buscan en el diccionario, diría algo así como el estado de ánimo que uno tiene y que se siente, plenamente por estar gozando de algo bueno.
Más bien, disfrutando de una circunstancia.
¿Mi caso?
De un deseo, hecho realidad.
Uno que al fin cumplirse y después de un calvario, muy triste de poquito más de cien días de muchas lágrimas de decepción.
Mi sueño deseado y querido, es real.
Y por culpa de ello, con esta alegría extrema.
Hice lo impensado.
No sé en qué, momento mi sistema nervioso le disparó a mi cerebro, que mueva mis pies.
No sé en qué, momento por tal, vuelo a los brazos del gladiador.
Y la que me parió...
Jodidamente no sé, en que instante lo beso.
Mis labios, colisionan con los suyos.
Lo sé.
Un verbo fuerte, para una descripción gráfica de uno de los actos más lindo que tenemos, para demostrar algún afecto.

Saludo o amor.

Pero así lo siento, cuando nuestros labios se juntan.

Haya durado, segundos o milésimas de este.

Como un accidente de dos trenes de carga enfrentados, pero en mi forma humana.

Ya que es y lo siento, por esta última de las emociones colmándome.

Y por eso, abro mis ojos de golpe para encontrarme los de él y aún, suspendida en el aire pero sostenida por los brazos del simpático y lindo Cael.

Y los míos, rodeando y cruzados tras su cuello para no caer.

Qué vergüenza, Dios querido...

Mirándome sin poder creer, la semejante barbaridad que hice en público, apenas conociéndonos y en solo, escasos minutos en su nuevo subalterno.

¡Mi jefe!

Pego un brusco manotazo, para separarnos como nuestros labios.

Silencio de su parte y demás decir, desconcierto cuando nos liberamos.

Que solo pasmado y creo que atónito, me mira tipo las lindas estatuas que decoran este parque o como una versión porno y más caliente, de la obra "*El grito*" de Edvard Munch.

Que como en el cuadro, con sus abundantes colores cálidos y ciertas luces semi oscuras, el parque con su mañana acogedora y veraniega en el azul cristalino de sus aguas lo es.

Pero en vez de ser, una figura andrógina con sus manos a los lados del rostro.

Mi gladiador es caliente, tapando con ambas manos su boca, pero misma mirada que el hombre de la obra, en un momento de angustia y desesperación existencial.

Y carajo.

Porque, sea gay y supuestamente yo, un hombre.

No quita, que le haya gustado.

Su expresión de desagrado y repito.

Onda "El grito."

Me lo dice.

Me confirma.

¿Santo Dios, qué hice?

Lo conocí hoy, va ser mi jefe.

¿Y hago, semejante locura?

¿Una más a lo que ya es esto?

Piensa rápido, Beti.

Compostura.

Toso para engrosar mi voz, mientras sacudo una pelusa inexistente de mi saco de vestir, seguido de ajustar más mi corbata con aire de no darle importancia.

—Lo siento, macho... —Lo primero que se me ocurre y lo miro como si nada. —...la alegría por la noticia, me pudo... —Justifico, pasando ambas manos por los lados, de mi corto pelo masculino.

Eso vi, que hace mi hermano y muchos chicos.

Y el gladiador, sigue sin decir nada.

Mierda.

Piensa otra cosa, me digo.

Y dejo escapar una media risita, rascando el interior de una de mis orejas con un dedo.

Eso también vi, que hacen los hombres.

—...no volverá a suceder, jefe... —Miro ese dedo, mientras camino.

Cualquier cosa, menos a él.

—...soy muy demostrativo... —Paso por su lado y palmeo su hombro tan estático y rígido como él, sin dejar de caminar.

Acotación aparte.

Que continúa, con sus manos tapando su boca y solo me sigue con su mirada.

Es lindo con su inocencia, a mi semejante desvergüenza.

—...pero, no volverá a suceder... —Prometo, sin jamás voltear y solo, elevo una mano a modo despedida. —...hasta mañana jefe!

Nunca me detengo.

Jamás lo miro, ni siquiera sobre uno de mis hombros, para saber algún tipo de reacción que su rostro tiene, ante mi justificación.

Camino.

Sigo caminando.

Me obligo.

Y bordeo una de las fuentes y prosigo, por el sendero en dirección a la salida.

Solo recién, llegando a sus afueras y apoyando una mano, en un puesto de periódicos que hay en la acera.

Y con casi, todo mi peso en el, porque al fin le doy permiso a mis piernas que tiemblen, fuera de su perímetro visual.

Náuseas, de los nervios.

Algo inclinada y mirando el piso, mientras mi otra mano golpea suave mi pecho, por mi acelerado corazón.

Empiezo a respirar, como se debe y llenar mis pulmones de oxígeno.

Inhalo y exhalo, sacando del interior del cuello de mi camisa y aflojando la condenada corbata.

Buscando.

La cadenita donde cuelga ese anillo de compromiso, que un desconocido dejó en mi mesa.

La acaricio, entre mis dedos, porque desde que la tengo me da la paz que necesito.

Cristo querido...

Porque presiento, que esto dos meses.

¿Va ser más locura y difícil de lo que imaginé?

CAEL

No reaccionaba.

Ni escuchaba, lo que me dijo.

En realidad, a medias de sus lindos labios moviéndose.

Solo, que ese beso.

El espectáculo que hicimos, delante de toda la gente en el parque.

No fue, nada para él.

Seguridad en sus palabras llena de vacilación que me hace dudar, mientras yo sigo en silencio y con mis manos en mis labios y ambos de pie, mirándonos un poco inseguros por cómo están las cosas entre nosotros.

Y sin darme tiempo a seguir procesando ello, deja escapar una risita rascándose una orejita que para mi desgracia.

Oh Dios...

Me gusta mucho y lo hace más bonito, maldita sea.

Continúa hablando de lo que sea y que me dice a modo justificación.

Más argumento, prometiendo que nunca volverá a suceder y como despedida, porque se va.

Que pese a ser sincero, me abrumba mientras palmea uno de mis hombros, sin dejar de hacer camino para marcharse, porque este muchacho mientras sus labios dicen una cosa de su boca para afuera, certero.

Su última mirada sobre mí, me dice totalmente otra en ese mar que son sus ojos.

Por su color agua de vertiente y centenar, de pensamientos por mí al mirarme.

¿Espeluznante y lindo, pueden ir en una misma oración?

Y sacudo mi cabeza, al quedar solo en el parque y me arde la cara, por parecer torpe delante de esta situación y aún, con algo de gente observándome.

Al fin mis manos que seguían ocultando mi boca, las restriego por mi cara seguido de tirar mi pelo hacia atrás, mirando todo e intentando tomar una tranquila y profunda respiración.

Gimo en voz baja y cruzo mis brazos.

Y mi pie, golpea el piso y me gano, otra mirada de la gente curiosa.

No me importa.

Empiezo a caminar, en dirección a la salida y la editorial.

Porque, lo único que me importa.

Y por eso, cierro con fuerza mis ojos por unos segundos, para bloquear el recuerdo de mi cabeza de ese beso.

Es saber.

Qué mierda me pasa, con este muchacho.

Mi Elvis.

¿Un momento?

¿Dije, mí?

No puede, jodidamente ser...

Y un gruñido de frustración en voz alta, me gana en plena acera y rodeado de transeúntes para cruzar la avenida.

Al responder, mi inconsciente a eso.

Con un, si...

BEATRIZ

Risas.

Muchas carcajadas al unísono, ríen delante de mí.

Para ser exactas de mis cuatro de cinco amigas, porque una quinta por la diferencia horaria de nuestro país y el suyo, ya es madrugada y muy tarde.

Las miro con odio estrechando mis ojos y eso, hace aumentar sus risas y por más postura con jarra de café en mano apoyada en mi cintura de poca paciencia de pie frente a ellas y en su mesa de siempre, bebiendo de sus tazas.

Sip.

Todas y pese a sus ocupaciones, vinieron a la cafetería donde trabajo para ver mis resultados.

Uno que festejaron conmigo felices, porque lo logré.

Gruño y con la seria posibilidad de tentarme en poner un laxante, en su próxima ronda de tazas.

Para luego, reír a más no poder mientras yo confusa les relaté mi desgracia con el gladiador y mi beso en el parque.

—Es gay. —Digo, intentando que bajen sus risas con un ademán de mano, por las demás mesas ocupadas.

—Pero, te gusta. —Dice Mariana sin preámbulos y elevando su taza, para que la recargue.

—Pero, sigue siendo gay... —Vierdo un poco. —...y mi jefe... - Recalco.

Me señalo como toda respuesta, con mi uniforme de trabajo.

Uno, que hoy va ser el de despedida por ser mi último día en la cafetería.

Y aunque con el pelo más oscuro, lejos de mi largo y adorados bucles, con corte masculino.

Soy mujer.

—Pero tu gladiador, no lo sabe... —Exclama Sar, con postura relajada desde su silla. —...nunca lo va a saber, hasta que termine tu temporada en esa editorial... - Sonríe, llena de pensamientos sucios. —...a darle por el culo a eso y aprovecha. —Me eleva sus cejas, sugerente.

Niego riendo y volviendo a acariciar con mi mano, la dichosa cadenita con el anillo de compromiso que cuelga como siempre de mi cuello.

Y miro, el ventanal que da a la calle.

Ya es de tarde y mi última jornada de trabajo acá, está finalizando.

—Tiene pareja... —Les digo, pero no aclaro quién.

No tiene sentido profundizar, en el sexi artista gótico.

—...y sería aparte mentir, de algo que en realidad no soy. —Las miro, por lo que voy a decir.

Ya que, por semejante burrada que hice y donde su expresión de desagrado por ese beso robado, plasmó su lindo y hermoso rostro.

Y quedó, grabado en mí.

Por eso debo solucionar como reinvertir, la historia y la imagen que dejé en él.

Apoyo la jarra térmica de café en la mesa, para poner ambas manos en ella decidida.

Y muy seria.

Cosa que, provoca que dejen de reír por mi gracioso desenlace.

—Necesito, una novia... —Miro a cada una y me corrijo. —...tal vez,

varías...

Silencio y asombro por todas.

—Muy lindo todo, pero me voy... —Mariana desliza su silla para ponerse de pie, tomando su gabardina como cartera colgando de este, sobre la risita de todas. —...soy casada, tengo hijos y un cargo que respetar en el municipio. — Me recuerda.

Y carajo.

Porque tiene razón.

Pero, miro suplicante al resto.

Gaby, busca algo de su bolso.

Lo que sea, antes que a mí.

Sar, se oculta detrás de la taza entre sus manos y mira el lado contrario a donde estoy.

Y Caro de pronto, le parece mucho más interesante, hacer origamis con las servilletas de papel.

Pero que, pendejas.

Flexiono mis rodillas para estar a la altura de la mesa, juntando mis manos como ruego sobre ella.

—Por favor... —Imploro. —...una vez, necesito que aparezca una... — Miro a las tres. —...solo quiero que el gladiador, no haga una idea errónea de mí y que soy gay por ese beso... —Suspiro, juntando más mi manos a ellas. —...demostrarle que solo fue un estado de excitación por la alegría, pero que soy hetero... —Formulo. —...más bien, mujeriego. —Les sonrío. —Que me gustan mucho, las mujeres...

Las cuatro, me miran.

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí? —Sigo pidiendo, con un morrito.

Gaby, Caro y Sar, se miran como intercambiando telepáticamente, la deliberación entre ellas.

Y sonrío, porque también lo hacen, con la decisión telepática tomada.

—Yo ya te dije, que estás bastante bueno... —Sonríe más, Caro terminando una grulla de papel y dejándola a un lado de su taza vacía.

Me contagia, su risita.

- ...puedo visitarte bien pueda, en tu hora de almuerzo como una fans de tu hermosura y buscarte alguna vez, a la salida del trabajo. —Murmura Sar, mirando su agenda de la semana y subrayando que día. —Es la elegida y sacrificada.

Y aplaudo feliz y dando saltitos sobre mi lugar, seguido de correr para

abrazar a las cuatro.

—¡Gracias chicas! Juro, que solo será eso y no pido más nada... —
Prometo, entre los abrazos de todas.

Tal promesa, que las hace reír más.

Porque saben que eso y en esta loca aventura, que inicié.

Va ser imposible, sin su ayuda.

—¿Estás lista? —La voz de Mariana se hace presente hacia mí, sobre la afirmación del resto entendiendo.

Menos yo.

Y por eso y sobre nuestro abrazo, las miro extrañada.

Una al lado de la otra, me miran de arriba abajo.

La primera con sus manos como jarra, por no comprender.

Otra, me inspecciona en detalle.

Y el resto, asienten dando la razón sin hablar.

¿Qué se atraen, entre manos?

—¿No vas a ir siempre, con el traje que te confeccioné estos meses? —
Responde a mis pensamientos, Mariana.

—Necesitas nuevos atuendos, masculinos... —Dice Sar.

—...y juveniles... —Acota, Caro.

—...cambio de guardarropa, con lo que consigamos de nuestros armarios...

—Gaby prosigue, caminando y todas la seguimos.

Hasta un perchero, junto al mostrador de atención al público, donde están mi abrigo como cartera colgando.

Saca del interior, mi billetera.

—¡Shopping amiga! —Exclama, sobre el júbilo y festejo de todas.

Y así.

Tras finalizar mi horario y último día en la cafetería.

Despedir entre abrazos y lágrimas de tristeza por dejar esta cafetería que tanto quiero, como de alegría por mi única oportunidad a lo que amo.

Me despido de la señora Gong, pero con la promesa de visitarla seguido, como ayudarla si alguna vez por las tardes necesita de mí.

Seguido después, con mis amigas.

Visitando la casa de cada una como departamentos y despojando sus armarios de prendas sin uso, de marido e hijos, novios y hasta de algún ex, dejando alguna que otra ropa en épocas pasadas.

Mas.

Una cena temprana y ligera en algún bar, con brindis de cerveza por medio

y chocando nuestras botellas, para hacer una de las cosas que más amamos.

Pero con mirada y objetivo, diferente y muy varonil.

¡Comprar!

Entrar entre tienda y tienda, haciendo que pruebe y cambie las diferentes opciones.

Sobre la risa de todas y mirada extraña y sin entender, de cada mujer que nos atendió en las diferentes tiendas.

Y desfile, una y otra vez.

Para ellas.

Docenas de prendas casuales, como para momentos importantes.

Masculinas.

Sexis.

Y juveniles.

Como también, antes de despedirnos y agradecerles por todo.

Una última parada y nunca lo pensé, de elementos como productos de higiene de hombre.

Como un buen perfume, donde todas en conjunto lo eligieron y cataron por mí.

Optando, por uno amaderado y superfluo.

Un desintegrador de bragas bajo sus exclamaciones y gemidos graciosos al olerlo, cual me pongo siguiendo las últimas instrucciones de mis amigas anoche.

Temprano esta mañana, tras mi ducha y luego de una loción de afeitar y a hora de entrar, en mi primer día a la editorial.

<< —Aunque, no afeites tu rostro... —Me dijo, Sar. —...debes dar el aspecto, que lo hiciste... —Lo sacó, de una de las góndolas de compra.>>

<< —Seguido del perfume, de macho alfa... —Continuó Gaby, con las instrucciones y sobre la afirmación de Mariana y Caro. >>

—Listo... —Digo, ante mi última mirada frente a mi espejo y observándome de cuerpo entero.

Un lindo pantalón de moda claro, camisa con suéter y una corbata, haciendo juego.

Verifico de lado que mis chicas no se noten, pese a llevar vendas aplanando mi pecho bajo la ropa.

Nada.

Sonrío, feliz.

Perfecto.

Y con un movimiento de mi cabeza para hacer a un lado, mi lacio pelo ahora más castaño que cae de mi frente.

Tomando mi mochila y un suspiro final, por fuerza interior y pensando en mi familia en el sur al abrir la puerta de salida de mi departamento.

Sonríó más, ya que podré ayudar a mi madre costeando un poco más, económicamente.

Salgo afuera.

Hasta una canción alegre sale de mis labios, mientras cierro con llave esta.

Uno, que detengo a mitad de la letra y quedo en silencio, por notar algo de la puerta vecina.

El cartel de alquiler, ya no está.

Guau.

Nuevo inquilino.

Y vuelvo a sonreír,, encogiéndome de hombros y caminando al único ascensor.

Y nuevo vecino.

Tal, que mientras ingreso al interior por abrirse su puerta en mi piso escucho su voz, seguido de salir de su nuevo departamento.

Un familiar y no lo puedo creer.

Perra suerte, la mía...

—¡Muchacho, puedes detener el ascensor por mí! —Qué me dice.

Un dulce y atormentado, deja vú.

Miro, sobre mis hombros encogidos.

En realidad.

Ambos nos miramos, sin comprender semejante casualidad al vernos.

Uno frente al otro.

Y sobre su bajo y asombrado.

—¿Elvis, vives acá también? —Susurrándome.

Mis hombros caen y miro el techo.

En realidad, al cielo infinito y que nos rodea.

Señor Todopoderoso.

Sobre miles de calles, de esta gran capital y por ende, donde centenares de edificios componen lo que es esta ciudad.

Justo pones, tipo destino.

Azar.

O la mierda, que sea.

¿Al lindo gladiador?

Mi sexi.

Caliente.

Y gay jefe, con un cartel imaginario colgando en ese hermoso cuerpo que le diste y que dice, prohibido enamorarse.

Miro su puerta, al lado de la mía.

De.

¿Vecino?

Capítulo 8

Cael

Lindo y nunca, me quejé de mi vida.

Lindo y tampoco me lamenté, del trabajo por cual estudié y ya es parte de mi corriente sanguínea, porque casi se podría decir literalmente.

Que no nací en un Hospital entre peluches, biberones y una cuna como cualquier niño normal.

Sino y más bien.

Desde temprana edad, entre modelos y portadas con sus reflectores y ediciones.

Lo que conlleva eso, con sus tiempos límites.

El mundo de los accesorios, con su vanguardia.

Ejecutivos y celebridades, del ambiente con la moda y respectivas negociaciones.

Hasta lindo y pese, a ser una consecuencia.

Mi pequeño y nuevo departamento, a causa de mi ruptura.

Una a vergonzante y que todavía, se rumorea entre los pasillos y corredores de la editorial.

De mi rechazo, matrimonial.

Como, quién dice.

Mandada al carajo y sin importarle, una mierda tantos años juntos y despacharme, peor que a un perro.

Porque, ni siquiera a uno se lo despide así.

Ya que, si hay un gramo de amor en el corazón.

Una sola lágrima expresaría, que hubo dolor en ello al verlo y hacerlo.

Pero, en nuestra despedida no hubo tal cosa.

No, lágrimas.

Ni rostros frente a frente, cuando me dijeron no.

Porque, en una palabra me patearon con una última llamada telefónica.

Fría y glacial, diciendo adiós a todo.

Que duele más, que cien puñaladas en la espalda y un par en el pecho, también.

Siendo la peor.

Porque, es de frente a lo que no ves, pero se siente de quien viene.
Porque esa herida egoísta y de a momentos, pareciendo que cicatrizara.
No sana.

Ya que, ante el recuerdo.

Uno por más insignificante y simple, pero bastando una fracción de segundo para que pase por tu mente, vuelve a convertirse otra vez una lesión reciente, que lastima y duele aunque no sangre.

Y otra vez y como tal.

A ponerse hielo, nuevamente.

Exploro mi nuevo hogar con un par de bolsos colgando de mis hombros y una valija en mano, asegurándome que traje todo mientras cierro la puerta al último empleado de la empresa que contraté para la mudanza.

Miro, la hora de mi reloj.

Muy temprano y a par de horas, de entrada a la editorial.

Lanzo las llaves a una mesita cercana, deshaciéndome de la camiseta que llevo como desabotonado mi pantalón, caminando en dirección al baño por una ducha rápida y esquivando, poco más de media docena de cajas esparcidas por toda la sala sin desembalar y prolijamente cerradas con ayuda de Fresita anoche.

Porque ya no quería, seguir más en ese departamento en común.

Un pack, de seis cervezas.

Y algo de pizza y sushi a domicilio.

Fue suficiente, para incentivarnos y ocupar toda la noche en compañía de mi amigo, mi mudanza.

Y ante el inminente anuncio, de mi cerebro.

Una, de desvelo e insomnio.

La tibia lluvia de la ducha una vez desnudo, golpea con fuerza mi espalda por abrir la totalidad de su grifo y se transforma de a poco, a un escozor caliente sacudiendo mi cuerpo.

Para luego.

Elevar mi cara bajo ella y apoyado, con ambas manos contra los sudorosos azulejos propia de la evaporación colmando el baño.

Para que, limpie.

O mejor dicho.

Resoplo el agua, tirando mi pelo para atrás.

Purifique.

Esta jodida y pequeña mierda.

Sacudo mi cabeza.
De pensamiento.
Limpio el exceso de agua que cae sobre mí, de mis ojos con una mano, pero sin salir de la ducha.
Muerdo mi puño, pensativo.
Repito.
Nunca me quejé y no lo pienso hacer de mi vida y sobre esa herida tangible, pero que no se ve del no compromiso.
Golpeo mi pecho.
—Que tiene que venir, de acá... —Me digo, en voz alta.
Y con esa misma mano, ahora la llevo y froto mi frente.
—...pero, por qué la siento acá? —Me pregunto, sin entender.
Porque, ese dolor.
Uno que siento y es mucho.
Es emocional y tendría que venir del corazón.
Me giro sobre la ducha, cerrando esta y buscando una toalla para secarme, seguido de envolverla en mi cintura.
Limpio el empañado espejo, para mirarme.
¿Es un dolor mental, entonces?
Y la realidad de ese tormento de pensamiento, ajeno a mi rechazo matrimonial que tengo y ni mierda, se purgó con la ducha maldita sea.
Al contrario.
Como si fuera una linda planta de jardín, la regó.
Y pese a que no se habló ni mencioné mi duda nuevamente a Demian, porque no saqué el tema con cada caja mudando y entre una y que otra lata de cerveza.
El jodido Fresita.
—Rayos... —Se me escapa vistiéndome y anudando mi corbata con bronca.
Con una sonrisita silenciosa e idiota, que nunca abandonó su rostro.
Me confirmaba, pese a que no le di detalles de quien.
Una sabiduría, que no termino de comprender.
Lo que yo, niego y me rehúso.
Que sobre ese rechazo y dolor mental vigente.
Ese sentimiento nuevo y que me da malestar.
¿Me lo da realmente?
Ni idea.

Pero, jodida mierda de emoción nueva.
Y que viene de acá, de mi pecho y para nada, cerebral como el otro.
Abro la puerta de mi departamento, chequeando por última vez la hora,
notando que el ascensor llega y alguien ingresa.
Cual pido que la detenga por mi espera, mientras cierro con llave.
Sentimiento nuevo y que es dueño, por más que luche contra ello.
Miro fijo, la puerta cerrada.
¿El muchachito y mi nuevo junior, de trajecito responsable?
Aflojo la corbata que momentos antes, anudé con precisión volteando.
Imposible Cael, freno ese pensamiento.
Lo intento exhalando aire, rotando mi cuello y encaminándome decidido.
Elevo un puño, dándome fuerza ante ese juicio.
Porque yo puedo, me digo creyendo en mí y elevando mi rostro decidido,
conforme y directo al ascensor.
Y hasta, me atrevo a sonreír.
Pero, esta cae con mi boca desencajada.
Ya la mierda, todo...
Eso que puedo y mi poder.
Mi voluntad.
Y quedo helado sobre mi lugar olvidando, ese dolor mental.
Hasta el punto de preguntar a mi cerebro.
Cuando lo veo, a metro de mí.
¿Quién rayos, es Vanesa y eso, del no compromiso?
Porque, mi ondas cerebrales.
Carajo...
Solo recitan visualmente, una y otra vez.
El beso en el parque.
El jodido y lindo beso, en el parque.
Al ver.
Jesús.
Si hasta me cuesta, creer.
Al muchachito, en el mismo piso.
Mismo edificio.
Y mismo, ascensor.
Con sus hombritos encogidos y tan sorprendido como yo de vernos.
Vestido con un suéter claro, pantalones y una mochila negra colgando de un
hombro.

Haciéndolo más juvenil, de lo que aparenta.
Y esa mirada, de espanto.
Dios, quiero pasar frenéticamente mis manos por mi cara.
Porque lo hace, más adorable maldita sea.
Sobre mis labios entreabriéndose y sin mi permiso, al decir.
—¿Elvis, vives acá también?
¿Elvis?
¿DIJE OTRA VEZ, ELVIS?
Me cago, en mi vida...

BEATRIZ

Sus ojos, son frenéticamente desesperados.
Dudo.
¿Por qué, también parecen felices?
Pestañeo.
¿Me dijo, otra vez Elvis?
Cuando los estrecha, vagando por toda mi persona con esa actitud bajo su aliento contenido, de verme en el edificio.
Pero, una cosa si está clara.
El gladiador, no se la cree como yo tampoco, de encontrarnos acá.
Acomodo mi corto pelo hacia los lados, para ocultar mi nerviosismo y toso para aclarar mi garganta y que salga lo más gruesa posible.
—Si, jefe... —Fracaso.
Y cierro mis ojos con fuerza y contra un rincón, maldiciéndome mientras le doy lugar a que ingrese como yo al ascensor.
Porque, solo logro que salga algo parecido a mi afirmación, un graznido nervioso tipo las gallinas que mi abuela tiene en su casa.
Ay, mi estómago...
Gimo por mi cochina suerte, acomodando mejor mi mochila en mi hombro, mientras tan silencioso como yo y al ingresar, su mano pasa cerca de mí y me roza sin querer, por apretar el botón de PB.
—Lo siento, muchacho... —Se excusa.
Y guau.
Pensé que la única incómoda, era yo.
Pero, no.
El lindo gladiador y mi nuevo jefe Cael, lo está también.

Lo miro extrañada, por esa especie de rubor en sus mejillas.

¿Y eso?

Pienso el motivo.

Y abro mis ojos, cuando lo encuentro.

¡Claro!

Es por el beso.

Uno, que no le gustó ni mierda.

Que atrevido, fui.

En realidad, atrevida.

Vergüenza.

Abrazo mi mochila, mirando a un lado de las esmeriladas paredes en acero del ascensor que nos envuelve.

Cualquier cosa, menos a él.

¿Acaso, tendría que repetir mis pertinentes disculpas, por eso del beso?

Sacudo mi cabeza, para mis adentros.

Imposible.

Le echo, otro ojito disimulada.

Solo y apenas, un metro nos separa.

Y todo su perfil con altura, es tan sexi del gladiador.

Al igual que su mirada de un verde grisáceo y que solo, se limita en focalizar la numeración electrónica del display señalando los pisos bajando.

No puede haberse espantado, por un besito inocente de otro hombre.

¡Santo Dios, si es gay!

—¿No vas a la editorial, muchacho? - Su linda y ronca voz tiñe mi espalda, tras ese silencioso viaje en ascensor y salimos, al llegar a la planta baja.

Yo quería salir rápido por más que sentía, sus pasos detrás de mí en el vestíbulo de entrada.

Empujar sin pérdida de tiempo, la gran puerta de vidrio de ingreso.

No me importa.

Y una vez en la acera, intentar correr a la parada del bus.

Intentar, dije.

Porque me congeló sobre mis pies, ante la pregunta de mi nuevo jefe, cual se acerca como si nada.

Volteo.

Mierda.

Y ya, sin rastro de ese cierto asombro.

Trago saliva.
De ser vecinos.

CAEL

Ayuda samaritana, repito como ayer.

Si Cael, solo es eso.

Una condenada y jodida ayuda samaritana, ante mi estúpida reacción una vez en la calle y notar que huye de mí y como consuelo, al sentir sobre ese silencio de muerte por nosotros momentos antes, bajando del ascensor.

De mi parte, ante esa irritación mezcla de alegría mía y muy bipolar por verlo.

Y la suya.

Su bonita, incomodidad.

¿Dije, bonita?

Después, analizaré ese adjetivo.

Miro por tercera vez, la hora de mi reloj.

El tiempo apremia, sobre la pendejada que dije de mis labios.

Una que la tomo, por lo mencionado anteriormente.

Vuelve a tus cabales, Cael.

Ayuda samaritana, al ver al muchachito que con sus pasitos rápidos, va en dirección a una parada de autobús.

Frunzo mi ceño por eso, mientras busco las llaves de mi coche importado de un bolsillo.

Lo puedo ayudar, con un aventón.

¿Y por qué, no?

Dicha pregunta y ante la perspectiva de su futuro, me hace sonreír acercándome al muchacho.

Congeniarse en ir, siempre juntos.

¿Eso es ayuda y nada de origen raro, no?

BEATRIZ

—Te puedo llevar. —Se sonríe, haciendo unos pasos.

Y mierda con su sonrisa, porque es linda.

—¿Trabajamos juntos, no? —Pregunta, bajo el sonido de la alarma de su coche desactivándose.

Uno de alta gama y que miro, en su gris claro.

Y tengo.

Genial.

Simplemente, genial.

Justo al lado y donde quedé inmóvil, estacionado y como si la puerta del acompañante, me invitara a subir a mi espera.

Niego, afirmando más las correas de mi mochila y estas, fueran mi confianza.

—Le agradezco jefe, pero no... —Retomo mis pasos y señalo a metros de donde estoy. —...la parada de bus, está a poca distancia... - Engroso, mi voz.

Bien macho Beti, bien.

—...estoy acostumbrado y no sería bien visto que un nuevo junior que ayer ingresó ya con usted tarde a la entrevista laboral y por tal, fue de ayuda al audicionar y ganando el puesto... —Tengo razón. —...ahora.... —Miro su coche. —...vean, que también llego igual. —¿Acaso, no piensa en el qué dirán? ¿O que diría de eso, su pareja?

Y con eso y sin dejar que acote algo y me haga blandita y acceda, me despido corriendo a la parada.

Jamás gire a verlo, para saber si quedó sobre su lugar ante mis dichos y negativa.

O simplemente, rodeando su lindo coche subió a este.

Solo, corro con apurados pasos.

Algo agitada por la carrera y esquivando, peatones que colman la acera por ser una hora pico de la mañana.

Porque, el transporte ya está pronto a llegar y para que cada paso de mis piernas trotando y golpeando al acera, empañen y tapen.

Diablos.

A mi acelerado corazón palpitando y donde, claramente cada latido.

Carajo.

No es, por esta carrera.

Solo una bocanada de aire por oxígeno de mis pulmones, logro recuperar por llegar como yo en el momento justo a la parada colmada de gente, también el autobús.

Cual buscando unas monedas de un bolsillo delantero de mi mochila, espero mi turno de subir y tras pagar y caminar una vez dentro sobre el gentío, logro divisar un par de asientos vacíos al final de su corredor solitarios.

Respiro algo aliviada por no haberlo perdido, mientras tomo asiento contra la ventanilla y mirando por esta, a la espera que retome su ruta

acomodando mejor la mochila en mi regazo y algo mi pelo.

—Permiso... —Una voz alegre, me dice por tomar asiento a mi lado.

Una masculina, al girar a verlo y ceder más espacio.

Y oh mierda.

Porque, es relajada como toda su gallarda y bien vestida persona, al sentarse al lado mío y como si nada y yo, fuera uno más.

Al gladiador.

Sip.

Él mismo, acomodando mejor su maletín que cuelga de él y sobre sus piernas.

Cierro, mis ojos.

Y pegadito, a mí.

—¿Es, en serio? —Me sale la mujer frustrada, por no entenderlo.

Rayos.

Lo revierto rápido, engrosando mi tono de voz.

—¿Jefe, que hace acá?

Y aclara su garganta, tranquilo.

Nunca me mira.

Solo se limita cruzando sus brazos en su pecho y mirar, todo lo que es el interior del colectivo con su gente dentro, mientras retoma su viaje.

—Quería ver... —Da como toda explicación, ahora mirando por la ventanilla.

No entiendo y me enoja o me molesta.

No lo sé.

Pero, me hace exasperar.

Porque, no comprendo su actitud como tampoco lo deseo saber, por más que me parezca lindo y simpático.

Ya que, sentirlo tan cerca.

Jodido su hombro y el mío casi rozándose, por el limitado espacio.

Corre riesgo, mi verdadera identidad.

Bufo, evitando su mirada.

Y mi corazón...

—Solo, quería saber que se siente... —Suelta, prosiguiendo.

¿Eh?

Y mi enojo se transforma en curiosidad, atreviéndome a mirarlo.

Se reacomoda en su asiento y siempre mirando todo.

—Nunca viajé en mi vida, en autobús... —Me mira fijo.

Y profundamente.

¿Qué?

Y aprieto mi mochila contra mí, porque queda en silencio por unos segundos y sin dejar de mirarme.

—...Alberto... —Finaliza.

Dice.

Y muerdo mi labio, con disimulo.

Porque, lo murmura y tipo acaricia a mi nombre de hombre y que tomé prestado de mi hermano, sonriendo mientras vuelve a mirar en frente y buscando, unos auriculares para ponérselo con naturalidad, por más que lo miro con cara rara.

Y un irritante.

Llevo una de mis manos, a mi vientre.

Extraño, pero revoltosamente agradable y lindo sentimiento, tira de mi estómago.

Quiero aflojar mi corbata y un par de botones, de la camisa que llevo puesto.

Aire.

¿Dios, que es todo esto?

Capítulo 9

Beatriz

El edén.

Eso fue lo que vi, cuando el lindo gladiador y jefe, abrió las puertas del piso 8 de la editorial una vez que llegamos.

El Edén donde Dios puso al hombre, cuando fue creado y según el génesis.

Y yo me sentí así, con mi boca totalmente como mi cuerpo.

Desencajado y paralizada, por un momento en la entrada.

Viendo desde los pocos escalones, que te conducían más abajo.

Al paraíso.

No solo, mientras mis ojos no dejan de mirar y desde mi posición.

Repito.

Nula y extasiada.

Este gran piso mono ambiente en su blanco y pulcro perfecto, de paredes de muchos metros cuadrado.

Iluminado por grandes ventanales y entre espacio y otro, por más murales con recuadros de históricas portadas del magazine.

Y donde cuatro escritorios de diseños uniformes y estilo *new age* esparcidos por el lugar, que se acoplan en un mar.

Que es, mi sueño.

El de la moda.

Desde maniqués de cuerpos articulados y a medio vestir, con corte de género de pruebas.

Hasta el más pequeño adorno, que compone todo este piso.

Sino, también, por.

Si mis amigas, estuvieran.

El equipo de esta parte de la redacción, con gladiador incluido.

Suspiro.

Dice la leyenda, que son cuatro son los jinetes del apocalipsis, que te conducen la muerte.

En este, piso octavo.

Parecido, pero lo contrario.

Los cinco jinetes, pero dioses porno a su manera, que también te llevan a

esa muerte.

Pero, por ahogarte en baba de lo lindos que son.

¿Quiénes?

Mis compañeros, de trabajo.

Hombres.

Sip, hombres muy guapos y apuestos a más no poder.

Volviendo a mi mente, la pregunta que me hice ayer.

Esta editorial solo tiene hombres hermosos, tanto en pasarela como abajo de ella?

Cuarteto que vienen a mí y ante las palabras del gladiador, tanto presentándose como invitando a que baje los escalones.

—Alberto York y nuevo compañero de trabajo. —Me presenta a ellos.

Que se acercan y dejan de hacer en lo que estaban, para darme la bienvenida y me saludan cordial y estrechando mi mano con fuerza y determinación.

Intento devolver de la misma manera, para no levantar sospechas.

Pero, todavía sin poder reaccionar.

Matías, el encargado del área de la producción general.

Alto, castaño, con la mirada igual y elegante como sexi, tras sus lentes y con su vestimenta estilo intelectual.

Luego Charlie, el genio de las tendencias y snob.

Moreno y muy alto.

De rostro simétrico y perfecto, con cuerpo importante y mirada seductora.

Y con mucho color en su vestimenta de extraño diseño, al igual que mechones de su pelo oscuro que cubren su frente en tonos azules y rosas, sostenidos algunos por finas hebillas cruzadas entre sí.

Y por último.

Los que ellos mismo, se presentan.

Los gemelos fantásticos.

Esteban y Santiago.

Hermanos clon, gemelos.

Calientes, con su aire juvenil.

Misma altura y, misma sonrisa al saludarme.

Al igual que sus expresiones y miradas de un celeste agua, con vestimenta jovial y muy a la moda, propia de sus edades y con sus pelos rubios algo revuelto, pero descubriendo como única diferencia y ayuda a distinguirlos, que cada uno lo peina de lado contrario al otro.

—Eres, un niño. —Exclama Charlie, tomando mis hombros para observarme mejor.

—Muy joven. —Dicen, al unísono los gemelos.

—Oye, tus hombros son muy estrechos... —Continúa, Charlie.

Y carajo.

Porque, me mira más, en detalle y de arriba abajo.

—Y tienes, los brazos muy delgados... —Mira a todos sin creer y quiero escapar de su inquisición sonriendo y con disimulo, pero es imposible.

Me mira fijo.

Profundo y abriendo, su boca con asombro.

Creo, que me descubrió.

Y cuando, siento que va a decir que soy mujer y por eso, miro suplicante al Gladiador.

Por si sale a la luz mi engaño y dejarme caer de rodillas, pidiendo a todos y sobre todo a él, mi perdón.

Ya que como el resto, solo observa la escena callado.

—¿Cómo, le haces? —La pregunta divertida de Charlie, suena.

¿Eh?

Me suelta divertido y cruza sus fuertes brazos torneados y muy masculinos, contra su monumental pecho, dejando a la vista por esa postura, docenas de anillos de alto calibre en oro y piedras preciosas en cada uno de sus poderosos dedos.

Y donde, en más de uno lleva dos.

Y una risa en conjunto por todos, hace que mire a cada uno sin entender perpleja y desde mi lugar.

Demás decir, con el Jesús en la boca del miedo, cual casi me hago pipí.

Y palpo mi vientre, porque me duele de los nervios.

Uno de los gemelos sin dejar de reír, rodea mis hombros con su brazo para que reaccione, mientras me explica y señala a Charlie con su barbilla.

—Charlie, es gay. —Me dice, sobre la afirmación de este. —He idolatra y ama, el delgado cuerpo de un hombre, pese a que él es pura masa muscular. —Charlie vuelve a asentir, dándole la razón a su compañero de trabajo con un dedo de afirmación para luego, elevar y flexionando sus brazos a sus lados, mostrar la potencia de sus gruesos y tonificados músculos de ellos ante esa postura, con orgullo y gracias a muchas horas semanales que le debe dedicar al gimnasio.

Empiezo a entender y sonrío con ellos, pensando en una respuesta

coherente.

—No me agradan, los deportes... —Me excuso, volviendo a restaurar mi temperamento.

Hago a un lado, mi pelo corto con determinación y muy, con ademán macho con mis manos en los bolsillos de mi pantalón de vestir.

—...por eso, soy chiquito... —Les digo serio.

Y a la mierda, que piensen lo que quieran.

No sé, lo que pasa por sus cabezas.

Pero, los convencí.

Tanto.

Que asienten entre ellos, pero dándoles ternura por la mirada que me regalan, dando la razón.

Y creo, que el gladiador también.

Seguido de un enorme suspiro de Charlie, conmovido y muy maternal con una mano en su pecho, para luego venir hasta mí y tomarme entre sus brazos, apretándome contra su pecho donde apenas llego por su mole de altura.

—¡Santo Dios, es asombroso! —Me dice. —¡Y muy bonito, cuando habla!
—Chilla, de amor.

Mira a Cael.

—Haré lo que sea jefe, solo déjame tener. —Le ruega feliz. —Seré, como su sensual papá gallina en el trabaj... —Me envuelve más contra él y le promete.

Pero, no puede proseguir.

Porque, algo lo interrumpe.

En realidad, me interrumpe también de esa demostración de cariño y tomando, mi mano por el gladiador, que de un movimiento me atrae hacia él y frena con ello, tanta efusividad de Charlie.

Seguido de y sin soltarme, llevarme a un próximo escritorio por sobre la mirada curiosa de todos.

Quedando, un Charlie pestañeando y mirando como el resto, nuestras manos unidas sin entender y vacío de abrazo pero aún, con la postura de sus brazos cruzados.

Y yo también miro, mi mano entrelazada a la suya sin entenderlo.

¿Pero qué, le pasa?

Si buscas la palabra raro, en el diccionario.

De seguro al lado de su significado, se encuentra la foto de Cael.

Lo apuesto.

Porque el lindo Cael al notar su actitud de arrebató sobre mí, me suelta con decoro pero sin entender.

Creo, otra vez.

Seguido de toser y señalar la única mesa vacía de cosas, junto a nosotros.

—Tu lugar de trabajo, Beto... —Me lo presenta.

Su confusión de segundos antes que nadie entendió e inclusive él, desaparece.

Para transformarla, en una sonrisa señalando mi escritorio y puesto laboral.

Continúo a voltear y mirar serio, a mis nuevos compañeros.

—¿Qué? —Palmea, pidiendo movimiento en el piso. —¿Ya presentados todos, no? —Justifica su reacción anterior y hace ademanes, que vayan a sus lugares. —La próxima entrega del magazine, no se hará sola... —Alienta. —¡A trabajar, chicos! —Pide y obedecen.

Mirándolo, extrañado uno.

Otros, sonriendo.

Pero todos, yendo a sus respectivos lugares.

Piensa.

—Por ahora, serás ayudante de... —Formula el sexi jefe Cael, sobre la manos extendidas y ya desde su mesa Charlie pidiendo por mí, con gestos graciosos.

El gladiador, no se inmuta ante su pedido y hace caso omiso.

—...en el área de producción de diseño, a cargo de Matías. —Determina, sobre la risa de todos inclusive de la mía, ante la bajada de pulgar del jefe a Charlie y su rostro desanimado, por no tenerme abriendo una carpeta con desgano.

Y sin más y con un. —A trabajar... —Dictaminando a todos. —...que el movimiento, se demuestra andando... —El gladiador se retira a su oficina, unos escalones más arriba.

Y donde de cualquier parte de este piso, se puede ver su interior por grandes vitrinas de vidrios cumpliendo el papel de paredes.

Separando a ambos ambientes y solo decorado una porción de ellas con puerta incluida, por el plóter gráfico con el diseño y logo de la famosa editorial.

Por eso lo veo, como toma asiento en su sillón y muy concentrado y jamás, mirando hacia nosotros y se sumerge a la lectura de una carpeta que hay en su escritorio, cual abre para luego a la pantalla de su portátil y teclear

concentrado.

Sacudo mi cabeza, ante la seria posibilidad de que un hilo de baba cuelgue de mi boca, por lo lindo y caliente que lo hace, todo absorto en su lugar de trabajo y jefe.

Y por eso, miro el mío.

Mi escritorio, feliz.

Acaricio la superficie blanca y limpia, de mi lugar de trabajo.

El de mi sueño, deseado.

Es lindo y aunque, ahora vacío y solo con una computadora.

Pero en breve, será llenado de asuntos de trabajos y diseño.

Mi taza, de café.

Fotos, de mis amigas queridas y otra, de mi familia amada.

Y reprimo, mis ganas locas de saltar y hacer un bailecito de alegría sobre mi lugar.

Eso sería, muy femenino.

Y me conformo con festejarlo para mis adentros, mientras tomo asiento y enciendo la PC con Matías acercándose y dándome las primeras indicaciones.

Miro a todos, llena de felicidad.

Los gemelos, ya absortos y hablando ente ellos de trabajo.

A Charlie que me sonrío y guiña un ojo divertido al notar mi fugaz mirada, pero sigue con su actividad.

A Matías, entregándome una carpeta oficio.

Y por último.

Al jefe, desde su oficina.

Mi lindo y gay, gladiador.

Que como comenté una vez, un cartel imaginario cuelga de él y dice.

Prohibido, enamorarse.

Y donde en absoluto, volvió a voltear y mirar hacia nosotros.

Ni, a mí.

Nunca.

Pero, sobre una última mirada a todos.

Yo les doy bajito, un gracias.

Pero, en especial a él.

A Cael.

Mi nuevo jefe.

Por cumplir mi sueño sin saber lo importante y a lo que llegué, para que se haga realidad.

Y por eso, prometiéndole sin que lo sepa.

Mi mano va a ese anillo de compromiso que cuelga de una cadenita y escondo, dentro de mi camisa de vestir.

Lo acaricio, por sobre la tela.

Que solo estaré, por un tiempo.

Unos meses.

Hasta esa gran apertura de temporada de la revista, en el día mundial de la mujer.

8 de Marzo.

Y me iré silenciosa, pero agradecida por haber cumplido mi sueño.

Y muy feliz.

A mi pueblito, del Sur...

Capítulo 10

Beatriz

Sinceramente.

Las horas, pasan amenas.

Y fuera de mis locos y furtivos nervios, estoy tranquila después de eso.

Matías como el resto de mis compañeros, es afable y con dedicación pero sin mucho esfuerzo, porque aprendo y entiendo rápido, lo que me enseña a medida que transcurre la mañana.

¿Cómo les podría describir, para que sientan mi estado?

Un ambiente alegre, pese a tanta responsabilidad y tiempo límite, de la próxima entrega del magazine.

Una agradable canción rellena el piso, desde la música funcional del edificio y mientras cada uno está en su labor.

Cosa que cada tanto, solo es interrumpido por la consulta de uno de nosotros al otro, ya que todos somos un equipo.

Inclusive el gladiador hizo un par de apariciones, buscando algún informe o carpeta a los chicos, para luego volver a su oficina y enfrascarse de lleno otra vez al teléfono o su computadora.

Demás decir, sin siquiera hablarme y más que una ligera miradita hacia mi persona al pasar por mi escritorio.

Entendible.

Vigilando que trabaje y cumpla, con mis obligaciones.

Cosa, que le pongo mucho empeño.

Porque no quiero defraudarlo, ya que tuvo mucho que ver en que haya ganado mi lugar en la editorial.

Y porque, amo esto.

Mi sueño, hecho realidad.

Mi mano baja a mi vientre y lo acaricio, como si eso apaciguaría los retorcionones que siento.

Porque los nervios me están consumiendo, pese a que estoy más calmada.

Una vez que termino de editar unos informes y aviso a Matías desde su escritorio, que están listos y enviados a su mail, me pongo de pie en dirección al dispensser de agua.

Tal vez un vaso, calme mi organismo.

- *¡Good morning!* - Una sexi voz masculina pero cantarina, interrumpe apareciendo en el piso, mientras vierto algo de agua fresca en una taza que encuentro.

Es el novio del gladiador.

El chico bonito, gótico y pintor.

Fresita.

Hace a un lado una larga pero exquisita gabardina negra como todo su atuendo y maquillaje, a excepción de una camisa con llamativos dibujos abstractos en rojo, mientras toma asiento en el borde del escritorio de Charlie, cual lo saluda con golpe de puños.

Se podría decir que en esa pose y mirada tan azul como un mismo cielo despejado y bajo la oscuridad de ese delineado negro de sus ojos acentuando, no solo la belleza masculina del pintor.

Sino, también.

La profundidad, de los mismos.

Que este hombre jodidamente, parece un sexi Dios de las tinieblas.

Y donde muchas pese a ser gay, no haríamos beatas a la creencia que los vampiros existen y sacaríamos turno, para que muerda nuestros cuellos.

¿Y por qué, no?

Sonrí, para mí.

Para que los lama, también.

—¿Vienes a visitar, al jefe? —Santiago, uno de los gemelos habla y señala su oficina, cual todavía no notó la llegada de su novio, por estar concentrado en la pantalla de su computadora.

Fresita, se sonríe.

—No. —Dice. —Vengo a conocer un poco más, al famoso muchachito.

Y me señala alegre caminando hasta donde estoy, cosa que hace que mi estómago se retuerza más del dolor y casi escupa el agua que bebo.

No sé, porque este lindo chico y con su mirada vivaz.

Ahora puesta en mí, totalmente.

Me pone nerviosa.

Seco como puedo mis labios y cuello de la camisa, con una servilletita de papel que sobran del dispensser.

¿Famoso muchachito, dijo?

¿Y eso?

—¿Disculpe? —Atino a balbucear, por eso.

Un bonito pañuelo en seda y color de su camisa, aparece frente a mis ojos para ofrecérmelo y elevo mi vista, al tomarlo con cuidado para encontrarme los góticos y sexis ojos azules suyos.

Y sonriéndome.

—¿Eres el más joven de la cuadrilla y nuevo, no? —Justifica y yo, respiro.

Así me llama el gladiador y por un temible instante noto algo, por el brillo de su mirada al decirlo.

No quiero, que me tome por competencia contra su novio y surja disputa de celos.

¡Santo Dios, si soy mujer!

Ok, no.

Soy hombre.

Sacudo mi cabeza.

No, no lo soy.

Bueno, sí.

Pero, no uno gay.

Quiero gruñir fuerte y tirarme, de los pelos.

Porque, ya me hice lío.

—Vine a darte, la bienvenida... —Me abraza sobre un hombro confianzudamente, guardando el pañuelo que devuelvo.

Cierto que los hombres, también se abrazan entre ellos y a lo brusco.

Y me dejo, pero mi vientre me duele más.

Mira a todos, sin abandonar que me tiene abrazada.

—Al salir del trabajo, deberíamos ir por unos tragos y buena música...

—Y por chicas, bien sexis... —Acotan los gemelos al unísono, cual al escucharse ríen y chocan los cinco desde sus sillas.

—¿Chicas sexis? —Pregunta el gladiador con aire divertido y serio, haciendo presencia con una carpeta en mano.

Seguido, de un.

—Lo siento. —Disculpándose, por interrumpir el abrazo de Fresita a mí y dejando dicha carpeta arriba del dispensser, para servirse también un vaso de agua muy tranquilo y permaneciendo en ese lugar.

Uno, donde apenas hay espacio, por culpa de su dotado cuerpo entre su novio y yo.

Pero, parece no molestarle.

Al igual.

Inclino mi cabeza, dudosa.

Que jamás bebe del vaso que se sirvió y tiene en una de sus manos y solo se limita a mirar a todos, pero en especial al pintor y a mí.

Para luego, a su novio.

Fijamente y con cierto aire ceñudo.

Cual una risita burlona, se le escapa a su pareja negando divertido.

Y yo, empiezo a entender.

El gladiador, está celoso.

¡Claro!

Celos por el abrazo que su novio me dio, con tanta confianza.

Y por eso, soy yo la que me alejo y tomo distancia de ambos con disimulo y regresando a mi lugar de trabajo.

Y sinceramente, admitir.

Que tenerlo tan cerca, a Cael y rozando su cuerpo, al lado del mío.

Peligroso y adictivo.

Y no quiero eso.

Porque, mi caliente pero gay gladiador, huele bien.

A jabón de ropa, con perfume de hombre.

Algo de que me estaba haciendo consciente, desde que lo vi por primera vez.

Mierda.

Sincera y jodidamente, muy pero muy consciente en realidad de lo bien, que huele este hermoso hombre cuando lo tienes cerca.

—Algo así, como una recepción de bienvenida a tu nuevo alterno, corazón... —Acota Fresita, con la afirmación de mis compañeros ante la idea de un bar después del trabajo.

Y a mí, no me calma el dolor de estómago.

—Tal vez otro día, yo no... —Digo ocultando mi mano abrazando mi vientre, tras mi escritorio como mi cara de dolor.

—Yo tampoco, puedo. —Responde Cael tan seguido como yo, caminando en dirección a uno de los gemelos y entregarle la carpeta como vaso que nunca bebió.

—¿Tienes ocupada, la tarde? —Me pregunta Charlie.

No.

La verdad, que no.

No quedé en nada, con mis amigas.

Niego sincera.

—No se habla más... —Interrumpe Matías, dándolo por hecho. —...es fin

de mes y vendría bien un despeje con cervezas... —Me señala y luego a todos.
—...y para conocerte más. —Sonríe.

Y yo babeo.

Porque, es muy linda su sonrisa intelectual.

Al igual que todos, mientras afirman y me miran para convencerme, con un Charlie juntando sus manos en actitud de ruego.

Excepto.

¿Eh?

El gladiador.

Que su dura y gris mirada, viaja a cada uno.

¿Acaso, no está de acuerdo?

Pero, su repentino.

—También, voy. —Seguido de voltear e irse a su oficina sin siquiera reparar, en la presencia de su novio pintor, que me hace exhalar aire aliviada y retomar mi tarea, abriendo otra carpeta para seguir.

No estaba molesto.

Pero me pongo de pie de golpe, por venir a mi mente lo que dijo Matías.

¿Fin de mes?

¡FIN DE MES!

Chequeo mi celular si es correcto y sin importarme que Fresita y mis compañeros, me miren raro por esa actitud acelerada.

Llevo una mano a mi boca, preocupada.

Ay carajo...

Por eso, este dolor persistente.

No son a causa de los nervios.

Observo a todos.

¿Cómo hago?

Es por mi jodida fecha del mes.

—¿Te ocurre algo, Beto? —Pregunta Charlie, sobre la mirada de todos y al ver que tomo mi mochila.

—Solo algo, descompuesto... —Murmuro. —¿El baño? —Pregunto. —Será un segundo... —Justifico a Matías.

—Tranquilo, hombre... —Me dice, señalando con su bolígrafo la puerta del piso, pero luego a la derecha. —...es la primer entrada, mini cocina y baño de este piso.

Asiento y sin pérdida de tiempo, me encamino a la salida.

—Carajo... —Gimo, mientras busco en mi mochila un puto tampón al

llegar.

Tampoco, es que tengo diversidad y cantidad de mochilas como carteras.

Y juraría que alternando y usando esta, con mi otro par de bolsos.

Siempre pongo uno, entre mi mar de porquerías.

Somos seis amigas y siempre una, puede necesitar de urgencia en alguna reunión o salida.

Y en este caso.

Gimo sin verlo y por más, que revuelvo todo.

Yo.

Pero, a la mierda.

Sin querer perder más tiempo y totalmente desesperada, aprovechando la soledad de la mini cocina.

Vólteo la condenada mochila, provocando que todo su interior se desparrame por el limpio y blanco piso.

Con cuadernos.

Marcadores.

Las llaves, de mi departamento.

Mi billetera.

Y restos de cosas como envoltorio de caramelos, un cepillo de dientes protegido y hasta un desodorante.

Obvio, ahora uno de hombre.

Un pequeño peine.

Y el jodido tampón que al fin cae, pero rueda por la inercia hasta los pies de la puerta cerrada.

Me apuro a rastra, en su búsqueda.

Pero esta, es abierta en ese momento, por alguien inoportuno.

Y gimo, otra vez.

Ay no, no y no...

Ocasionando, que casi al alcance de mis dedos siga su viaje metro más allá y lejos de mí, por el empuje sin querer de uno de los elegantes zapatos de vestir del desconocido al ingresar, ya que ni me atrevo a elevar mis ojos para ver quién es.

Porque, solo mi mente repite que no lo haya visto una y otra vez, mientras voy en su búsqueda a gachas.

Pero, esas piernas se inclinan y una mano, recoge el tampón.

Seguido de abrirse su palma frente a mi nariz, para entregármelo.

Y yo, cierro mis ojos triste y decepcionada.

No pasé ni un día, en mi trabajo.

Suspiro frente a esas piernas masculinas, desinflando mis hombros.

Y ya, me descubrieron.

Elevo mi vista lentamente, para mirar al dueño de esa altura y nivelar nuestros ojos y sin siquiera, atreverme a ponerme de pie.

Nuestras miradas chocan, sin poder creer quien es y al reconocerlo.

Estoy muerta...

CAEL

Mi culo.

Si.

Demian podía besar mi trasero, cuando lo vi.

Repito.

Lo vi encaramarse a Beto, como si nada y fuera la maldita cosa, más natural del mundo.

Mis nudillos blancos hasta el punto de dolor por apretar con la fuerza de mi puño cerrado mi pluma, hizo que reaccionara y sobre mi pantalla, cuando vi pese a mi disimulo que abrazaba al muchachito.

Pero, no malinterpreten.

Es solo, que no entiendo ese fanatismo curioso, que acusa Fresita por Beto y lo delató, cada puta acción simulada que tuvo al verlo en la entrevista.

Y niego, por ser el culpable.

Ya que, nació de mi al confesarle mi preocupación, por el muchachito en la cocina.

Preocupación que ni yo entiendo, pero despierta en mi este joven y que por las casualidades de la vida, también resulta mi vecino desde hoy.

Muchacho que padece de cierta desorientación sexual, delatándolo ese beso que me dio en el parque después de la entrevista.

Me parece.

Y niego, ante ese recuerdo.

Por sus labios y los míos.

Rasco mi pelo, frenéticamente.

Pegados.

Confusión que tiene y que mi mejor amigo, bien podría orientar y usar para su provecho.

Porque, parece que le agrada Beto.

Pero me niego a ello y me opongo, poniéndome de pie y tomando una de

las carpetas.

Pienso, frotando mi barbilla.

¿Y por qué, mierda me opongo?

Miro a ambos que siguen abrazados, pero más a Beto.

Y sonrío satisfecho, por lo que se me ocurre.

Si, es eso.

Porque Beto, no es del target de Fresita.

Por eso abro la puerta de mi oficina decidido y para impedir, cualquier mierda de coqueteo.

Plan de mi amigo, al ingenuo muchachito.

Demian lo he visto enamorado y cortejando hombres y todos fueron, del tipo raza bien macho y oso de tamaño.

Beto no llega a eso, ni en sus mejores sueños y años de gimnasio, porque su cuerpo delgado, fácil podría confundirse con el de una mujer sin senos.

Ya que su contextura, es la de un adolescente en plena etapa de la pubertad.

No irradia, masculinidad y cromosomas XY en su mayor esplendor.

Más bien, emana.

Ternura.

Ganas de abrazarlo y que nadie lo lastime.

Y mis ojos, se enternecen en pensar en ello.

En abrazarlo.

Pestañeo.

¿Qué mierda, dije?

Gruño.

Pero, no deduzco esa estupidez.

Porque no hay tiempo y hago lo que mejor se le ocurre a mi cerebro, una vez que llego a ellos.

Separar, ese jodido abrazo.

Obvio, con disimulo y porque resulta, que tengo mucha sed.

Capto la sonrisa idiota de mi mejor amigo, ante mi reacción, pero la intervención de los chicos, programando una reunión a modo bienvenida para Beto, cual acepta y yo también.

De mala gana y no tengo idea tampoco, el por qué.

Disipa cualquier otro movimiento extraño y plan acosador de Demian, en pro al muchacho.

Ya en mi oficina de vuelta, camino sobre mi lugar y con las manos en mi cintura, pensativo.

Deliberando.

Tengo que hablar con Fresita, antes de la reunión de esta noche.

Si.

Y convencerlo, que el muchacho no es para él.

—¿Fresita? — Pregunto, asomado por la puerta a los chicos.

—Salió hace un rato. —Uno de los gemelos, responde.

—Creo que después de Beto al baño, por sentirse algo descompensado...

—Acota, sin levantar los ojos de unos papeles, Matías.

¿Qué?

No pierdo tiempo y voy tras ellos.

Porque, no sé qué, me preocupa más.

Mi acosador amigo.

Froto mi pecho mientras me encamino, por una punzada.

O saber que Beto, se siente mal...

BEATRIZ

—Gracias... —Solo atino, a decir cuando acepto mi tampón tomándolo y lo miro tímida y avergonzada.

Pero tratando de no verme perturbada, cuando lo agarro y lo cubro con mi puño cerrado, como si fuera que no somos los únicos en la pequeña cocina y alguien más podría verlo.

Su sonrisa, nunca se va.

Ni siquiera, cuando se inclina y conmigo, me ayuda a recoger todas mis cosas esparcidas en el suelo, seguido de guardarlo en mi mochila.

Es amable al igual que su actitud, cuando después también me ayuda a ponerme de pie y me obliga a tomar asiento, en la silla más cercana.

Creo que notó que mis piernas flaquean, por lo que fui descubierta y estoy propensa a desmayarme o desfallecer en pleno suelo.

Solo lo sigo con la mirada en cada uno de sus movimientos y en el silencio sepulcral que hay, cuando vierte en un vaso que busca de una gaveta, algo de agua.

Seguido de abrir otras puertas superiores, buscando algo.

—Esta cocina también la usa, Megan y Ángela... —Su tono de voz es suave, pero explicativa. Me mira sobre uno de sus hombros. —...y aunque una de ellas, podría estar en menopausia... —Sigue hurgando, entre las cosas.

—...sé que guardan algún tipo de medicamentos, al igual que los chicos si están bajo estrés... —Sonríe más, cuando saca algo de una cajita con cosas dentro. —¿Esto, sirve? —Me mira triunfante y elevando unos analgésicos.

Y afirmo en silencio, mientras saca dos de ellos y me lo ofrece, con el vaso de agua.

No me resisto y los ingiero, con un gran sorbo.

Toma asiento del otro lado, cruzando elegantemente una de sus piernas sobre la otra y mirarme lleno de curiosidad.

—¿Cómo te llamas, cariño? —Fresita pregunta, cuando termino de beber toda mi agua y lo observo.

—Beatriz. —Digo, sincera.

—Bonito nom... —Me dice.

—¿Me vas a denunciar? —Interrumpo e intentando, reprimir mis lágrimas. Niega desconcertado y una bonita uña de negro, se apoya en su barbilla.

—¿Por qué, haría tal cosa?

Me encojo de hombros aún, desconfiada y con temor.

—Acabas de descubrir, que soy mujer. —Ni intento, disimular mi verdadera voz.

Y cubre su risita, con un abanico que saca del interior de su elegante gabardina.

Para luego inclinarse, hacia mí.

- Lo supe desde el primer vez que te vi, *darling*... —Murmura, con soltura. ¿Eh?

—¿Desde la entrevista? —No puede ser.

Asiente y desliza, más su silla a mí.

—¿Todos sospechan? —Pregunto.

Niega.

Y yo respiro, aliviada.

—¿Y porqué, tu si?

Sonríe divertido.

—Porque soy pintor y observamos, mucho las cosas... —Señala con su abanico ahora cerrado, mi garganta. —...y puedo notar, un bonito cuello femenino entre otras cosas... —Me explica.

Y entiendo, llevando una mano a mi garganta.

No es fornido.

Y mucho menos, los que no diferencia de los hombres.

La nuez de Adán.

Mis hombros caen y cubro mi rostro con ambas manos, dejando el jodido tampón sobre la mesa.

—Estoy perdida... —Gimo.

Pero interrumpe, mi queja lastimera.

—Tranquila, que no lo notaran y ríe, al ver que lo miro por sobre mis dedos perpleja.

—Porque los chicos obviando a Charlie, cosa que ya prueba superada con él... —Me dice. —...solo prestan atención, a culos y tetas... —Me contagia su risita. —...y mi mejor amigo...

—¿Tu qué? —No puedo evitar, interrumpir otra vez a Fresita.

¿Habla, de Cael?

¿Mi gladiador?

Vuelve a abrir su abanico, sobre su lindo rostro gótico y se hace aire.

—Si, por el sexi jefe que tienen y mi mejor amigo, muñeca...

—Yo, pensé que... —No sé cómo explicar, sin parecer entrometida. —...que ustedes eran...porque parecen...

—¿Pareja? —Interviene.

Asiento, jugando con el tampón entre mis dedos.

Y una carcajada, provoca que su cabeza se eche hacia atrás, de la gracia que le da.

—Mas hubiera querido yo, unos años atrás... —Dice entre risas y limpiando una lágrima con uno de sus dedos, corrigiendo el delineado algo esparcido de un bonito ojo por reír tanto. —...pero a mi amigo, le van las vaginas y las bragas... —Explica. —...cuando lo conocí, de veinte maneras diferente me le quise tirar, pero con el tiempo pudo más nuestra amistad... —Piensa. —...una gran amistad, entre nosotros... —Me aclara por tanta confianza y cariño, por parte de los dos.

—Ohh... —No sé qué, decir.

Estoy asombrada.

Y creo, que feliz de saberlo.

Creo.

Pero cuando estamos por continuar con la charla y el mar de preguntas, que ambos tenemos del otro.

Somos interrumpidos por la puerta de la cocina, abriéndose nuevamente de golpe y sin previo aviso.

—Demian, necesito que hablemos... —De la mano del gladiador, que resuena del otro lado.

Se mezcla y retumba, sobre un ágil Fresita interponiéndose para cubrirme, cuando nota que quiero ocultar el puto tampón olvidado en la mesa.

—Cariño, podemos hablar afuera mientras...

—Déjame pasar... —Pide ante el cuerpo de Fresita, acaparando la puerta e impidiéndolo.

—No. —Dice clavando su espalda ante la fuerza de Cael por abrirla más y con señas desesperadas de su mano, que me pide que oculte el tampón.

Y miro, para todos lados.

¿Pero, dónde?

¿Dónde?

—¿Qué le pasa, a Beto? —Siento al gladiador a mi espalda y sin dejarse convencer, por el alto cuerpo de Fresita intentando cubrirme, que insiste en ver y entrar.

Fresita ríe escandalosamente y con ademán, de restando importancia.

—Nada...nada... —Lo invita a irse, pero el gladiador se resiste y logra evadirlo al fin, sin problema pasando por el espacio abierto de la puerta, mientras pienso donde jodidamente esconder el tampón.

Pero, una vez dentro, viene hacia mí que estoy a espalda.

Miro desesperada, desde mi silla y con tampón en mano.

Y hago.

Carajo...

Lo que mejor, se me ocurre para fingir.

CAEL

—Por qué... —Dudo sin poder creer, lo que dan crédito mis ojos. —...llevas... —Digo al muchacho. —...un tampón, en la nariz? —Pregunto, cuando puedo escapar de Fresita que se interponía a que vea a Beto.

El muchachito al girarse, intenta cubrir con su mano la nariz como sus mejillas ardidas.

Quiere hablar, pero solo sale de él balbuceos intangibles que no entiendo, explicando el motivo.

Pero Demian contesta por él y elevando la barbilla de Beto.

—Le sangraba la nariz. —Ayuda a retener esa cosa incrustada, en el orificio de su nariz.

—¿Te encuentras, bien? ¿Necesitas ayuda? —Me preocupo, al escuchar eso. —¿No es mejor un poco de algodón? —Intento acercarme al muchacho,

pero Demian me lo impide interponiendo su abanico contra mi pecho.

Y frunzo mi ceño.

¿Pero qué, le pasa?

—Yo no encontraba y no hace falta, jefe... —Murmura Beto y ambos, lo miramos. —...ya me siento mejor... —Se señala sonriente y con esa mierda, colgando de la nariz.

—Baño... —Recuerda Fresita y Beto asiente.

Da unos pasos, a la puerta de este.

—Si, solo voy al baño y estaré mejor... —Escapa, con pasitos rápidos.

Una vez solos, miro a mi amigo sin entender.

—¿Un tampón, en la nariz? —Digo curioso y susurro.

Demian ríe, tras su abanico abierto ahora y al lado mío.

—Tradición familiar supongo o lo único que encontré, en las gavetas para auxiliarse... —Justifica, sin mucho problemas.

Y no puedo evitar, sonreír divertido también y extrañado.

Pero, lo reconozco.

Divertido.

Porque, Beto es raro.

O la palabra, sería.

Beto, es realmente especial...

Capítulo 11

Beatriz

Cuando la tercer ronda de cervezas con tragos aparece traído por la camarera, es festejado con gritos festivos por todos mis compañeros e inclusive de mi parte como Fresita, desde nuestros asientos estilo silloncitos ubicados a un extremo de lindo bar que estamos.

Las botellas de estas, muy heladas y a punto justo de beber, se acoplan con las poco más de media docena ya vacías, que son retiradas y junto a pequeños vasos con traguitos de fuerte alcohol de color ámbar y platos con bocadillos para acompañar.

Por suerte los analgésicos que Demian me ofreció en la cocina de la editorial, hicieron su trabajo y calmaron mis dolores, de mi primer día de menstruación.

Cual, cada tanto y casi frente mío sentado, entre trago y trago de su bebida, me chequea con miradas esporádicas bebiendo o tras su elegante abanico siempre abierto y dándose aire con gracia y sutileza.

Y aunque debería sentirme asustada o algo intranquila que mi mayor secreto, fue descubierto por el lindo y gótico pintor.

Lo contrario y para mi asombro.

Me siento, mucho mejor.

Como quien, dice.

Aliviada.

Y aunque, es un perfecto desconocido.

Un aura de sosiego y serenidad, me colma.

Y hasta puedo decir.

Que no solo me hizo bien, canalizar mi secreto con él.

Sino.

Lo miro yo también sobre mi chupito, bebiendo de un trago.

Sonrío.

Que creo.

Que acabo de descubrir, un nuevo mejor amigo.

Nuevo y mejor amigo, que a su vez tiene otro sentado a su lado.

Y sí.

También, frente mío.

Que pese a que no se queja y sintiendo que vino, por compromiso con todos nosotros.

Ya que nunca demostró cierta alegría a esta juntada de bar y con la excusa por los chicos, de darme la bienvenida como nuevo miembro de su piso, aparte de esa necesitada despejada de fin de mes.

El jefe.

Mi lindo y sexi, gladiador.

Que resulta que de gay, no tiene nada y es bien machote.

Y solo se limita a beber y comer de la bandeja de bocadillos, en silencio absoluto y solo cortando este.

Con esporádicas respuestas monosilábicas a todos, bajo la risita de un Fresita divertido sabe Dios el motivo.

La música de moda y contagiosa, palpita por su alto volumen sobre las paredes y a nuestro alrededor, haciendo del lugar un ambiente grato y te incita a divertir y gozar de la noche, por más día de semana que sea.

Y por, ende.

Una cuarta ronda asoma en nuestra mesa, invitación de Charly bebiendo de un golpe su trago, pero señalándome con el pequeño vasito ya vacío en una de sus manos.

—¿Eres buen bebedor, Beto? —Me pregunta, sobre la mirada de los mellizos y el resto.

Miro mi cuarto vaso que aún, no bebí y sostengo entre mis manos.

Decir, que no.

Cual, sería la verdad, porque más de un par de cervezas o degustar de un dulce trago en la barra de una disco, con mis amigas.

Sería la verdad.

Pero viendo, no solo fugazmente a todos que lo hacen como la cosa más natural de mundo.

Me hace dudar, en decir la verdad.

Se supone que el hombre, tiene más capacidad de tolerancia al alcohol.

Y notando que todos me miran expectante a mi respuesta y donde, sobresale su curiosidad.

Inclusive de Cael muy atento a la espera de mi respuesta, por ser no solo el más joven de la camada.

Sino, también.

Mi pequeña contextura física a comparación de cada uno, ante el aguante

etílico.

Me hace tomar la determinación que con mi traguito en mano, de beberlo también de un saque a modo respuesta y limpiando mis labios con el dorso de mi mano muy a lo macho, seguido de una exclamación de satisfacción masculina por el fuerte sabor de la bebida dejando con brusquedad el vaso sin nada y triunfante sobre la mesa.

—Soy un puto genio, en ello. —Exclamo, bajo el festejo de todos y más choques de brindis.

Y no lo siento, como una total mentira.

Porque la realidad es que lo disfruto a cada vaso, con ellos y por más que puedo percibir.

La mirada desconfiada por mis dichos del jefe, que aunque sigue con cada brindis.

Siento su mirada fiscal, sobre mí.

—Eres lo contrario, al patrón. —Dice tras un gran trago de su botella de cerveza, Esteban uno de los gemelos.

Con la afirmación de todos, inclusive de Fresita.

—¿Perdón? —Murmuro, sin entender del todo, mirando al señalado unánime, Cael.

—Que el jefe también no tiene, mucha cultura alcohólica. —Prosigue, su hermano.

—Que Cael, cariño... —Demian continúa, apuntando la porción de lugar de la mesa y lado suyo del gladiador, cosa que no había notado que es el único que mantiene su cerveza apenas bebido y que él no tomó de los tragos como el resto. —...tiene poca flexibilidad, a las bebidas alcohólicas...

Oh.

—Lo huele y ya se embriaga... —Acota Matías, bajo la risa de todos con mis ojos abiertos de asombro por eso y la de Cael con su mirada diciéndoles de todo a cada uno, menos bonito por esa confesión.

Pero, se sonríe al fin.

—Aunque me gusta una buena copa de vino o un cerveza helada, una tarde de calor... —Me mira. —...la realidad es, que no soy buen bebedor... —Se sonríe más, admitiendo entre serio y divertido tirando con ambas manos, su pelo arena hacia atrás y dejando la botella sin beber.

—Tiene que estar emocionalmente devastado, para beb... —Fresita quiere continuar, pero con el mismo abanico de sus manos, es golpeado por el gladiador en su pecho, interrumpiendo.

Y todos, se ríen por eso.

Mi cara sin entender creo que lo dice todo, porque lo hacen más.

Inclusive, el jefe.

¿Sabrán algo, que yo no?

Me encojo de hombros.

Ni idea.

Lo que sí, sé.

Es que casi, un par de horas después.

Todos, sobre más brindis.

Y más rondas de chupito en combinación, con algún otro trago multicolor y dulce, pedido por alguno.

Composición peligrosa.

Teníamos las borracheras, de nuestras vidas.

Inclusive el jefe, con su media botella de cerveza bebida y otro de otra cosa, obligado por participar en un juego de bebidas para divertirnos.

—Yo me vo...voy con Beto, porque vivimos juntos... —La respuesta tras un hipo furioso de ebriedad dicho por el gladiador, ya sobre la acera y salida del bar rondando la madrugada, despidiéndonos todos.

Hizo que si sobre mi corriente sanguínea, con más del 80% había alcohol por beber tanto.

Esta se coagulara, quedando petrificada sobre mi lugar y saludo de golpe de puños a todos, mientras la otra en alto, estática quedara a medio pedir mi taxi en la calle que se detiene frente a mí.

Diez ojos se volvieron a mi como a Cael por su dicho y asombrados, por semejante burrada de confesión.

—¡No! —Mi turno de negar furiosamente y a tuestas. —No...no vivimos juntos... —Intento explicar la confusión.

La risita de Demian, se mezcla con preguntas curiosas y miradas entre ellos, sin entender.

Muy atónitos.

—¿Viven juntos? —Esteban, sin entender.

—¿Se conocían, de antes? —Charly, mirándonos a ambos sospechoso.

—¿Ustedes...? —Un dudoso Matías señalándonos con su índice, sin terminar de especificar.

Y quiero, arrancarme los pelos.

¿Pero qué diablos, están imaginando?

Y el gladiador, no ayuda.

Se limita a asentir a lo que sea y dejando que su peso borracho, descansa en mi hombro.

—No, no y no... —Gimo por la pesadez de su cuerpo muerto, contra mi espalda. —...descubrimos hoy, que vivimos en el mismo edificio... —Logro al fin decir, escupiendo casi uno de mis pulmones, por la bocanada de aire exigida por el peso de Cael sobre mí.

Demás decir, casi en un coma etílico vertical.

Una exclamación de entender hacen grupal, seguido de saludarnos a modo despedida para tomar rumbos diferentes sin más.

¿Eh?

Miro asustada a todos, procurando ayuda con mi mochila humana a ellos y a Fresita.

—Pero....pero... —Murmuro viendo como los gemelos suben a otro taxi que detienen y Charly como Matías abrazados entre sí, caminan dirección opuesta.

Miro a Fresita, el único que quedó.

Cual también mirando al resto, saluda con un último adiós de su abanico a ellos en el aire.

—¿No me dejarás, verdad? —Lo miro.

Palmea mi hombro.

—Podrás, con él. —Ni se inmota caminando al taxi que detuve y ya de forma impaciente, espera por mí.

Abre la puerta de pasajero.

—¿Qué? —Un chillido muy de mujer sale de mi interior, provocando que el taxista me mire raro.

Carraspeo mi garganta, para engrosarla.

—¿No te alarma enterarte que tu mejor amigo, vive en el departamento contiguo? —Le digo mientras me ayuda a acomodar al jefe casi desmayado, sobre el asiento trasero. —Sabes mi situación... —Prosigo a regañadientes, porque soy obligada a subir por Demian, al coche también.

Lo miro suplicante sobre la puerta cerrada de un golpe por el y bajando la ventanilla.

Elevo un dedo.

—Solo, esta vez... —Le imploro ayuda.

Niega, mientras saca algo del interior de su largo y gótico abrigo.

—Tienes que aprender, Beatriz...

—¿A qué? —No entiendo nada.

—A ser, hombre... —Responde, entregándome lo que sacó. —...es mi tarjeta, con mi número móvil. —Continúa. —...llámame, si necesitas. —Se apoya contra la ventana mirando a su desmayado amigo, para luego a mí.

Sus azules y delineados ojos en color negro esfumado, me miran sonriente.

—Le agradas y presiento, que van hacer muy unidos... —¿Qué? —...tu turno, de cuidarlo... —Mira su reloj pulsera. —...y el mío de llegar a casa para mi mascarilla facial refrescante, antes de dormir. —Exclama tras dos golpes al techo del coche como orden al taxista, que circule. —Un par de analgésicos y posición de lado en la cama por si vomita, es suficiente para que duerma como un bebé... —Es lo último que escucho a modo instrucción, mientras el taxi se pierde en la calle y tránsito y lo noto como sin moverse, nos mira irnos.

¿Y con sonrisa, de inteligencia?

Creo.

Lo que sí, admito.

Que el jefe pesa una tonelada con peso muerto y donde a duras penas algo despierto, a fuerza de llamarlo.

Y cachetearlo un poquito, lo reconozco.

Reaccionó entre balbuceos borrachos, para caminar arrastrado con mi ayuda.

Subir al ascensor.

Llegar hasta su puerta.

Y mirar la mía al lado, de forma entrañable y solo desear estar en mi adorada cama, mientras hurgo con mi mano y cuidado del bolsillo de su pantalón de vestir, las llaves de su departamento.

Porque me muero de la vergüenza, si palpo otra cosa.

Una vez dentro, nos recibe solo docenas de cajas de mudanza y muchas de estas abiertas.

Su departamento es, exactamente igual al mío.

Y por tal, descifro que su habitación está al final y mismo lado que la mía.

Donde solo las separa, una pared.

Falta acomodar mobiliario aún, pero la limpieza es impecable.

Igual que su habitación cuando a duras penas y casi cargando con mi espalda, observo mientras me dejo caer con Cael, sobre su cama prolijamente tendida.

Con otro esfuerzo sobrehumano ya muy cansada, logro elevar sus piernas seguido de sacar sus zapatos.

Un.

—Guau... —Jadeante sale de mí, mientras roto mis hombros y acomodo mi espalda por cargarlo mirando la habitación.

Para ser hombre, es muy ordenado con lo justo y necesario en muebles y notando de una pequeña caja, prácticamente nada de decoración.

Solo productos de higiene masculina que todavía no desembaló y lo que parece un portarretrato.

Y cuando mi curiosidad me estaba ganando para sacarla como ver quienes, son ya que parecen dos personas posando en esa fotografía.

Un gemido lastimero y ronco, sale del gladiador.

—Cierto que me dijo, de costado... —Murmuro alertándome lo que me dijo Fresita, por posibles vómitos, soltando la foto.

—Listo... —Resoplo con éxito haciendo a un lado mi masculino y corto pelo hacia un lado, logrando mover su mole de cuerpo hacia un lado.

Busco por gavetas y cajones de su departamento, algo parecido a un analgésico.

Pero, nada.

Y rápido voy por algo de ello a mi departamento, mientras me deshago de mi saco de vestir y la corbata que me ahogaba.

Desabotono los primeros botones de mi camisa, cuando encuentro un par y aflojando algo la venda que presionan y cumplen la función de alisar mi pecho y mis chicas.

Algo avergonzada por mi facha desalineada y post resaca a esta hora, saludo silenciosa a una anciana que en ese momento sale con una bolsa de uno de los departamentos de mi piso pero extremo contrario, mientras ingreso a la del jefe y nuevo vecino.

Me mudé hace unos meses y todavía no termino de conocer a todos, en este edificio.

Supongo, que otra vecina.

Dos minutos después ya dentro, deposito una taza.

Lo único que encontré, en una de las cajas abiertas.

Con agua fresca del grifo de la cocina y los analgésicos en la mesita junto a su cama, observando que el gladiador jamás se movió ni despertó.

Perfecto.

Misión cumplida, de mi parte.

—Cuando despierte, tomará de ellos y listo... —Digo conforme y volteando para ir, en dirección a la puerta y mi departamento.

Pero sobre dos pasos que hago, me detengo dudosa y mirar a mi ebrio y muy dormido jefe.

¿Y si vomita, se ahoga y no puede pedir auxilio?

Aunque, su respiración es fuerte y desordenada, causa de su estado.

Todo él, es armonía.

Lo hará bien, me aliento.

Pero bajo un bostezo cansado y muy profundo, vuelvo a detener mis pasos por cargo de consciencia.

¿Y si, realmente le pasa algo?

—Carajo... —Susurro bajito apoyada contra la pared por el cansancio, sin saber que hacer y rascando por abajo de las vendas mi pecho y que me cubren, porque ya me pica.

Los ojos me pesan del cansancio y otro gran bostezo, me gana por sueño.

Otro gemido quejoso sale de Cael, obligando a que me vuelva y tome asiento tipo indio sobre el piso alfombrado, junto a su cama.

—Ok... —Me digo muy bajito, apoyando mi cabeza en el borde de su cama y cruzando mis brazos bajo ella. —...solo será una vigilia de una de hora, cuidándolo... —Bostezo llena de sueño y con casi una aurora asomando por las cortinas de la ventana cerradas. —...sale el sol y me voy...a mi cama... Decreto con otro profundo bostezo y luchando para no cerrar mis ojos.

CAEL

<< Aprieto y la llevo más, a mí.

El calor de su pequeña espalda contra mi pecho, me hace suspirar satisfecho porque se siente, reconfortante.

Mis brazos la rodean por arriba y abajo de su cuerpo y lo envuelven, cruzando mis grandes manos por su pecho, pero notando entre dormido.

Arrugo mi ceño.

Que algo me impide sentir el contorno de sus senos y no es, la tela que los cubre.

Pero mi enojo lo disipa sus pies pequeños, que bajo las sábanas buscan los míos y se envuelven con ellos.

Provocando que ese bienestar que siento por sentirlo a mi lado, llame más y entre mi sueño dormido, a uno más profundo.

Y querer que esto, nunca acabe.

Como sentir también, mientras voy cayendo en Morfeo nuevamente y en esta ensoñación, que mi polla se pone dura ante el roce de su trasero

buscándome y llenándome, bajo un gran suspiro de placer...

Mucho.

Y sabiendo que aunque estoy entre dormido, que tiempo que no me sentía así de bien. >>

BEATRIZ

Un grito ahogado suprimo con mis manos en mi boca, al abrir mis ojos.

No solo porque me quedé dormida, cuando mi misión era velar que no se vomitara por la resaca, el gladiador.

Sino.

Trágame tierra y escupidme bien lejos.

Mierda.Mierda.Mierda.

Que me encuentro durmiendo en la misma cama con él, sin saber cómo y cuándo, ocurrió eso si estaba en el piso descansando.

Tomo aire silenciosamente.

Y casi sin respirar, cuando saco como puedo mis pies bajo los suyos, mientras me pregunto mentalmente en qué, momento me saqué los zapatos como uno de sus brazos y mano.

Que posesivamente envuelven uno de mis senos por abajo de la camisa abierta que llevo puesta y sobre las vendas que ocultan mis chicas.

Y otro chillido me trago tocando mi trasero una vez ya fuera de su cama, cuando soy testigo de su prominente erección madrugadora, sin dejar de chequear tanto él como yo, que permanecemos con los pantalones puestos y cinturón como cremallera bien arriba y en su lugar.

—Diablos... —Se me escapa ocultando mi cara, mientras camino con pasitos cortos y suaves, en dirección a la puerta y pensando, como carajo le explico esto en unas horas en la editorial.

En realidad a todos, maldita sea.

Cuando se enteren frente a un Cael ya lúcido, preguntándome que pasó entre nosotros anoche.

Un jefe hombre a su nuevo subordinado, también hombre...

Gimo y repito como otras veces.

Pero que, perra suerte la mía...

Capítulo 12

Cael

La mierda.

—Puta erección, que no me baja... —Susurro, sentado en mi cama tratando de despabilarme y refregando mis manos en mi cara con fuerza, intentando despejarme de la resaca pesada que golpea como saco de boxeo, mi cuerpo como cerebro.

Este último que bombea mi sistema nervioso y no precisamente para que la sangre se active en todo mi organismo, mientras chequeo la hora de la mañana.

Miro mi entrepierna.

Más bien.

A mi jodida verga, que sigue dura.

Aunque, es normal y siempre nos levantamos con una cúspide mañanera.

La famosa carpa, entre las sábanas.

Vuelvo a mirarme y palparla mientras me pongo de pie, intentando acomodarla caminando como puedo en dirección al baño.

Y rasco mi mandíbula, sin entender.

Jamás algo de una escala *Ritcher* y de grado 8.

Intento acomodar mis recuerdos de anoche, en el bar.

Los chicos.

Mucha cerveza helada.

Tragos.

La buena música del lugar.

La salida y despedida de todos, fuera de este.

Doblado de borracho por más que tomé poco, por mi baja tolerancia de alcohol.

Y...

—¿Después, qué? —Me pregunto, frente al espejo con cepillo de diente en mano y ya la ducha abierta y como todo sonido.

Y mi cabeza, no coopera.

Nada.

Solo pequeños y milésimos flash de imágenes mías y de los chicos, con intangibles momentos del bar.

Niego, deshaciéndome de mi ropa y ya desnudo, me meto en el agua caliente.

Ducha que me obligo sin casi una gota de fría, para que su calor me despeje.

En especial mi mente como rostro tirando todo mi pelo hacía atrás, seguido de mi espalda.

Y hace, su efecto.

Pestaño.

Mucho abriendo mis ojos como puedo bajo el caudal de agua sobre mí, viniendo la imagen de otro cosa a mi memoria.

En realidad, no una imagen.

Una sensación.

Mis manos recorriendo, un cuerpo femenino.

Porque, estaba dormido.

La sensación del curvilíneo y suave, contra mí.

La cremosidad de su piel por más ropa y prendas puesta que llevaba, recostado al lado mío.

Un cuerpo femenino que me despertaba, con cada caricia recorriéndolo.

Y despabilo.

Vuelvo mi vista hacia abajo, mientras me enjabono.

Ya que mi jodida polla en solo recordar ese momento, lo que estaba bajando.

Vuelve a subir por ponerse de dura, ante mi recuerdo.

Y me apoyo, contra los húmedos azulejos sin creer.

Tuve un sueño, porno?

¿Pero, con quién?

Sé que era mujer.

Elevo mis manos, frente mío.

Porque la sensación de la redondez de sus senos y pese a que los cubría algo, está vigente su tacto en mis dedos.

Cálido.

—¿Pero, su rostro? —Me pregunto sin entender nada, cerrando la ducha y buscando una toalla.

Nada, otra vez.

Mi condenado cerebro hasta ahí llegó, por más que procuro recrear si a la salida del bar, me acompañó una linda dama del bar hasta mi departamento.

Pero volviendo a mi cuarto, no hay indicios de algo femenino.

Miro las sábanas, a su largo y por sobre ellas.
Ni siquiera, de sexo.
Me encojo de hombros, riendo y buscando ropa limpia.
Más de treinta años y un sueño húmedo, como puber de quince.
Y lo más irracional.
Que la causa, no fue.
Por Vanesa.

BEATRIZ

Mi pie golpea una y otra vez con mi zapato contra el piso de forma continua y muy nerviosa sentada ya en mi escritorio de trabajo.

Y mordiendo mi pulgar por haber llegado primera y muy temprano, saludo a los chicos que a horario van entrando en el piso y ocupando sus lugares.

Me escabullí, de su departamento.

Y como soldado cobarde.

Hui despavorida y casi hora antes de entrada a la editorial de mi departamento, ya duchada y cambiada, ante una guerra de encuentro con el jefe en el ascensor o nuestro pasillo del edificio.

No tenía los ovarios.

Mejor dicho, ahora.

Los huevos para enfrentarlo y si por esas casualidades de la vida, me pregunte.

A solas, los dos.

¿Qué pasó, anoche?

Santo Dios.

Si hasta a ciencia cierta ni yo, lo sé muy bien.

Solo que compartimos cama.

Su acolchada y esponjosa cama, de dos plazas.

Pero, nada más.

¿No?

Lo avalaban mis pantalones bien puestos, como su bragueta bien subida mientras dormíamos.

Pero el recuerdo, de esa insipiente.

Dura.

Y comestible erección taladrando mi trasero mientras dormíamos, me llena de dudas.

¿Acaso hubo segunda base, entre nosotros?

No.

No creo.

Mastico mi boli, preocupada.

¿Pero, si hubo por culpa del alcohol entre ambos, sin saberlo?

Y la llegada del gladiador interrumpe mis reflexiones como nerviosismo, notando que como si nada nos saluda general a todos mientras Megan la asistente general tras él, le entrega unas carpetas y acompaña a su oficina.

Me vuelvo sobre mi silla.

¿Será?

¿Qué, no recuerda nada?

Froto mi pecho aliviada y reacomodándome, frente a mi escritorio.

Debe dar por hecho, que Demian lo acompañó con su borrachera y recostó.

Sonrío tomando las fotos de unas modelos que debo seleccionar, para una campaña y retomar mis obligaciones.

Perfecto.

—¿Cuál te parece, la indicada? —Del otro lado de mi mesa y casi en frente, Matías entre los lindos gemelos me pregunta con un informe entre sus manos que busca.

—Solo te separé media docena del book, con las indicaciones que me lo pediste... —Digo entregándoselo por sobre nuestros escritorios.

Niego sonriendo.

—...soy novato... —Algo tímido. —...no puedo, semejante responsabilidad... —Justifico mientras Matías hecha una ojeada, con los gemelos.

—Pues yo creo, que lo hiciste espectacular. —Exclama Charly sumándose al grupo, para mirar también las modelos seleccionadas, alisando entre sus manos un género de tela muy lindo con su seda. —Solo que necesitamos únicamente, cinco mujeres...

—Si, es verdad... —Acota Matías sin dejar de ver analíticamente, cada foto de mujer sin poder decidir.

Y lo entiendo.

Porque en realidad tanto esas seis que separé, como las docenas que siguen en el book sobre mi escritorio.

Son mujeres, realmente hermosas.

Como toda modelo, sea publicitaria o de pasarela.

Muy delgadas.

Extremadamente preciosas, en su belleza física.

Y prolijamente cuidado, tanto su pelo como cada porción de centímetro de su piel.

—Que el cliente, decida... —Habla Esteban bajo un silbido aprobatorio, al ser el turno de ver las fotos. —...la reunión con ellos mostrando las ideas con su producción, es después del mediodía...

—Ok. —Formula aprobando Matías.

Me mira.

—Beto, tú te vienes conmigo...

—¿Qué? —Me señalo. —¿Yo?

Asiente normal y sentándose en el borde, de mi escritorio.

—Eres mi asistente de producción...

—Pero, yo...

—Nada, hombre... —Señala con la mano que y aún, sostiene esa media docena de fotos mi cuaderno de notas personal. —...vi que escribes cosas, en el. —Prosigue. —¿Lo que supongo que son tu ideas propias, no?

Fijo mi vista en el abierto.

Sip.

Es verdad.

Pero cierta vergüenza, recorre mi sistema y oculto mis escritos con una mano arriba.

—Solo son, simples anotaciones. —Me justifico, pero Matías con los gemelos e incluso Charly, niegan.

—Días que empezaste y con tu primer proyecto, veo varias hojas escritas, Beto... —Dice. —...si hay ideas en el, lleva ese cuaderno contigo hoy a la reunión... —Palmea mi hombro y concluye regresando a su mesa, seguido por Charly consultándole algo.

Y yo suspiro todavía con mis ojos puestos, en mi cuaderno de notas.

Para luego mirar la base de datos de la pantalla de mi computadora, donde detalla la nueva portada publicitaria de nuestro magazine y la propuesta de cambio de temporada e imagen de una reconocida marca de café y pide cinco modelos para la misma.

Mierda.

Sonrío feliz.

¿Por qué, no?

Matías y los chicos, no solo confían en mí.

Sino.

Que me alientan, a ello.

Y tomando mi bolígrafo acerco mi cuaderno para releer mis anotaciones y remarcar lo importante, si necesitan algo en esa dichosa reunión cafetera y publicitaria.

Serán poco más de dos meses mi trabajo acá.

Y hasta tal vez, antes de irme silenciosamente y para mi orgullo.

Pueda ver en algún puesto de revistas y diarios un Féminan, con una propaganda gráfica mía.

CAEL

El sonido de una bolsa de papel, se siente al ser depositado a un lado de mi escritorio.

Traída por Fresita, cual con otra parecida entre sus manos la abre mientras toma asiento del otro lado.

—Gracias. —Solo digo agradecido por el sándwich dentro con una botella de gaseosa de limón, cual bebo un buen trago.

Jodida resaca.

—Supuse que no bajarías, a la hora del almuerzo. —Me dice comiendo el suyo. —¿Cuándo, es la entrega?

—Entregado en la imprenta más tardar el sábado pasado el mediodía, para que se reparta el lunes por la madrugada y envíos al interior... —Respondo sin dejar de mirar el boceto de cada página que lo va a componer, en esta tirada.

—Y cómo te sientes después de semejante borrachera, querido... —Demian, me pregunta risueño.

Cosa que me, hace levantar la vista del bosquejo.

—Perfecto. —Creo. —Bastante bien. —Murmuro. —Pero... —Digo.

—¿Qué? —Me interrumpe.

Extraño.

Porque pese a ser toda su alma como postura y hasta cada masticar de su comida, tranquilo en la silla.

Percibo, ansiedad.

Dudo en comentárselo, pero es mi mejor amigo y tal vez ría cuando lo sepa.

—Anoche, tuve un sueño húmedo... —Suelto.

Deja su almuerzo a un lado, lleno de curiosidad.

—¿Húmedo?

Asiento dejando yo un rato, mi trabajo y volviendo a beber de mi gaseosa.

—Y no solo duro como una piedra, si no que mis pelotas explotaban de excitación. —Soy sincero.

¿Para qué, mentir?

Y la risa, me puede.

—Lo más gracioso... —Río, con ganas. —...es que soñé con una mujer cual no veía su rostro, pero sentía su cuerpo junto al mío... —Me inclino hacia Fresita y para que solo él, me escuche.

Los chicos, no están.

Salieron, por su hora de almuerzo.

Pero una inoportuna Ángela o Megan trayendo un informe pueden oír, apareciendo de la nada.

—...porque... —Elevo mis manos, frente a él. —...la tocaba y parecía tan real... —Finalizo divertido y reflexivo.

Lo miro.

—¿Puedes creerlo? Como un adolescente, en plena pubertad... —Otra risa se me escapa, tirando mi pelo hacia atrás. —...sin haber ido acompañado de alguna mujer del bar y... —Lo señalo. —...cuando tú, me trajiste a casa, cual gracias hermano...

El turno de reír, de Demian.

Cosa que lo hace casi ahogándose por la profunda carcajada que lo embarga y se obliga a abrir apurado y beber de su gaseosa.

- ¿Q...qué yo...te traje? —Intenta hablar sobre su risa en auge, sacando su abanico para hacerse aire en el rostro, intentando recuperarse. —...*darling*, yo no te llevé anoche... —Formula reponiéndose.

—¿Qué? —No entiendo nada.

¿Entonces, quién?

—Cael, cariño... —Me dice mientras corrige su maquillaje negro, por abajo de sus azules ojos. —...el que trajo a hasta tu departamento, fue Beto...

—¿Elvis? —No me lo creo.

—¿Quién? —Su turno, de no entender.

—Olvídalo... —Digo tirando toda mi espalda contra, mi respaldo pensativo y por más cara rara que pone, por ese apodo.

—Si lo dices por el muchachito, si... —Su voz me hace elevar mi vista, porque se pone de pie limpiando sus labios por el último bocado de su comida. —...al pequeñín tienes que agradecerle, por llevarte y cuidar de ti...

¿Cuidar?

- ...*of course*... —Responde, ante mi mirada perpleja. —...todos teníamos

las borracheras de nuestras vidas, inclusive Alberto. —Prosigue. —Cual muy amablemente, se ofreció y como vecino tuyo a llevarte...

—¿A mi departamento?

—Ahá...

—Entonces, él... —Recalculando. —...me acostó? —Jesús.

Vuelve, asentir.

—Supongo.

Ay, no...

No.

Y no.

Cubro mi rostro y con la otra le hago seña, que siga con lo suyo.

Pero Fresita no se va, porque el muy puto se dio cuenta de mi tormento y cuando estaba por abrir la puerta para irse una risotada que lo llena, me lo confirma.

Carajo.

—No me digas, que piensas que tu sueño húmedo es a causa de B...

—Ni se te ocurra terminar, esa oración... -Lo miro con odio y fulminante.

Porque mi querido y gótico amigo, esta con su lengua muy afilada.

Y porque, jodidamente.

Creo que tiene razón, maldita sea...

Capítulo 13

Cael

Fresita me dejó solo en mi oficina, para regresar a su galería de arte.

Dejándome sentado solo y aún sin probar el almuerzo que me trajo, cosa que miro fijamente y con mis propios pensamientos como única compañía.

Pensamientos que se componen vagando mi vista ahora, a los chicos de mi piso que regresan de su comida entre risas y charla que no llego a oír bien, por el hermetismo de los vidrios que componen mi oficina y puerta cerrada.

En el más joven.

El muchachito.

Solo llevando una camisa Milu a juego, dentro de su pantalón de vestir también del mismo tono y suéter, colgando de sus hombros.

Su pelo muy corto con ciertos matices rubios, lo lleva algo desprolijo.

Debe ser culpa de la brisa, acusando que fueron todos a almorzar fuera del edificio.

Y para mi sorpresa.

Me encuentro sonriendo como idiota, pensando en que me hubiera gustado ir con ellos y lo lindo que le queda su pelito así.

—Ca...ra..jo... —Me reprocho, por este último pensamiento.

¿Y deseo?

Más.

Cuando seguido a ese interés poco coherente, sigue la sensación de mis manos ante el recuerdo por ese tacto sintiendo lleno de placer, dibujando ese cuerpo en mi sueño húmedo.

Jesús, no puede ser...

¿Era su cuerpo?

¿Alberto acaso, durmió conmigo cuando me trajo?

Lo observo con disimulo, detrás de la pantalla de mi computadora.

Será, que ese cuerpo que sentí tan real, tocando dormido.

¿Era el suyo?

No puede ser.

Me niego.

Porque, algo me decía que era femenino.

Frunzo mi ceño.

O era lo que yo pretendía para justificar inconscientemente el placer o la puta excitación que sentía, ante el contacto de uno masculino contra el mío acostado?

—Mierda...mierda...mierda... —Me pongo de pie exhalando una fuerte, dura y profunda respiración, caminando el largo de mi oficina para acomodar mis emociones.

—¿Tengo inclinación homo, ahora? —Me pregunto.

Pero, mi cerebro no contesta el muy traidor.

Volteo, mirando a través del vidrio a todo el piso como los chicos.

Cada uno en su labor.

—Okey... —Me digo. —...si me estoy volviendo gay... —Empiezo a mirar en detalle, a cada uno. —...tengo que encontrar, cierta atracción sexual en ellos...

¿No?

Y mi inquisición sensual, carnal o como se diga, empieza.

—Veamos...veamos... —Susurro, recorriendo a cada uno.

Porque mi muchachos son para el campo femenino, uno jodido Edén de atractivos.

Observo al primero.

Charly, es un tipo seductor.

Hechizante, diría yo.

Atrayendo las masas tanto heteras y hasta al público femenino sin importar su condición, ya que su monumental cuerpo.

Uno, muy trabajado por horas de gimnasio, más altura y ese encanto propio de diseñador con sus telas y colores con moda snob, no pasa desapercibido.

Pero, no.

Solo siento, amistad.

Cero atracción sexual, en algo de él.

Me pasa lo mismo con los gemelos, cuando deposito mi vista ahora en ellos.

Alegres y siempre con ganas de trabajar, predispuestos a lo que sea en referente a la editorial.

Joviales con su actitud y cada prenda que visten y calzan.

Y muy apuestos a la par cada uno y soy testigo cuanto mujer cruzan, llamando su atención por ser descaradamente alegres y buenos chicos.

Tampoco.

Nada de seducción, siento por los gemelos.

Solo un cariño que se podría denominar, de hermano mayor, pese a ser su jefe.

Ahora mis ojos, en Matías.

Y me cruzo de brazos expectante, con él.

Porque, es una gran pieza masculina.

Todo lo que puede llegar a gustar a una mujer, como hombre gay.

Excelente condición física pero sin exageración, en la musculatura.

Alto.

Inclusive, más que yo.

Corte de rostro anguloso como una perfecta nariz, que sostiene uno intelectuales lentes de armazón grueso y de moda.

Su pelo castaño corto de los lados pero algo largo arriba y hacia un lado, lo hace llamativo y difícil de pasar desapercibido a lugar donde entra o se encuentra.

Dueño de muchos suspiros, con su aire intelectual.

Sin mencionar que es una excelente persona y la educación como compañerismo, lo avala.

Pero, nada.

Absolutamente, nada.

Ni una erizada de piel, me provoca.

Y mi pecho se infla de orgullo y satisfacción, ante mi definitivo y categórica reflexión ecuánime a mi posible atracción a mi gremio.

Hasta que deposito mis ojos, en el último.

Y oh mierda...

En Albertito.

Y en el preciso momento, que saca del bolsillo una golosina.

Para ser preciso, una paletita de fresa.

Y.

Santa.Mierda...

Observando desde mi postura veo como hablando y escuchando como si nada, pero muy concentrado a lo que uno de los gemelos frente a él le decía.

Puso ese chupetín en su boca, mientras seguía escuchándolo.

Y carajo.

Porque mi pene y yo sentimos, como rodeó a la golosina entre sus labios, saboreándolo.

Mi rostro arde y siento, que mi respiración se me entrecorta.

Ya que, sus labios son llenos, como delineados y hasta besables, con cada lamida que le da.

Oh Jesús.

Sacudo mi cabeza.

¿Qué demonios?

¿Lo acabo de describir, como besables?

Toso.

Un ataque de tos me invade, por mis calientes pensamientos de Elvis con su dulce chupándolo.

Y camino rodeando mi escritorio para llegar a la botella de gaseosa que me dejó Demian y quedó a medio tomar, mientras aflojo en el proceso mi corbata como los primeros botones de mi camisa, procurando tomar asiento en mi silla.

Mi mano algo temblorosa por la jodida tos que tengo, es arrebatada por alguien en el momento que lo llevo a mi boca para intentar beber de él.

Y casi me atragantado más y es un puto milagro que no muera por eso, cuando veo a Elvis frente a mí, con adorable rostro juvenil y aniñado.

Que empuja mi silla con un pie bien a lo macho y conmigo encima, por más espacio para que respire.

Seguido de verter el contenido de la botella en un taza y me lo ofrece eficiente con su mano rozando mis dedos, pero obligándome con suavidad a que beba.

Su magnetismo es tan poderoso en su pequeño cuerpo, a comparación del mío.

Que secuestra mi voz cuando acepto la taza y mudo bebo de ella con ganas, para apaciguar mi ahogo.

Y porque pese a la distancia, que nos separa.

Siento que invade mi espacio personal absorbiendo como tomando mi oxígeno y sin entender porque mi corazón late tan aceleradamente, ya que todo se enfoca en mí.

En ese roce de momentos antes y de sus dedos, con mi piel.

Mando a mi cerebro, centenares de órdenes.

¿La principal?

Que resista a su mirada preocupada e inocente tan cerca mío, mientras palmea mi espalda intentando con ello, calmar mi tos obligando a que eleve uno de mis brazos.

—¿Está mejor, jefe? —Suelta su vocecita masculina. —Noté que se

ahogaba y corrí a socorrerlo.

Y yo, rezo.

Por sentirme rendido, ante su ingenuidad.

Y porque si hace un movimiento más mirándome así, juro que acabo entre mis pantalones.

Dios, él no tiene idea como me afecta con su dulzura y naturalidad.

No puedo hablar, pero le digo que si asintiendo y recuperando el aliento.

—Gracias... —Puedo decir coherente invitando a que retome su trabajo junto a los chicos que asomados en la puerta, lo felicitan por su rápida actuación y mi pulgar en alto a todos; que ya estoy bien.

Pero palpitaciones dentro mío, al ver que sale de mi oficina y yo siento.

Mierda...

Que me deja, con ganas.

¿De, qué?

No sé.

Pero algo así, como de estar con él a solas y dentro de una habitación...

Creo.

BEATRIZ

Fue momentáneo.

Y mi curiosidad, me pudo.

Con disimulo, obvio.

De ver como el gladiador tipo animal enjaulado iba y venía, de su oficina de un extremo a otro.

¿Mucho trabajo?

¿Estrés laboral?

Para luego, detener esos endiablados pasos y mirarnos.

Uno por uno.

No sé, que pasaba por su sexi cabeza.

Tal vez por la pronta reunión con esta importante firma cafetera, ante la nueva firma temporal que publiciten en el magazine y por ello, nuestro jefe profundamente sumergido en sus pensamientos, miraba a los chicos con las propuestas.

Calculo.

Y recordando la paletita de fresa que me dieron como cambio en el almuerzo cuando fuimos con los chicos, lo saco para que algo dulce y a modo postre, me acompañe mientras sigo con mi labor y escucho atenta lo que me

dice uno de los gemelos para que anexe, al informe de mi trabajo.

Pero el súbito ataque de tos del gladiador y desde su oficina, llama mi atención.

Y antes de que los chicos reaccionen y por ser mi escritorio, el más cerca de su puerta.

Corro, a su ayuda.

Mi abuelita del sur, sabe ahogarse con frecuencia con su propia saliva.

Tema viejo para mí, como mi madre y hermano.

Por eso sabemos ser veloces y prestos, ante esa asistencia.

Y antes de que Cael, repare de mi presencia.

Yo de un movimiento, lo acomodo mejor en su silla casi conmigo encima.

Lo obligo, a que beba de la taza.

Y le doy palmaditas tipo bebé en su espalda y que eso aplaque su ahogo, elevándole un brazo.

Sobre su gracias algo abrumado por semejante ataque de tos vuelvo a mi mesa, bajo las felicitaciones de los chicos y Megan asomada justo en ese momento a la puerta del piso y a medio abrir.

—Hora de la reunión, hombres... —Nos dice sonriente, mientras Matías me incentiva con un golpe de hombro al pasar por mi lado a que me una.

Tomo mi cuaderno de notas, siguiendo a los chicos y un gladiador que con seña desde su oficina, nos indica que vayamos sin él.

- Tal vez seas el próximo premiado para el 8 de marzo, lanzamiento y portada de temporada aniversario de Féminan... —Me dice alegre Charly, caminando a mi lado.

Lo miro, sin entender.

—¿Premio? —Digo, llegando al ascensor.

Imito a los chicos, dejando pasar a Megan primero y siendo caballero, por ser la única mujer.

- Un galardón entre otros que se le da al empleado por su esfuerzo y dedicación en el año, en la fiesta apertura, Alberto... —Sigue Megan emocionada y casi estrujando los papeles que lleva en sus manos por eso, una vez dentro todos. —...una gran y mega fiesta, lleno de *celebrities*, exquisita comida con excelentes tragos y buena música.

—Pero no creo siquiera, ser postulado para eso. —Interrumpo mientras descendemos, al piso de reunión. —Cuando sea esa fiesta, solo cumpliré... — Y si Dios me lo permite. —...poco más de dos meses, como activo de la

empresa. —Saco mis cálculos.

—Pasando los 45 días ya puedes, porque según la presidenta estás apto de ver cómo te desenvolviste e hiciste por la empresa. —Acota, Santiago.

—El año pasado se condecoró al hombre encargado del fotocopiado y anillado de la empresa, por sus grandes servicios y cooperación, Beto. —
Prosigue su hermano.

—Ángela es media bruja, con su carácter agrio y déspota. —Murmura Megan ya saliendo todos del ascensor. —Pero las promociones, la pueden ganar cualquiera...

—Guau... —Solo digo, siguiendo a todos por un pasillo.

Y sonrío, soñadora.

Me corrijo.

Tal vez cuando me valla entonces, sería lindo ver en un puesto de revistas la portada donde en su interior tenga alguna gráfica publicitaria hecha por mí, en una pared de la casa de mi madre en sur.

Encuadrado y decorando esta, algún tipo de reconocimiento por mi labor.

Capítulo 14

Beatriz

La gran mesa ovalada de la sala de reunión, estaba colmada de papeles y carpetas abiertas.

Todos informes con diferentes opciones de proyección de la campaña, que renovaba la temporada publicitaria de la marca reconocida de café.

Con Matías ejecutor y cabeza de la operación de todo, junto a nosotros con Charly y los gemelos complementando su staff.

Mucho para planificar y acordar con los clientes del otro lado de la mesa, a un corto espacio de tiempo.

Ya que, una producción gráfica era un movimiento, no solo de masa humana desde nuestra agencia hasta las modelos seleccionadas.

Sino.

La creación y elaboración, rendimiento y movilización de esa puesta en escenas, en ese escaso periodo estipulado.

Movida que escuchando atenta el desempeño de mis compañeros, como cada respuesta precisa a lo que los clientes daban con sus pretensiones, me sentía fascinada.

Porque desde mi asiento y tomando apunte a cada cosa que Matías como buen mentor, me daba o a cada palabras de los chicos desde sus áreas y bajo la confirmación satisfactoria de ellos.

Y mirando a cada uno.

Me sentía feliz.

Ya que ahora sí, jodidamente.

Y muy emocionada estaba, en el mundo de las editoriales.

Uno que tantas veces se me negó, pero al fin lo había logrado.

Y casi dos horas más tarde, Matías y los chicos habían pateado el trasero y sin siquiera pestañear, tanto el consentimiento satisfactorio de la empresa cafetera, como los términos de negociación.

Cual con este último, Cael hizo su acto de presencia en compañía de Megan y documentación para firmar lo acordado, mientras todos ya nos retirábamos y estrechando sus manos a modo despedida.

La sesión iba a empezar mañana y el resto de la jornada, nos dedicamos a

ultimar esos detalles de producción en el piso.

Holocausto de movimiento, cual siendo solo principiante.

Y nunca me quejé, porque me encantaba.

Los pedidos y mandados de los chicos aumentaban.

Desde confirmaciones de llamadas telefónicas, que me daban y encargue de ello.

La puesta en escena con el equipo de montaje y por tal, hablando con los técnicos por los corredores y pasillos.

Recordatorios ya en mi piso a las agencias como agentes de sus respectivas modelos, por la puntualidad del backstage al otro día cuando se cerró el contrato y hasta verificación constante, del tiempo meteorológico por internet de mañana, ya que factor importante y reina madre de todo el astro rey de los cielos para ello, por la iluminación.

—No...no...no... —El quejido de Charly, se siente desde mi escritorio.

Y haciendo equilibrio con mi oreja y hombro el teléfono por estar atendiendo una llamada, lo miro haciendo deslizar mi silla hacia atrás.

—¿Sucede algo? —Le pregunto curiosa.

Levanta con sus manos, dos géneros de tela.

—No me inspiran... —Sus hombros caen pero eleva más uno, por su brazo en alto. —...muy brillante. —Turno del otro. —...y muy opaco... —Exclama haciéndome sonreír.

Cuelgo la llamada y me acerco a su escritorio, para mirar ambas telas de cerca.

—¿Para la sesión de mañana, como parte del vestuario? —Palpando, la texturas de ambas.

Afirma, dejándolas a un lado.

Y la verdad, que a mi tampoco me seducen mientras tomo la hoja con el boceto, de lo que será la puesta en escena de la publicidad del café.

Una especie de *Storyboard* con las secuencias y sirviendo de guía, para la sesión.

Al aire libre.

Escenografía, ambientando la atmósfera.

Y obviamente.

Mucha producción de vestuario y *make up*, con lo de moda vigente.

Y las adónicas cinco modelos seleccionadas, siendo el bonito broche de oro de toda esta mega realización.

Y cierro mis ojos, unos segundos.

Intentando imaginar cómo sería en vivo y directo la temática, para luego abrirlos por alguna idea.

—Puedo ir al departamento de vestuario y confección y encontrar más ejemplos, Charly. —Me ofrezco.

Y sus morenos ojos se iluminan, pero mira mi escritorio con mis propias obligaciones.

—¿Pero tienes mucho, que atender? —Por el corto tiempo.

Le sonrío más.

—Casi todo hecho para el final del día, puedo con lo tuyo. —Digo sincera.

Y piensa unos breves momentos con sus ojos otra vez, en los géneros que lo tienen descontento.

—Bien, cariño... —Al fin acepta. —...solo necesito varios patrones para seleccionar algunos y den el sello de color, a las prendas de producción. — Me explica mientras me entrega las telas, para devolución.

—Ok. —Digo yo, entendiendo y tomando estas.

Y sin perder tiempo salgo de nuestro piso y ascensor más arriba, donde se encuentra el departamento de vestuario.

Y llevando esas telas conmigo imposible no apretarlas mucho, contra mí.

Cuando, asombrada camino e ingreso al sector.

Porque, es.

Mierda.

Un majestuoso lugar.

Y como en todos los niveles que ingresé desde que comencé a trabajar e inclusive, mi piso mismo.

Todo es pulcritud y diseño.

Pero, con la diferencia que este.

Y mi boca se abre más, con cada paso que doy y me adentro más.

Hasta el punto que casi me hago pipí encima de la emoción, mientras mis ojos se elevan, para recorrer cada centímetro cuadrado del lugar.

Ya que, es.

El jodido Edén, de toda mujer.

Sobre docenas de personas yendo y viniendo, acelerados en su propio tiempo de trabajo para la revista.

Con papeleríos en sus manos y muchos de ellos, sin soltar el móvil de sus oídos detallando o cumpliendo órdenes.

Y otros cruzándome con exhibidores ambulantes cargando diversas, coloridas y docenas prendas de vestir, colgadas en perfectas perchas.

Todo lo que me rodea.
Y todo lo que compone, en paredes.
En sus centenares de estantes, en su perfecto cuidado y esmero.
La variedad en talle con color de target u ocasión, de ropas y prendas desde alta costura hasta informal, con la etiqueta de los mayores diseñadores de pasarela y hasta confecciones por la misma editorial.
Y tengo que ahogar un grito, al notar en su misma y perfecta cantidad.
Zapatos.
Hermosos y jodidos, zapatos.
Como los del reconocido diseñador, de ellos.
Amado y prestigioso.
Hollywood L'Rou.
Con también cientos de sus modelos exclusivos, que cualquier mujer mataría por tener uno y yo, me incluyo.
Prolijamente puestos en sus lugares y rodeados de accesorios sean, joyas o carteras para acompañar en un surtido de modelos para seleccionar.
—Carajo... —Susurro bajito e inclinada, para acariciar uno de su colección.
Un modelo de fiesta y gala, siendo su tacón de vértigo.
Y de un rosa gamuzado y pequeñas piedras como todo accesorio, en su diseño adelante.
—¿Lindos, no?
—Hermosos... —Babeo como respuesta a quien sea que me habla detrás, mientras apenas rozo mis dedos en ellos, porque hasta parece pecado tocarlos.
Pero mis ojos se abren, volviendo a la realidad.
No solo recordando que soy hombre, maldita sea.
Sino, también.
Mierda, mierda y mierda.
Por la voz, jodidamente familiar.
Cael tras mío y apoyado en estante opuesto junto a vestidos de fiesta en sus pechas y esperando su turno a futuro para ser lucidos, me observa desde su altura.
Aclaro mi garganta.
—Para mi novia... —Titubeo y justifico rápido, poniéndome de pie.
—...son hermosos, para ella.
Un papel que lleva recogido tipo cilindro en su mano, los señala.
—Son los que se usará, en su nueva temporada. —Me explica,

acercándose hasta donde estoy.

Y condenada cercanía, por su perfume llegando a mí.

Al serme familiar por sentirlo y hasta el punto de impregnarse en la ropa que llevaba puesta anoche, por dormir junto a él.

Aroma amaderado y macho.

Muy macho.

Que tendría que ser censurado por incitarte y promover, los pensamientos sucios de mujeres blanditas como yo.

Y como me considero tal y de ese gremio.

¿Lo mejor?

Huir de la tentación y bajo esa cierta posibilidad creciendo en mi mente, por lo sexi y caliente que es mi jefe gladiador.

De lanzarme, sobre él.

A ese pecho duro y tonificado, cual sentí y comprobé hoy temprano y para terminar por lo menos de mi parte, lo que nunca comenzó pero desee.

Y siendo, muy mujer.

Pero, por otro lado.

Estando agradecida que no recordara nada, gracias a la borrachera de su vida con solo dos traguitos de cerveza y siendo lindo, con esta conversación amena de compañeros.

Y como la objetividad no me salía, por esas dos razones luchando internamente en mí.

Y mi prioridad y demás decir, mi saludo mental como del corazón y por ello un paso en falso, mi integridad física estaba en juego bajo la posibilidad de hasta ir presa si se descubriría todo con mi falsa identidad.

La opción, era mi retirada y a lo que vine.

Dirección al sector de telas y su diversidad para costura y confección, pero con la mala pata que me sigue mientras husmeo las docenas de ejemplos enrolladas perfectamente en sus colores y texturas.

Y un gladiador tras de mí, mirándome y con esa sonrisa demasiado poderosa, sintiéndola en mi espalda.

Inspeccionándome.

Y creo, que hasta dudoso.

Lo sé.

Porque, también lo siento.

—¿Hoy vas a mi departamento, también? —Suelta, de la nada.

Y me quedo sin aliento y a medio mirar mientras estiro un rollo de tela que

me agradó, dejando las de Charly en su lugar.

CAEL

Y me quiero agarrar, de a patadas.

¿Dije eso, en voz alta?

Y su cuerpo tensándose, me lo confirma.

Entonces es verdad que estuvo, como me dijo Fresita.

Y por la postura que quedó Beto sin jamás voltear, pero nerviosamente seguir con la selección de las telas, jodidamente me asegura que algo pasó anoche.

O esta madrugada.

¿Pero qué?

—Ahora no está ebrio, jefe. —Responde sin dejar de mirar otro estante, mientras toma un pequeño patrón, del cual le gustó.

Y yo lo sigo cuando prosigue, a otra próxima estantería con más géneros y aflojando algo la corbata que lleva puesta.

¿Calor?

¿Por mí?

¿Y dijo, que tiene novia?

Y mis dientes, se clavan en mi labio inferior por ello.

¿De mucho tiempo?

Y lo que me atormenta.

Teniendo que usar como base de apoyo, un lateral de los condenados estantes.

¿Será, de nuestro mismo edificio?

Y en solo pensarlo algo doloroso y como si tuviera espina, me recorre por mi corriente sanguínea.

Celos.

Miro a Beto, que sigue como si nada.

Y juraría que hasta pretendiendo ignorarme, mientras elije más opciones de telas.

Y no lo puedo creer.

Ya que, yo realmente.

Siento.

CELOS.

Carajo.

Y del verbo, mucho.

Por Elvis.

Y mis dos manos, van de golpe a mi boca y giro espalda a él, para ahogar mi exclamación.

¡Soy gay!

Y amo o lo que fuera a otro hombre.

Mezcla de emociones por ese sentimiento que no termino de comprender, confundido y sin saber, si ponerme feliz o no.

Pero, validando que lo quiero y trago saliva con dificultad.

BEATRIZ

Un lamento bajito.

Algo así como la llorona de la película de terror, pero como ahogado siento detrás de mí, haciendo que voltee hacia el jefe.

Y encontrarlo de espalda y sostenido con fuerza por uno de sus brazos, casi colgado de los estantes.

—¿Se encuentra, bien? —Lo auxilio, por temor a que se haya ahogado nuevamente como en la oficina, tocando con suavidad su hombro y olvidando que tengo que huir.

Por qué, parece que es de ahogarse seguido.

Pero su brazo libre, me detiene y con seña me dice que se encuentra bien, pese a que tose violentamente y espalda mía.

—Jodida saliva... —Murmura, cuando recuperó la mitad de un pulmón.

—Iré, por un vaso de agua... —Me ofrezco, pero su mano vuelve a detenerme negando.

—No ...yo...yo voy... —Se hace aire mirándome raro y con ese papel ovillado, con un gesto que siga con lo mío y retrocediendo, de donde estoy.

Pero con sus ojos rojos por el ahogo profundos en mí, para luego marcharse sin más.

Rasco, mi pelito corto.

—¿Qué fue, todo esto? —Susurro, mientras lo veo irse al gladiador intentando no atropellar al personal, que se cruza por ir apurado.

CAEL

La puerta se abre, fuertemente por mí.

—Soy gay... —Gimo, al verlo a Fresita en su estudio cuando llego a su galería de arte, encontrándolo bocetando y sentado en su baqueta de siempre.

Su mirada plenamente fija, al igual que su mano maestra en el papel apoyado junto al caballete, apenas se eleva para decirme.

—Si serás mierda... —Me recrimina. —...recién me lo dices? —De lo más tranquilo. —¿Por qué ahora, que somos amigos y casi hermanos? —Se sonríe burlón y sin dejar de dibujar. —Cuando esto me lo tendrías que haber confesado, cuando nos conocimos corazón y quería tirarme sobre ti, de mil maneras diferente...

Me mira.

—Lo siento, pero los gringuitos tipo Vikingos ya no me van... —Ríe. —...mi target, los morochos...

Me dejo caer con todo mi peso, sobre un sillón junto al ventanal y tirando mi pelo hacia atrás.

Y lo miro odioso, provocando que ría más.

—Imbécil... —Gruño. —...no me confieso, que ahora te amo... —Acomodo mi cabeza. —...solo, que me di cuenta...

Jesús, ni yo me lo creo.

- ...que soy gay... —Exhalo aire. —...y quiero a Elvis... —Suelto, la respiración.

El sonido de su lápiz como todo ruido, aparte de mi respiración acelerada, se siente al dejarlo de golpe.

—¿Amas a Elvis? —Dice, cambiando su postura. —¿Al muchachito?

Resoplo.

—Creo, que si... —Entregado.

—¿Seguro?

Mis brazos van a mis rodillas y mis manos, a mi rostro dejándolos caer pesadamente.

Y mirarlo luego.

—Creo, que si... —Repito, sincero.

Hace una mueca con sus labios y un dedo perfecto en su uña en esmalte negro pensador, en ellos.

—¿Y eres gay, por eso? —Analiza.

Lo miro feo.

¿Me está, jodiendo?

—¿Eres idiota? —Me señalo. —¿Si! Soy gay, porque resulta que miro bonito, me gusta y solo quiero... —No sé ni que calificativos usar, por ser hombre los dos.

Beto y yo.

Pensando y haciendo.

Eso.

¿Ustedes entienden, no?

—Coger. —Termina por mí, Demian divertido y como si fuera, adolescente y escucharlo por primera vez.

Y más.

Imaginándome con Elvis, haciéndolo.

Siento que mis mejillas, arden reconociéndolo y cuando le digo que sí, afirmando con mi cara.

—Dilo. —Me dice con demasiada diversión, para mi gusto. —C-o-g-e-r... —Deletrea, como si fuera crío.

—Serás, come mierda... —Gruño, negándome.

—Tú, puedes. — Insiste, alegre. —Co...ger... —Me alienta y separa en sílaba.

-¿Quieres parar?

—No.

—Si.

—Admítelo. —No se da, por vencido.

Carajo.

—¡Ok! Si...si... —Lo reconozco. —...quiero cogérmelo... —Declaro. —...siento cosas por Elvis y me vuelve loco! —Dejo caer mi cabeza, vencido.

Y su sonrisa triunfadora, se expande.

Pero con un dejo de algo oculto, guardado.

—Hazlo. —No me detiene.

—¿Qué? —La elevo para mirarlo y se encoje de brazos, retomando su diseño en la hoja.

—Admítelo, te estás enamorando de Beto, cariño... —Prosigue. —...las razones por ahora, no la entiendes. —Otra vez, levanta su mirada azul y gótica por su maquillaje oscuro de sus ojos, hacia mí. —Pero ve por él, persigue este amor que sientes y cuando lo consigas... —Se sonrío. —...dense el polvo de sus vidas... —Me apunta con su lápiz y estirando las piernas, para colocarlas una encima de la otra cruzadas muy delicadamente. —...y ahí sabrás por qué, lo amas... —Finaliza.

Y yo, entiendo menos y le elevo una ceja por eso.

—Eres un dolor de culo, como conciencia... —Mi dictamen, provocando que ría.

Pero con inteligencia.

Creo...

Sin embargo.

Me pongo de pie, decidido.

Y así, me marcho con un saludo por el apuro y como vine a Fresita.

Ligero y con una mano en alto, cerrando la puerta detrás de mí.

Pero decidido.

Y directo.

A mi Elvis...

Capítulo 15

Cael

Jodido mundo.

Jodida y puta gente, que vive en este mundo.

Mejor dicho.

Que trabaja para la editorial y que hoy.

Parece que, no solo tiene hormigas en el culo.

Sino.

Que estas, también están sincronizadas en sus cabezas para molestarme.

¿Por qué?

Porque, condenadamente y aunque sé, que estamos en plena tirada de la próxima edición y soy el editor en jefe.

Jodidamente y como poniéndose de acuerdo, todos se interponen a que hable con Beto.

Sé que hui de él como un cobarde, en el piso de telas y accesorios.

Pero tras hablar con Fresita y dándome el puto coraje, que no tengo de idea de donde lo saqué y me motiva.

Con cada paso que doy.

Sea en los corredores, saliendo del ascensor y hasta, intentando abrir la puerta de nuestro piso.

Me detienen por consultas, compañeros de trabajo.

Cual respondo sea aprobando o no los papeles que me muestran, pero siempre mirando por sobre sus hombros de estos y a medio abrir la puerta, en como Beto en nuestra planta.

Que como el resto.

También va y viene por pedidos y auxilio de los otros y en el trayecto, atiende llamadas telefónicas de exteriores.

—Cael. —Me nombra Megan, cuando al fin me encuentro solo y estoy a dos pasos y un suspiro de ir por Elvis.

Si.

Porque resulta que me convertí en un puto poeta, desde que descubrí que soy gay.

La miro ofuscado y se sonríe tímida.

—Ángela te espera en su oficina... —Me dice.

—¿Ahora?

Asiente.

—¿Urgente? —Insisto con mis voz en ella, pero mis ojos en el muchachito.

—Su timbre de voz en el teléfono, me lo confirmó. —Apremia.

Mierda.

Mis hombros caen.

—Ok... —Suelto, siguiéndola.

Pero, sin antes echar una última mirada a Elvis.

Re carajo, con este día...

BEATRIZ

Un grito de júbilo de satisfacción con brazos estirados a modo relajación desde su silla y escritorio, se siente por unos de los gemelos seguido por su hermano y de todos haciéndome sonreír desde la fotocopiadora haciendo unas copias.

Y la sonrisa complacencia de Matías me lo confirma cerrando la carpeta de proyectos con ganas, mientras se pone de pie para ponerse su saco de vestir.

Significando que, todo para mañana con la sesión de fotos y portada comercial de la marca cafetera, estaba listo.

Las últimas horas de jornada laboral sinceramente, no las había sentido correr.

Porque, toda esta adrenalina me gustaba mucho.

Y aunque, un poco mis pies sí.

Feliz, porque me sentía parte de todo esto.

Pocos días de mi ingreso.

Pero absolutamente fascinada en este mundo de la moda y su magazine.

Un Edén para la mujer, desde lo intelectual hasta lo snob.

Viniendo a mi memoria.

Esos hermosos zapatos de tacón en gamuza rosa y brillantes que vi en el exhibidor cuando el gladiador apareció, del prestigioso diseñador de ellos *Hollywood L'Rou*.

Y que para mi triste realidad, ni juntando cuatro de mis sueldos, tendría al alcance ellos y envidiando totalmente a la futura dueña.

—Unas cervezas son aptas, para cerrar este día... —Charly formula despertándome de mi ensoñación con ellos puestos, bajo la aprobación de

todos. —...pero mañana tenemos que madrugar para la puesta en escena y aprovechar el sol para la sesión... —Culmina sobre la afirmación también de todos, pero ahora ahogado y robándome otra risa, por la última responsabilidad de equipo que queda.

CAEL

El adelante de Ángela tras tocar la puerta de su oficina, me ratificó lo que Meg me dio a entender.

Que la presidenta, no estaba de muy buen humor.

Para encontrarla al entrar, sumergida en unos papeles a carpeta abierta como pensamientos en su escritorio y haciendo a un lado, el periódico de la mañana.

Ni me molesto, en tomar asiento.

La conozco de toda la vida.

Y me limito solo a robar un dulce de una caramelera y esperar el batallón verborrágico que viene, cuando eleva al fin su vista a mí, lo hace bajo un suspiro lleno de dudas.

¿O responsabilidades inconclusas?

Pero, se limita a deslizar la carpeta de pocas hojas en mi dirección, que por la transparencia de la tapa, veo el motivo y una de sus dudas.

—Este muchachito... —Habla apuntando con su uña finamente esculpida y con esmalte mora, la foto al pie de la primer hoja.

—...Alberto York. —Digo, por ella y asiente.

—...recursos humanos necesita, que se complete su ficha laboral. —Me señala la parte en blanco.

La médica.

—Cael... —Prosigue. —...pasaron días y error nuestro, no darle aviso... —Sus bonitas manos van a su sien. —...mucho por hacer... —Suspira resignada, pero decidida con la frente en alto.

No sería la gran Ángela Lancaster, si no.

—...exégesis de la nueva temporada, renovación de contratos de clientes y con ello, innovación de sus portadas publicitarias y la no menos importante... —Continúa. —...la fecha del 8 de marzo, cariño... —Enumera nuestras responsabilidades a corto plazo.

Seguido sobre otro respiro, a su famoso pero.

—...pero... —Lo sabía. —...me gustan las cosas en tiempo y forma... —De mala gana, desaprobatoriamente y bastante disgustada.

Disgusto que me dice, poco convencida con Elvis y su ingreso a la editorial.

—¿Cómo va todo, para la sesión de mañana? —Pregunta acomodándose mejor en su silla y con su mirada totalmente fija en mí, captando a dónde quiere llegar con esa cierta sutileza.

Cosa que Ángela, no tiene un gramo.

Y aclaro mi garganta, jugando con el jodido caramelo en mi boca.

—Su desempeño es óptimo y fue muy bien recibido por los chicos... —Y creo que me gusta, porque resulta que soy gay ahora. —...siempre predispuerto y trabajador.

Sus ojos grises me dicen, que sigue poco convencida.

¿Qué es, lo que le molesta tanto de Elvis?

Y Dios cuando se entere que lo quiero más allá, de una simple amistad o como compañero de trabajo.

Y mucho.

Carajo...

Exhala una profunda respiración frunciendo sus labios maquillados, pero mira su informe personal para que lo tome, cual lo hago.

—Pertenece a tu área y es tu responsabilidad que termine, ya que apruebas definitivamente su postulación en la editorial como personal permanente, a que complete su ficha personal.

—Bien. —Digo ojeando la dichosa carpeta con sus datos, mientras volteo sobre mis pies dando terminada nuestra charla.

—Cael. —Vuelve a llamarme, ya con mi mano en el picaporte de la puerta y por abrir.

El sonido del periódico abierto por ella y girándolo sobre su escritorio, provoca que mire por sobre mi hombro.

—Vanessa está en la sección de espectáculos y tabloides... —Murmura.

—¿Y con eso? —Gruño casi atragantándome con el dulce, pero lo disimulo.

¿Cuánto había pasado de su desplante y rechazo, a mi pedido de matrimonio?

¿Cuánto que, después huyó tras esa jodida llamada de teléfono de pocos segundos diciéndome después de años de relación, que lo nuestro nunca más y sin siquiera darme un puto justificativo, que creí merecerlo en persona?

—Está en Francia, por su trabajo de modelaje...

—¿Y con eso? —Vuelvo a repetir, interrumpiéndola.

Suspira.

—...deberías leerlo. —Eleva el periódico. —Aunque no te menciona con nombre y apellido, habla de ti como su gran amor y que regresa por el...

—Mamá... —La detengo, a que prosiga.

Si.

Porque, es suficiente.

Ya no es la presidenta de este imperio, que hizo a la par de mi padre.

Y aunque, sigo con mi postura frente a la puerta a medio abrir, pero con mi vista ya fuera del condenado periódico, para mirarla a ella con una focalización diferente.

Como mi madre.

Una que separo en lo laboral y la frontera son, las puertas de entrada del edificio de la gran editorial.

Fuera de ella.

Una madre conciliadora, pero exigente desde mi nacimiento.

Dentro.

Una mujer de acero.

Avasallante.

La presidenta.

Y donde el control y la negociación, corre por su sistema nervioso.

Pero, no se inmuta al llamarla mamá, acusando que estoy fuera de todo tipo de conversación y señal que no se entrometa.

—Cael los nervios a veces traicionan y un error, lo puede cometer cualquiera...

Y siento que mi sangre se coagula y me giro totalmente a mi madre.

—¿Error? ¿Llamas error a la forma en que me despachó, como si fuera un objeto? —Mi voz se engrosa.

Elevo un dedo.

—No te atrevas a interceder Ángela... —Directo. —...no hay ningún tipo de oportunidad entre ella y yo...

—Es exitosa y en su mejor momento profesional, cariño... —Hace caso omiso a mis palabras. —...el matrimonio a veces asusta, provocando que tomemos las decisiones incorrectas sin darnos cuenta el daño que...

- ...me gusta alguien. —Corto sus palabras haciendo que calle de golpe, poniéndose de pie por el asombro y hasta olvidando su actitud de jefa.

—¿Te agrada, alguien?

—Gusta Ángela. —Corrijo. —Y me gusta mucho. —Específico.

Y sus labios balbucean, asombrada por millones de preguntas.

Pero no le doy tiempo a su santa inquisición de quien puede ser de todas y las pocas mujeres que hay en la editorial como alguna potente modelo, mientras chequeo la hora de mi reloj.

Ya la hora de salida, próxima.

Y tengo que buscar y hablar con Elvis.

Mi índice vuelve a alzarse ante ella y su rostro, todavía sin poder creer.

—Tema cerrado Vanessa y una posible reconciliación conmigo, más que futuros contratos laborales mamá. —Abro la totalidad de la puerta y dando por finalizada esta charla, mientras me retiro.

Siento que me llama.

Una.

Dos veces.

Y hasta tres bajo la mirada de su secretaria sorprendida detrás de su mesa de recepción, por su voz elevada y ver que yo, no hago caso mientras camino en dirección al ascensor.

Porque, para ella.

Mi jefa, presidenta y madre.

No está finalizada la conversación.

Pero no cuento con tiempo ni ganas, de analizar su berrinche ahora.

Y maldición, cuando llego a mi piso.

Porque, todo desolado ya.

Ni rastro de los chicos, como de Elvis.

Y apuro mis pasos a mi oficina por mis cosas y a contra reloj, recordando que sin mi coche por tomarme el bus esta mañana con Beto, debo correr para atraparlo nuevamente.

Podría un taxi estando tan cansado como me siento, por el día agotador.

Pero las ganas me pueden en mi carrera, decidiendo bajar las putas escaleras al notar la demora del ascensor y mi llamado.

De tal vez la milagrosa casualidad de encontrar a Elvis en la parada todavía y volver a tomarlos juntos.

Cosa que una vez en la calle y retomando mis acelerados pasos, mi alegría y esa energía se desinflan, al percibir que ya no se encuentra a la espera de él.

—Carajo... —Farfullo por lo bajo, alzando mi brazo libre de mis cosas a orillas de la acera y ante el congestionamiento de tránsito, por la detención de un taxi.

Que mala suerte, la mía...

BEATRIZ

Un gemido de placer se me escapa, mientras limpio mi barbilla de aderezo con una servilleta de papel, saliendo del puesto de hot dog y encaminándome a la parada de bus.

Perdí el colectivo.

Pero esta salchicha con extra ketchup y mostaza lo vale a mi espera de unos buenos veinte minutos, afirmo convencida con cada bocado que doy en dirección a la parada a pocos metros.

Pero casi terminando mi colación, esta queda suspendida en el aire al último bocado y quedando mi boca abierta.

Al ver al gladiador.

Mi lindo y sexi jefe a poca distancia adelante de donde me encuentro y ver, como sube a un taxi que detiene con su mano en alto.

Y algo, pincha mi vientre.

Más bien, mi pecho.

Hoy vinimos juntos al trabajo.

Mencionó que jamás había tomado uno y que, cosa que me pareció increíble por su edad.

Percibí cierta alegría de sentirlo, por ser la primera vez.

Y aunque intentaba escabullir de todo tipo de acercamiento con Cael a solas por lo sucedido anoche, gracias a su tremenda borrachera con solo dos copitas de cerveza y tener que dar algún tipo de explicación del motivo que ni yo termino de comprender, al quedarme dormida y abrazada a él compartiendo su cama.

Y notando su demora casi culminando nuestra jornada de trabajo en la editorial, siendo llamado por la presidenta que nos dijo Megan.

Miro el pedacito de hot dog entre mis dedos, ya sin hambre.

Alenté la posible idea de esperarlo muy en contra de mi voluntad, pero bajo estas ganas locas de tomar el bus juntos nuevamente, mientras degustaba de una merienda sustanciosa llena de aderezos.

Servilleta como comida, que acierto en el contenedor de basura mientras camino a la parada.

Él no lo sintió como yo, a ese pequeño pero lindo momento de viajar juntos.

Incómodo y aglomerado, reconozco servicio público.

Pero, bonito momento en fin.

—Dios... —Palmeo mis mejillas para que reaccione, seguido a aflojar la jodida corbata como los primeros botones de la camisa de hombre que llevo puesto.

Continuo a mirar mi reflejo de pie y esperando el bendito colectivo, como el resto de gente agolpada en la parada.

Plasmando sobre el plástico tipo espejo mi persona, que protege sus lados una pauta gráfica y publicitaria que denota ser nueva y recién puesta, a una hermosa modelo sosteniendo un perfume de mujer en sus manos y bajo una actitud como pose muy linda, sexi y teniendo de fondo la hermosa torre francesa Eiffel.

Contrarrestando mi imagen y la de la modelo sexi.

La mía.

Totalmente masculina con mi corto y muy varonil ahora oscuro pelo, como atuendo que visto y calzo.

Sin un gramo de maquillaje y hasta el punto de escupir mis preciados pulmones, por la faja hecha por vendas que presionan mis pechos femeninos, para dejar fuera de alcance de toda duda que pequeñas o no, mis chicas existen.

Y ella, en cambio.

En todo su esplendor.

Hermosa y derrochando feminidad, en cada poro de su ser.

Diciendo a gritos en esa pancarta con su gráfica y vestido curvilíneo y llamativo.

Que es toda una mujer.

—A quien, quiero engañar... —Me murmuro para mí, comparando su imagen y la mía.

Con una conclusión verdadera pero dolorosa, intentando hacer de piedra mi corazón ilusionado.

El gladiador nunca se fijaría en mí como mujer.

Me doy, una última recorrida visual.

Y me ruedo los ojos acercándome a la gente, al notar mi colectivo acercándose.

Se me escapa, una risita triste.

Y menos, como hombre...

CAEL

Secándome vigorosamente mi pelo mojado con una toalla, después de una ducha y reajustando más la que rodea mi cintura.

Intento escuchar sin perder el precioso contacto de una de mis orejas en mi puerta de entrada, ante la alarma de cualquier indicio si Elvis ya llegó a su departamento.

Miro la hora del reloj de pared de la sala, bajo muchas de mis conclusiones.

¿Lo habrá hecho en ese minuto que llegué y me duché, y por eso no lo escucho?

Niego.

Imposible.

Por los cálculos de esta mañana, el bus demora su buena media hora.

Y yo gané tiempo, tomando un taxi.

¿Por qué entonces, se demora tanto este muchachito?

¿Quedó en alguna cita, al salir del trabajo?

Y la toalla que seca mi cabello cae al suelo por llevar ambas manos a mi boca de asombro y ante una helada y celosa posibilidad, recordando lo que me dijo en el piso de accesorios y moda, mientras observaba con anhelo esos zapatos de alta costura y edición limitada.

Que él, tenía novia.

Mi cuerpo se desvanece contra la madera, ante esa posibilidad.

Y mi estómago aprieta en solo imaginar algún tipo de acercamiento con su novia en cuestión, en este preciso momento.

Instante que para mi desgracia y alegría, siento ruido en la puerta vecina.

Su departamento.

Alegría.

Porque, es Beto.

Y desgracia.

Arrugo mi ceño, pegando más mi oreja a mi puerta.

Porque, viene acompañado.

Compañía que tiene voz femenina.

Una alegre.

Divertida.

Y que por el sonido de ella como la de Elvis respondiendo, intentando comprender de lo que conversan, mientras él busca algo.

Denota confianza.

Risitas cómplices.

¿Y sugestivas?

Sonidos de manos tocándose.

¡Qué!

Bajo...

¿Jadeos?

JADEOS DE AMBOS.

Y otro fuerte sale de la mujer llena de satisfacción, respondiendo a mi pregunta.

Pego más, mi oreja a la puerta sin poder creer.

¿Pero qué, carajo le está haciendo Elvis?

¿Y con sus dedos?

¿Algo porno?

Oh Dios.

Porque, sufro sea su novia o no.

Ya la mierda.

Elvis, es mío.

Y mis dudas como celos me superan olvidando todo y abriendo mi puerta de golpe.

BEATRIZ

—¡Hola guapo! —La voz de Sar sentada en los escalones de entrada de mi edificio, me recibe al verme llegar.

Río por su saludo volviéndome a la realidad, de mis pensamientos en el colectivo.

Unos, muy yo.

Muy de mujer.

Lo que soy realmente sobre mis conclusiones inconclusas aún, del gladiador y este palpable sentimiento que estoy empezando a sentir por él.

Ya que, nunca va a poder ser.

Porque una de mis mejores amigas con este saludo, me lo da entender cerrando algún tipo de esperanza.

—¿Qué haces? —Le pregunto pese a mi tristeza, sonriéndole al ver que se pone de pie cuando llego hasta ella.

—Juntada de chicas, Beti. —Sus manos ocupadas por cargar bolsas de compra, se elevan. —Reunión oficial de amigas que nos debemos, por el festejo a tu nuevo y amado trabajo de tus sueños. —Me explica alegre y subiendo como yo, los pocos escalones a la puerta de ingreso.

—¿Todas? —Pregunto sin poder creer.

Sar, afirma feliz.

—Absolutamente todas y por milagro de la vida hoy coincidimos dejando esposos, amantes y hasta hijos a un lado, pero comidos y vestidos para venir en un rato mientras ambas preparamos la cena... —Me guiña un ojo provocando que ría, al ingresar al ascensor. —...para una gran noche de comida de alto contenido graso, helado y cerveza. —Hace tintinear el pack de seis, que ayudo a cargar sobre nuestras risas.

Estoy muy cansada.

Pero el hambre, estar con la jodida regla y que por ella, casi me descubren y alborotando mis hormonas por deseo a ese kilo de helado de chocolate que veo, en una de las bolsas de compra.

Más, un buen vaso de cerveza helada.

Y como sello de esta noche todas mis amigas para mí, pasando una velada de charla con buena música.

Opaca cualquier tipo de agotamiento por más que mañana despertemos más temprano de lo normal con los chicos, por llevar a cabo la movida publicitaria de la firma cafetera en exteriores.

Miro saliendo del ascensor fugazmente al pasar, la puerta del departamento de Cael.

No siento ni veo movimiento, mientras hurgo en el interior de mi mochila por las llaves del mío.

Y me trago un suspiro.

Tal vez mi sexi jefe, esté en alguna cita.

No es difícil de pensar, esa conclusión.

Ojos grises, que mencioné antes.

Cuerpo de gladiador.

Pelo arena que por sus manos siempre llevarlo hacia atrás por ese glorioso tic, ya tienen esa forma, dándole un aire despeinado como caliente.

Conclusión.

Este hombre de rostro hermoso, exuda masculinidad y macho semental, en cada rincón de su trabajado cuerpo.

—Deja que te ayude. —Sar, quiere tomar de vuelta la bolsa con bebidas que ahora sostengo yo, al ver que no puedo con ella por buscar mis llaves.

—Ya tienes mucho cargando. —Digo bajo nuestras risas, por no encontrar del fondo de la condenada mochila, las llaves por más que busco.

—Déjame intentar a mí... —Jadea fuerte por el esfuerzo contra mí,

dejando que ella meta la mano que solo carga una bolsa de compra en mi bolso, mientras me apoyo en la puerta vecina para darle sostén, a la búsqueda tomando mejor las de cervezas.

—Casi... —Resopla sofocada y agitada, pero sonrío al sentir las entre sus dedos. —¡Si! —Las agita triunfante, liberando mi mochila y a mí.

Y con ello, mi cuerpo también lo hace por la puerta apoyada que me encuentro, al ser abierta de golpe y mi cuerpo gracias a la gravedad, pierde el control y me caigo con todo mi peso en algo.

Uno que me recibe, amortiguando mi caída al piso por estar abajo totalmente mío.

Y Jesús, de lo más hermoso.

Con olor a jabón de hombre, por su ducha dada.

Pelito rubio despeinado y mojado.

Ojos grises mirándome fijamente y a un roce, de nuestros labios de un beso.

Y un pecho como fuertes brazos desnudos cubriéndome, por solo estar envuelto en una simple toalla blanca y cubriendo algo poco a la imaginación, que siento en mi entrepierna.

Algo dolorosamente duro, erecto y creciendo por estar totalmente encima suyo.

Madre de Dios.

De Cael...

Capítulo 16

Beatriz

—Señor...de los cielos... —La exclamación de Sar, me recupera de mi ensoñación erecta y dura que tengo bajo mío y me mantuvo en estado anestésico, por segundos sintiendo.

Me incorporo sobre el piso con velocidad e intentando no parecer atolondrada, mientras sobre mis pies y manos, me arrastro tomando distancia de Cael que sigue aún tirado en paños menores y en ese intento, obligando a mi mano a no descender y palpar mi bajo vientre que todavía, siente su calor.

Ese dulce calor.

En mi zona gracias a la suya, por demás apoyándome.

Toso para poder aclarar mi garganta, seguido de engrosar mi voz bien macho y rogando que no salga algo así como un graznido y que lo acuse del estado de nerviosismo que me encuentro por ese lindo contacto de segunda base.

—Lo siento, jefe... —Murmuro con éxito ya de pie y tratando de no dilatar más la situación.

Pero la curiosidad me supera tras sacudir mi ropa y extendiendo mi mano frente a él, para ayudarlo a ponerse de pie.

—...pero, necesitaba algo? —Curiosa pregunto, por toda esta situación.

Sar, ni habla.

Se limita a comerlo con la mirada entre divertida y sorprendida en estado estático al igual que las bolsas, que nunca abandonan sus manos.

Y el gladiador otro tema, con su inmovilidad.

Aún permanece en el suelo, pero ahora sentado.

Silencioso e invariable y como si no le importara en la situación que se encuentra.

Desnudito y solo protegido por una toalla, cubriendo su intimidad.

Mirándonos a ambas, dudoso.

¿O curioso?

—No... —Al fin dice rechazando con disimulo mi mano extendida, mientras al fin se pone de pie acomodando esa pornográfica toalla blanca que

gracias a su estrechez torneando el sexi cuerpo de Cael, nos deja poco a la imaginación.

—¿No qué? —Decimos con mi amiga, al mismo tiempo y sin entender.

Cael sacude su cabeza, como si eso colocara sus pensamientos en orden.

Ni idea cuales, sincera.

Pero, señala su puerta de entrada y golpea su madera.

—Se abrió, sin querer... —Justifica.

Elevo una ceja y yo ahora, la que la señalo.

—¿Estando con llave?

—Mala cerradura... —Responde de inmediato, apoyándose tranquilo y muy convencido por la respuesta que da.

Y con Sar nos miramos fugazmente, para luego a él.

—Ohh...ok... —Ni sé, que decir.

—¿Cena íntima? —Su conversación, cambia notando las bolsas de compras y sin poder evitar advertir, que su nota de voz también.

Algo así, como molesta sin dejar su mirada gris de observarnos.

¿Molesto?

Y entonces, entiendo.

Está avergonzado por toda esta situación, que acotación aparte solo en toalla por la reciente ducha que se dio y se siente incómodo.

Pero no quiere ser grosero y por tal, una leve charla antes de irse.

—Si. —Toma la delantera Sar. —Con sus chicas. —Afirma, acorralándome de un hombro a modo por demás cariñoso y se sonríe.

Mi mirada, va a la de ella.

Una, que es de complicidad y travesura.

Cual yo absolutamente odio cuando lo hace, por no saber bien que, se trae entre manos.

¿Se está divirtiendo por algo, con toda esta situación?

—¿Sus chicas? —Repite Cael extrañado, sin entender y como si esa palabra la tuviera que sostener con palita y guantes de goma.

Lo cinco dedos de una mano en alto de mi amiga, le explican.

—Somos cinco mujeres... —Me aprieta en su abrazo, más contra ella. —...las chicas de Beto...

Las lágrimas nublan mi visión, de la risa que me estoy conteniendo al captar su broma y ver como Cael rasca un lado de su mejilla confuso.

Pero esa confusión dura poco, porque la reemplaza con una seria y desaprobatoria, mientras ajusta más la toalla que rodea su cintura con fuerza.

—Es día de semana Alberto y mañana madrugamos para aprovechar la buena luz del sol, para hacer los exteriores de la campaña de café. —La mano fuera de la toalla, me señala. —Te quiero levantado, despejado y desayunado en mi puerta para irnos juntos a las 5AM. —Y sin más, se introduce en su departamento.

Y yo, pestañeo sobre mi lugar por no entender nada.

¿Pero qué mierda pasó, para que se enoje tanto?

Una hora con treinta y cinco minutos después, tras cenar pizzas caseras que Milu y Caro hicieron, mientras el resto preparábamos la mesa.

Ya sobre la alfombra de mi pequeña sala y apoyadas en la baja mesa con copa de vino en mano y robando cucharadas del pote de helado de chocolate.

Todas.

Absolutamente, todas.

Ríen de lo sucedido y contado por Sar, con mi jefe y vecino en paño menores.

—Está loco. —Dice bajo un sorbo de su espumante, Gaby.

—Pero, es lindo. —Digo yo, lamiendo mi cuchara de helado antes de hundirla de vuelta.

—¿No entiendo, que quiso hacer? —Murmura Yaritza, desde la pantalla del celular de Mariana que apoyada en una de las botellas vacías, tiene la vista de todas para charlar con nosotras, pese a la diferencia horaria.

—Yo tampoco. —Le respondo. —Pero, es lindo. —Vuelvo a decir, chupando un dedo con dejo de chocolate.

—Yo creo, que les gustas... —Caro habla, provocando que casi me trague mi pulgar por tenerlo en mis labios al escucharla, seguido de toser violentamente.

—¿Qué? ¡No! —Afirmo y niego, tomando algo de vino que me ofrece Gaby, mientras golpea mi espalda por el sofoco.

Respiro fuerte para poder hablar con claridad, dando otro trago a la copa.

Y niego.

—Imposible... —Les murmuro a todas, que en silencio me quedaron mirando.

Y gracias a Dios sin las jodidas vendas que tengo que tener cubriendo mis chicas, ahora desabotono parte de la blusa que llevo para que mis pechos sin sujetador, respiren en libertad tras mi tosida.

—A mí, no resulta imposible. —Me dice Yari, desde el otro lado de la pantalla sobre la afirmación de las cuatro. —Yo creo, que realmente le gustas

Beti...

—...es lo que dio a entender. —Prosigue Sar, robando el pote de helado de la mesa. —Yo fui, testigo de eso...

Gaby, nos mira curiosa y eleva sus manos.

—¿Entonces, es gay? —Nos pregunta, con esa conclusión.

Una que, por trabajar gracias a esta gran mentira de ser hombre en la editorial, podría avalarlo.

Pero mi conversación en la cocina del piso, sumado al altercado de mi tampón siendo sorprendida por Fresita, para luego en nuestra íntima charla con mi confesión y diciendo que su mejor amigo no le es.

Me hace dudar.

Y vuelvo a sacudir mi cabeza, en desacuerdo con mis amigas.

—No chicas, no lo es... —Les relato mi altercado, con el gótico pintor. —...Demian me dijo, que no es gay...

Mariana se enoje de hombros, rellenado todas las copas con vino.

—Entonces, es bisexual. —Formula como si nada, llenando la mía último.

Me señala con la botella vacía.

—...y creo que contigo, es su primera vez?

—¿Primera vez? —Repito, extrañada.

—Totalmente, puede ser. —Mis ojos van a Sar, que ahora habla. —¡Santo Dios! ¡Mírate! Eres algo así, como un dulce y guapo muchachito...

—Y muy tierno... —Dice el resto a coro.

—...eres muy lindo, Beatriz. —Ríe. —Si hasta a mí, me hace dudar de mi sexualidad y dar ganas de abrazarte con amor y a la vez guerra, por más que no tengas un pene entre tus pantalones. —Decreta, bajo la risa de todas.

Las odio.

Pero, río a carcajadas con ellas.

Ya que, la verdad.

Las amo pese a que me dieron a entender que soy, un tierno pero lindo marimacho.

Y el choque de las cinco copas con más vino espumante y por más que, uno es a través de la pantalla de un móvil a cientos de kilómetros.

Sonrío, de plena felicidad.

Sella más nuestra amistad y me afirma con el corazón, que siempre van a estar a mi lado.

Termine como termine, mi locura.

CAEL

Cerca de las tres de la madrugada, se fueron todas.

¿Cómo, lo sé?

Porque jodidamente, no pude pegar un ojo.

Y gracias a las seis tazas de café puro que me obligué a tomar, para que mis putos ojos no se cerraran.

Porque, los celos me comían.

Si.

Jodidos y condenados celos, en solo pensar al dulce Beto.

Mi Elvis.

Que resulta ser, bajo ese pequeño envase encantador.

Gruño ajustando por demás mi corbata en el cuello, mientras me visto frente al espejo.

En un muchachito mujeriego y que le gusta la parranda masiva con mujeres.

¿Orgía?

Me cacheteo mental ante esa idea y exhalo un duro aire, tirando mi pelo hacia atrás.

No.

No, eso no.

Dudo.

Pero, vuelvo a negarlo.

Porque, no hubo desenfreno en su departamento, con ellas dentro.

Por lo menos, no lo escuché.

Solo risas y charla.

¿Que cómo, sé eso?

Gracias al método infalible y confiable y que, avergonzado recurrí pegado a la pared vecina a su departamento en la madrugada.

Si.

Un vaso en mi oreja para escuchar, mientras llenaba mi sistema más de cafeína.

—Dios... —Gimo, pasando pesadamente mis manos por mi rostro y frente a mi imagen en el espejo, ya listo para salir al trabajo.

Estoy hecho un marica, por sentir algo por este muchacho.

Pero unos pequeños golpes discretos en mi puerta, cinco minutos antes de la cinco de la mañana, me sacan de mis enamorados y confusos pensamientos de Elvis tocando y cumpliendo como le dije anoche.

Y mi desconcierto de dudas se transforma ahora en alboroto, pero por latidos de mi corazón acelerado por él y la alegría que me da ello y que, vamos a estar juntos todo el día.

Y hasta con la esperanza en alguna pausa quizás, en el detrás de escena de la campaña.

Corro a la puerta.

Tal vez.

Decirle de una puta vez, que me pasa con él y que sea mío.

BEATRIZ

Tras abrir su puerta me recibe siendo, pasado su enojo de anoche.

Enfurecimiento que ya no tiene, pero fue debate de risa, muchas copitas de vino dulce y conjeturas por las chicas y mía, hasta que nos despedimos en la madrugada y con la promesa de que las mantuviera al tanto si era gay mi gladiador o no.

Y lo que llevaba a ello, esa emoción.

Me escaneo con mis jeans masculinos y camisa de vestir, cargando mi mochila en los hombros.

Si sentía siendo un hombre, algo por mí.

Cosa por tal motivo y por más dudas que rondaran en mi cabeza e insostenible corazón, latiendo por el sexi jefe.

En mantener cierta distancia a pesar de tocar su puerta a temprana horas de la mañana, para cumplir con mi deber laboral e ir juntos como me ordenó ayer.

No tomamos un transporte.

Al ser en exteriores la producción, me limito a seguirlo a distancia y en un cómodo silencio después de saludarnos, hasta el estacionamiento del edificio.

El titilar de las luces de su coche por su alarma desactivándose, me indica que es el suyo mientras abre la puerta del conductor y yo, la del acompañante.

—El cinturón. —Dice poniendo la llave en el contacto.

—¿Disculpe? —Digo algo nerviosa, por sentirlo tan cerca.

Y a pocos centímetros colmándome por eso, su perfume masculino, amaderado y rico.

—Cinturón de seguridad, Elvis. —Me explica.

¿Por qué, me dice así?

Ya que, no es la primera vez que se lo escucho.

Pero me niego a preguntar, cuando me nombra con ese apodo.

Carajo.

Porque, lo dice de esa forma tan linda y de mierda que me hace dudar más, de la charla de anoche con mis amigas.

Y lo más jodido.

Respira hondo Beatriz, me obligo sacando pensamientos impuros mientras me abrocho el cinturón y salimos fuera del estacionamiento rumbo a la calle.

Que siga, con esta puta idea.

Desabotonar mi camisa de hombre, seguido de mis vendas presionando mis chicas.

Mostrárselas en su nariz, en su desnudez total.

Para luego, abalanzarme sobre él, comerlo a besos y sin importarme, que jodidamente esté manejando como la gran estafa que soy siendo hombre.

Pero mis ganas locas de someterme a sus brazos como dedos explorándome, se dispersan cuando estaciona sin previo aviso.

Me guiña un ojo, bajando de su auto.

Camina hasta una tienda de café y aparece minutos después, con vasos en mano y una bolsa con masas dulce dentro.

—No desayunaste como te pedí, Elvis. —Me dice, tomando asiento nuevamente y ofreciéndome uno.

El aroma a café tostado con algo de leche y azúcar, impregna el interior y abre mi estómago por degustar y hambre.

Acomodo mi pelito corto a un lado, mientras le recibo mi desayuno.

—No tuve mucho tiempo. —Murmuro comiendo una galleta. —Solo algo de jugo de frutas.

—¿Por la reunión con tus chicas? —Dice como masticando esa pregunta, aunque lleno de curiosidad percibiendo que la disimula, bebiendo de su café caliente y mordiendo una masa dulce también.

Juego con el borde de mi vaso y mirando este, pensando en su pregunta.

Y lo miro luego, sincera.

—Ellas son mi todo, jefe... —Sonrío, ante las amistad de años juntas y acompañándome en esta locura, por cumplir mi sueño.

En sus ojos grises destella algo que, parece no comprender al escucharme silencioso, pero cavilando mucho.

¿O sí?

No tengo idea.

Pero parece una lucha interna de algo, cual lo camufla al igual que yo, bebiendo nuevamente del vaso casi ya vacío.

—Entonces ¿estás enamorado? —Al fin, habla.

Y oh mierda, con su pregunta.

Una que me hace, lleno de sinceridad y de saber de mí.

Lo miro profundamente, aunque no se de cuenta de mis sentimiento por él.

—Cada día más... —Respondo, con franqueza.

Pocos segundos pasan bajo mi respuesta, mientras termino mi desayuno y el sonido del motor encendido por Cael, se interpone entre nosotros.

—Es tarde. Debemos retomar la marcha. —Su voz pese a ser dura, masculina y con cierto destello contrariado, me somete bajo su última mirada también profunda invadiendo parte de mí, haciendo hasta que llegamos al lugar donde se va hacer los exteriores de la campaña publicitaria y cafetera, otro silencio absoluto por parte de los dos.

Y ahora sí, uno incómodo.

Por suerte a nuestra llegada y agradecida por ello bajando de su coche, todos los chicos están esperándonos.

Siendo mi primera vez ante una movida así, todo me resulta mágico y en la cual.

Alejándome todo lo posible, del gladiador.

Sumergida en este mundo de la moda y el famoso *behing stage*, de una producción de magazine.

Operarios de la mano de Matías levantando parte de la estructura de decoración, sobre lo que es este inmenso espacio verde.

Maquilladoras y un grupo de personas a cargo de los peinados, por firmas de gran escala en cosmético y peluquerías cual patrocinan esta portada, conversan de ello con los gemelos y a la espera de la llegada de las modelos seleccionadas.

Técnicos de alto nivel sacando estadísticas y controlando con aparatos de mano, la luz del sol ya casi en su mayor esplendor, en puntos estratégicos y donde ya, un fotógrafo profesional y con aire francés está poniendo a punto, su gran cámara de última generación fotográfica.

Charly dando detalles precisos, a los vestuaristas.

Y yo.

Yendo y viniendo en toda esta linda magia, ayudando a ellos y sus directivas, para que todo salga como quieren los clientes.

Unos acompañado por Cael, que sentados en sillas plegables y bajo a sombrilla grande para contrarrestar el sol que de pleno dará en minutos con su calor, conversan animados con él y a la espera también, que toda esta

glamerosa producci3n con su sello se inicie una vez que lleguen las modelos.

Tales que, con el correr de los minutos.

Unos muy valorados y preciados, para una puesta fotogr1fica en exteriores.

Al pasar estos, empieza a sentirse cierta incomodidad ya en todos nosotros que, no paramos de chequear nuestro reloj por la demora.

Tanto los clientes como el mismo Cael y toda la producci3n, que encabezan los chicos.

Y con un sol ya apuntando en el firmamento despejado.

—¿Por qu3 se demoran tanto, las modelos? —Charly a mi lado escudriña entre dientes a Matías y haciéndose aire por el calor, con una carpeta.

Este se encoje de hombros sin entender, pero me mira.

—Beto ¿Podrías llamar de vuelta a sus agentes y preguntar, por qu3 diablos est1n retrasados? —Sus ojos van al cielo, suspirando. —Si no aprovechamos lo que queda de iluminaci3n para los lentes, el aplazo y frente a los clientes... —Señala estos con el gladiador todavía, cual nos mira a todos como ellos mismos impacientes. —...ser1 pérdida de miles... —Nos dice.

Solo asiento desinflada tomando mi celular, para llamar a los agentes.

Cuales al atenderme, me confirman nuestro mayor pánico.

Recogiendo en un bus mediano de la revista a todas las modelos, quedaron congestionados en una autopista por un gran accidente de tránsito.

Siendo imposible, llegar a tiempo para la sesi3n de fotos.

Sumando.

Que dichas modelos piden indemnizaci3n, por encontrarse encerradas y sin poder moverse en plena ruta encerradas con el transporte de la editorial.

Mierda...

CAEL

Mi cara es un poema, cuando me excuso de los clientes por un momento para ir hasta los chicos y saber que mierda pasa que, no llegan las modelos en nuestra camioneta y me entero del motivo.

El sol est1 en la cúspide justa para la iluminaci3n y si jodidamente no arrancamos en breve, toda esta movida se va a la basura.

Acarreando no solo, un día perdido levantando todo y siendo una pérdida de tiempo y movilidad.

Sino, también.

Incumplimiento del contrato, por no efectuarlo hoy a la producci3n y la pérdida de miles de dólares de la editorial.

Miro a todos con mis manos en la cintura, trabajando mi cabeza horas

extras de que rayos hacer para encontrarle una solución, sobre otro llamado de Elvis a los agentes y estos diciendo.

Maldición.

Que siguen varados, en la autopista.

BEATRIZ

Uno de los socios y clientes, se acerca hasta donde estamos y Cael, como jefe a cargo de todo esto, le explica la situación.

—Si no lo hacen hoy, no llegarán a tiempo su compromiso con la portada nueva publicitaria de nuestra marca, para la próxima tirada que es en días. — Dice contrariado y desconforme. —Y ante ello, tendremos como la cláusula del contrato estipula, prescindir de su firma y sin la renovación anual. —Es determinante.

Como la cara de los chicos, incluso la del gladiador que acusa y hasta, yo sé.

Que sin ello, es una gran pérdida millonaria y anual en publicidad para la editorial.

Me desinflo viendo a todos preocupados.

Y tengo ganas hasta de llorar, notando como Cael por más que busca una solución mientras intenta convencer al cliente que espere unos momentos, tampoco le surge ninguna idea.

Y hago lo impensado desde mi rincón por solo ser un novato en todo esto y sabiendo que, yo no debería meterme, dejando a mis superiores.

Miro a cada uno de los chicos.

A Matías, Charly y los gemelos.

Tan devastados, como el jefe.

Mis amigos.

Porque lo son en este corto periodo de tiempo, ya que aprendí a quererlos mucho.

Y por darme la bienvenida sin preámbulos, siendo pacientes conmigo enseñándome y sobre todo, por regalarme un compañerismo verdadero lejos de toda competencia en el piso.

—Yo, tengo la solución. —Digo serio y muy convencido, dando un paso al frente de los clientes cafeteros.

—Beto... —Dicen mi nombre los chicos sin entender, pero les sonrío confiada.

Confiado, en realidad.

Al igual que a Cael que no musita una palabra, pero su mirada aunque es llena de curiosidad, me dice y da fuerza, a que continúe.

Y por eso y con respeto me adelanto más a los clientes, cuales me miran atentos.

Les señalo el cielo despejado con ese sol pretencioso, para nuestras cámaras y la sesión de fotos.

—Tengo el lugar indicado para su portada publicitaria, sin necesidad del sol... —Les digo eficiente y ocultando todo el pánico que me da, sus miradas por escucharme atentos. —...como también tengo otras hermosas modelos que harán de su marca, algo registrado para toda la vida en mano de los lectores de nuestra revista, como consumidores de su producto. —Garantizo totalmente optimista.

Porque, lo estoy.

Mi espíritu en lo que amo, me lo dice.

Ser parte, de un magazine.

Mi pasión.

Y creo que contagio mis ganas a los clientes, porque bajo sus miradas estrechándose llenas de debate entre ellos.

Me la regresan muy conformes, asintiendo y dándome el ok.

Agradezco feliz como los chicos y un Cael, que solo se limita a torcer su boca con un gesto que lo hace lindo y divertido dándome también su confianza.

Y yo le devuelvo con otra sonrisa de júbilo a su sonrisa y ya poniéndonos en marcha con los chicos y toda la producción en las camionetas de la editorial, mientras les indico la dirección y busco mi celular nuevamente ante la mirada curiosa del gladiador a mi lado, mientras retomamos la caminata a su coche para llamar a Fresita.

Sonrío feliz.

Porque, lo voy a necesitar...

Capítulo 17

Beatriz

Tipo patota y como si fuera que, estuvieran sincronizadas.

Y sonrío, mordiendo mi labio al verlas.

Mis cinco amigas, inclusive Yari gracias a la vídeo llamada del celular de Gabriela como siempre.

Aparecieron con segundos de diferencia, ante mi mensaje de texto con código "naranja."

Porque un rojo, sería muy de novela drama y fatalista.

Y esto más bien era las necesito con urgencia a todas juntas, pero nadie se accidentó, ni tampoco hubo infidelidad, se me perdió un hijo en el centro comercial o no soporto más a mi jefe o suegra.

Más bien.

Un requerir de la presteza, de mis mejores amigas en situación de ayuda.

¿Y divertida?

Me encojo de hombros.

Algo así, cuando veo a cada una llegando al viejo café donde trabajaba y las cité.

Unas, con su ropa de trabajo.

Otra desde la pantalla del celular, algo dormida por la diferencia horaria del país donde vive con su pijama puesto, sobre su cama y abrazada a su almohada que me indica, que es muy de madrugada allá.

Y la última, con solo los cinco dedos de una mano pintada con esmalte multicolor, acusándome que sin pérdida de tiempo dejó la otra para después, ante mi alerta.

Pero, absolutamente todas.

Sonrío más.

Aquí, por mí.

Fresita que no formuló palabra ante la llegada de todas y solo se limitó a mirar a cada una y donde, momentos antes y al ser dejada por Cael en su galería de arte para luego seguir su ruta dándole la dirección del nuevo lugar para la sesión de foto publicitaria cafetera y regresar por toda la producción y guiarla.

En el auto de mi nuevo y gótico amigo pintor viniendo a mi antiguo trabajo, le conté mi plan cual lo recibió entre risas, pero aprobándolo totalmente.

Y ahora, minutos después.

Desde una silla y tras agradecer la humeante y rica taza de café, por la dueña y ex jefa mía.

Como mencioné anteriormente, dando pequeño sorbos y elevando exquisitamente en el proceso su meñique y cruzando una delicada pierna sobre la otra.

Tapo mi boca con disimulo, para no reír.

Actitud que, robó el gemido de absolutamente todas mis amigas por lo caliente, pese a su inclinación sexual que todo él dice.

Ya que, Demian.

El famoso pintor.

Con sus atuendos de ese elegante y sofisticado negro a juego con su maquillaje oscuro delineando en esos ojos más intensos, que el azul mismo de nuestro firmamento.

Es pura pasión gótica.

Algo así, como un ángel caído a juego con su altura, vestimenta y cuerpo.

Incitando tanto a mujeres como hombres.

Y en su más sano juicio, créanme.

En convertirse y de puro gusto en su siervo, por ese embrujo sexi de príncipe de las tinieblas para adorar este adonis oscuro y que todo él irradia.

Deja la taza a medio beber, para ponerse de pie y mirar en detalle a cada una de las chicas silenciosas y sin entender nada.

Inclusive a Yari desde el otro lado de la pantalla, tomando ante una cortes reverencia el móvil de Gaby, seguido de saludándola con un guiño de ojo silencioso y que, casi noquea a una de mis mejores amigas y podría jurar que ese instante, hasta casi olvidó que es casada y que el aludido duerme a su lado en la cama que se encuentra.

Tras la detenida inspección, exhala sonriendo y me mira.

—Son perfectas. —Me dice.

Les dice.

—¿Perfectas, para qué? —Gabriel no se aguanta, ante el mutismo de todas mirando a Fresita como a mí y tomando otra vez su celular.

Demian señala el lugar, para luego a ellas.

—Para que sean modelos publicitarias... —Como si nada, sonriente y totalmente satisfecho.

—¡Qué! —Las cinco al unísono, exclaman.

Y yo afirmo, elevando la carpeta que llevaba abrazada a mí para que vean en que consiste el proyecto.

Cual.

—Imposible. —Dice Caro, acomodando su uniforme de la tienda de helados y cremas que trabaja, con aire de irse y negando rotundamente.

—No soy lo que necesitas, amiga. —Mariana se opone rotundamente y a la vez, atendiendo una llamada de su celular del municipio donde es concejal.

—Ya no soy una adolescente... —Gaby, se señala. —...no daría para el target de modelo. —Renuncia tomando mejor su cartera que cuelga de su hombro y también con aire, de seguir a Sophie con marcharse.

—No lo sé, ya todas pasamos los treinta, a excepción de Caro... —Duda indecisa Sar, pero más en contra que a favor de mi idea.

—Yo si quiero, pero estoy lejos... —Yari habla y también se señala por ser de madrugada donde está, como vestimenta y rostro. —...pero ni el mejor maquillaje haría el milagro de sacar mis bolsas de sueño y cansancio. —Dice haciendo que sonría.

Una sonrisa triste porque sin ellas, mi plan fracasa mientras que con besos en mi mejilla, me dicen adiós para regresar a sus quehaceres.

—¿La imagen física, lo es todo? —La voz de Fresita, hace que volteen. —Belleza compulsiva, cuando lo estético maneja las emociones. —Reprocha con cariño, volviendo a la mesa donde estaba momentos antes.

Pero no se sienta nuevamente en la silla, más bien se apoya en ella para mirar a todas.

Inclusive, a mí.

—Las mujeres sienten que deben y más bien una obligación, sentirse bellas los 365 días del año, pero... —Prosigue. —...ya no lo son, por su naturaleza misma acaso? —Nos pregunta y logra que mis amigas que se marchaban, detengan sus pasos para mirar al sexi chico gótico y escucharlo. —...la emociones estéticas no existen. —Nos dice. —Más que solo en una obra de arte, música o danza... —Vuelve sus pasos a nosotras y nos recorre a cada una. —...no hay talla, ni mandamiento de perfección física...ni tampoco género obligatorio como rey. —Su mano se posa en mi hombro, a esto último. —Por más que la sociedad lo exige o un patán les afirma a eso ya que, aunque si es importante la belleza interior. —Su índice se alza. - la verdadera belleza es, el me veo bien porque me siento bien. —Nos sonríe. —El envejecimiento aterra por las señales de arruga, pero divino tesoro de gestos de felicidad, por

haber reído mucho. El peso extra, las vivencias como huellas de maternidad, son y serán las curvas, como templos para el hombre y por eso, la verdadera belleza de una mujer, es... —Nos observa a todas. —...algo más profundo y a su vez exterior, porque es lo que cada una emite y se ajusta perfectamente...como son en cuerpo y alma. —Finaliza.

Y ninguna, hablamos.

Sip.

Nadie de nosotras y solo, observando estáticas a este muchacho.

Para luego a nosotras mismas sin decir nada, pero mucho con nuestro intercambio de miradas.

—¿Entonces? —Demian rompe el silencio y golpeando sus esculpidas manos entre sí y a nuestra espera de debate visual.

—¡A la mierda! —La primera es Mariana, colgando la llamada de su móvil y sacándose su saco de vestir, para arrojarlo en la silla más próxima y apuntando sus curvas. —¿Por qué, no? —Les dice a las chicas. — Somos, mujeres bellas todas. —Suelta su exigente recogido de un movimiento y su bonito pelo castaño cae libre por sus hombros, provocando que riamos.

Y yo con lágrimas de emoción, al ver que todas la siguen convencidas.

Pero más que todo, por verlas felices.

—¡A tomar por culo, a las de pasarela! —Incita, Sar.

—¡Si! —Apoya Caro, abrazándose con Gabriela riendo.

—Y yo, pero quiero ese milagro tutorial de maquillaje. —Exclama sobre la pantalla Yari, palpando su rostro con aún rastros de sueño. —Haciendo que todas, nos carcajeemos más.

Seguido, después.

A lo minutos y jodida movida, más divertida con producción fotográfica, que vi en mi vida.

Llegando en ese momento los chicos y con ellos, toda la carga de los asistentes para tal con el equipo del detrás de escena como el mismo fotógrafo profesional que, escuchando atento mi idea que con el aval de Matías asintiendo a cada palabra mía a mi lado.

Mientras señalo el lugar, siendo acomodado y poniendo a punto, sea la iluminación como el escenario elegido del lugar por los gemelos y auxiliares, bajo la aprobación de la dueña mirando encantada todo detrás del mostrador de atención al cliente.

Charly con las vestuaristas, eligiendo la mejor opción para las chicas.

Megan con las maquilladoras tomando a mis cuatro amigas sentadas ya en

sillas, para ser atendidas.

Se me escapa una risita.

Y otra, explicando a Yari del celular ya cambiada con su ropa más bonita y bandeja de maquillaje propio, como hacerse un *make up* de acuerdo a pauta publicitaria.

—Falta una. —La voz de Fresita, se acopla a mi lado mientras despido al fotógrafo para que tome su puesto seguido por Matías, para ayudar a los chicos.

Le elevo los dedos de una mano y le indico mis amigas.

—Son cinco. —Chequeo la carpeta, que no abandono abrazada a mi pecho. —Lo que exige el contrato. —Pero niega ante mi afirmación.

—Cariño...en espacio, falta una... —Me dice indicándome los lugares de cada una, en el escenario fotográfico ya tomando forma.

Y mierda.

Porque, tiene razón.

Ya que, aunque Yaritza forma parte de esto, físicamente no lo abarca.

Y me cruzo de brazos, desinflada.

—Tienes razón... —Gimo y mis hombros caen, chequeando la hora desde mi celular y me alerto desesperada. —¡Diablos! Cael vendrá en breve, con lo dueños de la cafetera. —Me giro a él. —Prometí el plan perfecto y confié en mí...y ahora no sé, que hacer...

—Yo sí... —Palmea mi hombrito.

Y lo miro raro.

Porque ni mierda, me gusta su tono cómplice como mirada resbalándose sobre mí.

Y no precisamente, una lasciva y como mencioné antes, del tipo príncipe sexi de las tinieblas incitándote a pecar con cosas pornos.

Más bien.

No, no y no.

Niego decidida leyendo la burrada de sus pensamientos, bajo esa sonrisa totalmente afirmando lo que mi cabeza sacude diciendo no.

—Jamás... —Una risa nerviosa, intentando huir de él.

—Será divertido. —Exclama alegre pero confiado, siguiendo mis pocos pasos por la cafetería.

—No Demian, será mi entierro si me descubren... —Le corrijo en voz baja para que solo él oiga, esquivando lo asistentes y a Charly llevando un par de perchas con el vestuario seleccionado para mi amigas. —...que soy mujer. —

Murmuro jalando mi corbata que de los nervios ante su idea me ahorca como aflojando los primeros botones de la camisa de hombre que llevo.

Sus manos atrapan mis hombros, para que detenga mi andar nervioso.

Y su vista se clava en la mía cuando se inclina para nivelarme y notando, que las chicas sin dejar de ser atendidas tanto por las vestuaristas como maquilladoras desde sus lugares, no observan captando la idea de Fresita.

—¿Acaso no confiaste en mí, cuando te descubrí tu identidad en la cocina de la editorial con tu tampón?

Mi mueca, le dice que sí.

—¿Y en este maravilloso plan, para salvar la pérdida de este valuado cliente del magazine por Cael y los chicos, siendo yo tu ayudante de confianza e hilo conductor para que, ni mi amigo como los chicos del piso no sospechen y mi presencia, dilate toda esta movida? —Persiste.

—Si... —Asiento contrariada, pero sin mirarlo.

Porque de golpe me parece super importante, una pequeña astillita que noto que sobresale en la silla de una de las mesas vacías donde me acorraló y que señala sus años, pese a lo muy bien cuidada con su barniz y antes que mirar la verdad de los ojos, de mi nuevo y fiel amigo.

—¿Cuál es tu sueño, Beatriz? —Que me llame por mi nombre verdadero, género y esa jodida voz con orgullo en cada nota de su tono, hace que eleve mi vista a él.

—Trabajar en la editorial. —Murmuro sincera y dejando atrás esa voz engrosada para que parezca masculina.

—¿Y qué más? —Insiste Demian.

Resoplo.

—Dejar algo de mí, mientras dure mi sueño...

Se sonrío irguiéndose, al escucharme.

—...que sé, que no será por mucho tiempo por mi mentira... —Prosigo y sin saber por qué, busco la cadenita que cuelga de mi cuello con esa alianza que vaya a saber quién, dejó sobre la mesa de la tienda donde me quedé dormida esa noche.

Pero que solo cosas lindas sucedieron tras encontrarla y me da, mientras la acaricio bajo la camisa que llevo puesta y la oculta, siempre tranquilidad.

—Cúmplelo por quién eres verdaderamente, como Beatriz... —Interrumpe mis reflexiones y sacudiendo mi pelo cortito, con su mano. —...como la mujer que eres, a tu sueño y dejando algo de ti, por más que no lo sepan, cariño...

—Betí, haz realidad tu sueño... —Sar me habla, apareciendo con las

chicas ya vestida, maquillada y peinada como ellas y listas, para la sesión fotográfica asintiendo y dándome valor como ellas mismas lo tienen.

Todas, absolutamente hermosas.

Y lejos del puto prototipo incoherente, que demanda la sociedad de la perfección y en este caso, de la mujer.

Una inventada y casi imposible de cumplir, por los sacrificios extremos que tenemos que llegar para eso y muchas veces, poniendo en riesgo la salud y vida misma.

Cuando y como diría, un amigo que tengo.

La mujer es bonita, sin esfuerzo.

Al natural y siendo ella misma.

—¿Confías en mí? —Vuelve a repetirme Fresita, totalmente sonriente y adorable el muy jodido.

Y maldición.

Porque, me convencen.

Pero elevo mi dedo, ante el festejo de todas mis amigas con saltitos alegres a mi alrededor.

—Si prometes, mantener alejado a Cael de mí... —Le ruego, por pánico a que me reconozca como Beto.

Y su señal de la cruz en un lado de su pecho, no se hace esperar a modo promesa.

Como lo que se viene.

Carajo.

Después...

¿Describirlo?

Imposible con lujo de detalles, ya que y bajo mi asentimiento.

Esos minutos que valen oro cada segundo que lo componen, en una puesta de escenas fotográficas publicitarias.

Fue un caos controlado, bajo la mirada dirigente de Fresita llevándome por pedido de él y con ayuda de la dueña a una habitación aparte, para lejos de la vista y curiosidad de los chicos del piso y con ayuda de la mis amigas y a nada de tiempo, que el gladiador haga su acto de presencia con los dueños cafeteros al lugar.

Riendo todas ayudando a desvestirme, mientras Demian en el proceso y preservando esa intimidad, salió de la habitación para buscar el vestuario óptimo para mí como calzado y haciendo una rápida llamada telefónica, como anunciando tanto a los chicos y maquilladoras que en breve, la quinta y

necesitada modelo vendría.

Y la libertad de sentir mis pechos libres de esa ajustada venda que, con varias vueltas cubría y ocultaba mi feminidad y ayudada por Sophie a sacármelas bajo la risa de todas festejando, me hizo suspirar de alivio.

Aire que recuperé nuevamente colapsando mis pulmones, cuando luego Fresita con sus manos extendidas, me mostró el lindo vestido que iba a ponerme.

Tipo de fiesta.

De un gris, casi blanco.

Corto.

Y como todo accesorio, pequeños brillos bordados y cubriendo totalmente el género de su tela.

Simple, pero elegante.

Sensual, pero sin gritar obsceno.

—Muy hermosa... —Fueron sus palabras, cuando me vio con el puesto y palmoteo feliz de mis mejores amigas.

Recibiendo su elogio, mordiendo mi labio de los nervios por lo que se viene y estar expuesta a segundos y saliendo de esta habitación, ante los chicos como Cael.

Y mis dudas retoman, si estoy haciendo lo correcto o no.

Confundida y sin un gramo honestamente de tranquilidad, acusando mis pies descalzos que se mueven nerviosamente unos sobre otro, por mi estado de ansiedad.

Pero respiro hondo y retomo las fuerzas observando a cada una, como Fresita con sus miradas de total confianza que me dan.

—Solo falta, esto... —Demian, habla.

Y mi Dios querido.

Mis ojos se abren sin poder creer, lo que me ofrece y tengo frente a mis ojos.

El hermoso par de zapatos de tacón alto en color rosa y gamuza, con brillos en su frente.

Los jodidos tacones de alta costura cual mis babas cayeron cuando los vi, en el piso de accesorio y moda donde coincidimos con el gladiador, diseñados exclusivamente por el gran *Hollywood L'Rou*.

Y la exclamación de las chicas al igual que la mía, no se hace esperar al verlos también, mientras los tomo con mis manos.

Porque son únicos y preciosos.

Sacudo mi cabeza.
—No sé, si podré usarlos... —Me niego, pese a que muero de ganas.
—...son exclusivos del diseñador...
—Tienes su permiso... —Fresita me dice, sacándolos de mis manos para ponerlos en el piso e incitando, a que me los pruebe.
—¿Qué? —Digo sin entender. —¿Acaso, lo conoces Demian?
Asiente convencido tomando mi mano para ayudar con mi equilibrio y que me ponga uno, para luego el otro.
—Por ser familiar directo, de mi mejor amiga... —Explica.
—Guau... —Sale de mí.
—Si, guau pequeña princesa... —Repite Fresita, mirándome con los bonitos zapatos puestos y que parecen pecado, caminar con ellos por lo lindos.
—...porque están hechos, para ti... —Aprueba con cariño, al igual que mis amigas.
Y así estoy, frente a ellos que me observan sonrientes, felices y fascinados.
Con un bonito vestido corto de fiesta y los zapatos.
Unos de ensueño y con el valor de varios ceros.
Y después, de bastante tiempo.
Me miro, por el reflejo de una ventana.
Siendo yo.
Siendo, mujer.
Que termina, de confirmármelo.
El suave delineado y siguiendo las curvas de mi labios por el brillo labial, sostenido por la maquilladora que llama Demian a la habitación.
Para luego una estilista que arregle y peine, mi corto pelo estilo hombre a uno muy femenino.
Y yo, me dejo llevar y me pierdo en ese limbo de embellecimiento que solo me despabila, cuando me pongo de pie para ellos nuevamente y me miren una vez terminado.
Siendo la aprobación, el enorme y un repetitivo guau de todas festejando a los gritos y un Demian para mi gusto personal, bajo su mirada llena de ideas locas en su cabeza de vaya a saber que, cosas en su postura de hermoso príncipe de las tinieblas y preguntándome.
Y le estrecho mis ojos, provocando que ría ante mi mar de dudas.
¿Qué se traerá entre manos, con todo esto?

CAEL

Invito a los clientes a tomar asiento a una mesa algo alejada conmigo en ella, del sector de la cafetería donde será y ya está todo armado con sus luces, utilería y fotógrafo listo para dar rienda suelta a su creación.

Ante mi llegada y seña, los gemelos con el asistente de iluminación bajan las luces del local para que solo se focalice, las nuestras en el escenario armado.

El típico murmullo ya familiar en mí, de Matías organizando la puesta en escena mientras la dueña del local nos ofrece tazas de café tanto a mí como los clientes, cual lo agradecen cordialmente y sin dejar de ver los que le rodea, sea mobiliario como toda nuestra producción alzándose expectantes y bajo los movimientos y a la vez que Charly ante mi segunda seña de aprobación, yendo por las modelos conseguida por Beto a una puerta cerrada de una habitación lateral.

Y esperando sus salidas, recito en mi mente que a este lugar lo reconozco.

Ya que, no mucho tiempo atrás tras citarnos con un cliente, luego con Ángela charlamos de la convocatoria cual Elvis ganó.

Hago una mueca pensativa, bebiendo de mi taza.

Por la casualidad.

Reflexión que no puedo seguir, por el muchachito viniendo a mi mente.

Porque.

Y miro para todos lados con disimulo, pero sin dejar de atender a lo que los clientes me consultan en el momento que se abre la puerta por Charly, para dar paso a las modelos.

¿Dónde diablos está Beto, ya que, no lo encuentro por ningún lado?

Curiosidad que dejo nula, viendo las cuatro mujeres apareciendo y tomando sus posiciones donde les indica Megan y Matías para la sesión de fotos.

En realidad cinco, porque una está a través de una pantalla de celular, vía vídeo llamada.

Que por sus risitas, aunque escuchan atentas mientras toman asiento rodeando la mesa asignada, las palabras de Matías como coordinador de esta puesta en escena publicitaria, me indica que son amigas de verdad.

Como también, mujeres de la vida real.

El aura o llámenle energía que rodea y se arma entre ellas, mientras son ubicadas y ahora escuchando al fotógrafo que les señala sus posiciones, con también tazas de café humeante y de aroma Colombiano, registrando la marca que van a publicitar.

Sonrío con satisfacción, porque todo es muy familiar y concreto rodeando en el ambiente y lo aprueban mis clientes al lado mío, mirándolos de reojo bajo sus charlas asintiendo entre ellos frente a estas mujeres ahora como modelos y lejos, las de pasarella que habían elegido.

Porque jodidamente verlas, acusa lo que la propuesta publicitaria quería vender al consumidor, convirtiéndose en algo realmente real.

Una reunión de amigas verdadera y auténtica.

Que sobre ese murmullo alegre entre ellas, aumenta provocando que volteo hacia donde festejan.

Con la aparición de Fresita acompañando a la última modelo que demoró, por llegar algo más tarde que el resto de las chicas.

La poca y baja iluminación del lugar y fuera de nuestro foco de escenario como toda luz llena, no me permite ver bien quien acompaña tímida y siendo llevada de un brazo por mi amigo Demian a que tome asiento en la única silla vacía para que ocupe su lugar.

Solo distingo unas bonitas piernas al descubierto por el corto vestido de fiesta que luce y caminan a su par del otro lado, como unos sofisticados zapatos de tacón alto que, a medida que se acercan al escenario con su luz empezando a cubrirla, mi mandíbula se desencaja por verlos de lleno.

Y reconocer, esos zapatos altos.

Ya que, son los exclusivos de diseñador.

Mierda.

Lo que tanto habían gustado a Elvis y lo encontré apreciándolos, en el piso de accesorios de la editorial.

Y con asombro y creo que mi boca desencajada aún, no puedo evitar seguir hacia arriba dibujando el contorno de ese bonito cuerpo de la mujer que los usa, para detenerme en su rostro, cuando toma asiento junto con las demás modelos que la reciben alegres.

Porque.

Dios.

Es muy linda.

Su aire vergonzoso y rostro algo bajo propio de la timidez que la embarga, como no queriendo ni que el mismo fotógrafo focalice en ella, mientras Megan también le alcanza a ella la taza de café con la marca auspiciante, para dar comienzo a la sesión me lo dice y la hace más interesante.

Tanto que, hasta los clientes me preguntan por ella, sacándome de mi vista de la muchacha.

Y con ello, yo busco nuevamente al que logró todo esto y que los clientes estén conformes como muy satisfechos, ahora mirando como la máquina fotográfica no deja de disparar y ellas actuar, bajo el mando del fotógrafo.

¿Pero dónde, se metió el muchachito?

Me disculpo por un momento de mi ausencia, a los clientes levantándome de la mesa e ir a Fresita que tras una lámpara de luz, pantalla a las chicas.

—¿Y Beto? —Le susurro a Demian, viendo a todas y como siguiendo la postura que le indican, una y otra vez le sacan fotografías.

Y sin poder evitar otra vez, mirar a la dulce y vergonzosa muchachita de pelo corto entre las modelos.

—Tuvo una llamada de emergencia... —Suelta y me preocupo.

—¿Le pasó, algo a Elvis? —Ni siquiera espero y busco mi celular del bolsillo, para llamarlo.

Tal vez, necesita algo de mí.

—Calma viejo. —Bloquea mi celular a que lo haga, con su mano. —Solo está, haciendo un trámite cerca. —Me dice bajo el último disparo fotográfico y festejo de todos porque la sesión terminó.

Y con ello.

No solo, que las luces en su totalidad de la cafetería por los de utilería y Megan encendiéndolos, se hacen presente colmando todo y logrando que vea bien.

Sino, también.

Que sobre la felicitación de los clientes gustosos por lo logrado y con mi media charla por Beto a Fresita, reconozco a una de las modelos como la amiga o amante de Elvis.

Una de nombre rarito y cual creí en esa reunión en su departamento, tenían sexo en el pasillo del piso y junto a mi puerta.

¿Será, acaso?

Arrugo mi ceño curioso y mirando con más detención a cada una.

¿Qué todas ellas son, las que también estaban esa noche?

Beto dijo, que conseguía las modelos y así fue.

Loco no pensar, que lo son.

Y focalizo, en la última.

En la linda muchachita.

Que por lo que le dice Megan, con su turno de felicitarla como agradecerle por venir y alcanzándole un abrigo como al resto de las chicas con sus cosas, provoca con su exclamación y manos en su boca para ahogarlo emocionada,

que tanto Demian como los chicos y yo, prestemos toda nuestra atención en ella.

Atención que percibo, que no le gusta ni mierda.

—¡Estás comprometida! —Chilla Meg, al notar que de una cadenita que ocultaba bajo el vestido, pero por un movimiento de abrazo, resalta mostrando un anillo de compromiso.

Ruedo mis ojos por malos recuerdos, volteando a Fresita y discutir por la ausencia de Elvis.

Pero me vuelvo automático otra vez a la chica, cual no quiere comentar de la alianza y se esconde rápidamente.

Y tiro mi pelo hacia atrás porque jodidamente me resulta familiar, el anillo viniendo a mi mente su diseño exclusivo.

¡Ya que es, el que era para Vanesa!

Titubeo sin poder creer y caminando algo.

—Ese anillo... —Sale de mí, dejando solo y a medio hablar a Demian, mientras camino a la muchacha que, al escucharme y ver mi determinación en ella, retrocede unos pasos intentando ocultar su cara por estar fija mi vista en ella.

Y mierda.

¿Dónde vi, eso antes?

No tengo idea.

Solo camino hacia ella preocupado por esa puta casualidad, demandando ver bien la alianza que cuelga de su cuello que me elude tras las modelos como a su vez, mi segunda preocupación y por más que Demian evita que lleve mi celular al oído.

Saber, donde está Beto.

Y una llamada constante por una llamada entrante de un celular, suena entre nosotros.

El móvil de Elvis.

Uno que lleva y no para de sonar, por estar llamándolo yo.

Y entiendo menos.

Por guiarme sobre su sonido y encontrarlo en las manos de la muchachita bonita, escondida detrás de la chica que reconocí y es amante o amiga de Beto.

Y quiero preguntarle por qué demonios tiene el celular de Elvis, si Fresita me dijo que salió por una urgencia.

Pero la chica de pelo corto, no me da tiempo de hacerlo y huye por la puerta de entrada de la cafetería escapando a la salida.

Y sin pérdida de tiempo, la sigo sin saber muy bien el motivo tampoco.

Solo con mis dudas del por qué, de mi alianza en ella como el celular que no es suyo llevándoselo.

Jadeante en la acera por mi carrera, miro para ambos lados intentando localizarla entre los transeúntes que son muchos y hasta la calle atestada de autos, por la hora pico tocando la noche.

Pero, nada.

No diviso la muchachita en ninguna parte y por más pasos apurados que doy entre la gente.

Y hasta me disculpo con una mujer creyendo que era ella por la similitud de espalda, con su pelo corto y abrigo parecido que le había dado Megan.

Gruño de decepción inclinado y agitado por seguir sin comprender todo esto, descansando mis manos sobre mis rodillas y obligando a respirar como se debe, para oxigenar mi cerebro y piense con coherencia todo esto.

Pero mi vista fija en algo, me saca de mi concentración caminando a lo que diviso a metros mío, esquivado la gente que camina en la acera mientras lo levanto con cuidado.

Mirándolo profundamente.

Porque, es uno de los zapatos de gamuza rosa, que llevaba la chica.

Y lo debe haber perdido en su huida.

Y no sé, por qué.

Se me escapa, un suspiro...

Capítulo 18

Beatriz

Tipo y como las novelas de televisión que tanto vi de chica con mi madre y broche de oro a esta locura con su final, un chaparrón se desató en mi huida.

Empapándome casi por completo en mi escape, mientras corría por la acera y fuera del alcance de Cael que, aunque nunca volteo para mirarlo.

Lo sentía, corriendo tras de mí.

Y con esa pregunta como su mirada, que no deja de repetirse en mi cabeza.

Por la alianza que cuelga de mi cuello y encontré, esa noche dejada en la mesa cual me dormí y quién era yo.

Una pizca de suerte a mi favor, en encontrar en mi carrera y mezclada entre los peatones.

Un ahora, gente apurada en sus pasos por la repentina llovizna.

Un taxi libre que sin perder tiempo y a orillas de la acera detuve, para que me lleve sin pérdida de tiempo a mi departamento.

Y sobre mi lindo vestido mojado y haciendo a un lado, mi pelo húmedo y corto, ya dentro del coche e internándonos por las calles, mirar algo decaída y entre mis manos el único zapato que llevo.

Ya que, su par vaya a saber Dios y por causa de mi escape, donde quedó.

CAEL

Las cuatro me observan.

En realidad las cinco, porque una quinta lo hace en ese siempre móvil que una sostiene.

Todas sentadas en sillas de la cafetería y una al lado de la otra enfrentadas a mí, que estoy de pie.

Mirándolas.

Observando silencioso a cada una y sin entender nada, pero que sus rostros me dicen que lo hago pese a mi mutismo serio, lleno de preguntas con mis brazos cruzados y con cara de desesperación.

Y no las culpo.

Porque, estoy a segundos de un ataque de nervios y con llanto incluido, por jodidamente no comprender una mierda lo que sucedió, como intentar analizar

todo.

—Entonces... —Al fin les hablo y bajo el sonido detrás mío, de los chicos como el equipo de utilería desarmando todo en la cafetería y haber despedido a los clientes, muy conforme con la puesta en escena. —...todas, son amigas de Elvis? —Pregunto.

—¿Quién? —Dice una y acompañada, por tres con sus caras curiosas.

—Beto. —Les explica una quinta, sobre el asentimiento del resto captando.

Y yo miro a esa quinta, por mi respuesta.

La que creí, ese sexo desenfrenado con mi Elvis en el corredor de nuestro edificio.

—Si, somos amigas de él. —Me dice.

—¿Mucho tiempo? —Prosigo.

—Casi, una vida. —Me responde otra.

—¿Y solo, amistad? —No me aguanto.

Porque celos o la mierda que sea, me supera.

Y me gano la risita de la cinco, cuando me escuchan.

¿Y eso?

No importa.

Dejo caer mi trasero en la primer silla que encuentro y las miro suplicante.

—Cael. —Me presento. —Jefe de redacción y compañero de piso, en la editorial donde Beto trabaja... —Sigo, ante su silencio grupal. —...y recientemente, vecino de edificio de Alberto.

—Gabriela, Yaritza, Caro, Sar y yo, Milu. —Habla la mayor, mientras se pone de pie presentando a todas, tomando su abrigo como cartera con actitud de irse. —Gusto en conocerlo, pero debemos marcharnos... —El apuro por todas, me deja nulo.

Y quiero decir algo, pero la tal Mariana señala las prendas que llevan todavía puesta y dimos, para la publicidad a ellas.

—Dijeron que a modo gratitud, nuestro vestuario son regalo. —Interviene, creyendo que mi oposición de sus retiradas es por eso.

Y sacudo mi cabeza.

—Si, un presente de nuestra parte. —Pero, sigo impidiendo que se vayan.

Mierda.

Camino sobre la entrada de la puerta yendo y viniendo, bajo sus miradas todavía sin entender.

Y me detengo con las manos en mi cabeza mirando a todas y tirando mi

pelo hacia atrás.

—La muchacha que se fue... —Busco las palabras correctas. —...la de pelo cortito...ella...ella... —Y carajo, porque no sé cómo explicar mis dudas.

—Beatriz. —Dice la más joven.

—Beti, para nosotras... —Corrige con cariño, una segunda.

No tengo idea.

Supongo.

Pero, les afirmo a ellas en mi mar de dudas.

—Esa muchacha...Beti... —Sigo. —...amiga de casi una vida, también de Elvis? —Repito sus palabras.

—Más que eso. —La del supuesto sexo desenfrenado con Beto, me aclara.

Y guau.

Presión de más celos en mi pecho, me obliga a posar mi mano del lado del corazón.

¿Acaso será, que ella es la novia?

Y mis ojos van al único par de zapatos en gamuza rosa, que tengo en una de las manos y que, encontré abandonado en la acera por su escape.

Beto me dijo en el piso de accesorios, que serían amados por su novia.

Y depresión.

Porque, parece que así es, maldita sea.

Pero no tengo tiempo de analizar eso ya que, mi otra duda existencial me carcome.

La jodida alianza, que colgaba del cuello de la supuesta novia de Beto.

Y me dejo caer, nuevamente en otra silla.

La más cercana a la puerta con su mesa.

—Semana atrás... —Rememoro. —...siendo el día perfecto, hice también la noche perfecta para pedir matrimonio, a la mujer que amaba... —Murmuro.

No tengo idea porque mierda les cuento, esa nefasta parte de mi vida a cuatro desconocidas que me miran congeladas desde su lugar y una quinta que, desde la pantalla del móvil con una fuente de palomitas en su regazo y lo que parece su cama con alguien roncando a su lado, me mira también expectante.

—...cual tras años de relación y hasta conviviendo juntos...nunca apareció... —Prosigo y para mi asombro, todas toman asiento en la mesa que estoy en la casi vacía cafetería por haberse ido ya los chicos como parte del montaje de utilería.

Solo Fresita sigue en el local, pero en un extremo alejado hablando con no sé quién por su teléfono muy concentrado.

—¿La muy perra, jamás se presentó? —La que sostiene el celular, me pregunta.

Niego.

—Pero, que hija de p... —La de nombre Mariana blasfema, pero tapa su juramento la más joven sobre la risa de todas.

Inclusive, la mía.

Si.

También sonrío.

Ya que, merecido por nunca notar el desamor de Vanesa.

—Solo una llamada... —Acoto y les cuento lo sucedido. —...y muy borracho, como loco después deambulé por las calles con mi alianza de matrimonio... —Suspiro. —...con la idea de desecharlo. —La miro a todas. — Lo terminé dejando a una vagabunda dormida, en una mesa externa de una tienda de comestibles. —Finalizo.

Y otra segunda risa grupal, se hace ellas.

Tampoco comprendo el motivo, pero parece que entre ellas sí, mientras se ponen de pie recogiendo abrigos como carteras colgando de sus sillas.

Una de ellas, palmea mi hombro antes de irse.

—Tendrás que preguntarle, cuando la veas... —A la vista noto, que no me darán detalle de donde vive esa muchacha, porque su mirada me lo dice.

Gran obviedad.

Soy un extraño y se preservan.

Pero su mirada me dice, que también entiende mis motivos.

—Pero tranquilo, porque está más unida a Beto que nosotras.

¿Eh?

—Siempre están juntos. —Acota, otra.

¿Y eso?

Ok.

Elvis comenzó hace poco su trabajo en la editorial, entendible que no lo sepa.

Pero las pruebas están, de esa supuesta conexión de la tal Beti y Betito.

Y mis ojos van de vuelta, al único zapato de gamuza rosa mientras las mujeres se van.

Porque me lo mencionó en el piso de accesorios al verlos y ahora, con su aparición repentina de ella como sexta modelo para la marca cafetera y el no menos importante.

Mis hombros caen.

Sus amigas, mientras las veo irse juntas por la calle entrelazadas de los brazos y esquivando la llovizna que aún continúa y mientras, atiendo una llamada que vibra desde el bolsillo de mi pantalón.

BEATRIZ

—¡Mierda, mierda y mierda! —Exclamo cerrando la puerta de mi departamento una vez dentro y notando como el agua por estar empapada, se escurre por el piso mojándolo.

La risita de Fresita, se siente del otro lado de mi teléfono que sostengo entre mi oreja y hombro, entretanto busco en el apuro, un par de toallas de mi baño para secar el piso como a mí.

—Estoy bien, Demian... —Lo calmo, pese a que no tengo una onza de este por todo lo ocurrido y sigo secando.

Y una vez que termino, me envuelvo en uno y me desplomo sobre la alfombra de la sala siguiendo con mi pelo.

—...qué fue eso, de la alianza? —Le pregunto por mi única curiosidad, mientras al mismo tiempo con mi mano libre de la toalla, la observo colgada de mi cuello.

Es hermosa, brillante y como siempre lo dije, muy especial en su diseño.

—¿Quieres la versión larga y dramática como muy sad o la corta? —Me pregunta el otro lado, provocando que me sonría.

Y dejo de secarme la cabeza, pero dejo la toalla sobre mí.

Porque necesito, toda mi concentración en eso.

—¿Algo intermedio? —Murmuro, luego de pensarlo y causando también, que escuche otra vez su risa.

—Desplante amoroso. —Me dice y confirma mis sospechas. Mierda. —Años de relación, con alguien del mundo de las revistas. —Suspira reflexivo. —Cual enamorado, una noche y tras un tiempo en organizarlo para hacer la noche perfecta su pedido de matrimonio, fue despachado peor que un perro.

Carajo.

—Y el rechazo fue vía teléfono y seguido a eso, desapareció de su mundo y hasta faz de la tierra... —Finaliza, terminando la historia de Cael con una supuesta borrachera de mil demonios después, y lo ocurrido con su alianza abandonada.

Y Dios.

Porque no puedo creer, mientras sigo sosteniendo el anillo entre mis dedos.

Tanta casualidad.

Pero absolutamente comprendiendo sus dudas, seguido a persecución después.

—¿Cael volvió a la cafetería? —Pregunto, poniéndome de pie y caminando a mi habitación por muda seca.

Aunque no lo veo, siento como Fresita voltea.

—Si, corazón. —Me responde. —Despidiendo a tus amigas, en este momento. —Reflexiona unos segundos. —¿Entiendes lo que te depara mañana en la editorial, no?

Muerdo mi labio, pensativa.

—Si. —Respondo con firmeza y demasiado convencida, para mi gusto.

El sonido del cierre de mi vestido todo mojado bajándolo, lo único que se siente entre el silencio de ambos.

Porque no hace falta palabras, más que un saludo colgando la llamada y apagando mi móvil porque necesito descansar de esta noche loca.

Y ya que, los dos lo comprendimos.

Descuelgo la cadenita de mi cuello, pero la miro por última vez de mi mano, antes de dejarlo en la mesita de noche.

Que esta mentira piadosa y llena de ilusión, para mí.

Y respiro, profundamente.

No tiene mucho tiempo, ya.

Capítulo 19

Beatriz

Casi dos horas antes, a la mañana siguiente.

Ya despierta y vestida con mis masculinos, pero jovial camisa y pantalones puestos, estoy lista para ir a la editorial.

Quería llegar antes.

No solo, por el insomnio que tuve toda la noche dormitando de a ratos.

Sino, también.

Y por eso, abro muy despacio la puerta de mi departamento.

Salir y evitar encontrarme con el rostro de gladiador hermoso, pero supongo que todavía, llenos de preguntas de mi jefe.

Y aunque Demian y yo, nos pusimos de acuerdo que hoy era inevitable que, Cael tuviera una charla conmigo con respecto a mi otro yo sin saberlo y esa puta casualidad, de verme con su alianza colgada de mi cuello.

Sinceramente no me sentía apta, porque nada se me ocurrió como buena excusa de eso y por más que lo busqué, en toda la puta noche analizándolo mirando el techo de mi habitación.

Como era de esperar ya en el corredor de nuestro edificio, ni rastro de mi jefe como algún vecino por la hora temprana.

Y algo más tranquila y acomodando mejor mi mochila colgada de mis hombros, como haciendo rotar estos, para aflojar la tensión de ellos.

Me encaminé escaleras abajo decidida y rechazando llamar el ascensor, para evitar cualquier sonido y llamara la atención de él.

Y la segunda exhalación de alivio solté, cuando llegando a la parada del autobús tampoco noté su gallarda y caliente presencia de traje esperando por mí.

Media hora después y siendo, todavía temprano para mi horario de entrada.

Ya hay movimiento en la editorial, cuando cruzo las grandes puertas de vidrio por activos y compañeros de trabajo.

Inclusive a Charly que al verlo, detengo el cierre del ascensor en que me encuentro, por notar su carrera y pidiendo que lo haga.

—¿Qué haces, tan temprano? —Le pregunto, una vez dentro y ya subiendo.

—La pregunta sería... —Me mira más que curioso. —¿Qué pasó contigo cariño ayer, que te fuiste en plena puesta publicitaria?

Cierto.

Y mi mano, va a mi vientre fingiendo.

—Descompostura y algo de fiebre... —Miento y sonrío, ante su cara de preocupación. —Tranquilo que ya estoy mejor, necesitaba unos analgésicos y solo dormir.

—¿Seguro? —Duda.

Y asiento muy decidido, convenciéndolo.

—Gracias a Dios, porque hoy te necesitaremos mucho Beto... —Se hace aire con su mano, casi llegando a nuestro piso.

Y no entiendo su nerviosismo, como hiperventilación necesitada.

—¿Sucedió algo?

Y me mira horrorizado y como si la pregunta que hice, fue la más tonta del mundo.

Eleva entre los dos, su celular.

—¿No sabes, lo que ocurrió? —Me pregunta, sin poder creer y niego.

Me observa mejor.

—¿Y por qué, llegaste temprano como todos? —Me dice.

¿Qué?

¿Todos también, llegaron temprano hoy?

Pero no tengo tiempo de procesar eso, me limito a encogerme de hombros sobre el sonido del bip del ascensor, llegando a nuestro piso.

—¿No recibiste el WhatSapp de la editorial, informando la urgencia?

Y carajo.

Porque cierto que, tras la llamada de Fresita lo apagué.

Y ante mi cara llena de interrogación, mientras salimos fuera del ascensor quiere explicarme.

Pero, es imposible.

Porque santo señor de los cielo, mirando como Charly quedando estáticos desde nuestro lugar asombrados.

No solo porque, jodidamente todos ya están en el piso a esta hora temprana de la mañana alborotados yendo y viniendo.

Inclusive.

Y mierda con mi corazón, que late fuerte por eso.

Ya un Cael, madrugador y hermosamente vestido de traje dando directivas a toda esa masa humana tanto de lo chicos del piso, Megan y hasta compañeros

que no son parte de nuestro equipo.

Que muchos por rodearlo al gladiador, no me dejan ver bien a quien, y sentado en un sillón le habla.

—¡Oh Dios! ¡Él ya está, aquí! —Me susurra Charly exaltado y sin poder creer, tomando unos de mis brazos.

¿Por fuerza?

¿O emoción?

Ni idea.

Pero si estoy segura, que lo que sea que está sentado a espalda de nosotros y tapando de nuestra vista la personas que lo atienden con demasiada curiosidad como fanatismo, mientras en detalle conversa Cael con él.

Es alguien, muy importante.

No solo me lo acusa, esta movida holocaustica de todos girando a su alrededor.

Sino, también.

Un hombre de riguroso traje oscuro, a metros de él.

De pie e imposible con su postura rígida y manos entrelazadas delante, con mirada rapaz y color plata observando serio y sin gesticular movimiento, pero atento a todo y todos.

Inclusive en nosotros mismos cuando pasamos el umbral de la puerta, cual nos saluda solo con una bajada de cabeza, para retomar su escaneo imperturbable y constante al lugar.

Un hombre tanque con su altura y porte, acusando ser su seguridad o guardaespaldas.

Y terminando, de confirmármelo.

Mi boca se desencaja.

Cuando, el aludido en cuestión e importante.

Se pone de pie y puedo verlo mientras abotona en el proceso, un solo botón de su exquisito saco de traje de vestir con corte italiano en tres pieza y tono gris tiza impecable, en su altura y mole de cuerpo escultural de casi 2m de altura.

Y.SANTA.MADRE.DE.DIOS.

Porque, mis ojos no pueden creerlo.

Y hasta no dudo, que mi boca se abre más.

Cuando su mirada, de unos ojos que no llevo a ver de qué color son, pero tan profundos.

Abismales.

Como intensos, tras sus lentes de armazón negro.

Mirando todo lo que lo rodea, luego los focaliza en mí.

Ni siquiera en Charly, que sigue a mi lado.

Solo, en mi persona.

Curioso primero, dentro de esa frialdad glacial que todo él emana.

Para luego y elevando su mano autoritaria, señalarme con su índice y decir gélido.

—Acepto la entrevista... —¿Entrevista? —...pero, solo por él. —Sentencia sin modo de negociar, ante las caras de asombros de todos como Cael y el silencio que se hizo, con su dominio determinante eligiéndome a mí.

¿Pero, divertido?

Y ahora soy yo, la que necesito del brazo de Charly para sostenerme por fuerza.

Porque.

JODIDAMENTE.

Yo, una simple empleada novata y haciéndome pasar por hombre, para trabajar en el lugar de mis sueños y cumplir este por breve tiempo.

La mierda.

Fui seleccionada y no tengo idea su motivo y el por qué, por el mismísimo empresario.

Dueño absoluto, de las famosas T8P.

Según *La Commers*, *Time* y *Forbes*, entre las cien personas más influyentes del mundo.

De carácter inhóspito y agreste, pero sexi como el infierno.

El gran jefe de los jefes.

Herónimo Vincent Mon. (1)*

¿Para qué, le haga una entrevista?

Que me jodan...

Capítulo 20

Cael

En la boca tenía un dejo amargo, cuando me quedé solo y con la compañía de mis pensamientos y sin atisbo de conclusiones tras irse las amigas de Elvis, como Fresita con un saludo rápido y golpe en mi espalda diciéndome el estúpido consejo que todo se iba a solucionar con guiño de ojo incluido.

Un sabor como a concreto y por tal, así sentía también mi estómago cuando saludando a la dueña de la cafetería, me marché a mi casa.

Pesadez que aumentó en los cinco segundos frente a mi puerta, mientras deliberaba con las llaves en mis manos en abrirla, pero con mi vista en la contigua.

El departamento de Beto.

Por la idea tal vez, de tocar la suya ante su desaparición y saber si se encontraba bien.

Como también.

Algo de explicación de esa muchachita, con mi supuesta alianza colgada en su cuello y tantas jodidas coincidencias.

Pero un trueno lejano que sentí a lo lejos y la constante, pero fina lluvia que me siguió en mi regreso.

Siendo gris y pisando la noche.

Me dijo que, no era el momento.

Y si en mi estómago sentía que me había tragado estos bloques de cemento, tales después bajaron a mis pies, luego de una ducha rápida y ya casi listo para irme a dormir.

Cuando al sonar mi móvil y secando vigorosamente mi cabeza con una toalla, atiando la llamada.

Por escuchar lo que me decían del otro lado, provocando que quede estático en el medio de la sala.

Asombro.

Pánico.

Y sorpresa me embargaron, porque no podía creer lo que supuestamente me confirmaba la presidenta de la editorial.

Algo que no se podía solo charlar vía teléfono siendo ya, casi una

confirmación y por más que la cúspide de mando, sea tu madre.

Por eso.

Con solo poco más de diez minutos que me llevó vestirme, seguido a en salir de mi departamento.

Llamar al ascensor.

Dirigirme a las cocheras, para subir a mi auto e internarme en las calles.

Y otro tanto después, ya estaba en la casa de mis padres.

Una que, tiempo no pisaba.

Más que solo, en ocasiones especiales como fiestas navideñas o de índole empresarial por razones obvias a la editorial, desde que me mudé a temprana edad solo.

Y sumándose después, los convividos con Vanessa.

Casa esquina muy elegante, donde detengo mi coche frente al gran portón de entrada notando otro que desconozco, estacionado también y pese a la hora de la noche.

—Dijo que sí. —Me dice mi madre una vez dentro y dirigiéndome a una habitación sin dudar y donde solo podía estar.

Su despacho.

Como siempre.

Sentada del otro lado de su escritorio e impecable vestida y como si estuviera en la misma editorial.

Me mira del otro lado con sus brazos apoyados en este y manos cruzadas bajo su barbilla con sonrisa de placer.

Postura como expresión, de cerrado un negocio muy satisfecha.

Levanto la única carpeta, con solo el contenido de unas hojas.

Si, era verdad.

La firma final, pese a un par de cláusulas estipuladas lo avalaba.

Una firma, deseada por muchos.

Y que constaba su aprobación, cruzando y escrita por tinta de forma firme, fuerte y elevada al hacerlo como todo él era.

Dando, el sí.

Porque habíamos conseguido, algo por pocos logrados en este mundo de la editorial y más, en un magazine totalmente ajeno al mundo de la economía global y mercantil.

Un reportaje, a la potencia mundial.

Al rey del acero.

A Herónimo Mon.

Al dueño absoluto de las T8P.

Y reconocido por ende, por el mundo como el jefe de los jefes por su dominio en sus ochos metalúrgicas, esparcidas estratégicamente por el planeta.

Hombre autoritario que, todo lo maneja bajo un estricto control riguroso con carácter agreste como inhóspito.

Pero, provocando un fanatismo constante y siempre a la vanguardia por más años que pasan, de millones de seguidores por más alter ego prepotente y déspota, que su fama le precede.

Un apasionamiento que genera tanto al público femenino como masculino, haciendo explotar todo tipo de redes sociales como gráficas, con solo escuchar su nombre y apellido la gente.

Y por eso, mientras ojeo el contrato con su firma dando el consentimiento de algo que es imposible para muchos.

Un reportaje en exclusividad.

Estoy obligado también, a sentarme en la única silla del otro lado del escritorio de Ángela.

—¿Cargamento de dos camiones con juguetes? —Repito lo que leo, en una segunda hoja donde se estipuló la cifra económica de su entrevista.

—Containers. —Me aclara.

Y miro a mi madre porque, no entiendo.

Ya que, ni un centavo en moneda figura en el papel y por la dimensión de esos convoy.

—Dinero, es lo que le sobra... —Me da como toda explicación y se encoge de hombros, pero me hace ver la última hoja que sigue a su firma y donde solo hay una lista con nombres de Hospitales Infantiles, de nuestro país y otros. —Destino de los juguetes. —Finaliza.

Respiro fuerte.

—Pondré a Meg a cargo, de que se cumpla lo que acata. —Formulo, sin perder tiempo y por más hora tardía de la noche.

—Haz un aviso grupal. —Ángela me corrige. —Porque, el reportaje es mañana. —Como si nada.

¡Qué!

—¡Imposible! —Exclamo, dejando a la mitad el sms a Megan y chequear la hora.

Porque estamos, a solo casi ocho horas de ello y mucho a detallar.

Mi madre se pone de pie y rodea su escritorio.

—Nada es imposible, para Herónimo Mon y solo puede mañana... —Me mira. —...por lo tanto, tampoco nada es imposible para nosotros Cael. —Se apoya a mi lado, mirándome. —Mensaje grupal a todos lo de tu piso. —Me señala. —Porque tú, te harás cargo de ello. Necesito eficiencia y que todo sea presto y solo confío que se logrará por el tiempo a contra reloj, en ti.

Solo asiento, mientras me pongo también de pie y camino en dirección a la puerta, escribiendo en mi celular el mensaje grupal.

Ya que, ni siquiera tengo un momento para analizar la situación y no puedo darme el lujo de perder tiempo.

—¿No te quedarás a cenar? —Su voz, me detiene dejando la puerta a medio abrir. —Y dormir tal vez... —Prosigue acercándose. —...tu vieja habitación, está intacta Cael. —Mira mi ropa casual puesta. —Y tienes trajes acá, para vestirme por la mañana. Puedes organizar todo de casa.

Y la miro.

No digo, que mi madre no me ame.

Sé que lo hace y mucho.

Pero en una muy particular, para decirlo de alguna manera.

Del tipo de madre, con ímpetu a su trabajo primero.

Siempre y de temprana edad.

Comenzando en el mundo de la editorial muy joven y escalafón más bajo.

Donde conoció a mi padre.

Un gran editor, en su momento.

Y de ese casamiento y unión, nació yo siendo su único hijo.

Y como tal.

Crecí, me crió y estudié para este mundo que fue mi cuna.

Uno que me gusta y mucho.

Y cual mi madre con el tiempo, se convirtió en la presidenta y yo lo viví creciendo a su lado.

Épocas de duros por momentos, por la constante competencia.

Esa guerra de géneros, por poder.

Pero mucho de eso, en el campo femenino.

Donde Ángela con el tiempo, fue descartando a su gremio.

No solo, porque el conflicto que se arma y ella vivió en carne propia, lo que es la competencia femenina.

Sino, también.

Al comprobar que la masculina, fuera de esos enlaces de disputas en un ambiente rodeado por mujeres, genera y sabe mucho del mundo en lo que

refiere, a un magazine para público femenino.

Y por ello y conclusión de todo.

Hombres en su mayoría, siempre contratados.

—No. —Niego a su invitación. —Quiero manejarlo, de mi casa...

Mención aparte de la comodidad del hogar de uno, intentar ver a Beto para ir juntos a la editorial en mi coche, ya que mi mensaje grupal a todos, dice reunión muy temprana en la mañana.

—¿Aunque, tengamos una invitada a cenar esta noche? —Concilia mi madre, caminando hacia mí.

Y carajo con su tono de voz como lo que su mirada gris que heredé, me dice.

Porque jodidamente, no hace falta que pregunte quien es.

La respuesta la tengo al voltear y encontrarla de pie junto a mi padre, viniendo de la sala contigua.

A Vanesa, frente a mí.

Cosa que a ambos nunca vi al entrar, por estar perdido en mis pensamientos ante la gloria de tener en exclusividad al empresario Herónimo Mon en mi cabeza y dirigirme, derecho al despacho de mi madre.

Mierda, mierda y mierda.

—Cael... —El tono en que Vanesa pronuncia mi nombre, hace que mi piel se erice de frío y no por la noche, aún nublada amenazando tal vez con otro aguacero.

Más bien, porque ese timbre suave y delicado que tiempo atrás amé con locura y condenadamente lo idolatré, como a toda ella con su persona.

Ahora me resulta, un cierto rechazo y ni hablar en azotar mi mente al verla, del recuerdo de su repudio a mi propuesta de matrimonio y sin siquiera, ser en persona maldita sea.

Sigue hermosa.

Y hasta me atrevo a decir, que la soltería la sentó mejor.

Tan alta y perfecta, en su cuerpo como rostro privilegiado que toda ella es e irradia.

Una modelo de alta costura reconocida por su belleza y por cual, muchos diseñadores disputan por tenerla arriba de sus pasarelas luciendo sus marcas.

—Estoy apurado. —Solo sale de mí y a modo general, llevando conmigo el contrato de Herónimo Mon y encaminándome a la puerta de entrada y como todo saludo, dejando a mis padres y a Vanessa cerrando esta.

Porque, no podía dirigirle la palabra.

Y si, unas posibles nacían de mis labios.

Serían blasfemias.

Creo.

Y ya dentro de mi auto, descanso mis manos como frente en el volante.

No tengo idea, sinceramente.

Porque, aunque pensé en varios momentos en este supuesto encuentro donde yo, le pediría las explicaciones correspondientes.

Introduzco la llave, encendiendo el motor y me abrocho el cinturón de seguridad.

Hoy siento, que esa charla ya no me la debe más.

Pero no me dirijo a mi departamento, por la posibilidad que Ángela le de mi dirección a Vanessa.

Dios no, viviendo mi Elvis a mi lado debo evitarlo.

Y por eso tomo la dirección contraria, porque pasaré la noche en la editorial.

BEATRIZ

Después de casi doscientas respiraciones consecutivas que me obligo a dar, apoyada contra el lavado de manos del baño de hombres y mirando mi reflejo del espejo.

Intento calmarme.

—¡Dios! ¡No puedo! —Gimo abriendo el grifo y juntando agua fría en mis manos, para mojarme la cara ante la esperanza y que eso, despeje mi mente que entró en pánico y mi sistema nervioso reacciones como se debe y obligue a trabajar a mi cerebro.

Uno que, se quedó sin movimiento a todo lo que sea pensar como analizar, lo que hasta yo misma no puedo concebir y creer aún.

Y con mis ojos cerrados por el agua y manos delante, tanteo por el bendito dispensser de toallas descartables.

Mierda.

Que el gran empresario Herónimo Mon minutos antes y con su índice autoritario, me señaló a mí como la persona a cargo de su reportaje.

—Si podrás. —La voz de Cael, suena a mi lado mientras siento también, que deposita una toallita de papel en mis manos.

Re mierda.

Y por ello retrocedo unos pasos secando mi rostro, porque sigo sin saber que carajo decirle por lo de ayer.

Está apoyado donde segundos antes, lo hice.

Y aunque, su mirada gris me dice a gritos el mar de dudas y preguntas que tiene para mí, por lo ocurrido en la cafetería.

Su postura y ojos también me acusan que, y pese a eso ocurrido, su presencia es para alentarme ante la entrevista.

Como buen compañero y jefe de trabajo, que es.

—¿Por qué, yo? —Atino a decir, estrujando más de lo debido el papel en mis manos.

Niega con aire de no entender.

—No tengo idea. —Me dice y precisamente, no es de mucha ayuda para mis nervios.

Me señalo, tirando al cesto el papel.

—No soy reportero... —Y esa mano, va a la puerta y salida. —Los gemelos tal vez o el mismo Matías...

Vuelve a negar, pero acompañado de ese sexi tic que tiene de tirar su pelo hacia atrás y con ambas manos, pensativo.

—Ama ser impredecible... —Se acerca, algo a mí. —...unos de sus mandamientos, Beto. —Y antes de que pueda reaccionar, sus fuertes manos descansan en mis hombros. —Solo serán él y tu, no tienes de que preocuparte ya que Megan, te entregará las preguntas. Tú solo léelas y la grabadora en la mesa, hará el resto.

Y carajo, porque solo lo escucho a medias.

Gracias a la nada de distancia que nos separa, si hasta jodidamente puedo sentir no solo el aroma a enjuague que me llega de su ropa.

Sino.

Hasta su perfume masculino, colmándome.

Y ante la necesidad imperiosa que siento de abrazarlo y que el gladiador lo haga también, con la seria posibilidad de confesarle mi identidad, como contarle lo ocurrido ayer en la sesión de fotos y que esa muchacha que huyó de él, era yo.

Porque ya me cuesta mucho, sostener esta gran mentira.

Me suelto de su agarre, sin importarme que lo sienta brusco o no.

Y exhalo fuerte un aire, como solo los hombres hacen ante una decisión.

—Podré con ello... —Me alejo un poco más y en dirección a la puerta, dejando pasar un compañero de editorial.

Y gracias a Dios y mi suerte.

Es Fresita, a mi rescate.

Cual me rodea con su brazo por sobre mis hombros, provocando una arruga en el ceño de Cael.

—¡Claro, que podrás! —Afirma lo que dije inclinado su rostro a mi altura, seguido a mirarme con cariño con sus ojos azules maquillados de negro muy cerca de los míos, causando más el ceño arrugado del gladiador. —Y lo harás muy bien, porque yo participaré de esa entrevista cariño...

—¿Qué? —Dice el jefe.

—¿Te lo permitieron? —Digo yo, ilusionada ante ese respaldo.

- ¡*Of course!* ¿Quién crees, que fue la conexión? —Exclama, aprentándome más contra él y ganándose una gran mueca desaprobatoria de Cael, haciéndolo reír.

¿Qué le parece tan divertido, de ver al jefe de piso enojado?

Comprendo que el gladiador con su cara de poco amigos debe ser, porque él no puede participar en la codiciada entrevista.

Pero, la actitud graciosa de Demian, no.

Raro...

**(1) Herónimo Mon, personaje principal de la novela “La pasión de Herónimo y El amor de Herónimo” de la saga Mon.*

Capítulo 21

Cael

Degollarlo de forma dolorosa y muy lenta.

Reclamaban mis manos, por el cuello de mi mejor amigo.

Porque el muy jodido, se divertía con mis celos.

Y no lo dudó por más que mi rostro se desfiguró, cuando tomó a mi Elvis en sus brazos cariñosamente al aparecer entrando al baño, para darle lo que yo moría por hacer.

Contención y decirle que, en la entrevista todo iba a salir bien.

Pero me aguanté mis instintos asesinos para más tarde y me focalicé siguiendo a los dos, metros atrás de ellos y con ganas de ir pateando piedritas en el camino como los niños con un berrinche.

Pero los reprimí, porque estaba en la redacción y se supone que como jefe, no se hace eso.

Una vez en el piso donde Meg nos esperaba de pie junto a la puerta cerrada y tras ella, se encontraba el señor Herónimo Mon a nuestra espera.

De muy mala gana y creo que, hasta con un gruñido tomé la carpeta como grabadora para la entrevista y se la extendí a Beto, bajo otra risita estúpida de mi futuro ex mejor amigo.

No podía hacer otra pataleta, solicitando mi presencia también.

Ya que, unas de las cláusulas por el empresario lo decía.

Siempre el control él, obvio.

Que determinaba la persona, cual era destinado para el reportaje y presencias ante ello.

Y no era ilógico deducir que Fresita fuera partícipe, ya que el fue el puente de conexión de esta casi imposible entrevista de meses intentando concretar, por ser muy allegado al clan Mon y mejor amigo de casi toda la vida, de una de sus hijas.

Reportaje que se debía cumplir como mandamiento, por la primicia de esta exclusividad y a pocos días del 8 de marzo.

Data de lanzamiento de esta entrega, como fecha importante para nosotros, por ser aniversario anual y el comienzo de temporada de nuestra revista Féminan en el día de la mujer.

Noche en su día, bajo una fiesta tanto del personal de la editorial como también, de famosos y reconocidos en el mundo de la moda y los tabloides.

Y a su vez, también.

La entrega de premios destacados, sea a los mencionados anteriormente como al empleado del año, por su arduo trabajo siendo reconocido públicamente por la editorial.

BEATRIZ

Fresita a mi espera y a que entre primero, mantiene la puerta abierta por mí, mientras dejamos a una Megan sonriente con pulgares arriba a modo suerte y un Cael, desinflado y de hombros caídos, mirándonos mientras nos introducimos dentro de la oficina.

Recibiéndonos ese hombre de mirada plata y rapaz, que con una ceremonia de cabeza nos da la bienvenida, deslizado una de las sillas que rodea la mesa para que tome asiento frente al imperturbable postura y semblante, del empresario Herónimo Mon ya en una.

Demian opta por ser testigo de todo, semi sentado y brazos cruzados sobre una pequeña mesa que tiene servicio de café a una distancia de la nuestra, pero sin antes guiñarme el ojo sinónimo de aliento, seguido de un gesto de su barbilla tipo reverencia al señor Herónimo cual también en su silencio perpetuo se lo devuelve, pero sin sacar su mirada glacial y seria de mí.

Y disimulo mis nervios por eso, acomodando mis hojas con preguntas como el grabador a mitad de nosotros.

Aclaro mi garganta y en el proceso, alisando mi corbata.

Porque.

Carajo.

El señor Mon me mira desde su lugar y por más, que me acusa que corre sangre por sus venas el continuo golpecito de su índice en su taza ya vacía de café en la mesa que se le ofreció, mientras de piernas cruzadas y con su otra mano apoyando su brazo en el descanso de la silla, dos de los dedos en su mentón, frotan sus labios muy pensativo.

Analizándome.

Mierda.

Toso enfrentándose sobre nosotros y por sobre la mesa, mi mano derecha extendida.

—Soy... —Me quiero presentar, pero me interrumpe la suya en alto abandonando la taza.

Seguido a girar algo y bajo el eje de las rueditas de la silla en que se encuentra, más a mi dirección.

Serio.

Muy serio.

Y acomodando mejor sus lentes, en el puente de su perfecta nariz.

—¿Conoces a Demian? —Su grave voz dice, mirando fugaz a Fresita para luego a mí.

—Sí. —Contesto también observándolo y bajo la de Demian sonriente y aprobando, a que primero el jefe de los jefes sacie sus dudas.

—¿Amigos? —Prosigue, inalterable.

—Muy corto tiempo, pero sí. —También yo, determinante y cierta curva hacia arriba, dibuja mis labios por haber conocido este amigo en el trabajo.

—¿Poco que, trabajas aquí? —No le pasa desapercibido.

—Sí, señor. —Sincera.

—¿Y te agrada?

—El trabajo de mis sueños.

—¿Estudiaste entonces, para esto?

—Sí.

—¿Eres emo, muchacho?

—No. —Engroso más mi voz, para hacerla de hombre.

—¿Gótico?

—No.

—¿Gay?

—Tampoco, señor. —Me siento confundida, pero sigo contestando.

—¿Te va la moda cosplay o como esa mierda se diga? —Continúa, observando mis prendas.

¿Qué?

—No. —Sacudo mi cabeza.

—¿Te gustan los hombres?

—Sí.

—¿Los pantalones masculinos?

—No.

—¿Eres mujer?

—Sí.

Y silencio.

Absoluto.

Y mi espalda cae por su propio peso y mi resignación, con crudeza en el

respaldo de mi silla al darme cuenta de lo que acaba de ocurrir.

Sin poder evitar, acompañado de un gemido frustrado que sale de mi garganta por más que tapo mi boca con ambas manos y la baja risita de Fresita como cortina de todo esto, haciéndose aire y a la vez ocultándola detrás del abanico en negro y encaje, que saca del interior de su largo saco oscuro.

Seguido y sin perder esa actitud inmutable sobre su silla, en extender uno de sus fuertes brazos sin dejar de mirarme, hacia su guardaespaldas pasos detrás de él.

—Collins, me debes cinco dólares. —Elevando una ceja, por sobre sus lentes de armazón grueso. —Gané como siempre, obvio. —Recalca muy orgulloso.

El hombre ropero de nombre Collins, rompiendo su postura y hasta juraría sonriendo, saca de su bolsillo un billete y le entrega al magnate.

Cual ahora de pie, lo recibe con mucho orgullo y como si ese simple billete de poca denominación, fuera un galardón de la mismos premios *Commers*.

Y con ello, termino de entender todo.

Ya que, sabía de un principio que era mujer.

Y yo también me pongo de pie, pero para juntar mis manos y mirar suplicante al empresario.

—No fue mi intención engañar a nadie y menos a usted señor Mon... —Le ruego, juntando más mis manos a él. —...en realidad, nadie sabe de mi engaño más que Fresita que lo descubrió por cuenta propia...yo...

—Toma asiento, muchacha. —Su voz como semblante, me dice que lo haga y así cumplo.

Quedándome en silencio, por más que mi interior a gritos pide hablar y darle una explicación coherente.

—Demian me contó tu historia, porque le pregunté ante mi duda... —Al fin habla, tras caminar sobre el lugar abriendo su exquisito saco de vestir para poder descansar ambas manos en su cintura, mientras delibera algo que no puede creer.

Dos dedos van al puente de su nariz para apretarlo, para luego mirarme.

¿Aneurisma?

—¿Nadie se dio cuenta, que eres mujer como yo desde el principio? — Sigue, sin aceptarlo.

Y con Fresita, negamos.

Busca al tal Collins, pero recordando que perdió la apuesta, se gira a mí.

Y solo me limito a suspirar largamente, seguido a presentarme con mi verdadero nombre y relatar, como llegué a esto para cumplir mi sueño de trabajar en una editorial.

Y para mi sorpresa, escucha atento cada una de mis palabras, sobre una siempre sonrisa de Demian en sus labios y desde su lugar.

En detalle.

Y muy concentrado, cuando finalizo.

—¿Saben en lo que están metidos? —Pregunta, recolocando sus lentes.

—Sabemos cómo empezó, pero solo puedo deducir como va a terminar Herónimo... —Responde Demian muy convencido por mí y pese a su respuesta inconclusa.

Y no entendí, a donde quiso llegar.

Pero, creo que el señor Mon sí, porque vuelve a tomar asiento.

Y esa mirada absorta y muy reflexiva que por sus lentes o lo que sea, no puedo identificar bien su color.

Ahora marcan una comisura por la huella de una media sonrisa, mientras me alienta con un gesto de una mano a que abra la carpeta, con las preguntas del reportaje.

Niega divertido.

—Maldita sea... —Blasfema muy natural. —...creo que por primera vez, voy a asistir con ganas a una fiesta por más aglomeración de gente que haya...

—Le dice al tal Collins, provocando que su mano derecha se sonría.

—¿Por eso me eligió? —Le pregunto, el motivo de su elección.

—Te vi y supe que eras mujer. —Suelta, acomodándose mejor sobre su asiento. —¿No entiendo, cómo no se han dado cuenta de ello? Pero, como la duda estaba y aburrido y solito, porque mi mujer no quiso acompañarme, hice una apuesta con Collins... —Indica a su guardaespaldas. —...Y yo, nunca pierdo. —Esto último, perfila su voz muy grave. —¿Qué lo importante es competir? —La pregunta la hace, como rememorando otras épocas, porque hace una mueca divertida. —Mi culo muchacha, porque ganar es ganar... —Se me escapa una risa con Demian desde su lugar, al mostrarnos orgulloso el billete de cinco dólares ganado. —Por eso le pregunté de ti a Fresita, tras elegirte y como dice, mi mujer y la santa Biblia, hay que dar para recibir y toda esa mierda ¿no? —Concluye natural.

Y no puedo evitar yo, como el resto de los que estamos en la habitación sonreír.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! —Agradecida y permitiéndome hablar como

mujer.

Lo que realmente soy.

—No es algo que esté orgullosa, pero solo será hasta la noche de la fiesta de la editorial... —Prometo. —...yo no tengo intenciones, de seguir engañando... —Miro a Fresita con cariño, como todo lo que me rodea. —...encontré gente excepcional y amigos también... —Le murmuro. —...y me iré como vine...sin hacer notar mi presencia... —Le sonrío triste.

No responde el empresario ante eso, pero su reflexión silenciosa al escucharme.

Me dice, que lo entiende o intenta comprender.

Y yo ante eso, me limito a encender la grabadora y elevando las hojas tras otro largo suspiro, le vuelvo a sonreír agradecida por permitirme continuar el reportaje, como mantener mi verdadera identidad.

—Antes que todo. —Mi voz se graba, imitando nuevamente una masculina. —Muchas gracias por aceptar una entrevista para la revista Féminan, señor Mon.

—Un placer. —Solo responde aclarando su garganta y volviendo a ser el serio y autoritario, jefe de los jefes.

—Como sabrá. —Prosigo, con mi vista en las hojas para familiarizarme con las preguntas que, jamás tuve tiempo de chequear y notando al leerlas.

Y sonrío más, por eso.

—Muchas que le voy hacer, son de parte de las fanáticas que a lo largo de estos años, lo acompañan como fieles seguidoras y aprecian mucho.

—Mis chicas. —Dice orgulloso.

Y guau.

Porque, aunque no entendí su respuesta, noto mucho cariño de su parte.

Me encojo de hombros y decidida como firme, comienzo ante una última mirada a Fresita también muy satisfecho de mí.

—¿Listo? —Le digo.

—Siempre. —Acaricia esa palabra haciéndome dar cuenta que, mucha coraza en realidad este hombre de acero.

—Con solo contar con la edad de 17 años y heredando de su padre, TINERCA ¿Siente con orgullo que cumplió sus metas, fundando con el tiempo las T8P y convirtiéndose con el periodo de los años, en una potencia mundial? —Inicio, con la primer pregunta.

—Fue un objetivo de temprana edad que tenía con mi padre y lo cumplí, en su nombre y el mío por tales causas. —Responde serio como complacido,

para luego distender sus rasgos glaciales a una sonrisa de felicidad. —Pero mi sueño, siempre fue una familia. —Sin más.

Y le sonrió feliz por eso, dándome pie a la siguiente.

—¿Se considera entonces, igual a cuando era un niño tal felicidad?

Hace una mueca divertida con ese tic que descubro, de recolocar sus lentes en el puente de su nariz.

—Volví a recuperar, ese niño alegre dentro de esa seriedad que era.

—¿Por cumplir ese sueño? —Digo. —¿Una familia?

—Mucho.

Y mierda.

Tengo que usar de toda mi fuerza, para no hiperventilarme con las hojas llenas de preguntas que sostienen mis manos.

Porque imposible no sentir, lo que todo este hombre emana con su presencia.

Descaro infantil, sensualidad alfa, roto en el pasado, pero ahora lleno de felicidad y todo ese dominio, que su mole de cuerpo como la perfecta simetría de su rostro te colma mirándote y esperando la siguiente pregunta.

—Aunque no se sabe en con exactitud, se comenta la leyenda que se regía ante de cumplir su sueño, por cuatro reglas. —Asiente, sin nombrarlas y dándola por correcta a esa información. —¿Protección?

—Sí.

—¿Emocional?

—Efectivamente.

—¿Cómo surgieron? —Curiosa.

—Porque todo referente a esa emoción, estaba erradicado en mí ya que, sentía que daba pérdidas. —Formula. —Era un jodido para el sentimentalismo, donde ese impulso negativo con mi mal genio, lo cree para protegerme de esa maldición que sentí que vivía y caminaba a la par mía.

—Y sin ellas ahora ¿Al fin, es feliz? —Pienso, lo siguiente a decir. —¿Qué liberó, esos demonios?

—Mucho. —Vuelve a repetir esa palabra, que parece que la acaricia y con tan poco, a su vez dice tanto.

Señalo, uno de sus brazos.

—¿Por eso, uno de los tatuajes?

Asiente mirándolo, pese a estar cubierto por las mangas de su camisa como saco de vestir.

—Yo solo respiro... —Recita, lo que dice.

—¿Y los otros? —Prosigo, siguiendo las preguntas de sus fans.

—Si gustas de la vida. —Hace honor a las flores, que tapizan gran parte de el. —Tienes que soportar un camino de espinas... —Menciona, estas también con su tinta. —Y como el Yin y el Yan... —Por una geisha, que cubre una porción de su otro brazo. —Dentro de todo lo hermoso de algo, también hay malo. —Me explica. —El dragón es el tiempo y lo terrenal, protección a una buena fortuna a lo largo de tu vida, guiándote siempre a la benevolencia y sabiduría como fuerza, cuando lo necesites...

—¿Y las alas?

Se sonríe.

—Solo, libertad ansiada.

Afirmo, porque entendí.

Y no puedo evitar, reír al leer la siguiente pregunta por mujeres.

Ya que, momentos antes también me lo hice.

—¿De qué color son sus ojos, señor Mon? —Le digo, provocando que Fresita como el hombre de mirada rapaz se miren y ríen bajito desde su lugar.

Cambia de posición en su asiento para poder apoyar su brazo en el descanso y frotar su labio inferior otra vez, cavilando ello con humor.

—Rosa. —Y oculta su sonrisa, con un puño.

No tengo idea por qué lo divertido, supongo alguna anécdota alegre y por eso, prosigo ahora yo acomodándome mejor para continuar.

—¿Cuál es su mayor orgullo y la mayor decepción?

—Mi familia y decepción no la siento como tal, ya que por esa desilusión, tuve la honra de lo que tengo y amo. —Medita. —Mi familia. —Lo repite.

—¿Considera eso su mayor creación, entonces? —Me permito esa pregunta.

—Totalmente... —Lo dice suave y feliz.

—¿Con su mujer? —No me aguanto y me concedo otra.

—Mi rayo de sol. —No duda.

Y tengo ganas de llevar a mis manos a mi pecho con hojas y todo, seguido a suspirar por lo bonito que lo dice y lo hace sentir.

Pero lo reprimo, porque sigue siendo una entrevista y nos lleva a lo siguiente.

—¿Puede describirme a su rayo de sol y por qué, es la mujer perfecta? ¿Qué le atrajo de ella y saber que fue la elegida?

Se cruza de brazos y se carcajea, dejando a la vista una perfecta y blanca dentadura a excepción, de un diente levemente más inclinado y gastado que su

gemelo.

—Ella es ingenua, no sabe cómo caminar con tacones de 10cm, no tiene idea lo que es llevar un peinado correcto y lo sostiene siempre con mi pluma que hasta ahora inclusive, no sabe su valor de miles de dólares... —Me enumera reflexionando y al mismo tiempo corroborando sus palabras, por el tal Collins como Fresita, afirmándome. —...adora las estampas con flores más feos del mundo en la ropa y lo lleva puesto con orgullo. —Se sonríe con descaro. —En la cocina no sabe hacer mucho, es algo torpe por tomar decisiones muy apresuradas y por ello, mis anginas de pecho y una úlcera del tamaño de África... —Continúa, algo serio. —...pero... —Y una felicidad, refleja ahora su rostro. —...ella es alegre y toda luz, por eso es mi rayo de sol y la amo. Haciéndome con cada día y año que pasa, mejor persona con su espíritu, porque mi mujer no teme ser sincera y contradecirme, como mandarme a la mismísima mierda y quererme como aceptarme, tal cual soy. —Finaliza.

Y otra vez, detengo el impulso de suspirar románticamente y arrugar las hojas contra mi pechito.

—¿Una fans pregunta, si no tiene pensado una novena fuerza en México? ¿Y si la tomaría, como activa? —Me río y él también.

—En futuro, tal vez... —Es enigmático, como esperanzador.

Guau.

—En el apasionamiento por usted, hay gran fanatismo tanto en el público femenino como masculino, por ese prontuario de luchas clandestinas de temprana edad? —Lo miro tras leer. —¿Motivación y por qué? —Muy curiosa, también a esta pregunta.

—Porque, soy bueno en ello y en acción. —Se eleva una ceja, con autosuficiencia.

La que le atraviesa una cicatriz y motivo de la última que tuvo por el título, siendo aún y pese a los años, debate de programas deportivos todavía.

Una contienda contra su adversario en potencia y arriba de un ring, Gaspar Mendoza en esa época.

- De adolescente, me gustaba esa adrenalina... —Relata. —...de ingresar a las luchas clandestinas y del tipo callejeras como universitarias. Siendo citado en horarios y lugares a hora de antelación previa, por móviles y ante la posible infiltración de la policía. —Me dice, mientras acomodo mejor la grabadora, para que grabe bien. —En una de ellas y como espectador callejero, se encontraba el que fue mi entrenador y ex luchador de la MMA

ofreciéndome hacerlo a lo grande y lo que fundé a la par de otros después, el Círculo. Gente que se compone por los *Chacales*, los *Latrans* y los *Dingo* las categorías. Se canaliza fuerza y se gana siempre. —Explica. —El resto dinero y yo, liberación... —Específica y sonrío cuando termina, bajando mi mirada para leer la siguiente hoja.

Y pestañeo.

Pestañeo mucho, por las siguientes escritas.

Sofocada y por la vergüenza, de lo que preguntan las fans.

—Tocan las hot. —Anuncia Fresita al notar que no reacciono, cual el empresario como si nada y lo más natural con un gesto, me dice que continúe.

Dios querido.

¿Cómo le pregunto esto, sin parecer tonta y no morir en el intento?

Aclaro con fuerza mi garganta y aflojando algo mi corbata.

—¿Cuánto mide? —Susurro.

—¿Perdón? —No me escucha, cambiando su pose en la silla más en mi dirección por eso.

Mierda...

—¿Que cuánto, mide? —Intento elevar el tono, pero mis mejillas arden y mi voz se quedó atrapado a mitad de mi garganta.

—1,96m —Responde, a pesar de eso.

Y sacudo mi cabeza.

Tierra trágame y escúpeme lejos.

—Se refieren... —Toso. —...a lo otro... —Rasco mi nuca avergonzada y mi voz, es un hilo por más que quiero ser profesional.

—¿Pero qué, mierda? —Y se queda nulo, con el codo sobre la mesa y su mano en la barbilla analizando la profundidad de esa pregunta.

Silencio.

Y del mucho y por los cuatro, que estamos en la oficina.

Hasta que, de golpe suelta una carcajada.

Una alegre y muy sonora, causando que Cael abra la puerta dudoso y Demian con un gesto, lo obligue a cerrarla nuevamente con señas de su abanico.

Quiero seguir mirando al gladiador que cumple a regañadientes, pero es imposible.

Ya que, la risa del magnate es risueña y tan espontánea, mostrando nuevamente esos dientes blancos y perfectos a excepción de ese canino milímetro más gastado que el otro.

Demás decir, a nosotros también contagiándonos con ella y yo más aliviada, exhalo aire tranquila por el nivel de pregunta.

—Menos de lo que te diría, pero mucho más de lo que pueden pensar... —
Toda su respuesta a eso porno.

Y mi sonrojo, vuelve.

—Otra fans pregunta ¿Cuál es su posición favorita en el sexo y su récord?

Niega divertido, cruzándose de brazo.

Enarca esa ceja, de la cicatriz.

—Pared, obvio y 8 en una noche. —Tan natural, simple. —Duro. —Aclara y como si me respondiera, a una tierna clase de corte y confección.

Y creo que, mi mandíbula se desencaja, porque eleva algo sus lentes para mirarme mejor.

—¿Muy sincero? —Se excusa. —Pido disculpas.

Y niego, acomodando más las hojas sobre la mesa.

Río.

—Es lo que lo que esperan, las lectoras y seguidoras. —Le sonrío volviendo a mi postura y leyendo la última pregunta. —¿Cree en la magia, señor Mon?

Desliza su silla tras chequear la hora de su reloj pulsera, seguido a ponerse de pie y abotonar un botón de su saco de vestir sabiendo que ya concluimos.

Y obligando a elevar mucho mi vista por permanecer aún en mi silla, contra su elevada y mole altura.

—Totalmente y la que viene, de acá... —Señala su pecho.

Para ser precisa.

Del lado del corazón, mientras deja que el tal Collins abra la puerta por él.

Pero se detiene y me mira, por sobre un hombro.

En realidad, a mi exterior.

Lo que llevo puesto.

—...es asombrosa esta magia. —Me dice, subiendo más sus lentes en el puente de su nariz. —Todo lo sana y lo perdona. —Me regala, una última sonrisa.

Me pongo de pie y lo despido desde mi distancia, también sonriente.

—Lo sé y se lo prometo. —Le digo, porque entendí sus palabras.

Y saludando, con último gesto a Fresita se retira.

Dejando el ambiente y a solas, con Demian ahora.

Miro todo.

Cargado de emociones.

—Él, es mágico... —Saco mi conclusión y grabando esto último en la grabadora, para luego apretar stop.

Y Fresita solo se limita a revolver mi pelo, a modo asentimiento por lo que dije y dándome la razón sobre la magia, que rodea a este hombre 10% exageraciones de los tabloídes y blogs, y 90% corazón rojo.

Miro a mi amigo gótico, respirando fuertemente y muy decidida tomando asiento nuevamente.

—Creo que ya es hora, que le diga a Cael mi verdadero yo... —Sentencio y Fresita sentado sobre el borde de la mesa y al lado mío no me vuelve a responder, pero lo hace otra vez apoyando su mano ahora cariñosamente sobre mi cabeza, afirmando en silencio.

Le sonrío.

Si.

Decidida y era un hecho.

Le tengo que decir al gladiador, que soy mujer...

Capítulo 22

Cael

Mi cara estaba desencajada, frente al ascensor abierto.

—¿Disculpe? —Solo atiné a decir por más que, había entendido perfecto sus cortas, serias y simples palabras.

Rebobinemos.

No es que, le hablaba al ascensor.

Sino.

A la persona por ética y como se debía, acompañé a la salida, que estaba dentro y en compañía de su mano derecha.

Y aunque me elevó una ceja ante mi pregunta muy estúpida, gesto divertido se dibujó en su rostro.

—Que espero con ansias, mi invitación para la fiesta anual próxima, este 8 de marzo. —Me dice, Herónimo Mon.

Y con ello y aún, mi cara de asombro.

Reaccioné rápido afirmando feliz, por anticiparme su presencia mientras las puertas de este, se cerraban sin más.

Y volteo luego, mirando todo.

A parte del corredor en que me encuentro, como las grandes puertas de vidrio a medio abrir que me muestran a los chicos trabajando en el piso.

Y guau.

No tengo idea que mierda pasó, dentro de la oficina donde Beto y en compañía de Fresita, le hizo el reportaje al empresario.

Pero, me confirmaban dos cosas.

Que fue un éxito y que, no solo este hombre se había sentido a gusto.

Sino, también.

Que Elvis había logrado sin saberlo, su presencia en nuestra fiesta aniversario.

Lo que nadie y registrado por motus propio, alguna vez.

Intento localizarlo entre el staff, pero no lo veo.

¿Está todavía, dentro de la oficina?

¿Y con Demian?

Me impulso para ir por ambos, pero el ascensor abriéndose nuevamente y

con la llegada de Ángela, me detiene.

Y el rostro de mi madre, me dice que no está para nada contenta.

Su mirada con matiz furiosa y por más que lo intenta disimular caminando hacia mí, sobre una fina línea que perfilan sus labios en un delicado rojo, me dicen que sí.

—¿Qué diablos, es esto Cael? —Sacude un manojito de hojas de una carpeta en su mano, provocando que los chicos en el piso volteen a nosotros por su elevada y enojada voz.

No entiendo y solo me limito a tomar el folio.

Es la propuesta con su arte final, de la publicidad de la marca cafetera.

Y sonrío pese a su furia, mirando en detalle una de ellas.

La fotografía ya elegida, para que su salida en público y venta publicitaria tanto en las calles como revista, de la cafetería con las amigas de Beto.

—Las agencias de las modelos me llamaron exigiendo las indemnizaciones correspondientes, por no cumplir las cláusulas por una prórroga ante un imprevisto... —Chilla. —...y haces esto? —Señala a las cinco modelos reemplazantes de la gráfica. —¿Soy la presidenta de la editorial y no estaba avisada? ¡Cael que demonios, fue todo esto! ¡No era lo que se negoció y pidieron los clientes! —Su mirada recorre a todo mi equipo furiosa, tomando la imagen de mis manos y lo muestra. —Esto, es porquería...no es Féminan! No tiene clase, no tiene la categoría de nuestros años perfilándonos como el mejor magazine para la mujer por décadas...esto es corriente y nada de nuestra idiosincrasia...

—Los clientes, lo aceptaron muy conformes... —Digo.

—...porque se los diste, como última opción! —Me interrumpe.

—Yo lo aprobé, Ángela. —Mi enojo me consume, enfrentándola e importándome nada a que todos sean testigos de esto, siendo mi madre y jefa.

—Tú, no eres así... —Sus ojos vuelven, lleno de ira a la fotografía publicitaria. —...la desesperación te ganó por el imprevisto... —Vuelve, a mirar a todos en el piso. —...va a dar pérdidas, muchas pérdidas. —Niega. — Hay que detenerlo, antes que salga a la calle... —Y revolea la imagen publicitaria desaprobatoriamente, cayendo metros delante nuestro, contra el piso y cerca de los chicos de pie mirando como escuchando.

—Ya aprobé su salida para gráficas, anticipando el de la revista... — Suelto decidido.

—Ángela, la imprenta ya confirmó su circulación y puesta, en los puntos públicos... —Megan algo tímida, se nos acerca abrazando más y entre sí, su

siempre agenda laboral.

Y le sonrío para darle mi apoyo y por ser siempre, una secretaria eficiente.
Seguido después a unos pies.

Mierda.

Que se adelantan despacio hasta llegar a la fotografía en el suelo, para luego inclinado algo, tomar con una mano la hoja y limpiar algo como alisar sus bordes.

—...fue, mi idea... —Solo dice. —...lo siento...

—Beto, no... —Le pido, que no siga.

Sin hacerme caso, adelanta más pasos a mi madre.

Su postura y mirada gacha llena de culpabilidad, llega a lugares muy profundo dentro de mí.

Haciéndolo más niño y rompiéndome en dos.

—No supuse, esa prorroga...yo actué sin pensar, pero intentando que...

Y me interpongo, sin dejarlo que continúe.

Siendo para mi sorpresa, no el único.

Fresita también, a mi lado lo hace apareciendo.

—Angie soy también culpable, porque ayudé. —Se señala con su abanico cerrado y mi madre, lo mira silenciosa y muy descontenta.

Porque lo adora y de los pocos, que la hacen sonreír y sacarla de esa estructura que toda ella es.

Los gemelos con Matías, también se acercan a modo parte de todo ello.

Y Charly también lo aprueba, poniéndose a la par de ellos.

—Todos somos los culpables, Ángela... —Dice, con una Meg elevando su mano derecha, asintiendo incluso.

Y mi madre, nos observa.

Callada.

Demasiado silenciosa y sin gesticular movimientos.

Para luego y sin contestar, pero si antes darle una última mirada a Elvis fulminante, voltear como caminar en dirección a las escaleras, sin siquiera tomar el ascensor.

BEATRIZ

Tristeza, por lo que pasó.

Culpabilidad, por mi mentira.

Cierta felicidad, por notar el apoyo incondicional de los chicos y el gladiador, sin importarles la furia de la presidenta.

Pánico a lo que se podría avecinar.

Y llanto retenido, por eso.

Cóctel de todas esas emociones era mi interior y en un estado de ebullición tan profunda, que podía sentir el calor y que me ardía, cada jodida célula de mi cuerpo.

Y Dios.

Sumamente avergonzada.

Porque cuando creí que estaba ayudando a mis compañeros, no solo fui el ataúd de todo esto.

Sino, hasta también los clavos que los crucificaron.

Y mis manos, cubren mi rostro.

Porque, Jesús de los cielos.

Todo lo arruiné a días del 8 de marzo y la fiesta.

Y lo peor de todo.

Gimo.

Con semejante desastre, que hice ¿Cómo le digo al gladiador, lo que prometí tanto al empresario como a Fresita?

Que soy mujer.

Si ahora, ni siquiera me atrevo a elevar mi rostro y mirarlo a la cara.

—Beto querido... —Charly se me acerca tomando por mí, la imagen de mis amigas conmigo, de la publicidad. —...fue una puesta de escena maravillosa y aceptada por todos... —Me dice. —...y con el aval del jefe de piso. —Señala a Cael.

—No eres, culpable de nada... —Prosigue Matías. —...porque, solo diste esa gran idea y nosotros como equipó que somos, la ejecutamos.

—Y muy conformes. —Habla, uno de los gemelos.

—Un gran plan. —Sigue su hermano, sincero.

—Siendo tu primera vez, pero no la nuestra de ir por medidas drásticas y a contra reloj, opuestamente a la presidenta y siempre con éxito... —Continúa, Matías.

—¡Café! —Exclama Megan, palmoteando sus manos sobre nosotros sonriente y notando, que mi ánimo no mejora por más palabras de los chicos.

—¡Iré por café, para todos! —Señala la mesa con sus sillas, en un extremo del piso. —Ya no se puede detener el proyecto. —No mira a todos. —Su proyecto. —Recalca. —Y tenemos lo que se empezó, finalizar y demostrar a la presidenta que está equivocada y que el esquema trazado por ustedes, fue la decisión y un plan perfecto.

—¡A planificar, entonces! —Nos anima Cael, bajo el asentimiento de nosotros, inclusive Fresita mientras cada uno pasando por mi lado, sacuden mis hombros con cariño y dándome fuerza, para sacarme este peso y tristeza de culpabilidad.

Miro a todos, como van tomando asiento alrededor de la mesa abriendo carpetas como hojas, para tomar apunte a las nuevas ideas.

Son todos, personas excepcionales y grandes amigos.

Cada uno.

—Voy al baño... —Les murmuro. —...solo me tomará, unos segundos. — Les prometo y sin esperar a que me respondan, lo hago.

Porque unas lágrimas me consumen y no lo puedo evitar, por más que pongo lo mejor de mí como hombre e intento imitar, esa fortaleza que ellos tienen en asuntos así.

Y la puerta del cubículo la cierro con fuerza, mientras pongo el pestillo de traba una vez dentro.

Mi espalda acompaña la pared de un lado, dejando que se arrastre con ella tomando asiento en el piso y con eso, las primeras lágrimas de mi llanto silencioso y contenido, comienzan a deslizarse por mis mejillas.

Recordando, no solo el error que cometí en la publicidad cafetera.

Más bien.

La protección de todos, por mí.

Porque ellos, me quieren.

Dándome cuenta.

Lo fuerte y cual pesadas, pueden ser esas cuatro palabras.

Cuatro palabras llenas de esa emoción por valorar otra y algo, muy importante para ellos.

Amor a la amistad.

Mientras yo, solo se lo retribuía jodidamente, con otras dos.

Engaño y mentira.

Y no solo, a ellos.

A los gemelos, Matías, Megan, Charly y hasta a mi querido gladiador.

Lo estaba haciendo también y por más que sabía de esto, a mis propias amigas.

Porque, las involucré en mi ambición.

Una llena de avaricia, sin darme cuenta el mal que estoy haciendo con esta mentira, por cumplir mi sueño.

Y mi llanto aumenta, obligando a limpiar mis ojos con el dorso de mi

mano.

Porque, yo no quise ser mala.

No fue intencional.

Si todo lo que quería, era trabajar.

—Solo anhelaba, estar en este lugar... —Digo muy bajito y para mí, con mi rostro entre mis manos.

—Lo sé... —Y alguien.

También bajito.

Me responde del otro lado de mi puerta cerrada, mientras desliza por el espacio que hay abajo un vaso descartable con café, recién comprado de una marca conocida.

Y aunque no puedo verlo, siento como Cael bebe del suyo, tomando asiento en el suelo y del otro lado, apoyado contra mi puerta cerrada.

—...gracias... —Solo digo dando un traguito, que me hace sentir mejor aspirando su aroma como bebiendo, otro poco más.

—En realidad, a Megan. —Creo que se sonríe. —Ella compró para todos, solo te lo traje...

—Son muy buenos... —Digo feliz, dentro de mi tristeza.

—Tú también lo eres, Elvis. —Ni lo duda, pero yo sacudo mi cabeza por más que no me ve.

—Soy codicioso Cael... —Le contesto suspirando, descansando mi cabeza en la puerta y contra el suelo.

—¿En el trabajo? Quién no lo es? —Y creo que también, él lo hace cuando me responde.

Porque lo siento, muy cerquita de mí.

Y niego callada intentando acomodar las vendas, que aprietan mis pechos por la postura incomoda sentada y dentro del pequeño baño.

Ya que, no sé cómo explicarle y decirle en voz alta, todo lo que estuve guardando por dentro y solo las lágrimas que sigo limpiando; lo expresan.

Tiempo y muchos meses, que fui rechazada al recibirme y por docenas de trabajos cuales me postulé para cumplir mi sueño y cuando lo logré, lo hice con mi gran mentira engañando a todos y a él.

Y otra vez, aparece por abajo de la puerta algo.

Pero esta vez, su mano asomándose con un pañuelo.

Río entre lágrimas.

—Gracias... —Seco estas.

—Ahora sí, porque esto es mío. —Ríe del otro lado, sintiendo que se pone

de pie. —Entonces...le digo a los chicos que ya vienes a la reunión?

Sonríó decidida, pero no salgo.

Porque, no quiero que vea mis ojos hinchados de tanto llorar, por más que piense que soy un hombre llorón.

—Solo dame cinco minutos y voy. —Resuelto y animado.

—Perfecto... —Siento como Cael, se va marchando.

Pero espero un minuto antes de abrir con cuidado la puerta y asomar apenas, mis terribles ojos en compota.

Y notando el baño de hombres totalmente vacío, apuro mis pasos a los lavados de manos para enjuagar mi rostro con agua y con varias toallas de papel, secar mi cara mirándome a través del espejo.

—Mierda... —Chillo para mí, observando mi reflejo completo.

Porque, soy un desastre.

Mis ojos están rojos y ni hablar de mi cara hinchada por eso.

Y lo que más me jode.

Carajo, mientras aflojo mi corbata para poder ver sobre dos botones abriendo de mi camisa de hombre puesta.

Que se formó cierto bulto bajo ella y por culpa de mi posición, de las vendas que me rodean aplanando mis chicas.

Y no solo, se nota.

Si no que también, me lastiman un lado picando mi piel en un rosa ardido, con su aspereza.

—Mierda, mierda y mierda... —Repito consecutivamente, porque no sé, que carajo hacer mirando todo el baño desesperada y apretando el pañuelo del gladiador en mis manos.

Sería suicida desvestir y abrir toda mi camisa para acomodar mejor la venda que me rodea y poner el pañuelo de mi jefe entre mi piel y la venda para que amortigüe con su sedosidad, el dolor por más que es el baño de nuestro piso y los chicos, están a mi espera por la reunión.

¿Podría?

Niego rotunda.

No.

Y por eso, miro como única opción el último cubículo.

El más alejado.

A puerta cerrada no podría, pero si abierta y dando la espalda.

Y aunque, si alguien entra y sospecharía de qué, diablos estoy haciendo a medio desvestir, la vista de mis chicas al aire estarían a salvo.

Dudo, ante otra posibilidad.

¿Y si busco a Demian?

Vuelvo a negar.

Eso llamaría, la atención de Cael.

Respiro fuerte, apoyada de mi mano en el lavado de manos.

—Solo me tomará, minutos... —Y decidida, me encamino a la última puerta y sin perder tiempo, ya voy desabrochando cada bendito botón.

El afloje de la venda, me hace suspirar largamente de felicidad.

Porque Dios, se siente también la soltura y libertad de mis pechos sin nada.

Pero, sin perder tiempo y solo haber disfrutado de eso, solo por un leve segundo.

Comienzo con el prolijo enrollado de ella, nuevamente sobre mi cuerpo lo mejor que puedo alisando cada parte, mientras me envuelvo.

A casi mitad de mi trabajo, pestañeo mirando mis manos.

Porque.

¿Dónde dejé el pañuelo de Cael, para ponerlo a un costado y sobre mi piel ardida?

Y los abro, sin poder creer y maldiciéndome.

Lo debo haber dejado sobre el lavado de manos, cuando me apoyé antes de encaminarme decidida acá.

Carajo...

Y no dudo, volteando ligero para buscarlo y tapando partes de mis pechos, que quedaron a medio cubrir con mi brazo cruzado y mano.

Mis ojos, se abren más.

Y tengo que usar la otra, para apoyarme con la pared más cercana por debilitarse mis piernas.

Cuando, encuentro a Cael.

De pie y a metro, mío.

Y maldición, porque mi vida se derrumba al igual que las piernas de él, cuando su mirada me recorre de abajo arriba y trastabillando al retroceder, cae contra el suelo.

Al verme semi desnuda.

Frente a él.

Y solo me dice entrecortado, por cubrir su boca con ambas manos desde el suelo.

—Santo Dios Elvis, eres...mujer...

La que me parió...

Capítulo 23

Cael

Probabilidad.

Si.

Cálculo matemático de posibilidades que pueden llegar a existir, de que una cosa suceda o se cumpla, en un suceso o evento futuro y que podemos expresarlo con número entre 0 a 1.

¿Ganar el premio mayor?

1 de 992 millones.

¿Ser golpeado por un rayo, mientras nadas en el mar?

1 de 188 millones.

¿Convertirse en un multimillonario, playboy filántropo como Tony Stark de las películas de Marvel?

1 en 575 millones.

¿Ser el presidente de alguna nación?

1 en 10 millones.

¿Qué un escritor raro y anónimo que guste de los nombres raros, se disfrace de Deadpool?

1 en 100 mil millones.

¿Estar aún tirado en el piso por tropezar dentro del baño de hombres de la editorial, sin reaccionar y darte cuenta que Beto es mujer?

No había estadísticas.

¿Entienden?

Nada.

Cero de los ceros, de probabilidades.

¿Entonces?

¿Soy o no soy gay?

Elvis intenta acercarse, pero retrocedo sobre mis pies y con ayuda de mis manos en el piso.

No entiendo lo que me quiere decir, porque balbucea.

Y creo que lo hago yo, cuando del pánico como asombro procuro hablar también.

Se detiene al notar que mantengo distancia y tomando una profunda

respiración sin dejar de taparse con su camisa totalmente abierta, trata de acomodar sus palabras.

—Cael... —Respira, más fuerte. —...no es lo que piensas... —Me murmura nerviosa.

La miro desde abajo y contra una pared.

—¿Qué cosa? ¿Que en realidad, tienes pene y no vagina? —Imposible, que no la recorra de arriba abajo. —¿Eres trans? —¿Entonces soy gay y me gustan los transexuales?

Dios, mi madre va a matarme.

Sus rodillas caen al piso, se abraza a ella misma negando y mirando el suelo.

—Si, soy mujer... —Murmura tan bajo, como si se lo dijera a ella misma.

—¿Por qué? —Solo sale mí, ahogado y sin poder creer.

Lo único que se pregunta mi mente, porque mi sistema nervioso para procesar todo no reacciona ni colabora.

Y mierda, con su rostro.

Más bien con sus ojos claros, cuando los eleva para mirarme.

Están cuajados y húmedos por retener ciertas lágrimas y señalarme, el miedo que la embarga.

Se encoje de hombros.

—Larga historia... —Suspira.

No tengo idea si pasan segundos o los minutos más prolongados que sentí en mi vida, por un silencio o calma que se hace, en este terremoto de emociones que fue descubrirla y ahora mirándonos en silencio tras su confesión.

No entiendo su jodido motivo o causa, que la impulsó a esto.

Y solo me limito a elevar unas de mis rodillas, para poder apoyar mi brazo respetando o más bien esperando que Elvis siga hablando.

Pero, no lo hace.

Coma total, su posición sentada sobre sus talones frente a mí en el piso.

Absorta y totalmente consumida, por sus pensamientos.

Hasta puedo sentir los engranajes de su cerebro, trabajando en ello desde donde estoy.

BEATRIZ

Quiero decir tantas cosas.

Explicarle mis motivos.

Pero, mi cuerpo no ayuda.

No reacciona, como las palabras que tengo retenidas a mitad de mi garganta y por más que entreabro mis labios, nada sale de ellos.

Solo suelto un gemido frustrado que al sentirlo presta más atención, pero al notar que me cuesta.

Dios, tan bueno como hermoso este hombre.

Me lo respeta y sigue callado.

Pero de golpe, ambos volteamos a la puerta del baño al mismo tiempo.

Mierda.

Porque, sentimos pasos de hombres viniendo.

Su conversación animada y caminata, señalan que vienen acá.

No sé en qué momento el gladiador ya está de pie.

Tampoco en que milésimas de segundos y tomando mis brazos, me levanta a mi también.

Como tampoco y en el preciso instante, que entrando nuestros colegas de trabajo.

Carajo.

Ya Cael me arrincona dentro de un cubículo, abriendo la primer puerta.

Que por el apuro y adrenalina, quedó a medio cerrar dejando expuesto el cuerpo del gladiador.

Más bien, su espalda a la vista de ellos.

Y a mí, contra la pared y bajo él.

Dejando poco y mal pensada imaginación, a un jefe de piso en una postura haciendo cosas muy raras a otro compañero de trabajo, por notarse mi camisa abierta.

Una de sus manos, en mi vientre desnudo.

Y mi pecho contra el de él, pero intentando no exponer mi identidad a los hombres que, con intenciones de ir a los orinales, pero siendo testigos de esto se congelan sus pasos como conversación.

Su aliento tibio, respira en el pulso de mi cuello por su rostro inclinado para ocultar el mío.

Uno tan acelerado, como la misma respiración de él y siento, por la presión de su cuerpo contra mí.

Saben, que es él.

Pero no se animan, a decir su nombre.

Cael, tampoco les habla.

Y aunque no puedo verlos, juraría que presiento las miradas que cruzan entre ellos sorprendidos y callados, sin saber cómo actuar frente al espectáculo que son testigo del jefe de piso Cael Lancaster y un empleado.

Optando para desgracia o bienestar nuestro.

Vergüenza, como llegamos a esto.

Tomando la mejor opción, de girar sobre sus talones y regresar por donde vinieron.

Dejándonos solos, nuevamente.

Y maldita y hermosamente, sea.

Porque, seguimos así.

Ya que, Cael ni yo nos movemos de la posición que estamos.

—Gracias... —Tartamudeo, sintiendo absolutamente todo su cuerpo sobre el mío y las jodidas dimensiones del asunto.

Como.

Calor.

De su duro pecho apretando el mío, como todavía su mano en mi piel y la otra, sosteniéndonos en la pared.

No me responde.

Se limita a nivelar su mirada gris, al salir de mi cuello.

—Fue mi primera reacción. —Al fin, dice.

—Para que no me descubran...

—Creo... —Interrumpe.

—¿Sabes que te reconocieron, no?

Asiente.

—¿Y qué, pensarán que eres gay? —Lo digo, muy en serio.

Vuelve afirmar, pero esta vez divertido y no entiendo.

¿Qué le causará, tanta gracia?

Pero su sonrisa cae, al bajar su vista entre nosotros.

Y notar sin saber en qué momento yo saqué el brazo que cubría mis chicas desnudas.

Maldición.

Porque, ahora lo hace su pecho presionándolas.

—¡Mi Dios! —Gimo, volteando contra la pared y dándole la espalda. —
¡Lo siento! No sé...en que momento yo... —Procuró taparlas con la camisa y abrochando algunos botones.

CAEL

Dije momentos antes, que mi cuerpo como sistema nervioso, no reaccionaba por lo que Beto era en realidad, un ella.

Pero, al oír compañeros viniendo al baño, algo me accionó.

¿Que la vean semi desnuda y expuesta su identidad?

En solo imaginar eso, mi sangre hirvió y en un estado puro de ebullición y sin siquiera pensarlo mucho, ya me encontraba con Elvis entre mis brazos acorralándola contra el primer baño que encontré en mi carrera.

No podría asegurar que personal, fue el que entró y me vio en esa postura sugerente con un compañero a medio vestir dentro de un cubículo.

Como tampoco afirmar, si sería cuestión de minutos que estalle por medio de las redes sociales de la editorial y personal, la jugosa primicia que el hijo de la presidenta tenía una cierta inclinación en el campo masculino y fetichismo de concretarlo en los baños.

Pero.

Jesús.

En solo pensar que ellos la vean así, mis cromosomas fueron posesivamente celosos.

Y Jesús, de vuelta.

Con sentir su pequeño cuerpo algo expuesto y desnudo, contra el mío aprisionándola en la pared.

Su respiración entrecortada.

Mi mano reteniendo su vientre y sintiendo cada condenado centímetro de su piel, respirando irregularmente por la situación.

Como su cabecita pegada en mí y yo, contra ella.

Fue cálido.

Se sintió lindo.

Y hasta no pude reprimir una sonrisa, al escuchar su preocupación.

Si supiera...

Pero esta se congeló al notar ambos, sus pechos desnudos y solo siendo tapados por mí, obligado a tomar una forzada y necesitada distancia de Elvis, cuando volteó para cubrirse cerrando parte de su camisa.

San carajo.

Disimulé mis nervios, dándole el espacio que le urgía sin dejar de verificar la puerta para luego al voltear, encontrarme ya a Beto totalmente vestida alisando la camisa como pantalón.

BEATRIZ

Me mira al girar y tras revisar la puerta de salida del baño.

Sus ojos se deslizan verificando mi atuendo, seguido a sacarse el suéter que lleva puesto y con su mano lo extiende para mí.

—No tengo frío. —Murmuro sin aceptarlo, pero Cael insiste buscando las palabras.

—Lo que sea, que no permitía que exponga... —Sus ojos bajan tímido a la altura de mis senos. —...tus pechos de mujer... —¿Suspira? —...no lo tienes bien armado...y se te notan... —La mano con su prenda, señala un costado y yo lo sigo con mi mirada.

Mierda, mierda y mierda.

Es verdad.

La camisa no es suficiente para tapar, no solo el pequeño bulto de las vendas mal enrolladas.

Sino, también.

El contorno de mis pechos.

—Gracias. —Vuelvo a decir, tomando su suéter.

Cual por su tamaño, cubre mis chicas como vendas.

—Deberíamos volver, Beto... —Formula conforme, viendo que nada se nota.

—Beatriz. —Digo y me mira raro.

Me hace sonreír.

—Mi nombre es Beatriz, pero me dicen Beti... —Creo que es hora, que sepa quién soy.

Y exhalo un fuerte aire, mientras retomamos la vuelta.

—...te debo una explicación...

—...varias... —Me dice y lo miro.

Aunque, él no lo hace mientras caminamos, se sonríe.

—Sí... —Asiento, también sonriendo algo avergonzada. —...varias...

—...y con vasos de cervezas de por medio en algún bar? —Sugiere algo ligero, deteniéndose y lo imito en la entrada de nuestro piso sin entrar.

Sus manos están en los bolsillos de su pantalón de vestir y aunque quiere lucir despreocupado por lo ocurrido en el baño y es de índole casual, todo Cael marca nerviosismo por su involuntario movimiento.

Y tic, bellamente hermoso.

De echar su pelo rubio, hacia atrás.

Afirmo, algo tímida.

Dios, parecemos colegiales.

—Si... —Le digo y me sonrío.

¿Feliz?

—¿Esta noche?

Vuelvo a afirmar y él vuelve a sonreír.

Pero detengo que ingrese al piso, tomando su brazo ganándome que mire la presión de ellos y luego a mí.

Cierro mis ojos, por un segundo.

—Oye... —Se inclina a mí. —¿podrías mantener el secreto de mi identidad, hasta esta noche que te explique todo? —Le pido bajito.

Me observa largamente y afirma.

—Esta bien, Elvis. —Me promete.

—Beti. —Le digo.

Niega.

—Siempre, serás mi Elvis... —Como si nada y se va.

Y pestañeo.

Mucho.

Por el maremoto, que se revuelve en mi interior por sus palabras.

Lo que no estoy segura.

Lo miro como entra a su oficina evitando una consulta de Matías, cierra su puerta y baja las correderas de sus cortinas.

¿Eh?

Si es, por seguir diciéndome Elvis o por la palabra, que pone antes de ello.

Carajo...

CAEL

Creo que no respiré, mientras dejé a Beto y entré al piso derecho a mi oficina.

Porque si respiraba cabía la probabilidad, de que no pudiera mantener mis hombros derechos como mi barbilla en alto y disimular al pasar por los chicos, corriendo la inminente posibilidad de que me desinfle y desfallezca como Fresita lo hace, cuando está con su pose de diva teatral.

Por eso sin detenerme y hasta evitando a Matías con una duda, entro a mi oficina cerrando la puerta y tomándome la molestia de bajar todas persianas americanas por un poco de privacidad.

Y una vez solo y oculto de ojos ajenos y con todo mi cuerpo apoyado, en la última cortina, me permito respirar libremente y a todo pulmón.

Jesús santísimo.

Tiro mis pelos haciendo unos pasos sobre mi lugar, recordando lo sucedido en el baño.

Beto.

El muchacho.

¿Alberto, es una mujer en realidad?

Me desplomo en mi silla frente a mi escritorio, masajeando mi sien.

—Mierda... —Gimo ahora restregando mis manos por mi cara, por mi cabeza llena de momentos con Beto.

El día de la convocatoria de trabajo.

En el parque, disfrutando su hotdog y su beso por ser aceptado.

Saber, que éramos vecinos.

Su timidez luego y viajando conmigo en el colectivo.

En el piso de accesorios, al descubrirlo mirando los zapatos de gamuza rosa y piedras.

Y. Guau.

Me tiro con todo mi peso en el respaldo del sillón mirando el techo, provocando que mi pelo se haga a un lado con un resoplo.

Al venir el recuerdo, de la puesta en escena de la cafetería y a Elvis entre las modelos.

Y una sonrisa estúpida, dibuja mis labios.

Porque.

Carajo.

Ella.

Simplemente ella y Beto, eran la misma muchacha fugitiva.

—No puedo creer cabrón, que te des cuenta recién que estás enamorado...

Levanto mi cabeza de golpe sobre la mesa y veo la gótica cara y sonrisa de diversión de Fresita, muy apoyado contra la puerta cerrada y haciéndose algo de aire con su abanico.

—¿En qué momento entraste? —Nunca, lo escuché llegar ni entrar.

Hace que piensa.

—Cuando golpee antes de ingresar y al ver que no respondías, lo hice y me deleité divertido en observar cómo soñador y risueño en tus pensamientos, te frotabas el pecho. —Larga entre risas.

Le frunzo el ceño.

—Yo no me frotaba el pech... —Le reprocho y me miro.

Y diablos.

Porque Demian también lo hace y me indica con el abanico, ya que

jodidamente tengo una mano en mi pecho frotándolo.

Donde, crece algo.

Solo mueve la cabeza y suspira.

—¿No te frotabas el pecho, pero si estás enamorado?

Lo miro.

—¿Lo sabías verdad?

Inclina su cabeza.

—¿Qué cosa?- Finge.

Que pendejo.

—Lo de Beto. —Insisto.

—Ohh... —Camina hasta la silla del otro lado de mi mesa, para tomar asiento.

Cierra su abanico de encaje negro y mira sus uñas pintadas de azul, luego a mí.

—Si. —Su mirada, se clava en la mía. —Entonces ¿Cómo va tu homosexualidad, cariño? —Ríe.

—Vete a la mierda... —Gruño, provocando que ría más fuerte.

Pero, una duda me surge y me acomodo mejor en mi asiento.

—¿Cómo supiste que me enteré?

Calma su risa y saca, su celular del bolsillo.

—Hace aproximadamente 20 minutos corre el rumor por red social, que han visto al gran macho e hijo de Ángela y Justo Lancaster en brazos de otro hombre, en el baño de hombres del piso de redacción y supuse que es Beto, porque yo estaba abajo y me lo debes si fuera el caso... —Divertido.

—Oh mierda... —Exclamo, con mis manos en mi rostro. —...dime que mi madre, no se enteró... —Ruego sobre mis dedos.

—Todavía... —Me da esperanza. —...está muy concentrada, en pensar como diablos revertir la publicidad cafetera, llamando a los agentes de la empresa y supongo que en encontrar la excusa perfecta para despedir a Beto, cariño...

Elevo mi vista.

—¿Qué? —Digo.

Pero no responde, porque sabe que fue una pregunta idiota la mía.

Yo mejor que nadie, conozco a mi madre.

Y sé perfectamente por la escena de la tarde, que Elvis sin querer desató la ira de ella.

Miro la hora de mi reloj, mientras deslizo la silla para ponerme de pie.

Ya casi, es la hora de salida.

—Habla con la manada de leones, Cael. —Me dice, sin moverse de su lugar y solo girando el eje de su silla para seguir mis movimientos.

Lo miro extrañado.

—Ángela es una sola, Demian. —Le digo.

—Pero vale, por cientos. —Acota.

Quisiera, decirle que no es así.

Corregirle.

Tomo mi saco de vestir, del respaldo.

Pero condenadamente tiene razón, maldita sea.

Capítulo 24

Beatriz

—¿Sucede algo? —Lo primero que pregunto al notar a todos charlar por lo bajo y muy intrigante, una vez en nuestro piso y previamente, de haber tomado serias respiraciones consecutivas para tranquilizar mi acelerado corazón, por todo lo ocurrido en el baño.

Tomo asiento en mi escritorio mientras lo hago, mirando curiosa a mis compañeros y disimulando mi ansiedad, acomodando unas carpetas.

Uno de los gemelos del otro lado de mi mesa y haciendo rodar su silla con las rueditas de su eje hasta mi lugar, se acerca a modo enigmático.

—¿No te enteraste, Beto? —Niego sin entender y mirando a todos que, se ve ante lo que sea que se enteraron, es jugoso el chisme y me observan expectante para saber que pienso.

Santiago señala la oficina, totalmente cerrada con el gladiador dentro.

—Por la red oficial de la editorial, alguien infiltró la noticia hace momentos... —Sus ojos claros vuelven a ir a la oficina del jefe y luego a mí, para susurrarme bajo. —...que se lo encontró a Cael en el baño de hombres, en una situación extraña y... —Eleva sus dedos, estilo "comillas en el aire." —...comprometedora y muy sexual con otro activo, dentro de uno de los cubíc...

Palidezco.

—¡Qué! —Ni siquiera, lo dejo terminar.

Ponerme de pie de golpe y mi grito, ganan a mi cerebro de frenar esa acción.

Y hasta mi chillido sé, que sonó por demás femenino por olvidar completamente que soy Betito.

Carajo. Carajo. Carajo.

No puede jodidamente, estar pasando todo esto.

Y más carajo, que por mi actitud silencio se hace por los chicos, que desde sus lugares mi miran sin gesticular como decir algo, ante la súbita exclamación masculina o no mía.

No tengo idea, como justificarla.

Pero en ese preciso momento y volteando todos por el sonido, la puerta de la oficina se abre por Cael que arrastrando su saco de vestir, sale sin siquiera mirarnos en dirección a la salida del piso para tomar con urgencia el ascensor.

Santa mierda.

¿Pero qué, está pasando?

Solo me limito después, a mirar a la puerta de la oficina que quedó suspendida y algo tambaleante yendo y viniendo por la fuerza del gladiador y me permite ver y no, a Fresita dentro muy tranquilo.

Achino mis ojos.

¿Y sonriente?

Sin dejar de abanicarse, relajado en su interior.

—Creo, que él ya lo hizo... —El otro gemelo murmura, rascando su pelo con su bolígrafo.

—Nunca lo sospeché. —Prosigue Matías, recostándose más en su silla pensativo. —¿Será verdad?

—No tengo idea... —Charly interrumpe, retocando su bálsamo de cacao en los labios con un pequeño espejo femenino de bolsillo tras su mesa, seguido de cerrarlo y mirarnos amenazantes con su índice en alto. —...pero, me pongo en la fila y es mío perras, ustedes sigan hetero. —Acusa divertido, provocando que todos rían a carcajadas, inclusive yo.

Dios, como amo a cada uno.

Y mi sonrisa, por eso cae.

Por mi engaño.

Esta farsa que construí y no poder tener la fuerza como valentía de poder decirlo.

Por ahora.

Y que, cuando llegue me odiarán.

Merecido.

Pero que duele como la mierda, en solo pensar en ese momento.

Como también.

Se me escapa un aire retenido en mi pecho y no, por culpa de las vendas masacrando mis pechos desde que empezó todo esto.

Miro el suéter que llevo puesto del gladiador, que por su tamaño las oculta.

En encontrar la manera, por ser absolutamente mía la culpa de todo esto.

En solucionar en el gran lío, que se encuentra Cael.

—¿A dónde habrá ido, como alma que se lo lleva el diablo? —Santiago,

sigue.

—Justamente, a encontrarse con él. —Fresita aparece, tomando asiento en un costado de mi escritorio.

—¿Su madre? —Casi al unísono, los chicos dicen y Demian como si nada asiente jugando con su abanico de encaje negro entre sus dedos.

—¿Perdón? —Ahora sí, que no entiendo nada y miro interrogante a todos. O sea.

Calculo que el gladiador, tiene su respectiva familia.

Pero todo esto, es chisme de trabajo y recién circulando.

¿Cómo sus padres, ya podrían haberse enterado?

—Ángela. —Me explica, Matías.

—Sí, la presidenta ¿Pero, qué tiene que ver con eso? —¿Quién no lo sabe? Y me encojo de hombros, sin comprender.

Pero mis ojos se van abriendo más, cuando captando a lo que se refieren las miradas de cada uno y siempre desde sus lugares me lo confirman, incluido Demian repitiendo otra afirmación.

—No jodan... —Exclamo buscando apoyo en Fresita que está a mi lado, porque estoy a 2.0 segundos de desmayarme.

Santo Dios.

Meada por elefantes, es poco.

Lo mío oficialmente, es por una manada de dinosaurios y hablo de esos gigantes y colosales monstruos de la prehistoria.

Suspiro asesinando una uñita de mi mano, mirando indecisa la puerta de salida como a los chicos.

Pero que, mala pata la mía...

CAEL

Mi madre, no se encuentra en su oficina.

Por Megan en un pasillo consultándole mientras sus celular no deja de sonar repetitivamente, la ubico dos pisos más abajo.

En la sala de debates.

Al abrir la puerta sin hacerme anunciar, la encuentro en una junta directiva encabezando la gran mesa de madera lustrada y ovalada, junto a mi padre a un lado también y disfrutando mientras ellos conversan, en degustar su taza de café y solo escuchando.

Al verme, levanta su vista de los papeleos que tiene en frente como cortando lo que sea de órdenes que estaba dando.

Automáticamente, el activo que estaba sentado al lado de mi padre deslizando su asiento me lo sede y toma otro lugar, unas sillas más alejadas que se encuentran vacías.

Agradezco su gesto y haciéndolo como dejando a un lado mi saco, mi viejo me recibe alegre y dándome la bienvenida con una palmada cariñosa en mi espalda.

—Justo a tiempo, Cael... —Ángela mecánicamente, continúa dejando arrastrar esas hojas en mi dirección, mientras señala al equipo de personas que rodea la mesa. —...deliberando para ofrecer a la empresa cafetera, un nuevo proyecto en tu publicidad fallida... —¿Qué? Y también, mecánicamente yo, lo tomo entre mis dedos para leerlo mirando a ella como resto. —...No están informados todavía, pero ya lo tenemos y agradeciendo mucho, tanto a los agentes como modelos por acceder nuevamente a la puesta en escena para la publicidad gráfica que, saliendo la idea confirmada ahora, mañana sin pérdida de tiem...

—No, mamá. —Corto ese interminable argumento explicativo, que sentí venir y sin siquiera tomarme la molestia de leer la carpeta, porque vuelve a ella al ser arrojada por mí cerrada.

—¡Cael! —Me reprocha, por mi acto.

No solo, por desafiarla.

Sino, también.

Por hacerlo frente a extraños, por más años que llevan con ella y ser parte de su equipo directivo bajo su mando.

Rasco mi nuca algo agotado, seguido a tirar todo mi jodido pelo hacia atrás observando cómo se pone de pie bruscamente y bajo la mirada atónita de su gente.

Porque, Ángela enojada es de temer.

Pero, ni mi padre como yo lo hacemos.

Por eso nos limitamos a seguirla con la vista y ante el único sonido, de sus exquisitos y elegantes zapatos de alto tacón que, con cada paso que da mientras camina y rodea algo la mesa espero su santa inquisición verborrágica contra mí, por desobediente.

—Esa publicidad, apesta.

—Esa publicidad, es la jodida mejor cosa que hizo la editorial. —
Respondo, sin titubear.

—¡No va a llevar a la quiebra y perder ese potencial cliente de años! —
Chilla, descontenta.

—Te equivocas. —También me pongo de pie y mi padre, me mira alertado por eso.

Raro, que pierda los estribos.

Pero la que siempre lo detona, la tengo frente a mí.

Sería incapaz de faltarle el respeto a mi madre, por eso lo tranquilizo con una mirada apaciguadora, pero voy a defender el trabajo de los chicos.

—¿Lo garantizas? —Su perfecta y bonita ceja se alza.

—Si. —Ni lo dudo y veo asombro en sus ojos grises, que heredé yo.

—¿Por qué? —No es una pregunta, es una advertencia buscando un punto vulnerable.

Sonrío.

—Porque, lo siento Ángela. —Sincero y convencido, más que nunca.

Ríe.

Pero, no divertida.

Más bien, burlona y mirando a cada uno de nosotros, continuo a su equipo que la imitan, pero con risita nerviosa ante la feroz jefa.

—¿Sentir? —Murmura, retomando toda su caminata por el salón. —¿Sentir? —Repite quedando estática en un extremo y como si esa palabra, no existiera en su vocabulario y créanme, que así lo percibo desde hace mucho.

Sus brazos cruzados se elevan al aire, para luego apoyar ambas manos en la mesa y frente a mí.

—Estamos a días, de la gran fiesta de apertura anual de Féminan... —Suelta. —¿Entiendes como la competencia y el ambiente, masacrarán el evento si llega a sus oídos este fracaso por nosotros? —Ni siquiera, espera mi respuesta. —Dije, que no Cael. —Es tajante. —¿Se hace, lo que yo digo! —Me ordena, volviendo a su equipo ignorándome. —El punto de sesión fotográfica, es el acordado anteriormente... —Retoma las directivas, mientras su equipo apunta sin pérdida de tiempo. —...necesito al personal técnico con la puesta en escena como fotógrafo, cuando las modelos lleg...

—Se hace, lo que yo digo Ángela.

Giro, ante esa orden y voz.

Carajo.

Porque es la de mi padre, maldita sea.

Mi tranquilo, silencioso y querido padre.

Y que, a su santa paciencia y bondad.

También la única persona que la desequilibra, es la elegante mujer que ama más que a nada y tiene de pie en la cabecera de la mesa directiva.

—Justo... —Le reprocha mamá al escuchar su tranquila, pero imperiosa voz.

Papá no se inmuta, poniéndose de pie y ni siquiera, se molesta en hablar.

Un gesto de su mano es suficiente para que entienda el resto, de salir de la habitación que obedientes lo cumplen recogiendo sus cosas y con ademán de respeto, de a uno por vez lo hacen para dejarnos solos cerrando la puerta el último.

Mi viejo, un hombre tranquilo.

Mi viejo siempre calmo y apacible, dejando lo que levantó a la par de mi madre.

Este imperio de la edición.

A cargo de su caprichosa y mimada mujer.

Una que, ama como el primer día y por más años pasando.

Porque, sabe que puede.

Sabe que, siempre fue su sueño.

Y sabe cómo nadie, de su eficiencia y capacidad indiscutible.

Pero, también entiende cuando frenar esa pasión.

Silencioso, camina en dirección a la pequeña mesa de servicio donde la cafetera con su tazas, como varias de agua mineral, esperan para ser usadas.

—Diablos...estoy viejo... —Murmura, al notar que le cuesta abrir la tapa de una simple botellita de agua para beber.

Y me hace sonreír por más situación en que estamos de saltarnos a la yugular con mamá, cuando noto que ella sin dudar y olvidando todo, corre hasta él para abrirla por estar ahora pendiente de su necesidad.

—Gracias, cariño... —Le susurra bebiendo varios tragos y mi madre, le sonrío feliz.

No se llevan muchos años, pero digamos que la tercera edad a mi padre, le llegó antes que a mamá.

Toman ambos asiento, en las primeras sillas del otro lado de donde quedé de pie.

—Sentir... —Mi viejo repite, dejando la botella a medio beber sobre la mesa. —...linda palabra y teniendo la dicha de haberla sentido y hasta ahora, muchas veces en mi vida. —Habla. Sus ojos van a Ángela. —Cuando te vi por primera vez, 36 años atrás siendo la simple novata entrando a trabajar donde yo lo hacía... —Una sonrisa, dibujan sus labios. —...cuando, me diste el sí. —Prosigue orgulloso, provocando que mi madre se sonroje aún más feliz, tomando sus manos con las suyas. —también, cuando ambos y con ganas de

más, decidimos levantar todo esto. —Formula, mirando las cuatros paredes pero luego, mi viejo me mira a mí. —Y sentí, más que nunca en mi vida y tras años de fracaso buscando, cuando me dijiste que al fin íbamos a ser padres... —Ángela lagrimea y mierda.

Porque, hasta yo veo nublado.

Papá palmea suavemente, sus manos entrelazadas a la suya.

—Cariño, no te parece que es hora ya ¿De volver a sentir? —Le consulta.

—No entiendo, explícate... —Su rudeza personificada hace sonreír al viejo, pero apoya su rostro en su hombro y sin importarle en manchar con algo de maquillaje corrido, el refinado saco de vestir que él lleva, limpia sus lágrimas apoyando luego su mejilla cual papá besa tiernamente.

—Perdón... —Meg aparece con medio cuerpo asomando tímida, tras abrir la puerta y golpecitos discretos antes.

Sorprendentemente mamá no se inmuta, que ella la vea en esa postura cariñosa y vulnerable con el viejo.

Como tampoco, que note sus lágrimas aún, enjugando sus ojos.

Ante ello, entra sosteniendo con demás fuerza su celular con ambas manos.

¿Emocionada y conteniendo, felicidad?

—¿Sucede algo, Meg? —Me preocupo, acercándome a ellos.

Megan mira a los tres, radiantes.

La conmoción que sea que trae como noticia apenas la deja hablar, pero tomando una profunda respiración y tras exhalarla y se podría decir que, hasta conteniendo saltitos de alegría sobre su lugar, eleva su móvil corporativo ante nosotros que suena sin parar.

—¡Suceder, es poco! —Al fin, exclama sonriente. —¡La publicidad cafetera, es todo un éxito! —Chilla emocionada. —¡No a dejado de sonar, hace pocos más de media hora! —Prosigue exaltada. —El público tomó con notoriedad, la publicidad cafetera...con...modelos reales... —No puede hablar bien de la exaltación alegre que retiene, mientras intenta mostrarnos por la pantalla de su celular la página oficial de la editorial, con el post publicitario y con cientos de comentarios favorecedores de usuarios.

Mujeres.

Amas de casas y hasta de índole académico, felicitando nuestro trabajo.

Y hasta hombres.

Muchos.

Y carajo.

Porque Megan presta abriendo el correo de la editorial, nos indica el

extenso mail por la empresa cafetera también felicitando, agradeciendo y augurando más años de contrato, con nosotros encabezado nuestros servicios publicitarios.

Me dejo caer, en una silla.

—Mierda... —Exclamo, más que feliz por los chicos.

Y por Beti.

Mi Elvis.

—¿El plan a seguir? —Megan sin pérdida de tiempo, mira a Ángela por órdenes ante esto.

Mi madre que nunca perdió su postura abrazando al viejo, se limita a encogerse de hombros.

Pero, me señala con su barbilla.

—Aunque soy buena jugadora, reconozco una derrota bien perdida... — Dice, ganando otro beso de papá, pero ahora en su frente. —...mi hijo como su equipo de piso lo lograron, es el jefe... —Dictamina delegándome a como seguir.

Y se lo agradezco, con una sonrisa.

—¿Hora de largar la tirada del magazine, como los preparativos de la fiesta y avisar a los chicos de su éxito? —Suelto y Megan chilla feliz, saliendo de la habitación tras una despedida fugaz a mis padres por la emoción aún.

Y yo tampoco quiero perder tiempo, mientras vuelvo a ponerme de pie mirando mi reloj y buscando mi saco.

—Hijo... —Pero mi madre me detiene, sobre mi mano en el pomo para abrirlo.

La miro.

—¿Qué vas hacer? —Solo, dice.

Ni necesito adivinar.

—¿Con Vanesa? —Digo.

Asiente.

—Nada.

—Cael... —Amonesta.

Me giro sobre la puerta, para enfrentarlos.

—Amo a otra persona. —No quiero, dejar dudas.

—¿A ese hombre? —Papá larga y mamá, se eleva para mirarlo interrogante.

Carajo.

—¿Cómo? ¿Qué es eso, de hombre? —Pregunta, sin entender ahora

mirándome a mí.

Más carajo.

—Ese chisme de las redes. —El viejo natural.

—¿Cuál? —Insiste.

—El que parece, que nuestro muchacho es gay. —Como si nada, quiere explicarle.

—¡Gay! —Repite mi madre sin creer y al escuchar lo sucedido por papá, la situación del baño.

Y yo tapo mi rostro con mis manos, rogando que me trague la tierra y me escupa en el bar para que, de una jodida vez pueda encontrarme con Elvis.

Se pone de pie.

—Mamá, no empieces... —Atajo con mi mano en alto, lo que sea que viene de ella.

—Pero... ¿es verdad?

La miro.

—¿Lo del baño, con otro hombre?

Asiente.

Bufo.

—Si. —Para que, mentir.

Camina algo, muy pensativa.

Se detiene y voltea a mí.

—¿Lo quieres? —Sigue sin creer.

—Amo. —Corrijo.

—Jesús... —Exclama, con una mano en su pecho palpándolo.

Y mierda.

Porque, no puedo dar muchas explicaciones.

Ya que prometí a Elvis, no delatar su identidad hasta que lo conversemos esta noche en un bar, menciono aparte que luego esclarecer eso a Ángela, tornando más tiempo.

Vuelvo a chequear, la hora de mi reloj.

Y diablos.

Porque, a salida laboral ya pasó hace rato.

—Tengo algo urgente que hacer, pero prometo aclararles todo más adelante... —Les digo abriendo la puerta y sin pérdida de más tiempo, saliendo y dejando a mis padres.

Uno, sonriente y saludando con su mano en alto siempre y como mencioné antes, calmo.

Y otra, perpleja y sin terminar de procesar lo que jodidamente es mi vida como inclinación amorosa.

BEATRIZ

—¿En serio, no vienes Beto? —Charly persiste, estando todos afuera de la editorial.

Meg momentos antes llegó al piso y bajo el asombro de todos como festejo, por el rotundo éxito de la publicidad a nuestro cargo.

Me insisten y casi rogando todos los chicos, que los acompañe a un bar y celebrarlo.

¿Pero recuerdan, que quedé con el jefe?

Acomodo mejor, las correas de mi mochila en mis hombros.

—Lo siento, chicos... —Me justifico. —...realmente, estoy cansado... — Porque, es verdad. Muchas emociones en un solo día. —...prometo, para la próxim...

Y una consecutiva bocina, me interrumpe.

Cual, agradezco.

Es Fresita estacionando en su súper camioneta 4x4 doble cabina, tan hermosa y oscura como mi gótico amigo.

Su grito, bajo el vidrio de la ventanilla del acompañante bajándose automáticamente, no se hace esperar.

—Ya dejen al pobre Beto, en paz... —Les exclama, algo inclinado desde el volante. —...no ven que su rostro es un caos de cansancio? —Me guiña un ojo cómplice y le sonrío con disimulo mientras los chicos se despiden de mí, para subir a la camioneta algo desinflados, pero exclaman jubilosos y a coro, cuando Demian promete todas las rondas de tragos como pizzas a su cuenta.

Los saludos con mi mano en alto desde la acera hasta que lo pierdo de vista, por la concurrida avenida y su tránsito.

La noche está casi llegando y miro, el cielo casi nocturno y estrellado volviendo mis manos a mis correas de la mochila.

—Siento, la demora... —Cael, habla a mi espalda.

Volteo, para encontrarlo caminando hacia mi dirección.

Sacudo mi cabeza.

—No importa.

Y Dios, el rubor sube y calienta mis mejillas.

Porque sin imitar mi voz de hombre, me di cuenta que hice la mía natural.

La de mujer.

Se sonrío al llegar y ver, que palpo mis mejillas rojas y por mi verdadera voz.

Calor.

—Ni se te ocurra, Elvis. —Me advierte.

—¿Qué cosa?

—Volver, a esa otra voz...

Y se me escapa una risa, mirando todo lo que nos rodea y luego a él.

—¿Quieres que hable así donde sea que vamos, como Beto... —Señalo su suéter que llevo puesto, como mi indumentaria masculina. —...pero, siendo Beto?

Me sorprende, tomando mi mano y entrelazando sus dedos con los míos, de un forma muy tierna.

Mucho más, calor.

Señor, debo estar ardiendo.

Se inclina algo.

—No. —Me murmura y se sonrío más.

Y yo lo hago también y sin entender mucho, el por qué.

—Solo quiero, que seas mi Elvis... —Finaliza.

Oh Dios...

Capítulo 25

Beatriz

No suelta mi mano sobre la acera caminando mientras esquivamos transeúntes, pese a la hora nocturna que es mucha y lejos de la laboral.

Pareciera que la noche estrellada y cálida invitó a que muchos.

Como nosotros mismos.

A hacerlo y disfrutaran de ella caminando en compañía o no.

Tampoco me suelta la mano, cuando el gladiador y siendo llevada por él, se detiene en una esquina de semáforo y a la espera, que de verde al peatón.

Puedo sentir como la gente que aguarda igual que ambos para cruzar la avenida, algunos despistados y otros no, miran curiosos nuestras manos unidas.

Pero también, siento como Cael sin importarle eso reafirma más la suya con la mía y elevando mis ojos, es para encontrar la suya un paso más adelante y por sobre un hombro muy sonriente.

Y creo que, hasta orgulloso.

De que nos tomen como una pareja gay.

Una linda pareja, de un simple muchachito y un atractivo que duele de lindo, caliente vikingo de ojos grises.

Y menos aún, suelta mi mano.

Al detenerse frente a un local, tras caminar más calles.

Y oh Jesús de lo más hermoso, para mi sorpresa.

Frente a la cafetería, que yo trabajaba antes.

Mierda.

—¿No era en un bar? —Digo y creo que mis ojos están desorbitados, porque me mira raro.

¿O divertido?

Sube nuestras manos entrelazadas entre nosotros, seguido a con la otra empujar la puerta.

—Yo creo, que la charla... —Murmura ahora con sus ojos en la vieja, pero linda fachada de la cafetería. —...debe, ser acá Elvis...

CAEL

Noté que mordiendo su labio, solo asintió mientras ingresábamos.

Jamás, le solté la mano.

Ni antes ni ahora, buscando un lugar para sentarnos.

Y como supuse, familiaridad encontré en Beto una vez dentro, por cómo se desenvolvía caminando dentro y eligiendo una mesa junto a la gran ventana que da a la acera, para sentarnos uno frente al otro dejando su mochila a un lado.

Como también y solo me limité a sonreír para mi mismo y cruzando mis brazos sobre la mesa.

Cuando la dueña al llegar hasta nosotros y reconocer a Elvis vestido de muchachito, un sonrojo cubrió las mejillas.

Y Beto, suspiró.

—Cael, ella es la señora Jong cual trabajé muchos años en su cafetería... —Me presentó, seguido a mirar a la anciana. —...él es mi editor en jefe, para la editorial que trabajo. —Le dice. —Y ya sabe, que soy mujer... - Y ambos, solo afirmamos a modo saludo.

—Creo que necesitarán, café bien negro y fuerte. —Elije por nosotros, haciendo que ambos sonriamos y le demos totalmente la razón.

Miro todo lo que me rodea.

—¿Aquí, comenzó todo? —Lo primero que me sale, una vez que la mujer se va y a Elvis se le aflojan los hombros.

—¿Cómo, te diste cuenta?

—Me lo dijiste... —Sus cejas, se fruncen sin entender y sonrío. —...el día de la puesta en escena, para la sesión fotográfica tras mi confirmación del baño de hombres. —Y su linda boca, hace un O comprendiendo. —No dudaste, Beto. —Prosigo, mientras recibimos por la dueña humeantes tazas de café recién hecho y con su aroma invadiéndonos. —Gracias. —Le digo antes de retirarse y la señora, me regala una sonrisa de comprensión.

En realidad, no para ella.

Si no, por Beto sentado frente mío.

Un ruego, de cariñosa benevolencia a mi Elvis.

—No vacilaste tras el fallido proyecto en venir acá, ni hubo titubeo en llamar a tus amigas y sabe Dios después, en como convencerlas para que se haga y por sobre tu engaño, que estaban al tanto... —Tomo algo de mi café y su calor e intensidad, me da la energía para seguir. —¿Cómo llegaste a la editorial? —No me aguanto.

Su sonrisa es triste, mientras bebe algo de su taza.

—Tú, me lo dijiste también.

Y ahora soy yo, la que lo miro extrañado.

Su brazo y apuntando con un dedo, señala otro extremo de la cafetería.

Una de las mesas, cerca del mostrador de pedidos.

—Estabas con otro hombre, hablando. —Mierda si, ahora recuerdo. —Él, luego se fue y apareció minutos después, Ángela... —Se acomoda algo incómoda sobre su silla, para después seguir algo intimidada. —Tu madre...

—¿Sabes ya, eso?

—Me enteré hoy, por los chicos en el piso... —Y su rostro, sube dos tonos ante el recuerdo y evita, no mirarme a los ojos tomando más café de lo necesario. —...y después, de la situación del baño... —Que bonita es tan tímida y con su verdadera voz, haciendo aflojar mi pecho.

Y ganas contenidas de hacer a un lado la mesa, para tomarla entre mis brazos me superan.

Pero, su cuerpo más retraído por culpabilidad, me detiene.

—Cael, tras irte con Ángela dejaste sobre la mesa, el periódico donde estaba la postulación para el nuevo cargo en tu pi...

Y mi corazón, golpea.

—¿Tú eras, el muchachito? —La interrumpo, recordando quien nos atendió.

Y el respaldo de mi silla recibe todo el peso de mi espalda, por el asombro que tengo mientras tiro mi pelo hacia atrás con mis manos sin poder creer.

Ya que, suponía que Beto trabajaba acá, pero nunca que ella misma lo hizo.

Si no y más bien, un compañero de turno.

Y empiezo, a comprender.

BEATRIZ

Puedo notar aparte de la sorpresa que el gladiador se lleva, que también comienza a entender de a poco el por qué, de toda mi mentira.

Engaño, cual no estoy orgullosa pero ante la tristeza y desesperación lo hice.

Y su postura como rostro me pide que prosiga y sin poder evitar, sonreí ante su famoso "*muchachito*," que tanto odié y ahora maldita sea.

Solo llena y muy en contra de ese sentimiento que siento por él, de calidez

en cada rincón de mi ser.

—Me recibí, hace pocos meses... —Continúo. —...y sobre muchas solicitudes, de trabajo a mi carrera. —Me concentro en jugar, con la taza ya vacía entre mis manos. —Muchas también, de rechazo... —Lo miro. —...ya que, la demanda iba al campo masculino.

—Hombres... —Murmura y asiento encogiéndome de hombros y como resto de explicación, lo que me convertí y tiene frente suyo.

Pero respiro hondamente e intentando dibujar, la mejor sonrisa que mis labios pueden y bajo la amenaza, de unas lágrimas asomando en mis ojos.

—Quiero y respeto muchísimo a los chicos. —Digo por Charly, Matías y los gemelos. —Y mi corazón se rompe, en solo pensar cuando se enteren de esto como voy afrontarlo.

—¿Y a mí? —Suelta.

CAEL

No me aguanté y se lo dije.

—¿Tú, qué? —Y otra vez, sus ojos claros no se fijan en mí y busca cualquier punto de la cafetería.

—¿Me quieres? —Susurro natural, aunque mi estómago se hunde de pura emoción.

Ríe nerviosa y sus labios buscan y beben, café que no hay ya en su taza vacía y eso, me hace sonreír.

—Y respeto mucho, también... —Focalizada en el mantel de nuestra mesa y como si su diseño a cuadros, fuera una cosa super importante.

Exhala, nuevamente aire retenido que tiene y levanta al fin sus ojos.

—...yo prometí, que solo sería temporal ¿sí? —Noto que la seriedad vuelve a ella y yo, cruzo más mis brazos sobre el pecho atento y porque me toma desprevenido.

Creo.

BEATRIZ

Y esos labios que harían pelear a cualquier mujer de la tierra contra otra por lo perfectos, se entreabren para decirme algo, pero súbitamente la puerta de entrada se abre ingresando un grupo de adolescentes, charlando entre ellas divertidas para tomar asiento y juntando dos mesas, interrumpiendo lo que sea que el gladiador me iba a decir.

Son muchas y la señora Jong, no podrá con todas ellas y no lo pienso dos

veces.

CAEL

¿Temporal?

¿Qué mierda, quiso decir con eso?

No tengo idea.

Pero me alerta y quiero que se explique.

Y cuando estoy por pedirle ello, un grupo de jóvenes entra a la cafetería para tomar asiento en mesas y la calma que había para mi desgracia, se torna en una revolución alegre de poco más de media docena de muchachas, pura sonrisas y conversación entre ellas efusivas.

Carajo.

—Lo siento... —De golpe Beto poniéndose de pie, me dice mirando ese jolgorio juvenil y señalando a la dueña del local, medio dormitando desde una silla y que no puede con ella al despertar y ver tanta gente para atender. —...solo será unos minutos, pero necesita de mi ayuda. —Me sonrío.

Elvis no me da tiempo, ni siquiera a que diga algo.

Caminando con pasos ligeros y ya tras el mostrador, colgando y poniéndose un delantal con el logo de la cafetería, seguido a tomar una bandeja de servicio y una sonrisita de agradecimiento de la anciana, atiende presta a las muchachas en las mesas.

Y a mi placer reacomodándome sobre mi asiento, me limito a observarla mientras toma sus pedidos y sonrío como estúpido, cuando ella con libretita en mano y atenta a cada una, también lo hace apuntando lo que desea cada una.

La recorro visualmente de arriba abajo y dándome de a patadas mentales.

Porque no entiendo como esa vez en la cafetería, la pude confundir con un muchacho.

Y sigo sonriendo, como idiota enamorado.

Si ahora mismo vestido de hombre, toda Beto irradia una dulce y tierna feminidad con su pelo cortito, pantalones masculinos y mi suéter abrazándola.

Porque, no lo lleva puesto.

La abraza.

Pero mi sonrisa cae, como también mi mirada de puro disfrute, viendo en vivo y directo esa etapa de su pasado antes de conocernos.

Ay, mi corazón.

Y me enderezo de golpe, sobre mi silla muy serio.

Cuando esas atrevidas empiezo a notar, que miran de forma descarada e

intentan coquetear con él llenándolo de preguntas.

¿Que si tiene Instagram?

¿Su edad?

¿Número celular?

¿Con mi Elvis?

Mierda, no.

Miro para todos lados, muerto de celos.

Piensa rápido, Cael...

Y mis ojos, se depositan en el delantal que lleva puesto la dueña del lugar.

BEATRIZ

Son lindas.

Y me hacen sonreír, mientras casi termino de anotar sus pedidos, como intentan sacar información de mí.

—Somos gay. —La voz seca del gladiador, se escucha de golpe.

Como su alta, sexi y por demás masculina presencia, a lado mío y llevando también.

Y quiero, reír a carcajadas.

El delantal que usa siempre la señora Jong, muy femenino y todo estampado en la gama de los rosas con volados en sus bordes.

Y un terrible silencio, se hace repentinamente por todas las muchachas, que se miran entre ellas congeladas en sus asientos.

Pero Cael como si nada, tomando la libreta entre mis manos y adelantándose un paso, prosigue aferrando mi hombro con un cariñoso, pero posesivo abrazo y siempre mirando a ellas.

—Sus pedidos estarán en breve... —Dice, elevando la libretita y tomando nuevamente mi mano para llevarme con él y en dirección al mostrador donde la señora Jong aguarda.

Pero se detiene a los pocos pasos, para voltear a las muchachas otra vez.

—...y si... —Me palmea. —...él, es el activo en la relación. —Declara, sobre los murmullos que se sienten de algunas, para dejarlas estáticas y comparando si eso puede ser verdad frente al colosal y armado tamaño de Cael, al delgado y bajo mío.

CAEL

Las carcajadas de Elvis acompañaron todo nuestro regreso al edificio, ante mis dichos a las chicas en la cafetería.

Demás decir, que yo las seguí atendiendo, porque ni mierda Beto lo haría y solo se limitó con la dueña, en hacer los pedidos detrás del mostrador.

Imposible, que yo no lo hiciera también y ambos solo riamos bajando del taxi, entrando a nuestro edificio como subiendo a nuestro piso en el ascensor.

Pero la mía, se apagó bruscamente.

Jodida mierda.

Cuando saliendo de su interior los dos, me encuentro junto a la puerta de mi departamento y a mi espera.

A Vanesa.

De pie y apenas apoyada contra la pared vecina y que al verme llegar, se yergue sobre sus delicados zapatos de tacón alto sin dejar de mirarnos a ambos y aferrando más, la elegante cartera que lleva en sus manos.

—Cael... —Se atreve, a pronunciar suavemente mi nombre e intentando hacer unos pasos, hasta donde estoy.

Ya que, me quedé sobre mi lugar y sin moverme al verla.

Elvis no tengo idea que pasa por su cabeza, pero lo que intenta decir saliendo más que un titubeo, lo quiere acompañar con una retirada y huir a su departamento.

Pero aferro su brazo, negando.

—Estoy ocupado, Vanesa. —Solo digo, sin soltar a Beto y buscando mis llaves en el bolsillo de mi pantalón.

—Solo quiero, que hablemos. —Me pide haciendo otro paso, pero lo retrae al ver mi mirada.

Una sin nada de invitación, a lo que sea.

—Estoy ocupado, Vanesa... —Vuelvo a repetir y una mano de Beto, se apoya en la mía que no suelta su brazo.

—Es tarde, parece que ustedes necesitan charlar y yo, debo dormir. —Me dice conciliadora y mi corazón se oscurece, al notar no solo su mirada comprendiendo cosas que no tengo idea qué ante esto, como nuevamente su voz de muchachito.

Pero, me rehúso.

Me niego, completamente.

Y creo que hasta mis ojos se lo suplican, cuando sacudo mi cabeza diciéndole no.

—Por favor, Elvis... —Le pido.

—Por mí, está bien. —Vanesa dice mirándome, para luego a Beto largamente. —Si deseas que tu amigo esté presente, no me molesta Cael.

BEATRIZ

Y maldigo mi voluntad, que de hierro no tiene nada.

Más bien, de mujerzuela por mi si fácil siguiendo al gladiador y a ella al interior de su departamento, cuando abre para nosotras.

—¿Quién, te dijo mi dirección? —Solo dice una vez dentro y lanzando, las llaves a la isla de la cocina.

Lugar donde queda apoyado y cruzado de brazos, esperando que responda.

—¿No hay, taza de café? —Es su respuesta, observando con pequeños pasos la sala y lo que nos rodea muy curiosa.

—No es, una invitación. —Serio, pero mirándome y señalando su refri por si yo deseo algo, cual niego en silencio.

Y jodidamente, siendo testigo de todo esto.

Ella se sonríe, al escuchar su tosca y poca amabilidad.

Pero, no la detiene y apoyando su cartera que a la legua, dice a gritos que es de diseñador sobre un silloncito, se gira a nosotros.

En realidad a Cael, porque sinceramente ni presta atención en este momento a mi persona.

Pero, yo sí.

Y es, muy hermosa.

Alta, estilizada con su elegante y a la moda ropa, donde su pelo oscuro y bello rostro maquillado, perfectamente está en armonía y como si recién, bajara de una pasarela pese a la hora tardía que ya es.

—¿Entonces, es verdad? —Suelta, de su impecable labios carmín.

Sus ademanes son delicados y hasta podría decir con sumo control, pero algo de ella me dice que interiormente, sus nervios quieren hacerse cargo.

Y Cael, se sonríe con asco por entender.

Cosa que, todavía yo no.

—Pasó tiempo ya Vanesa, desde que me dejaste tirado como un perro y con el anillo en mano...

¿Anillo?

¿Qué?

Y mis manos, van a mi boca.

¿Ella es, acaso?

—...y temes más el qué, dirán por lo que llegó a tus oídos? —Él formula, intentando entender y suspira largamente.

—Cael, solo quiero que volvamos. —Niega. —Pregunté, porque me niego a ello... —Sacude su cabeza, haciendo pasos lentos a él y midiendo su

reacción ante su acercamiento. —...estuve mal, si? —Le quiere explicar. — Hui, y no enfrenté lo que estamos destinados...pero, lo pensé...

—¿Destinados? —Repite, el gladiador con sorna. —No, Vanesa. —La corrige. —No fue destino, más bien señal. Signo de que debía detenerse, pero en las peores condiciones para mí, porque plantado, herido, muy borracho y rodeado de la mejor propuesta que durante meses lo pensé y llevé a cabo y siendo telón, el jodido cielo lleno de fuegos artificiales para ese momento...dándome cuenta... —Suspira, fuertemente. —...dolorosamente, que no estábamos destinados...

Y a mi mente viene, mi charla con Fresita de estas condenadas causalidades que ellos dos hablan y hasta ahora me cuesta creer y siempre metido.

El destino.

Y como tal, me inclino sacando de mis hombros mi mochila, para que algo flexionado y abriendo su cierre principal, bajo la mirada de ellos por interrumpir su enfrentamiento.

Río triste, dentro mío.

Y ahora me corrijo yo, porque la verdad no es una disputa, más bien son reproches de enamorados.

Buscando lo que guardo, de esa noche del mercadito bar y siempre tuvo dueña.

Una, que tengo frente mío y está siendo reclamado.

—¿Beto, que haces? —Cael interrogante y aunque no lo veo por revolver el interior, la siento en mí.

—¿Él, es Beto? —Dice ella y sintiendo también, su ojos en lo que hago.

Me incorporo, volviendo a ponerme la mochila y sin importarme que quedó totalmente abierta, pero extendiendo ambos brazos frente a ellos y sosteniendo con ambas manos.

La fina cajita de gamuza roja, con la alianza.

Intento sonreír.

—Es tuyo... —Le digo a ella, feliz dentro de mi tristeza.

Vanesa algo sorprendida, lo acepta sin comprender y abriendo con delicadeza, ve la bonita sortija de oro blanco y piedra.

—¿Mío? —Titubea, pero fascinada totalmente y hasta sonriendo.

—Si. —Dice Cael algo nervioso, pero sin dudar y ella sonríe más llevando una de sus bonitas manos a su pecho.

Y es suficiente, para mí.

Ya que, es hora de irme para dejarlos solos.

Y porque, si continuó un segundo más, las probabilidades que me descomponga en llanto es inevitable.

—No, Beto... —El gladiador, se opone al notar mis intenciones.

Pero, no hago caso.

—Elvis... —Siento su orden.

—Es lo mejor. —Murmuro a ambos y no tengo idea que voz me salió, mientras me marchó.

Si la de Beto o Beti.

Porque jodidamente, las lágrimas nublando mi vista y ahogando mitad de mi garganta por contenerla, no me lo permiten.

Cierro la puerta de su apartamento tras mí y las primeras, desbordan silenciosa por mis mejillas, obligando a secarlas con el puños del suéter del gladiador.

—Disculpe... —Murmuro a alguien que rozo sin querer con un hombro, por no ver nada y no me fijo ni siquiera quien es en el pasillo, gracias a mi llanto mientras abro a sueltas y apuradas mi puerta.

Porque, necesito estar sola.

Necesito pensar.

Y necesito con el alma, dar rienda suelta a mi sollozo desconsolado arrojada en mi cama.

CAEL

—¿Cómo, que no vino todavía? —En realidad, no es una pregunta.

Más bien lo estoy reclamando e incongruentemente de pie.

Con mis manos en la cintura y haciendo a un lado por demás fuerza, mi saco de vestir abierto y frente a los cinco escritorios de mi piso, ocupados por los chicos.

Pero malditamente el que me importa, viéndolo vacío.

El de Elvis.

Mierda.

Estoy a dos segundos, de tirarme de los pelos y que me agarre la rabieta del año.

Mi conversación con Vanesa duró lo que tenía que ser, una vez que Beto se marchó.

Y no me atreví ya todo conversado, de ir y golpear su puerta por ser demasiado y para mi gusto tarde.

Pero si lo hice, hoy temprano y ante el silencio.

Si, hasta apoyé mi oreja en su puerta cual potente acosador sin importarme mierda, que me descubrieran.

Deduciendo, que algo avergonzada vino a la editorial más temprano.

Pero, no.

Mi pronostico, condenadamente falló y acá estoy.

A segundo de armar un escándalo y totalmente irritado por su ausencia y esa temible palabra que flota en mi mente y dijo ayer en la cafetería.

Temporal.

—Cálmate Balboa... —La voz apaciguadora de Fresita a espalda mía, suena entre nosotros y provocando risitas en los chicos desde sus escritorios.

Impecable en su traje raso en negro y con toques verdes, a juego con el esmalte de sus uñas y maquillaje gótico hace su acto de presencia, cargando con cierta dificultad pero delicadeza lo que parece grandes cuadros prolijamente envueltos y embalados en papel madera.

—¿Y eso? —Murmuro, mientras vemos como con ayuda de Matías socorriéndolo, lo apoyan en una pared.

—Gracias, corazón... —Le agradece, sacudiendo sus manos entre sí. —Ángela, me visitó anoche.

¿Qué?

—¿Mi madre? —Raro.

Afirma, caminando hacia el dispensser de agua haciendo aire teatralmente con una mano, mientras se sirve algo en un vaso plástico.

Bebe, un par de sorbos.

—Esto de ser pobre sin coche, no es lo mío... —Declara, acompañado con morrito en los labios. —...vine en taxi y con los dos cuadros ¿Pueden creerlo? —Prosigue, totalmente asustado a esa semejante proeza, haciendo reír a los chicos.

¿Y otra vez, qué?

Toma asiento, en la silla de Beto.

—Ángela me visitó, para pedirme dos cuadros... —Se relaja. —...y tras horas, de seleccionar las adecuadas en mi estudio como galería, charla de chicas y taza de té antioxidante para la piel... —Vuelve, hacer reír a los chicos. —...me pidió este gran sacrificio, que las traiga en la mañana para comenzar con la decoración de la fiesta.

—¿Y? —No tengo, mucha paciencia hoy.

Me rueda sus ojos azules y esfumados de negro.

- *Top secret...* —Como toda explicación.

Me cruzo de brazos.

—¿Qué sorpresa?

Se sonrío.

—No sería, si te lo digo... —Se pone de pie, chequeando la hora de su reloj. —...debo irme...mi princesa Sofía, espera... —Se despide con pasos apurados.

Y miro a los chicos, sin entender.

Hoy, no es mi día.

—Le dice así, a su camioneta... —Charly, me ilumina.

—Anoche se descompuso saliendo de la cena, festejando el éxito de la cafetera. —Prosigue Matías. —Y nos dejó, varado en plena calle...

—Pero por suerte, un chico que trabaja en un mercado 24h, nos auxilió. — Sigue Esteban, uno de los gemelos.

—Un caliente y macho chico... —Gruñe sexi, Charly.

—¿Cómo va todo, para la fiesta? —Cambio de conversación, porque mi cabeza no tiene fuerza ni ganas de procesar, pero notando que mi mejor amigo como ellos, tampoco les fue bien anoche.

—Catering y servicio de decoración armando y verificado por Megan. — Santiago responde, bajo el asentimiento de su hermano al lado al unísono.

—Invitación, todos confirmados. —Matías eleva la carpeta, con la nómina de presentes.

—Y la salida de la revista, ratificada desde la imprenta para que en la madrugada de mañana como se estipuló, salga a la venta y distribuya. — Charly, orgulloso.

Y respiro aliviado, mirando a todos y felicitándolos, con la mirada en silencio.

Con la fiesta anual pisando los talones y a horas, es bueno ver que todo marcha bien.

Marcha demasiado bien.

Como los pasos en zapatos altos por sus tacos, que sentimos caminar preciso y firmes, desde el corredor y en dirección a nuestro piso.

Y tanto los chicos como yo mismo, miramos curiosos a la puerta de entrada.

Y mi mandíbula, cae.

No.

Caer, es poco.

Más bien, se desencaja completamente hasta que creo, en el punto de dislocarse un hueso.

Al llegar esas hermosas piernas femeninas de altos tacones en azul y detenerse, en la puerta ante nosotros y discreción.

Y la recorro lentamente, de abajo arriba a su cuerpo trajeado de falda mismo tono que sus zapatos y camisa entallada abrazando como dibujando cada jodida curva de su cuerpo.

Hasta encontrar.

Encontrarme.

Mis ojos con la mirada de su rostro muy bonito maquillado suave y femeninamente, siendo sostenido un lado de su cortito pelo, por una delicada prensa.

—¿Elvis? —Gesticulo, lo que mi corazón late.

Y sus labios dibujan una sonrisa sincera, tras el brillo labial cereza mirando a los chicos.

Para luego, descender los dos únicos escalones y viniendo con toda la confianza del mundo.

Hacia a mí...

Capítulo 26

Beatriz

El aire del piso es tan tenso, que juro que con tijera se podía cortar.

Y los cinco bonitos rostros.

De todos.

Inclusive, el gladiador.

Están en un tipo coma, sentados y uno de pie farmacológico.

Sin gesticular movimientos y solo, mirándome sin pestañear desde sus asientos.

—Si chicos, tengo tetas. —Digo entre atrevida y valiente, a lo que sus rostros y ojos preguntan, pero no se atreven a afirmar.

Demás mencionar.

Con mi verdadera voz.

El primero en reaccionar es Charly, haciendo algún tipo de gemido mezcla de emoción e impacto y tomando una carpeta de su escritorio, para hiperventilarse la zona de cuello y cara.

Seguido, a los pocos segundos por Matías.

Que poniéndose de pie, camina lento y dudoso sin poder creer mi transformación, hasta donde quedé con Cael.

Y por último, los gemelos.

Esteban y Santiago.

Que curiosos, se miran al mismo tiempo y luego a mí asombrados.

—¿Tienes, vagina Beto? —Pregunta Charly.

—Charly... —Le amonesta el gladiador, sobre el análisis que me da Matías caminando a mi alrededor y los gemelos lo siguen.

—Lo siento... —Se retracta, Charly. —...lo diré mejor... —Se corrige buscando las palabras correctas y también, caminando hasta donde estamos todos.

Respira profundo, sin dejar de hacerse aire con su enorme mano morena.

—¿Viste el pene de todos en el baño de hombres, cuando íbamos mientras eres mujer?

—¡Charly! —Vuelve a reprender Cael, llevando su mano al rostro.

—Lo siento, otra vez... —Charly, nuevamente se disculpa y niego.

En realidad, a todos mirando.

—Soy yo, la que debo disculparme... —Prosigo. —...y a cada uno, por mi mentira. —Y los chicos quieren hablar al mismo tiempo, pero los detengo. —Entiendo sus dudas y si están dolidos también, porque totalmente comprensible, pero la desesperación me pudo y yo... —Aunque estoy muerta de nervios y miedo, procuro calmarlos. —...jamás pensé quererlos tanto como imaginar... —Medito. —...que lo que pensé que iba ser temporal y escapar luego, iba amar...

—¿La editorial? —Pregunta, Matías.

Niego, otra vez.

—Pensaba, que sí. —Murmuro tímida. —Al corazón de ello... —Observo, el rostro de cada uno e inclusive, al gladiador silencioso. —...a ustedes... —Sonrío, llena de nervios.

—Dios... —Gime, uno de los gemelos. —...creo que necesitamos café y una mesa para esto. —Acota, notando que mi explicación va ser larga.

—Whisky... —Su hermano dice, con ambas manos en la cabeza todavía asombrado y sin dejar de mirarme por mi transformación y por primera vez desde que los conozco, en algo sin estar de acuerdo con su gemelo, provocando que sonriamos todos.

ÁNGELA

De pie.

Sin moverme en el corredor del piso del edificio, iluminado apenas por la luz parcial de un extremo.

Y apoyada.

Porque, lo necesitaba.

En la pared contigua a la puerta del departamento de mi hijo, escuché gracias.

A lo que maldecía para mis adentros cuando llegamos al domicilio y ver por primera vez, donde se había mudado Cael.

Simple edificación como su diseño y por ende, precario material en su construcción.

Pero eso, justamente.

Repito.

Lo que me hizo escuchar.

La conversación de Cael con Vanesa, detrás la puerta.

Y bajé mi vista al piso, con cada cosa que se decían.

A mis exquisitos y elegantes zapatos, pensando.
No fue intencional.
Soy una mujer inflexible y rapaz, tanto en lo laboral y familia.
¿Pero qué madre no lo es, pensando en lo mejor para sus hijos?
Y yo iba de utilizar, hasta las últimas alternativas para ello.
Éxito mi palabra favorita para todo, sea en mi empresa y en este caso, mi único hijo.
Porque, fueron años de relación prolifera.
Uno de renombre ambos, donde uno exitoso en su carrera y ella, famosa y bella.
Desacertado por Vanesa, tras la propuesta.
Pero solo vi, la cubierta de todo eso y pronostiqué, un producto de nervios cual con un tiempo prudente para ambos, volverían.
Se reconciliarían.
Pero la voz, no solo decidida de Cael hablando por más que siento que se adueña de él cierta impotencia, cual no es por ella y lo sucedido.
Me hace notar también y reprochándome como madre perfecta que me creía, cuando ante la última posibilidad, a la confesión de mi hijo con Justo presente en el salón, hacer de cupido y traer a Vanesa al departamento de Cael.
Que jamás, yo nunca.
Y mucho tiempo, tal vez.
Sabía realmente, la vida de mi hijo.
Como tampoco, al enterarme de su rompimiento, como fueron las cosas.
Y dolor de madre presiona mi pecho, por sentirlo dolido ante Vanesa y fallar yo, por ese desinterés siempre, por estar para la editorial.
Lo que pensé, que era mi vida.
Y lo que me hizo fruncir mi ceño desaprobatoriamente, mientras esperaba en mi coche a Vanesa aguardando su llegada en su departamento, cuando los vi llegar a los dos.
A Cael con ese muchachito, siendo el último clavo del ataúd de mis conjeturas y ese chisme, corriendo por las redes y concluir que es de ellos dos.
Pero notando, como ambos riendo mucho bajaban felices de un taxi.
Y divertidos vaya a saber por qué, ingresando al edificio.
Un Cael, que hace mucho no veía así.
Y como en ese momento, apretando con fuerza el volante con mis manos testigo de ello.

Ahora lo hago también, contra mi fina cartera entre mis dedos, oyendo la verdad de todo y al sentir.

Dios...

El pequeño golpe por llevarme puesto el jovencito con su hombro, al salir del departamento.

Por permitirse una vez fuera, dar rienda suelta a su llanto de tristeza.

Por mi hijo.

Disculpándose rápidamente y sin notar quien soy y para mi sorpresa, verlo ingresar al departamento de al lado.

Porque todo él, dice que lo ama a mi hijo.

Y cierta humedad cubre mi vista, comprendiendo errores pasados, pero previniendo uno futuro mientras con cuidado y secando unas lágrimas que rueda por mi mejillas sin importarme el maquillaje impecable que llevo puesto, camino reflexiva al ascensor para volver a mi coche.

A esperar a Vanesa y llevarla a su casa.

Busco mi celular, del interior de mi cartera ya una vez dentro y apretando PB.

Y llamar a Demian.

BEATRIZ

Anoche mis ojos en compota de tanto llorar y por más, que enjuagaba mi rostro con agua en el baño una y otra vez, no me permitía verme bien en el espejo.

Estaban rojos e hinchados, maldiciendo que no se me iba a ir por más crema o paño frío para el otro día.

Pero sí, mi sentido auditivo a la perfección cuando oí golpecitos discretos tras ducharme, pensando que eso iba a purificar mi cuerpo como corazón nublado y vestirme con solo una camiseta y unos holgados pantalones de deporte viejos.

Aunque arrimé mi oído a la puerta, no hable.

El miedo a que sea el gladiador, me reprimió y sinceramente, no podía ya con eso.

En estas casualidades, que tenía que terminar él de cerrarlas y yo colateralmente, fui metida por esa noche en la tiendita bar, al dejarme su anillo de compromiso seguido a mi mentira.

—Corazón, soy yo... —Me dicen, del otro lado.

¿Fresita?

Y mis ojos, van al reloj pared de mi cocina.

¿Madrugada y visitándome?

Abro despacio y sin hacer ruido arrimada a la puerta.

—¿Demian sabes qué, hora es? —Le digo, mientras lo dejo pasar.

—Lo suficiente como para saber, que las 8h para dormir y que son las necesarias, para un cuerpo sano no... —Suelta explicativamente, dejando un par de cosas que carga sobre la mesa. —...que, el polvo de smog y en suspensión en el aire, no bajó por más que la circulación de coches sí, por la hora de la noche... —Me muestra su rostro. —...y eso, tampoco es bueno para mi suave y tersa piel. —Me hace reír. —Sin mencionar, que mi princesa Sofia se enfermó dejándola en manos... —Y se toma su tiempo, para seguir a lo que sea que está por decir. —...en un simple, corriente mecánico y trabajador de tiendita en su... —Finge escalofrío. —...grasiento y minúsculo taller...

No tengo idea, de que rayos está hablando, pero me hace reír otra vez.

—Tengo, que preguntarle a Caleb... —Prosigue en su mundo, mientras saca cosas del interior del mediano bolso que trajo y va dejando sobre la mesa, mientras me dirijo a la cocina por algo de café para los dos.

—¿Quién, es Caleb? —Pregunto, encendiendo la cafetera.

—Amigo de la facultad y primo, de mi mejor amiga Juno. —Cierto, que me la nombró hace mucho. —Su padre es argentino y tal vez... —Se sienta en una silla, cruzando elegante una pierna sobre la otra, con un dedo en su barbilla reflexionando. —...sean parientes, con el chiquito este... —Golpetea pensativo, su uña con esmalte en su labio inferior.

—¿Chiquito, este? —Repito divertida, buscando las tazas para servir ya el café echo.

Y camino con ellas, a la mesa.

—¡Santas cremas milagrosas! —Olvidando su charla, exclama asustado al ver mi mejor rostro bajo la luz del comedor y tomar asiento a su lado.

Sonrío triste y bebiendo de mi taza, sin decir nada.

Ya que, por su rostro espantado no necesita que explique el estado de mi semblante, por tanto llorar.

—Cariño...apestas... —Es sincero e inclinado hacia mí, para poder ver en detalle mi cara congestionada y ojos rojitos. —...será mi puta esclava de por vida, por semejante favor que me pidió... —Continúa sonriente y bebiendo de su café, risueño.

—¿Qué? —No entiendo, pero me interrumpe su mano libre de la taza, señalando lo que trajo y está sobre la mesa.

Cosméticos y ropa.

Creo.

- No importa. —Palmea sus delicadas manos entre sí, seguido a masajearlas entre sí. —*Transformation...* —Suelta, dando el último trago a su bebida, poniéndose de pie y caminando a la cocina, para dejar su taza vacía en el fregadero.

Y lo miro rara, desde mi lugar.

Me rueda los ojos divertidos y regresa hasta donde estoy.

Flexiona sus rodillas, para nivelar nuestras miradas, ya que sigo sentada.

Lo mía, sin entender e interrogantes.

Y las suyas intensas en ese color azul único, sobre su maquillaje oscuro que lo hace con sus prendas, tan príncipe de las tinieblas.

Pero uno sexi y caliente como el infierno, que podría hacer dudar la sexualidad de cualquier hombre.

—Recuerdas Beti... —Me sorprende, que me llame por primera vez con mi nombre. —¿Lo que me dijiste una vez solos y tras el reportaje, pero también mencionaste a Herónimo?

—¿El empresario? —Pregunta estúpida, pero necesito respirar, porque comprendo.

Asiente, sonriendo delicadamente.

—¿Que ya era hora, de decir mi verdad? —Murmuro.

Vuelve a afirmar.

Resoplo, pero le doy la razón.

—No sé, cómo... —Pánico y temblor en mis labios.

Y se sonríe.

—Para eso, estoy yo... —Se yergue tomando del respaldo de otra silla, una funda clara que supongo que lleva ropa dentro con su cierre cerrado. —...que te parece, por el principio? —Lo extiende, para que lo tome mientras mira como yo momentos antes, la hora de mi reloj de cocina. —Solo tenemos unas horas, para la entrada laboral a la editorial...

—...pero... —Quiero interrumpir entre fobia y terror, en solo pensar en ir y presentarme como mujer.

Ya que, aún siquiera he procesado lo que fueron estos días, seguido a lo que ocurrió en el baño y menos lo de anoche.

Solo quería tener el día libre, para tomar coraje a lo que sea que iba a decidir.

—...en horas, será la gran fiesta y tú cariño, eres una pieza de ese equipo.

—Señala la puerta, como si los chicos estuvieran ahí. —Que esperan solo a ti, por ser parte de ese éxito publicitario y como compañero... —Se inclina algo a mí, sonriente y lleno de confianza, una que yo carezco en este momento y mis piernas como corazón temblando lo abalan. —...solo a Elvis. —Nombra, como me dice el gladiador.

No Beti y no, Beto.

Solo Elvis.

Su Elvis.

Y recorro todo lo que hay sobre la mesa, para luego a mi mejor amigo mientras voy en la búsqueda de algo a mi habitación.

A mi vuelta yo también le entrego algo a Demian, entretanto acepto esa ropa que ahora sostengo entre mis manos.

Fresita, la extiende frente suyo y sonrío al ver lo que es.

—Esa noche en la tienda bar, Cael con su alianza... —Murmuro, empezando a comprender todas estas jodidas casualidades. —...me dejó, que me haga cargo de su tristeza... —Miro el elegante y gótico abrigo entre sus manos, que le devuelvo. —...y a su vez tú, me diste protección esa noche sellando esta... —Ya que, con esas casualidades mencionadas siempre lo siguió haciendo.

Entendiendo, emocionada.

Que lo del departamento del gladiador, si era el destino.

Pero, no de Cael y Vanesa.

Sonrío, decidida.

Es realmente, el del gladiador y mío.

Que siempre, fue nuestro...

CAEL

Sentado en la punta de la mesa, cual elegimos de la cantina de la editorial.

Y Elvis del otro extremo y frente a mí.

Observo a los chicos, como atentos y casi sin probar de sus tazas de café que nos pedimos, escuchan atentos lo que Beto.

Sacudo mi cabeza.

Beti.

Relata el motivo y causa, de su engaño.

Tímida y avergonzada, pero totalmente sincera con ellos.

Y maldición.

Tan bonita, que incluso como anoche en la cafetería y en nuestra charla,

dándome de a patadas en mi cabeza, por pensar y creer que era un muchachito.
Pero a su vez, sonriendo como idiota.
Porque, ella siempre va ser mi muchachito.
Aunque, no lo sabe y se lo dije.
Todavía...
—Guau... —Al finalizar, unos de los gemelos emite como conclusión y recién, recordando a su taza.
Un café ya frío, que lo bebe así sin importar.
—Siempre hubo... —Charly desconcertado. —...una mujer entre nosotros.
—Susurra.
—Ahora, entiendo... —Solo dice, Matías mirándonos a ambos caviloso.
Y el otro gemelo.
El que está al lado de Elvis, se acerca más a ella.
—¿Y esas chicas de la sesión fotográfica, son todas amigas tuyas? —Le pregunta.
—Mejores. —Aclara, Elvis.
—¿Me presentas una? —Ruega inesperado y tomando por sorpresa a mi chica.
Repito.
Como dije antes, sin saberlo.
Sonrío, bebiendo algo de mi taza.
Todavía, otra vez...

BEATRIZ

Quedo de a cuadritos, por la pregunta de Esteban.
Y soy la única que no ríe, ya que el resto lo hace e inclusive el gladiador bajo su taza de café en sus labios.
Los miro perpleja y sin comprender.
Y exhalo, una dura respiración.
—¿No están, enojados conmigo? —Pregunto, soltando ese aire y a dos segundos de llorar.
Ellos, se miran entre sí y se encogen de hombros natural al mismo tiempo.
Solo Cael, no.
Él únicamente, me sigue observando a mí y se limita, a elevarme una bonita ceja divertido.
Por algo.
No sé, qué es.

Pero ese algo, delata su rostro gladiador como vikingo que piensa para el mismo.

—Había algo en tus facciones y forma de expresarte... —Matías, suelta. —...que me hicieron dudar...aunque, sinceramente nunca socavé en profundidad...

—Pensábamos, que eras... —Charly, prosigue. —...como una especie, de niño muy mimado...

—...afeminado... —Acota, Santiago.

—...cosa que, jamás quisimos indagar o terminar de comprender. — Esteban vuelve a avalar, las palabras de Matías.

—Pero, lo confirmamos ayer. —Vuelve Matías, a explicar.

—No entiendo. —Murmuro dudosa.

Y al unísono, los chicos me señalan y se sonríen, al mismo tiempo.

—Aunque yo bromeo, ante el chisme que se corrió en las redes... — Charly, mira a Cael. —...sobre la supuesta homosexualidad del jefe, en el baños de hombres con alguien y que lo pedía para mí. —Sus ojos, ahora me observan. —Tu nos respondiste a todas nuestras dudas después ayer, sin saberlo Beto...

Sigo, sin comprender.

Mierda.

Y trato, de hacer memoria.

Porque condenadamente no recuerdo en qué, momento lo hice y Cael, se sonríe con los chicos.

Carajo.

Realmente, esto debe ser ese tipo cosas de hombres, porque no intuyo nada.

—Elvis... —Al fin habla, el gladiador. —...mi suéter. —Formula como toda explicación, bajo el asentimiento grupal de todos los chicos a lo que dice.

—Verte llegar con el puesto y mejillas rosas, por cierta emoción. —Dice, uno.

—Previo, a un jefe. —Continúa, otro. —Llegando al piso...

—...también con sus mejillas de macho, sonrojadas producto de misma cantidad de esa emoción como pasión enojada... —Otro, prosigue.

—...supimos al instante, que ese chisme eran ustedes. —Matías finaliza. — Y que había algo entre ustedes, sabiendo que pese a ciertas dudas... —Mira a Cael. —...no era gay y que nuestro delicado y afeminado compañero, era más que eso...

—Y se debían una conversación y por cual los dejamos solos, porque necesitaban esa charla. —Charly, nombra el episodio a la salida de la editorial y como sin insistir mucho, se fueron a festejar sin nosotros.

—Elvis, tantos años trabajando juntos... —El gladiador habla, al notar mi silencio mirando mi taza. —...esto es más que una hermandad entre nosotros y ellos, conocen de mí como yo a cada uno de ellos.

—Cierto. —Afirma, uno de los gemelos y al mismo tiempo, que su hermano.

—Nos queremos.

—Nos ayudamos. —Fortalece, otro.

—Como a ti, que ya eres parte de nuestro equipo, importándonos una mierda tus razones y siendo mujer... —Las cálidas palabras de Matías, hacen que eleve mi vista.

Y la emoción, me gana.

—...lo siento, tanto... —Enjugo mis lágrimas.

—Yo, lo siento más... —Esteban, se queja. —...de haberme dado cuenta antes, te invitaba a salir. —Hace reír a todos y a mí, bajo mi llanto.

—No va a suceder. —Cael de pie y caminando hasta mí, larga. —Beti, es mía. —Sin importarle que haya público y sea plena cantina, acuna mi rostro y sus pulgares, limpian mis mejillas húmedas. —Mi Elvis... —Los mira. —Y solo, su compañera de trabajo... —Decreta, provocando risitas entre ellos.

—¿Trabajo? —No entiendo.

¿Lo sigo, manteniendo?

Imposible, cuando todos se enteren de mi fraude y se me calan los huesos, en solo pensar en el momento que Ángela sepa de todo esto.

Si yo solo, vine a desenmascarar esta mentira y disculparme con los chicos, para luego pedir mi renuncia.

Miro a Cael.

Y para decirle, al gladiador que lo amo.

CAEL

Y mi corazón, late fuertemente.

Mirando, como los ojos claros de Elvis me ven.

Leyendo.

Sintiendo, en realidad.

Las dos cosas, que me dicen sin palabras.

Tomando una de sus manos y obligando al enderezarme, a que se ponga de

pie conmigo mi vista va a mi equipo que siguen en sus lugares.

—La fiesta, es mañana por la noche... —Les recuerdo y respondiendo, a la primer pregunta de Elvis con respecto a su trabajo. —...a ponernos en movimiento, que el tiempo no sobra. —Los activo, bajo sus exclamaciones de aliento y estando de acuerdo, mientras deslizan sus sillas para ponerse de pie también. —...mucho para hacer, todavía... —Aprieto más, la mano de Beti entrelazada a la mía. —...con nuestro viejo, pero nueva compañera vamos a demostrar a mi madre como invitados, que podemos y somos un equipo. — Juego con las palabras, haciéndolos reír. —...pero, antes... —Las ganas, me pueden.

Y respondiendo, a su segunda pregunta.

Más bien, sentimiento que con duda sus ojos me lo afirmaban.

Se lo respondo.

Como ella, sin palabras.

Porque, lo hago con mis labios.

Besándola.

BEATRIZ

Y los labios de Cael, se estrellan con los míos y presente a todos.

A los chicos y ante a cada jodido cliente o compañero de trabajo, que está en la cantina.

Robando aparte de mi boca, la exclamación alegre y de festejo de los chicos.

Y creo, que hasta aplaudiendo.

No sabría decirlo.

Porque, el contacto por fin de sus labios besándome.

Sus manos tomando mi rostro y acariciando, tiernamente mi piel bajo su boca tocando la mía con suaves, pero prestos movimientos en ese beso que nunca acababa.

Me hizo olvidar, del mundo.

Tanto que se lo devolví, con la misma ansías envolviendo mis manos alrededor de su cuello y sonreí sobre sus labios pegados a los míos, siendo suficiente para que su lengua invadiera la mía y envolviera sellando.

Y fortaleciendo.

Nuestro gran amor.

Humedeciendo y deseando más, en ese beso y con nuestros cuerpos, unidos con ese abrazo que tanto necesitábamos y siempre posponíamos.

Me apretó más a él, cuando nuestros ojos se abrieron y con una esa sonrisa que jamás abandonó su rostro y con otros dos pequeños besos más a mis labios, me dijo.

—Temporal, nada Elvis. —Repitió, la palabra que dije anoche en la cafetería. —Es un felices, para siempre nena... —La orden, más linda del mundo.

CAEL

Tanta felicidad para ambos, tenía una sombra para Elvis.

Y aunque sus ganas como siempre y nunca dejó de ser, el empleado eficiente y modelo que era.

Ya en el piso y con todos los chicos ayudando, auxiliando sus necesidades, recibiendo como anotando todas las llamadas telefónicas, comprobando las listas de interminables de cosas, sea de la largada temprana de la revista ya en circulación como al casi desmayo de Megan, al verla de falda como ella y socorrerla, para luego relatarle sus motivos y pidiéndole las disculpas correspondiente, tras su casi infarto de asombro.

Mis padres, eran esa espina.

Y me lo soltó, en la hora de la salida y llegando a nuestro edificio.

—Yo, necesito hablar con ellos Cael. —Su preocupado tono de voz, salió con nosotros del ascensor y nuevamente, pero esta vez los dos.

Nos quedamos una vez fuera, sin movernos al ver.

Pero no, en mi puerta a Vanesa y a mi espera como anoche.

Ahora era y en la puerta del departamento de Elvis, a Ángela.

—¿Mamá? —Solo, pude decir.

Solo asintió, acercándose algo a nosotros.

BEATRIZ

—Vine, a charlar con Beatriz...

Palidecí al verla y lo hice más, cuando dijo mi nombre.

Mi verdadero nombre y por más, que me encontró vestida por lo que era.

Mujer.

—Creo, que todavía no es el momento... —Dudó el gladiador, con intenciones de abrir su puerta y que yo lo siguiera, sin ánimo que entre al mío por estar su madre.

—Yo creo, que sí. —Para mi sorpresa, ambas lo decimos al mismo tiempo y nos miramos por eso.

—Ángela... —Lo reprueba, el gladiador.

—Tu madre... —Le corrige. —...y solo, quiero hablar... —Y los fuertes hombros de Cael, caen resignados.

Minutos después y en mi departamento, deposito dos tazas de té para su madre y para mí cual me lo agradece, sentándonos en mi pequeño comedor.

—¿Por qué, lo hiciste? —Emite la pregunta, tras beber un poco y dejar su taza en el platito.

La que siempre, temí.

—Desesperación, presidenta. —Suelto, franca. —Meses y meses, de no encontrar luego de recibirme y que estudié con tanto afán, para cumplir mis sueñ...

—...no te hablo, de tu fraude en la editorial Beatriz. —Me interrumpe.

Y aunque su voz es dura, porque toda ella es Ángela Lancaster.

La temible y audaz, presidente de la editorial Féminan.

Su tono, está lleno de dudas y más bien.

¿Rogando, sinceridad?

Suspira.

—¿Me refiero a por qué, saliste llorando del departamento de mi hijo, anoche?

Y mis ojos se abren y provocando casi, que mi taza caiga de mis manos por el temblor.

Mierda, mierda y mierda.

¿Era ella, la persona que choqué sin querer cuando hui, en el pasillo?

Nota mi reacción y me asombro, al ver que se sonríe y lo quiere disimular, bebiendo más de su té.

Seguido de buscar en su elegante cartera, algo de su interior.

—El chisme llegó a mí, en plena conversación con Cael junto a su padre... —Habla por el murmullo del baño de hombres, mientras sigue hurgando en su bolso. —...No podía creer dos cosas. Una, que mi hijo ya no quisiera volver con su ex novia. —Percibo, que recalca el ex en pasado, pero no sé cómo reaccionar a ello. —Y segundo, que se había enamorado de un supuesto hombre. —Yo solo, la escucho. —Uno que, pese a que creerme muy entera y muy yo a favor del LGTB, mi corazón sintió cierto vuelco, en saber y tener que reconocer ello y más... —Saca lo que parece en sus manos, una fotografía. —...cuando anoche fui testigo, de mi hijo querido viéndolo tan feliz con lo que parecía a su lado y bajando de un taxi... —Mira largamente, la imagen sin saber que es. —...un muchachito... —Lo desliza por la mesa, para que yo lo

vea.

Y si, es una fotografía.

De años.

Y de una pareja abrazada y muy enamorada, con un paisaje detrás y mi boca cae, al darme cuenta pese al mucho tiempo de la imagen, que son Ángela y el padre de Cael muy jóvenes.

Con lo más sorprendente y por eso, la miro y ella asiente.

Qué lejos es, la elegante y perfecta mujer, que tengo frente mío.

Y no, por no ser hermosa.

Más bien.

Rayos.

Por parecerse, mucho a mí.

Contextura delgada.

Solo pequeñas curvas, que con su vestimenta casi varonil de unos simples pantalones y camiseta, no dejan nada a la imaginación de unos buenos atributos femeninos y redondeados, que por llevar pelo cortito.

Como ahora, lo hace.

Pero sin prendas elegante, como exquisito maquillaje en su lindo rostro.

Tranquilamente, podría pasar en esa época como un muchachito más.

—Nunca entendí que me vio Justo, para enamorarse de mí siendo una muchacha sin muchas cualidades... —Ríe y se ruboriza y mi Dios, porque lo hace como mi gladiador. —...pero, lo comprendí al ver los ojos de mi hijo anoche contigo llegando y me lo confirmó, hace un rato en el pasillo cuando me vio... —Suspira. —...la misma mirada de mi Justo, cuando defiende lo que ama, mientras yo vi en ti... —¿Qué? —...al pasar por la cantina y charlabas con los chicos y Cael, explicando tus motivos. —¿Ella nos vio? —Lo que Fresita anoche, me hizo entender. —Se corrige. —Recordar, en realidad...

—¿Qué...cosa? —Nervios.

Se sonríe.

—Mi juventud, Beatriz. —Suelta. —Mi pocos atributos, mi misma lucha siendo mujer, en un mundo competitivo y por solo querer cumplir mi sueño también y colateralmente, desechando la causa por cual batallaba. —Suspira nuevamente. —El orgullo, por mi género...y olvidando, lo que mi querido marido mencionó y es sentir... —Finaliza.

Comprendo.

—¿Usted, pidió a Fresita que viniera en la madrugada?

—Ángela. -Me dice y no entiendo. —Llámame, Ángela cariño... —Y

suelta, esa risa tan maravillosa y que su hijo heredó y no sabía. —Si, le pedí ese favor entre otras cosas...

¿Eh?

CAEL

—...aunque resulte que ahora, estás muy enamorado y pese, a que no apruebo la relación entre compañeros de trabajo, porque eso distrae y no es profesional... —Mi madre nos señala, con sus elegantes lentes de forma amenazadora. —...sigo siendo, aparte de tu madre... —Me dice, pero el turno de Elvis, frente a su dedo acusador. —...y tu suegra. —¿Cómo? —...la jodida presidenta de Féminan, comprendido? Y no voy a permitir desorden laboral, llegadas tardes ni cariñitos entre ustedes en horario de editorial. Mañana es la gran fiesta y quiero todo, como me gusta. —Nos ordena fríamente, pero de golpe sonrío muy feliz. —... aunque, puedo perdonar un poco de llegada tarde, si hay promesa en puerta de un nieto... —Y se va sin más, con su elegante y glacial presencia, al ascensor cuando llega.

Ambos bajo las dobles puertas cerrándose tras ella, quedamos estáticos.

Tenía miedo de dejar a Elvis, en compañía de mi madre frente a esa conversación.

Pero ahora, tengo más miedo cuando al fin se marchó.

Creo...

—¿Qué hiciste a mi madre, para hacerla sonreír Elvis? —Porque, no me la creo.

Rasca su nariz, tímida.

—¿Ser, yo misma? —Tampoco, lo entiende.

Y ambos reímos, mientras la tomo entre mis brazos y compitiendo, quien besa más a quien.

BEATRIZ

Glamour.

Docenas de mesas y todas, decoradas en un blanco marfil con su seda y adornos.

Música con sus láseres yendo como viniendo y acompañado de la música sonando, en manos de un excelente Dj.

Parte de la editorial y hasta algunos de los chicos, exquisitamente trajeados de smoking en la entrada, recibiendo y dando la bienvenida a prestigioso como famosos invitados entregando parte de la folletería de la gala

y acompañado de unas elegantes bolsas en papel, con presentes de la editorial con sus marcas auspiciantes de la revista.

Desde mi sector y como se me encomendó antes de dar comienzo a la fiesta con el resto de los chicos y mismo Cael a mi lado haciéndolo también, tan atractivo de smoking como el resto, ubicamos en sus respectivas mesas a cada invitado acompañándolos y deseándoles una excelente velada.

Y me sorprende.

Mi Dios.

Cuando aparece, tras las gigantes puertas en madera tallada del gran salón y acompañado de su brazo una pequeña mujer muy bonita y sonriente, vestida en su sencillo pero delicado vestido largo en tono rosa y flores.

Al empresario, Herónimo Mon.

Porque, cumplió su promesa de asistir.

Que, al verme de mujer y llevando mi largo vestido de gala en azul con mis adorados zapatos en gamuza rosa y pedrería, me regala una media sonrisa de lado llena de satisfacción y a Cael a mi lado, una rodada de ojos negando y provocando, que su esposa y yo riamos.

Su dedo lo apunta, sobre una ceja elevada.

La que, la atraviesa una cicatriz vaya a saber, por qué.

—Tú, también me debes cinco dólares. —Entre serio y divertido al pasar por nuestro lado, mientras se deja guiar entre las primeras y exclusive mesas cerca del escenario, bajo un Cael algo avergonzado y entendiendo que le sonrío frotando su nuca. —El amor, no tiene sexo muchacho... —Finaliza, seguido de guiñarme un ojo feliz y mostrarme orgulloso, su mujer y cual me habló con tanto amor en el reportaje.

Una gran pantalla se ilumina, dando comienzo la mega fiesta.

Aplausos por todos y nosotros desde una mesa con los chicos y Megan se sienten, sobre nuestra sorpresa mientras el presentador habla, del padre de Cael que arrastrando su silla y dejando su mesa, opta por querer estar a nuestro lado, cuando es anunciada Ángela y la ovacionamos su llegada con más aplausos subiendo en su hermoso vestido en rojo y brillos, para dar su discurso a todos y dando la bienvenida también.

Es corto sin tanto preámbulos, pero agradeciendo por estar sean clientes, famosos y hasta los empleados en la editorial y festejando un año más.

Seguido con una seña de su mano, para hacer entrar un compañero con el premio del galardón del año al mejor empleado.

Que no solo cuenta, con un reconocimiento grabado en bronce en una

bonita caja azul, como mi vestido.

También y para mi asombro por no saberlo, de una cheque con una gran suma de dinero.

—Siempre, para esta fiesta anual... —Continúa. —...Se premia por su esfuerzo y dedicación, a un activo. —Mira, a todo el público. —Un empleado para la editorial, pero un compañero para ustedes... —Aclara, provocando que los chicos entre sí y afirmando a cada palabra de Ángela, que choquen puños entre ellos e inclusive conmigo de forma fuerte.

Sonrío.

Porque, sigo siendo su Elvis por más que lleve vestido de gala, maquillaje y sea mujer.

No hay, desigualdad de género.

—...galardón que se le da merecidamente, a ese camarada por votación y análisis nuestro... —Murmura frente al micrófono y tomando el cheque, en el momento que Cael sentado a mi lado busca mi mano y la lleva con las de él.

¿Eh?

—...por muchos años, siempre hombres. —Sonríe, mostrando dos perfectos dedos. —...pero hoy diferenciando del resto, en dos cosas. — Alegre, buscando la aprobación de su marido, cual al encontrarlo con nosotros sonrío más, mientras crea una expectativa produciendo un leve murmullo entre el centenar de presentes, como nosotros en nuestra mesa.

Y haciendo, nuevamente otra seña.

Tras el telón, aparece otro compañero de editorial y para asombro de todos, con otro cheque de igual denominación al primero y también, con otro reconocimiento en cajita azul.

—Dos ganadores... —Dice emocionada. —Y son, dos mujeres... —Guau. —Las premiadas por todos y por mí... —Empieza a buscar con la mirada en nuestro sector, al igual que el reflector bajo muchos aplausos. —Beatriz York del piso de edición y Megan Bleit, secretaria general de la editorial!

¿Qué?

¡Qué!

Estoy estática, pero la fuerza de los chicos junto a Cael, me impulsan y obligan a ponerme de pie junto a Meg que emocionada tampoco lo puede creer, después de tantos años trabajando.

Siendo incondicional, excelente amiga y como tal, compañera de trabajo.

Sus lágrimas acarician mi mejilla cuando nos abrazamos, sobre un elegante y guapo hasta la muerte Fresita, apareciendo de la nada y con ambas de cada

brazo, no acompaña subiendo con nosotras al escenario.

Ángela nos abraza con cariño a ambas, mientras nos entrega nuestros premios y se contagia aplaudiendo como el resto.

Y mis primeras lágrimas aparecen, al ver como en primera fila el señor Herónimo Mon como su bonita esposa, se ponen de pie para aplaudirnos siendo los primeros, para luego imitar todos en el salón mientras con discretos golpecitos, toca el lado de su corazón para que lo vea.

Y lo entiendo, sonriendo como él.

Para que recuerde, lo que me dijo a mi última pregunta.

Si creía, en la magia.

Y río más entre lágrimas y sin romper mi abrazo con Meg, levantando nuestros premios al aire sobre ese aplauso que parece nunca terminar, llegando Cael hasta donde estoy ovacionando desde abajo con los chicos.

Si.

Porque, la magia existe.

Y es, la que viene del lado del corazón...

FIN.

Epílogo

Cinco años después...

Un grito.

En realidad, una exclamación mezcla de asombro y alegría que por la distancia, de donde estamos y bajo las interminables cadenas de montañas nevadas en sus picos detrás, se hace eco y retumba en toda la zona.

Y no podemos evitar, no reír desde unos silloncitos y fuera del restaurant de mariscos de mi madre, con Justo mientras bebe a su placer la gran taza de chocolate caliente y espumoso que no sirvió y también, tomando asiento a nuestro lado.

Al ver como Ángela triunfante, desde el muelle y dentro del barco pesquero con mi hermano, eleva entre sus brazos para que todos miremos, bajo su overol pesquero y guantes de goma.

La porción gigante, del invertebrado comestible entre sus dedos que pescó y prometiendo ser, la gran cena de esta noche.

Suspiro feliz, mirando la postal que es el paisaje de mi pueblo casi ciudad natal, al sur del país con su mar, bosques y montañas.

Y lugar de encuentro siempre varias veces al año, de descanso para nuestra gran familia desde que Cael con sus padres, se enamoraron de esta reserva natural Patagónica hasta el punto de comprar, una casa para disfrutar las vacaciones como navidades.

Un grupo de turistas subiendo por la rampa del restaurant con su animada charla, me saca de mi ensoñación de felicidad, al ver como abriendo la puerta de entrada haciendo sonar las campanitas para almorzar, me hacen levantar junto a mi madre prometiendo volver en breve a Justo, para ayudarla en la atención.

Aunque, ya no hace falta.

Tres meseros y un cocinero la ayudan.

Porque, el lindo bodegón de frutos de mar, ahora es un hermoso restaurant gracias a mi premio de años atrás.

Y otro grito, más bien chillido viniendo de la costa, me hace girar mientras me acomodo mejor el delantal, haciéndome sonreír más de felicidad y que mi corazón de un vuelco de alegría y amor.

Viendo a mí esposo caminando por la orilla sobre el tranquilo oleaje detrás, de la mano de nuestros hijos.

Jonás y Maggy.

Nuestro pequeñito de tres años, cargando piedritas que ve en su camino en su balde de juguete y en brazos, llevando a nuestra bebé de meses.

—¿Y el presidente y los chicos? —Pregunto alegre y sobre sus labios a Cael, al llegar a nosotros.

Cael suelta una carcajada tras robarme varios besos, mientras vemos como Jonás al ver a una de sus abuelas en el barco de su tío, corre en dirección al muelle.

—Allá vienen... —El gladiador me dice y señalando con su barbilla, detrás nuestro robando también besitos a nuestra bebé. Ríe. —...intentando o más bien ayudando, a Fresita a caminar entre las piedras... —Suelta, otra carcajada.

¿Qué, si vinimos solos?

Esta como de muchas, no.

Y observo junto al gladiador, como van apareciendo los chicos.

Los gemelos, Charly y Matías de ropa informal y vacacional como todos, junto a Fresita que a duras penas puede caminar, pero lo intenta con ropa clásica pero sin abandonar sus elegantes zapatos de vestir y de la mano de su pareja Connor.

¿Recuerdan, al muchachito mecánico y que trabajaba, también en la tiendita bar?

Si, ese mismo.

Pero, ya Cristo, más adelante contará, su historia de amor.

El de nuestro mejor amigo y gótico pintor, con el dulce pero terco mecánico que curó a princesa Sofía.

Saludan alegres, al llegar a nosotros.

Ángela ya jubilada y dedicada totalmente a la familia, renunció a su cargo.

Por derecho, Cael era su sucesor.

Pero mi gladiador y aunque mantiene su puesto, lo rechazó para disfrutar de lo que formamos con el tiempo.

Una familia.

Y merecidamente, ese añorado cargo y por muchos deseado, lo tiene Matías que junto a Megan, armaron un equipo grandioso.

Sip.

Una mujer.

Sonrío.

Una como yo y de muchas, que ahora hay en la editorial trabajando.

Hombres y mujeres trabajando a la par, porque ya no hay más Betos.

Me abrazo a Cael.

Pero, siempre hay una Elvis...

Agradecimientos.

A Rita Tellez y Sandra Aguiñaga, parte de las Mosqueteras
Pornos que con sus manos y mucho del corazón, hacen
realidad con su magia para las Disney Princesas y
Caballeritos de Zodíaco.

Mil gracias, por tanto.